

FRANCISCO J. OLIVERO

Mision Air

*Despegaré cuando
amanezca*



Ediciones Agolinas

Francisco J. Olivero

**DESPEGARÉ CUANDO
AMANEZCA**

Ediciones Agolinas

Despegaré cuando amanezca
Francisco J. Olivero

Maquetación, diseño y producción:
© 2019 Francisco J. Olivero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la re- producción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A Carmen

El contenido de esta novela es producto de la imaginación de su autor. Cualquier referencia a lugares, personajes, situaciones o hechos que puedan coincidir con la vida real son meras coincidencias.

Nadie niega a Dios, sino aquel a quien le conviene que Dios
no exista.

San Agustín (354 - 430)
Obispo y filósofo.

El día del accidente Julia se despertó a las diez y media de la mañana. Aunque no tenía vuelos programados durante la jornada, estaba en activo a partir de las doce. En ese caso, tendría que estar disponible en el aeropuerto de Wichita en Kansas hasta media noche por si surgía algún traslado de emergencia. Resultaría un buen día para estar en la oficina organizando papeles y ordenando la taquilla. No tenía ánimos para volar y esperaba que no fuese el caso. Desayunó con avidez, se puso el uniforme tras ducharse y salió del apartamento en dirección al aeropuerto.

Eran las doce y cuarto de la mañana cuando por fin llegó a la sala de operaciones de *Life Lift*. El lugar era un hervidero de actividad. Una decena de personas iban de aquí para allá por todo el espacio, realizando las tareas del día desde muy temprano. Unos hablaban por teléfono o consultaban la ubicación de la flota en las pantallas de los ordenadores. Otros ajustaban unas placas metálicas imantadas sobre una larga pizarra. Cada una tenía escrita una matrícula, representando un avión, y estaban colocadas sobre el nombre de los pilotos asignados a cada una.

—¡Te quiero en cinco minutos en mi despacho, De la Vega! —gruñó el director de operaciones tan pronto le vio entrar por la puerta.

Era un tal señor Walker, apodado Fusibles por su rápido y mal genio. Fusibles era un hombre serio, de cuerpo y bigote gruesos, corte militar y bien adentrado en los sesenta años. A todos infundía respeto. Del despertar más o menos apacible de Fusibles cada mañana dependía el inmediato estado de ánimos para el resto de los mortales que trabajaban bajo su imperante tutela.

—Sí señor, enseguida —replicó Julia desconcertada, si bien aún no había llegado a abrir la taquilla marcada con su nombre —. ¡Leches, por diez minutos tarde me va a quemar viva! — balbuceó, resignándose a lo peor.

Julia colgó el abrigo en su casillero y salió de la sala por la puerta de acceso a la plataforma. Llegó al hangar principal, donde varios operarios pulían, trapo en mano, el fuselaje de un flamante avión *Hawker 800*. Más al fondo, uno de los reactores *Learjet 45* de *Life Lift* estaba siendo sometido a una inspección anual, con piezas del aparato esparcidas y catalogadas ocupando gran parte del amplio hangar. Otros tres mecánicos comenzaban a cerrar el motor descapotado de una *Cessna 205 Skywagon*, saludando brevemente a Julia. El sol reflejaba sus rayos sobre el suelo limpio y pulido a través de las compuertas que estaban completamente abiertas. El frescor invernal penetraba hasta el fondo del pabellón. Se aproximó a una de las esquinas, entró a la oficina por una puerta acristalada y encontró al Director de Operaciones detrás de una mesa amplia cargada de papeles ordenados.

—Siéntese, De la Vega —dijo Fusibles, sin más trámites.

Julia obedeció sin rechistar y esperó a que el jefe empezase su cantaleta por los quince minutos de retraso.

—Ya sabe usted que soy un hombre de pocas palabras. Baste decir que es usted la mejor piloto que tengo desde hace varios años y necesito el apoyo de una persona de confianza. Quiero que sea usted la jefa de pilotos. ¿Qué me dice?

Julia abrió ampliamente los ojos, atónita, mirando la cara sonrosada y cuadrada de su jefe

que le ofrecía el puesto. De Fusibles no esperaba eso. Más bien lo contrario. Resultaba gratificante que, además de ser la única española, y más siendo mujer en una profesión tradicionalmente ocupada por hombres, le hubiese elegido precisamente a ella entre el medio centenar de compañeros pilotos sumamente quilificados.

—Bueno, ¿qué me dice, señorita De la Vega? —repitió impaciente.

—Estaré encantada Sr. Walker —respondió sin más demora—. ¿Qué conllevaría?

—Ya sabe, algunas horas adicionales de oficina, gestión de los pilotos del *Learjet 45*, permisos, control del manual de operaciones, equipamiento y todas esas cosas. Algo más haremos con su salario. No mucho, pero algo haremos —aclaró el jefe.

Julia entendió que ahí acababa la conversación.

—Gracias por su confianza, señor —dijo, incorporándose de la silla y estrechándole la mano.

Salió del despacho caminando despacio, intentando recapitular en su mente la breve conversación y lo que aquello representaba para su futuro. Tenía motivos para estar alegre; sentirse satisfecha porque otra vez, al igual que en tiempos recientes, obtenía el reconocimiento en su trabajo, un aumento de sus responsabilidades y la subida salarial por la que tanto se esforzaba a diario. Y al igual que en momentos anteriores, la alegría del asunto no le desbordaba.

Casi sentía culpabilidad por no sentirse satisfecha con ello, como podría haberlo hecho cualquiera de sus compañeros. Caminaba pesadamente divagando, cuando una violenta explosión le sacó de sus pensamientos. Alzó la vista y sintió el empuje invisible de una segunda explosión mientras una columna de humo negro se elevaba hacia el cielo desde el final de la pista de aterrizaje.

—¡*San matao!* —exclamó, llevándose las manos a la cabeza.

Echó a correr hacia la humareda, poniéndose de inmediato a la altura de varios hombres que corrían en la misma dirección. Iban con los ojos desorbitados de espanto y gritando. Reconoció entre ellos a los dos mecánicos que minutos antes habían estado junto a la *Cessna 205* en el hangar. De las oficinas de *Life Lift* comenzaron a salir muchos compañeros para asistir, y dos camiones rojos de bomberos cruzaron velozmente ante ellos, volando por el centro de la pista y haciendo sonar las sirenas.

Los restos del aparato se consumían poco a poco entre las llamas. Los bomberos disparaban cañones de espuma intentado apagar el fuego. La silueta inerte y oscura de un ser humano se intuía entre las lenguas amarillas y rojas, en el asiento delantero izquierdo bajo las alas del aparato. Julia corrió hasta donde el calor ya no le permitió acercarse más y observó incrédula la escena.

Agachó la cabeza y se sujetó las rodillas con las manos, intentando recuperar el aliento e inhalando con dificultad el aire caliente en sus pulmones. De inmediato llegaron los hombres que habían corrido detrás de ella. También ellos, faltos de respiración, se abrazaban y lloraban impotentes.

El día después del accidente, se organizó en el aeropuerto una ceremonia religiosa por el piloto fallecido. *Life Lift* cedió el hangar para acoger al centenar de personas que se habían congregado, en su mayoría familiares y personal de empresas con base en el aeropuerto. Fue una ceremonia emotiva y triste, oficiada por un pastor evangélico de una iglesia local. Se habían dispuesto algunas mesas con aperitivos para que, una vez finalizado el acto, los congregados pudiesen arropar a los familiares y amigos. Julia vestía traje de falda y chaqueta oscura para la ocasión, y Chad, su pareja desde hacía poco más de un año y que había insistido en acompañarla,

vestía camiseta y vaqueros.

Tras la ceremonia, y a pesar de no conocerlos, Julia se acercó emocionada a los pocos familiares del fallecido que habían acudido para hacerse cargo del cuerpo, dándoles el pésame. Después se alejó con Chad hasta una de las mesas situadas al fondo del hangar para buscar alguna bebida con la que refrescarse. Al llegar reconoció a uno de los hombres que había llorado frente al avión siniestrado. Estaba de pie junto a otra mesa, sujetando un vaso de plástico lleno de zumo de manzana. Unas gafas de sol oscuras le ocultaban los ojos.

—Discúlpeme, soy Julia De la Vega. Le vi ayer en el hangar junto a los otros dos hombres, antes del accidente.

—Encantado, soy Gunter. Gunter Ost, mecánico —respondió con un fuerte acento extranjero y examinando de arriba abajo a la pareja.

—Yo soy Chad —se dieron la mano—, lamentamos la pérdida. ¿Era conocido suyo?

—Sí. Era un buen amigo. Mike Locker se llamaba. Era de los que ya no hay. Mañana se lo llevarán a Lincoln, Nebraska, para enterrarlo en su pueblo natal.

—¿Le conocía bien entonces?

—Así es. Trabajábamos juntos. Los dos vinimos desde Cuachipé en Venezuela para recoger el avión. Los mecánicos de Wings of Freedom lo habían modificado con tanques auxiliares para aumentarle la autonomía y prepararlo para el largo viaje a Venezuela. Yo vine a echarle una mano.

—¿Se lo iban a llevar a Venezuela? —interrumpió Chad, intrigado.

—Así es. El avión había sido donado por un particular y lo íbamos a incorporar a nuestra flota de varias aeronaves después de ser modificado por esta gente —apuntó con la barbilla al hangar colindante.

—¿Usted no es americano, ¿verdad?

—Soy holandés, de Ámsterdam.

—¿Sabe qué ocurrió? —insistió Chad. Julia arrojó a su novio una mirada de aviso.

—Mi amigo acabada de despegar para probar las modificaciones— explicó el holandés incómodo—. Sabemos que hubo una obstrucción en el carburador por engelamiento. El motor se paró en seco justo al despegar y no le dio tiempo a nada más.

—Qué pena —dijo Julia.

—¿Cómo dice que se llama la compañía donde trabaja en Venezuela? —continuó Chad sin percatarse de que Julia le apretaba el brazo.

— *Misión Air*. ¿Cómo me ha dicho que se llama?, ¿están ustedes con la autoridad de aviación civil *FAA*?

—Yo, Chad Briton. No comprendo, ¿qué si estamos con quién?

—Discúlpeme, amigos —concluyó Gunter, poniendo la vista más allá de la pareja—. Ha sido un placer.

—Igualmente. Buen viaje de regreso —se despidió Julia.

El holandés se alejó apresuradamente y desapareció entre la gente. Cuando ya estaban solos, Julia le propinó un tirón del brazo a su novio, girándose hacia él mientras apretaba los dientes de la rabia.

—Qué mano tienes para ser indiscreto —dijo.

Carlos no había pasado buena noche. A pesar de no tener heridas visibles, el dolor aun le invadía. Le era imposible determinar en qué lugar exacto de su cuerpo lo sentía. Fatigado, se frotó con fuerza las manos para calentárselas, mientras observaba la hierba húmeda y brillante a través de la amplia ventana de la habitación. Le pareció ver una tórtola al otro lado del jardín, allí entre las ramas de los brezos. Estaba oteando el terreno, buscando cualquier insecto que desayunar.

Las voces de las enfermeras en los pasillos, al otro lado de la puerta, le hicieron volver en sí. Se reclinó en el sillón y ajustó la cinta de su camisón de enfermo para que no se abriese. Alzó la vista cansada al techo de la pequeña estancia, pudiendo recuperar mejor los recuerdos, como si hubiesen pasado años en lugar de días. Se puso las gafas en el borde de la nariz y estiró el brazo para coger el bolígrafo de metacrilato transparente junto a la taza de café vacía. Sostenía los ojos claros sobre el blanco folio ante él, y tras pasar las yemas de sus dedos sobre la ceja despoblada, aclarando las ideas, comenzó a escribir:

“No recuerdo que día es. Casi no me siento con fuerzas para contar todo lo acontecido. Como sé que pasarán los años que cubrirán con la pátina del tiempo, cual bálsamo cicatrizante, hoy más que nunca deseo escribir estas líneas de mi diario para recordarla y pensar que hacer desde aquí. Necesito verla ya. Aun conociéndola como la conozco, reconozco que no puedo contar todo lo que es una hija para un padre...tantas particularidades en el olvido de sí misma y entrega a los demás sin mesura de lo justo.

El pasar de los años y su ausencia no han disminuido el anhelo, y desearía ahora más que nunca, poder abrazarla pronto en no mucho tiempo. La ausencia se ha hecho difícil, sobre todo para Bernardita, que menos mal que le faltan horas a su día para ocupar el tiempo; siempre yendo y viniendo de un lado para otro en sus mil líos e historias en las que diariamente anda metida. Que voy a contar. Pero necesito empezar desde el principio....”

Julia consiguió descolgar el teléfono justo antes de que el contestador automático se activase. No pudo evitar que varias gotas de chocolate saltasen por los aires desde la taza que sujetaba, manchando el pulido parqué en su correteo desde el otro lado del salón.

—¿Diga? —contestó, maldiciendo entre dientes al ver otra mancha marrón pintada en la blusa de seda que acababa de planchar.

—¡Hola, Julia! —sonó una voz femenina al otro lado del auricular.

—¡Hola, Margy!, ¿qué tal estás? Tú tampoco has ido al trabajo por lo que veo.

Julia puso animadamente la taza sobre la mesita de metal policromado que tenía próxima, y entrelazó sus largas piernas pálidas sobre el sillón de cuero negro, acomodándose para una larga conversación.

—Esta mañana yo tenía que enviar urgentemente una póliza a un tipo de Washington —dijo Margy—, pero Richard no me ha dejado ni salir de casa. Claro que él sí que ha ido a su despacho. Ha tenido que quitar nieve con la pala durante más de media hora, y casi no logra sacar el coche del garaje. Se fue enfadadísimo porque iba tarde.

—Es verdad; es increíble la cantidad de nieve que cayó anoche. Por cierto, Margy, ¡Chad y yo hemos comprado los billetes a París!

La noticia desató las risas de su amiga, que resonaban por el auricular.

—¡Qué bien, Julia!, ¿cuándo os vais?

—Dentro de dos semanas. Estaremos allí unos quince días y después bajaremos a Jerez a que conozca a mis padres en persona.

—No sabes cuánto me alegro. Por fin podrán conocerles. ¿Qué bien, verdad?

—Supongo.

En ese instante apareció Chad por la enorme puerta de cristal tintado del recibidor en la pared opuesta del amplio ático. Sorprendida, Julia se incorporó de un brinco poniendo los pies desnudos en el suelo sin levantarse del sillón. No respondió. Sonreía mostrando sus dientes blancos mientras sujetaba el auricular. El también dibujó una sonrisa cansada. Se aproximó a la barra americana de granito en una de las esquinas del salón, cogió uno de los vasos apilados junto al fregadero y, sirviéndose hielo picado del dispensador de la nevera, lo llenó de zumo de naranja. Tras varios sorbos, se sentó en uno de los taburetes que bordeaban la barra, observándola. Era alto y delgado, de aspecto frágil, y casi rozaba los cuarenta años. Se remangó la camisa, apoyándose sobre uno de sus puños mientras se ajustaba hacia atrás el manojito de cabellos oscuros.

—Por cierto, Julia —continuó Margy tras el breve silencio de su amiga —, Richard quería invitar a tu novio a ver el partido del domingo en casa de Tom Bredford. ¿Se lo comentas, por favor?

—Sí, claro. Aquí está, acaba de llegar. Ahora se lo digo —afirmó Julia, mirando a Chad de reojo.

—Si os parece bien, lo mejor es que los dos queden en nuestra iglesia por la tarde,

después de la misa, y así yo llevo el coche a casa. Chad podría llevar a Richard de vuelta a casa después del partido.

—Se lo comentaré y seguro que le parece bien. Te dejo ya, Margy, que hoy no puedo hablar mucho.

—Un abrazo, chica, me alegro mucho por vuestro viaje —dijo Margy antes de colgar.

Julia apagó el teléfono inalámbrico y lo puso en la mesita redonda junto a la taza, ahora vacía. Saltó del sillón, estiró los brazos con la camisa remangada que le cubría medio muslo, y se acercó a Chad.

—¡Hola amorcito! —dijo cariñosa—, ¿qué tal te ha ido? Anoche te eché de menos.

—Hoy ha sido un día complicado —respondió él —, estoy muy cansado. He tenido que venir despacio con toda esa nieve. ¿Qué tal tu vuelo de anoche? Hoy no trabajas, ¿verdad? Quizá te apetezca pasar la noche juntos... —propuso él, insinuante.

Julián no entró en el juego. Atenazó con las manos sus mejillas y acercándose a él le dio un beso sonoro y escueto en la frente. Ahí estás servido, pareció decirle.

—Querida, no devolviste la llamada a tu padre —Chad cambió de tema molesto—. Hace ya dos días que te llamó, y por cierto, que buen inglés tiene.

—Es cierto, se me olvidó hacerlo —dijo evasiva—. Es verdad, su inglés es casi perfecto: tantos años volando y diez más vendiendo sherry a los británicos, han acabado por convertirlo en un auténtico Lord. ¿Y qué le dijiste tú?

—Que últimamente andabas muy ocupada volando. Después me preguntó si estaban contentos contigo en la empresa. Le dije “claro que sí”. Creo que eso le gustó mucho.

—Eso siempre. ¿Dijo algo más? —preguntó ella visiblemente irritada.

—No. Pero luego, se puso tu madre al teléfono. Hablamos poco. Creo que me preguntó cómo estabas, porque casi no nos entendíamos ¡pero es simpatiquísima! Se hacía entender de maravilla con solo algunas de palabras —Julia dejó escapar una carcajada.

“Mi madre es mi madre”, le había repetido a Chad en innumerables ocasiones. El percibía ese nexo entre Julia y su madre bajo un prisma idílico. Palpaba el sentido de familia que había envuelto a su novia española desde pequeña, destilándose durante las pocas y breves conversaciones que surgían entre la pareja, siempre siendo un misterio para él. Ella hablaba poco de su padre.

Después de los casi dos años de relación, Chad apenas sabía sobre esa vida anterior a la que el destino y las ilusiones hicieron de Wichita el hogar permanente de su novia a los diecinueve años. El, que era siete años mayor que Julia y temiendo haber cogido su último barco, le había elevado como la única capaz de recomponer el mural de su propia vida rota, partida desde la infancia y llena de caídas. Su existencia se tornó llevadera con la espera de un amor que no llegaba de ella por completo, que él buscaba y ella le regateaba, siempre sin la respuesta esperada. Esto desde que se conocieron en un recogido concierto benéfico de James Taylor.

Julia encontró una plaza de aparcamiento entre dos furgonetas en el fondo del recinto exterior de la iglesia, después de recorrerlo varias veces buscando algún espacio libre. Eran las siete menos cuarto de la tarde y comenzaba a oscurecer. Había dejado de llover, y apenas quedaba rastro de toda la nieve acumulada durante varios días. El agua lo había fundido todo y solo había quedado como prueba fehaciente los tres o cuatro grandes charcos oscuros a lo ancho de la explanada abarrotada de vehículos. El gélido viento invernal ululaba y sacudía una fila de

sicomoros que escoltaba la entrada al recinto, arrancándoles las pocas hojas envejecidas que resistían el cambio de estación.

Salió del *Audi* negro, levantó la solapa de su abrigo de lana y, tras abrochar el botón más alto, avanzó a grandes zancadas hasta la puerta principal del edificio. Al abrir uno de los portones, se estremeció reconfortada por el calor que emanaba desde dentro. La intensa luz inundaba el templo, esparcida por decenas de focos empotrados en vigas de madera que sostenían la inmensa bóveda del techo. El sonido imperioso de un órgano retumbaba en las paredes. Las voces del centenar de feligreses se elevaban al unisonó, entonando melodiosos himnos y alabanzas. Mientras, tres larga fila de personas fluía caminando solemnes hasta un sacerdote anciano situado ante el altar mayor donde, ayudado por otras dos personas, repartía una a una las blancas hostias transformadas en Cuerpo de Cristo.

El solemne espectáculo conmovió a Julia, a pesar de los años que habían pasado desde que iba regularmente a la iglesia los domingos. Quizá fue en España, antes de marcharse a Estados Unidos definitivamente. Iba con sus padres y el resto de la familia a la parroquia de San Dionisio de Jerez de la Frontera cada domingo por la tarde. Recordó con cariño a su abuelo Tomás, que siempre les acompañaba hasta la puerta pero nunca entraba. Este buscaba su sitio en un bar al otro extremo de la plaza, se pedía un café con leche, y charlaba animado con el propietario y otros señores sobre la cosecha, la economía o el fútbol. Se reencontraba con el resto de la familia una vez acabados los oficios.

Ya en Wichita, Julia acudía a ceremonias religiosas contadas veces: una boda, el bautizo del hijo de su mejor amigo... Algunas tardes, antes de la hora del cierre, entraba en ese enorme espacio vacío y oscuro donde solo la luz de una vela roja recordaba la presencia de Dios. También algún domingo acudía a recoger a Margy para pasar la tarde. Sobre todo cuando Chad y Richard planeaban noche de partido en casa de ese amigo imaginario llamado Tom Bedford, que todos conocían pero que nadie había visto jamás en persona. Julia sufría la confusión y el remordimiento por lo que a veces ese partido podía llegar a implicar. Al menos Chad había sido honesta con ella siempre. Pero a pesar de ello, y desde que sabía de esas salidas deshonestas, se había derruido casi toda la confianza y cariño que llegó a sentir por él.

Igual que en otras ocasiones, y sin participar en lo que allí acontecía, Julia atravesó el enmoquetado pasillo lateral en dirección a una pequeña puerta acristalada en el extremo último del retablo frontal que daba acceso a una capilla.

Antes de entrar, pudo reconocer a Margy en una de las filas centrales, vistiendo su impoluto vestido color merengue.

Con casi dos metros de altura, el rubio cabello recogido en un cuidadoso peinado le revestía de una distinción inigualable. Su marido, Richard, no estaba con ella. Sin embargo, tras su amiga caminaba un joven alto y apuesto de unos quince años con un claro parecido a su madre. Los dos caminaron despacio hacia el sacerdote y recibieron en sus bocas las hostias consagradas.

Julia accedió por fin a una capilla de pequeñas dimensiones de paredes desnudas y frías y espacio suficiente para cuatro bancos. Se sentó en uno y desde allí escuchó todo lo que ocurría en el templo. No rezaba; tampoco le apetecía. En ese lugar solo aceptaba estar y luchar expectante por lo que quedaba por venir.

Contempló ante ella una tallada caja dorada, la cual resplandecía por el único rayo de luz que cortaba la oscuridad de la capilla. El tiempo se paraba. Al instante se abrió la puerta que daba a la nave principal y, como en otras ocasiones, apareció el anciano sacerdote que había oficiado el culto, sujetando contra su pecho un copón cerrado, devolviendo a Julia el sentido del tiempo. Intercambiaron miradas mientras él abría la portezuela que tapaba la caja. Depositó el

copón dentro y, apoyándose en el muro, descendió tembloroso acercando la rodilla derecha al suelo sin llegar a tocarlo. Luego, el anciano desapareció por una puerta estrecha en la pared opuesta.

Julia se quedó un largo rato en la capilla esperando a que la mayoría de los feligreses hubiesen salido del templo.

Luego, recorrió el camino de regreso a la salida para encontrarse con Margy. Para entonces, Richard y Chad ya acompañaban a su amiga en el vestíbulo y los tres charlaban animadamente. Tan pronto se saludaron, volvieron a despedirse, y los dos hombres salieron a la calle en busca del coche de Richard.

—¿Qué tal, Rick? —preguntó Chad una vez dentro del *Lexus* negro.

—Muy bien, Chad Britting, ¡con muchas ganas de fútbol! —respondió el amigo sonriente.

—Ya...

Richard condujo el vehículo fuera del recinto parroquial y, tras callejear un rato, se incorporó a la autopista en dirección oeste, rumbo al centro de Wichita mientras conversaban animadamente. Después de varios minutos, tomaron una de las salidas cuando ya los pocos rascacielos de la ciudad, uno de ellos el juzgado, emergían cercanos tras las copas de los árboles del Parque Central.

Recorrieron varias calles más. Giraron dos o tres veces y, a medida que se introducían en el barrio, mayor era el número de rótulos en español que, luces de neón tras las vitrinas, fracasaban en su intento de adentrar al transeúnte en los oscuros y desvencijados establecimientos. Se podía encontrar de todo: tacos recién hechos, frutos secos importados del país contiguo, vestidos rancheros, sombreros mejicanos, latas de chile picoso, un disco de los *Tigres de Méjico*, botas de piel de serpiente, piñatas de cartón y tela, camisas con flecos, faldas campesinas o dulces de leche. Se vendía mucho y solo algunos compraban.

Con el pasar de las calles todo se tornaba más vacío, más desgastado y sucio. Ya no había personas caminando en las aceras y algunas farolas bajas aparecían con los cristales rotos o sin bombillas, dejando algunas de las callejuelas o rincones en total oscuridad.

Al cabo de un rato llegaron a un edificio de tres plantas de ladrillo visto, ubicado en una calle estrecha y lúgubre. Estaba pobremente iluminada y varios vehículos aparcados en batería dejaban el espacio justo para que solo uno de pequeñas dimensiones pudiese pasar. Un hombre joven y alto, que vestía vaqueros y una elegante americana oscura, con cara de pocos amigos, escoltaba el primer peldaño de una escalera metálica que permitía el acceso a una estrecha puerta gris.

Solo una bombilla desnuda colgaba en el lateral izquierdo de la entrada, iluminando la escalera lo justo para hacerla transitable. Richard aparcó detrás del último vehículo.

—¿Y dices que el sitio es limpio, Rick? —Chad frunció el ceño, cuestionando la fachada y al tipo que obstaculizaba la entrada.

—Que si hombre, no te preocupes, tío. Ya he venido un par de veces y está bien. El sitio lo lleva un amigo.

—Un amigo... —no estaba claro.

—Anda, vamos —zanjó Richard.

Salieron del coche. El corpulento portero les saludo sin mediar palabra, tan solo asintiendo levemente con la cabeza. Richard lideró el ascenso, seguido muy de cerca por el otro que continuaba escudriñando el sitio sin convencimiento. Entregaron los abrigos a una joven de cortos mechones rubios emplazada detrás de un reducido mostrador, entregándoles una ficha numerada.

—Buenas noches, caballeros. La tercera a la derecha, por favor —indicó ella con soltura.

Chad observó su inusual belleza y su vestido rojo con chaqueta cruzada del mismo color. El retumbar de música *trance* procedente del extremo opuesto de un largo pasillo llegaba hasta la entrada. Avanzaron por él, salvando varias puertas. Las paredes estaban adornadas con múltiples lámparas con formas de figuras de la mitología griega. Eran efigies extrañas, algunas de bestias o centauros, otras siluetas de cuerpo de mujer y retorcidas en sus posturas.

Todas proyectaban la luz tenue de sus bombillas, iluminando las paredes en tonos pasteles a lo largo de todo el recorrido. La puerta indicada abría el acceso a un amplio salón entre suaves luces y sombras, ambientado con música jazz. Nada más entrar, repararon en los muchos cuadros de grandes dimensiones que ornamentaban las paredes de la estancia, en su mayoría mostrando llamativas y coloridas imágenes surrealistas o cubistas. Varias decenas de hombres bien ataviados con camisa y corbata reían y charlaban. Formaban pequeños grupos, algunos sentados en amplios sillones de cuero rojizo y botones. Unos bebían, otros fumaban, y otros las dos cosas, dejando escapar el humo en hilachos grisáceos flotantes suspendidos a lo largo de toda la estancia.

Los sillones estaban dispuestos alrededor de mesas circulares de cristal, donde un gran número de pequeños narguiles reposaban dispersos, acompañados por otras tantas cajas plateadas de distintas dimensiones y formas.

Chad y Rick tomaron asiento en unos sillones, y de inmediato les abordó una esbelta joven con bandeja en mano.

—¿Van a tomar algo los señores? —preguntó, animándolos y sin obviar su falta de ropa.

Chad se retorció en el sillón, incómodo, y apartó la vista hacia uno de esos extraños cuadros que colgaban en una pared frente a él. Richard sonrió malévolamente al percatarse del desconcierto de su amigo, consciente de que algunas cosas no entraban en sus planes.

—Un rojo de California para mí, por favor. —pidió Chad, manteniendo la vista hacia el cuadro.

Richard echó más leña al fuego rodeando con el brazo la cintura de la joven, acercándola hacia él.

—Para mí un whisky, ¿vale guapa? Luego, si quieres, hablamos un rato —sugirió sonriente a la vez que se sacaba un puro del bolsillo de la chaqueta.

La joven no se inmutó. Inalterada y desempeñando resuelta su papel, tomaba nota del pedido. Después se excusó y se alejó de los dos amigos. Lejos ella, Richard se deshizo en risotadas burlescas. Abrió una de las cajas plateadas, sacó de ella una diminuta cucharadita de polvo blanco, se lo llevó a la nariz e inhaló con todas sus fuerzas.

Recostó la cabeza en el sillón, dejando escapar risas nerviosas. Permaneció unos segundos así, dejando quietas las manos sobre los posabrazos.

—No tienes remedio, Rick —protestó el otro, molesto. Después Chad sacó una cucharita del bolsillo de su camisa y, sirviéndose otro tanto del polvo de la caja, lo inhaló. Cerró los ojos y esperó unos segundos apoyando la cara entre las manos.

Creyó que la cabeza se le aclaraba y le invadió un inmenso sentimiento de bienestar. Llegó la camarera con las bebidas, dejándolas sobre la mesa.

—¿Por qué estamos aquí, Richard? —preguntó sin esperar respuesta y dio un largo sorbo al vino rojo de su copa.

—¡Vaya pregunta, señor Briton! —dijo el otro exhalando una bocanada de humo del cubano que acababa de encender —.No sé tú. Yo desde luego, para disfrutar, que la vida es muy corta.

Chad transitaba un terreno peligroso y conocido, a pesar de que hacía meses que no volvía a las andadas. Se dejó arrastrar durante un buen rato por los efectos de la mezcla que acababa de consumir. Charlaba elevado e hiperactivo, inflada su espontaneidad y el ego a la zaga de su amigo, el cual también rebosaba entusiasmo y energía.

Cuando por fin se sintió satisfecho, Chad se levantó con dificultad y, tras despedirse de Rick, desanduvo el camino hacia la puerta de salida. “Vete tú, que yo ya me voy a casa en taxi”, dijo. Richard le despidió desde los brazos solícitos de la camarera.

El falso partido de fútbol llegó a su fin. Chad, sentado en el taxi camino a casa, sentía ahora la presión en el pecho, la pena más profunda y lóbrega. Le embargaron intensas y desconocidas ganas de volver al lugar de donde venía y seguir forrándose el cuerpo de polvo blanco. En anteriores ocasiones había creído transitar por el borde del precipicio sin llegar a saltar, después de que la droga le hiciese tocar la cima de su mundo. Pero esta vez la paz que anhelaba se convirtió en agonía tarda y dolorosa. El más irreversible y desolado desierto.

—¡Esto se va a romper, Julia! —gritó el copiloto por encima de los bramidos de los motores y las ráfagas de aire.

El casco del avión crujía. El joven presionaba con las palmas hacia arriba sujetando el marco de la ventana derecha. Intentaba mantenerse en su asiento contra los violentos zarandeos del aparato.

—¡Agárrate fuerte, Mike, que esta es de las gordas! ¡Pide un bloque de espacio mil por debajo y por encima de nosotros, por favor! ¡Vamos a aguantar... y saca las cartas de aproximación de Wichita! —ordenó la joven comandante que apretaba con firmeza los mandos.

Intentaba mantener las alas niveladas y el horizonte artificial lo más estable posible. El avión se destrozaría en cualquier momento. La altitud y el rumbo eran lo de menos.

Solo importaba salir por el otro lado de la tormenta de una pieza y el mismo número de tornillos. Solo un puñado de veces se había visto en esas, a pesar de sus varios miles de horas de vuelo. No solían aceptar misiones tan arriesgadas. Riesgos controlados, pero riesgos al fin y al cabo. Atravesar un frente frío a las tres de la mañana no se pagaba con suficiente dinero, pero las carreteras estaban cortadas por el hielo y la nieve: O la nevera y el hígado que iba dentro recorrían las doscientas millas que le separaban del hospital de *Saint John* en menos de cuatro horas, o el paciente acabaría muriendo por la mañana. Era así de sencillo, y Julia siempre aceptaba.

El copiloto obedeció, pidió por radio el bloque de espacio aéreo y a duras penas logró sacar del maletín las cartas de aproximación. Otro brutal golpe de aire y los papeles se esparcieron por la cabina, lanzando al joven contra su ventana y golpeándose la rubia sien en el cristal.

—¡Madre mía! —gritó él, agarrándose de nuevo a la ventanilla con todas sus fuerzas. Temblando por el pánico, se aferraba con la desesperación de un náufrago a un flotador. Al segundo, todo se tornó surrealista. La comandante montada en un toro mecánico de bar de cowboys, veía de reojo al tejano grandullón, transformado en espectro de tez blanquecina por el pánico, ojos en órbita y, para sorpresa suya, balbuceando lo que parecía ser invocaciones a Dios y a todos sus santos.

—¿Pero, qué haces, hombre? Tranquilízate, ¿quieres? ¡Qué espabiles! —le gritó.

En ese instante salieron por el otro lado de la tormenta, o eso parecía. La nieve seguía golpeando el parabrisas, pero comprobaron aliviados que el cielo estaba arriba y el suelo abajo. Así se quedaba y estaban vivos para contarlo. Contra todo pronóstico, el copiloto volvió de su viaje mortuorio, recogió como pudo los papeles del suelo y balbuceo con la cara descompuesta:

—¿Lista de chequeo, comandante De la Vega?

Confirmaron los sistemas, comprobando que todo seguía en orden y sin daños. La turbulencia se convirtió en familiares vaivenes y Julia sintió de nuevo el control completo del avión.

—*November tres, ocho, ocho, sierra, bravo, vire rumbo dos, dos, cero, mantenga tres*

mil hasta interceptar el localizador. Autorizado para aproximación ILS uno nueve izquierda, contacte con torre —apuntó el controlador por la radio.

Mike repitió las instrucciones y comprobó el informe meteorológico. Iba a ser una aproximación muy justa.

—Entraremos de milagro —apuntó ella—. Estemos listos por si hay que subir de nuevo.

Mike bajó el tren de aterrizaje. Continuaban descendiendo. Mil pies, setecientos, quinientos....

—Pista —avisó él.

—Pista a la vista, confirmado —Julia desconectó el piloto automático y voló manualmente camino a tierra firme.

Aparecía la brillante franja ante ella, delineada por las resplandecientes luces blancas y cubierta del grisáceo y resbaladizo manto. Julia retrasó la columna de mando para que las ruedas contactasen suavemente con el suelo.

Salieron de la pista hacia la plataforma donde ya les esperaba un operario que indicaba con barras de luz roja el lugar de estacionamiento. A otros escasos diez metros, la ambulancia y los enfermeros aguardaban bajo la intensa nevada la llegada del preciado órgano para trasladarlo al hospital cuanto antes.

Mientras la española apagaba los motores, Mike abrió la puerta de embarque. Sintió una ráfaga de frío y se ajustó la cremallera de la chaqueta. Uno de los enfermeros se acercó a él, le estrechó la mano y les entregó la nevera con el órgano en su interior. El copiloto se mantuvo fuera, viendo desaparecer la ambulancia entre la espesa oscuridad tras una fría cortina blanca y las luces de emergencia encendidas.

Dos horas más tarde, Julia estaba sentada con una taza humeante entre las manos y los brazos extendidos sobre la enorme mesa circular que reinaba en la sala. En torno a ella, las paredes estaban forradas de estanterías repletas de innumerables libros, manuales y material de primeros auxilios. La luz aún era tenue, y algunos rayos comenzaban a penetrar la sala desde la ventana por donde se distinguía la pista de aterrizaje a lo lejos y el flotar leve de algún que otro rezagado copo de nieve.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó Mike, sorprendido al entrar en la oficina—. Son ya las siete de la mañana.

Julia le miró interrogante. Todavía vestía el mono azul de vuelo y una mecha suelta del cabello rubio le pendía rebelde sobre la frente despejada y tersa.

—¿Has revisado el avión? Estoy agotada.

—Sí, todo está en orden. Lo hemos inspeccionado con el mecánico y no hay daños. Ya está en el hangar.

El joven se aproximó a un armario cercano, sacó una taza blanca y se sirvió los restos del café caliente de la cafetera que desde la encimera inferior esparcía el aroma por toda la estancia. Tomó asiento junto a ella y los dos permanecieron callados.

—Oye, necesito preguntarte algo que me preocupa —titubeó Mike— y tú llevas años en este trabajo. Cuando empecé aquí era muy consciente de que no entraba cualquiera. El proceso de selección, la prueba de vuelo, el trato del equipo, el salario estupendo...fue difícil, y me di cuenta enseguida de que sería un trabajo con muchos retos. Pero francamente, jamás pensé que tendría

que hacer una misión como la de esta noche. ¿Para ti el vuelo de hoy ha sido normal?

Ella pensó en la respuesta unos segundos y dijo sonriendo —: Te puedo asegurar que ha sido el peor paseo de mi vida.

—Gracias, Julia. Hace un momento me he preguntado si esto es realmente para mí; hoy he pasado mucho miedo.

—No hace falta que me lo digas, Mike. Entiendo que tuvieses miedo, pero por un momento me dejaste sola ahí arriba. No me lo vuelvas a hacer eso o te tendré que defenestrar yo misma, igual que al último que me hizo algo parecido.

—Lo lamento de verdad. Honestamente, no sé qué me pasó, me bloqueé. Pensé que nos matábamos. Me vi sobrepasado, inútil. No podía quitarme de la cabeza a mi mujer.

—¡Rezabas, Mike, rezabas!

—Es cierto.

Ella guardó silencio, aunque haciendo esfuerzos para contener una rabia espontánea y profunda.

—¿Acaso la súper comandante española no ha pasado nunca miedo? —bromeó.

— Claro que sí, hombre, alguna vez. En realidad, hace una semana —respondió ella, enarcando una ceja. Fijó la vista en el blanco techo y estrecho la comisura de los labios para forzar la memoria— ¡Sí, así es! Hace una semana cuando Chad me pidió que nos casáramos — rieron la ocurrencia y Mike se levantó de la silla.

—Oye, yo me voy que me está esperando Lori. Estoy molido —dijo, y apuro el resto del café de su taza—. Ya he firmado los libros de vuelo. ¿Te vas a quedar mucho más tiempo o te vienes?

—Sí, ya me voy, vete tranquilo; acabo algo y salgo en unos minutos.

—Gracias por todo, comandante De la Vega, nos vemos el lunes —dijo él desde la puerta, abrochándose los últimos botones del abrigo.

Se disponía a salir cuando titubeo un instante y giró sobre sí tras haber recordado algo repentinamente.

—Por curiosidad, ¿a quién dices que tiraste por la ventana por hacerte algo parecido?

—Bueno, fue a mi padre, también fue piloto. Sorprende, ¿verdad?

—¡No me digas!, ¿y llegasteis a volar juntos?

—Más o menos; anda, vete ya a casa hombre y no me des la lata, otro día te cuento.

—Que descanses —dijo el sonriendo y desapareció por la puerta.

Julia se mantuvo quieta un largo rato, con las piernas estiradas y sujetándose la cabeza con las manos unidas en la nuca debajo de la coleta. Hurgaba en lo profundo de ningún sitio, pareciendo perder la noción del tiempo y de lugar.

—¿A qué mar va este río Julia? —la pregunta brotó casi inaudible de entre la comisura de sus labios.

Pasó así un largo rato antes de poder levantarse. Necesitaba razonar lo suficiente, convencerse, y encontrar el camino y las ganas de volver a casa.

De nuevo escribo en el diario con necesidad de seguir desahogándome en él. Me duele la cabeza y estoy deseando salir de aquí; ir a buscarla.

Julia siempre fue una niña atípica. Recuerdo que pasaba las horas subida a los árboles, imaginándose aventuras sobre barcos o cabañas secretas. Entraba en la cocina con sus hermanos de incógnito, que apenas tenían siete y diez años, y se llevaban bollos y batidos, que no eran otra cosa que víveres para la aventura que recorrerían.

Sin que Bernardita les viera, se escapaban al viñedo, recorriéndolos en fila india, como si fuesen soldados que iban a una misión de reconocimiento y arrancando las uvas para comérselas cuando ya estaban a punto de ser recogidas. Siempre podíamos ver donde habían estado cuando una vid aparecía completamente vacía de sus frutos.

Permanecían escondidos hasta el anochecer y, cuando ya empezábamos a preocuparnos, aparecían cubiertos de polvo por completo, cansados y con los ánimos por los aires. Mientras cenábamos todos en la cocina, Narda y yo nos reíamos mucho al oírles contar todas sus peripecias, tropezones y novedades mientras comían todo lo que se les pusiese por la exaltación y el hambre que tenían.

Sus hermanos siempre le seguían a donde fuese, le admira-ban y parecía que todo lo que ella hiciese era lo más divertido y original que alguien pudiese inventarse. Siempre de personalidad fuerte, le seguían a donde ella les llevase, y le seguían con una fe que solo transmite quien tiene un don para liderar a los demás.

Cargada de convicción siempre, se los ganaba, se ganaba a las compañeras del colegio e incluso era de las más apreciadas por sus profesoras, que veían en ella grandes cualidades, bondad y generosidad.

Su mundo interior era más grande que la verdad misma, y su avidez leyendo libros le amueblaba la mente con todo lo que cállese en sus manos y que cuidadosamente supervisábamos.

Al llegar a la adolescencia cambio muchísimo todo. Nos llegamos a asustar y dudar mucho de si la habíamos educado correctamente a pesar de todos nuestros esfuerzos. Al pasar de los meses se volvía melancólica, no sonreía y se pasaba las horas encerrada en su cuarto leyendo, escribiendo y sin ganas de ver a sus amigas. Solo su madre podía llegar a ella, y de una forma misteriosa que a día de hoy nunca supe cómo por más que lo intenté en innumerables ocasiones. Siendo así, yo solo podía esperar, apoyar en lo que veía y sugerir alguna frase o idea más o menos acertada para que viese que estaba allí, esperándole, queriéndole y respetándole. A veces resultaba para mi muy doloroso todo esto. Por un lado, me dolía ver que ese proceso necesario parecía haberle anulado toda alegría y virtudes que siempre había mostrado. No se le veía feliz. Por otro lado, no puedo describir lo que era sentirse rechazado por mi propia hija, cuando más creía que me podía necesitar y cuando más quería ayudarle. Lo

hacía todo sin intención, surgiendo de su edad y su metamorfosis a una persona adulta. Así que era yo quien tenía que aprender una nueva forma de entregarme, acompañándole más que educando. Esperando que, al igual que un barco que se enfrenta a una tormenta, tuviese las bodegas llenas de todo lo que pudiese necesitar en su lucha contra la corriente y a veces sin timón. Pedía a Dios cada día que le llevase a buen puerto y que me permitiese estar ahí cuando me necesitase. Solo cabía esperar, ayudar, acompañar y amar en la abnegación, empleando toda mi fe y esperanza en Dios y en el buen hacer de Narda, que ha sido la tabla de salvación y regalo de Dios por la que doy gracias todos los días. Si no hubiese sido por ella, quizá nunca habría podido seguir adelante. Ha sido siempre más fuerte que yo; a pesar de que nunca he tenido miedo y siempre he estado dispuesto a luchar por todo.

Pero estoy desviándome de lo que escribía. Pues así estuvimos durante cuatro o cinco años, hasta su diecisiete cumpleaños, cuando su personalidad propia parecía comenzar a asentarse de la forma más bella.

También durante esos años comenzó a sentir un interés muy fuerte por los aviones. Quizá por la aventura y emociones que representaban. Quizá de alguna forma quería acercarse a quien yo había sido, atraída por los muchos libros de aviones y vivencias que yo mismo había compartido con sus hermanos y ella en infinidad de ocasiones. Quizá las dos cosas. El caso es que un día me pidió que le regalase de cumpleaños una lección de vuelo y yo tuve la mala idea de aceptar. Después de la primera, vino la segunda. Y así hasta que se fue a Estados Unidos a hacer carrera y no volvería a verla excepto en algún que otro verano. Me arrepentiré toda la vida. Y ahora aquí estoy, asustado y sin saber si estará bien.

El teléfono sonaba, pero no quería moverse de la cama. Sonó una tercera vez, y una cuarta. Había regresado de una agotadora misión nocturna apenas unas horas antes, y estaba sumida en un profundo sueño del que no deseaba salir.

—Me importa una higa quien seas —balbuceó—. ¿Quién será a estas horas? Son las tres y cuarto de la madrugada, no estoy de guardia, ¿diga?

—Soy Margy, perdona que te llame a estas horas, Julia —se oyó por el otro lado del auricular. La voz de su amiga denotaba preocupación.

—¿Qué ocurre?

—¿Esta Chad contigo? —atajó Margy, inquieta.

—Claro que no, ¿por qué iba a estar aquí?, ¿todo bien?

Julia se incorporó como mejor pudo; sentía plomo en los párpados cargados.

—Richard salió esta tarde y aún no ha vuelto. Pensé que estaría con Chad en algún sitio. Estoy muy preocupada Julia, nunca había vuelto tan tarde.

Logró por fin encender la luz de la mesita de noche.

—Un momento, Margy. Voy a llamar a Chad. Recuerdo que los dos iban a pasar la tarde juntos, pero nada más; voy a llamar.

Se frotó la cara con las palmas de las manos un par de veces y miró el reloj. Sin duda era muy tarde; tenía la certeza de que Richard no solía regresar a casa a esas horas. Alguna vez habían vuelto pasada la media noche en alguna de sus salidas, pero no tan tarde. Cogió el teléfono de la mesa y marcó el número de Chad. No contestaba; colgó el auricular.

—Margy, ¿dijo Rick a dónde iba?

—No..., bueno sí —titubeó un instante—, me dijo que por la tarde quería ir a casa de Tom Bredford, pero no dijo para qué. ¿Sabes si ayer había partido de fútbol?

El rostro de Julia se descompuso, alarmada, y media sus palabras en silencio no queriendo equivocarse.

—No tengo el teléfono de Tom, pero sé dónde vive—. mintió—. Si quieres hacemos una cosa; iré ahora mismo a su casa a ver si sabe algo o está allí, ¿te parece? Espera en casa, que yo te llamaré tan pronto sepa algo. Si Richard llega antes, por favor, llámame tú y así me quedo yo también tranquila —ultimó Julia y saltó de la cama.

Se puso lo primero que encontró a mano, dejando de lado el agotamiento que le embargaba.

Una vez en el coche, conducía inquieta y con la certeza de que algo malo podría haber ocurrido. Lo hacía tan rápido como los reflejos le permitían, sorteando charcos de una lluvia que caía sin parar. Intentaba recordar la conversación con Chad algunos días atrás sobre el antro al que Richard le había llevado. El sitio era bien conocido por la gente de Wichita y había sido objeto de continuas denuncias del aquejado vecindario en los últimos años, cansados ya de los dudosos negocios que allí se cocinaban.

Chad había decidido confesar todo lo que él y Richard hacían en esas salidas. La

conversación había desembocado en una intensa y penosa discusión entre la pareja, matando en Julia cualquier atisbo de ilusión sobre su futuro juntos. Ese día decidiría dejarle.

El agua y la oscuridad le impedían identificar esquinas y tiendas a medida que se adentraba en el barrio mejicano. Creyó encontrar la lúgubre y estrecha callejuela que le había descrito su novio. Al adentrarse en ella, vio algunos coches aparcados, la escalera poco iluminada, y al fornido portero que la guardaba. Rodaba despacio, revisando los vehículos, intentando identificar el *Volvo* azul marino de Rick. Ahí estaba.

—¡Pero serás estúpido! —exclamó Julia, exhalando fuertemente entre el alivio y la rabia contenida.

Dio marcha atrás para aparcar y apagó el vehículo. Sacó el teléfono del lateral del abrigo y marcó el número de su amiga.

—¡Margy, todo bien! No te preocupes, estoy en casa de Tom y está aquí. Se había quedado dormido después del partido —mintió una vez más, aguantando la punzada en la boca del estómago.

—Gracias a Dios —se oyó al otro lado de la línea—. Dile a ese bribón que se venga a casa inmediatamente. No sabe la que le espera.

—No te preocupes, así lo haré, vete a dormir —dijo Julia, decidida a contarle todo también a ella en el momento más oportuno.

—Muchas gracias, Julia, te debo una. Disculpa haberte despertado a estas horas y sacarte de casa tan tarde. Voy matar a ese canalla cuando lo vea; un beso —y colgó.

Julia exhaló fuertemente y salió del coche. Avanzó hasta la puerta y saludo al joven que custodiaba la entrada, el cual se limitó a saludar con la cabeza, dejándole el paso libre y examinándola de arriba a abajo. Subió los peldaños de dos en dos y se apresuró a entrar al local. Sería ella quien iba a poner a Richard en su sitio. La repugnancia y aprensión hacia el lugar le encogía el estómago.

—Disculpe, señorita, estamos cerrando —interpeló la joven detrás de la estrecha mesita que hacía de recepción.

—Será un segundo; vengo a buscar a un amigo para acompañarle a casa —resolvió ella, encaminándose con arrojo hacia el pasillo que tenía enfrente.

—Un momento, por favor —dijo la joven, interponiéndose y apoyándole la mano abierta contra el hombro para que no entrase.

Julia sintió el bombeo acelerado de sangre contra la sien y unas irresistibles ganas de darle una bofetada por haberla tocado.

—¿Me puede describir a su amigo? Aquí no queda ningún cliente —insistió la joven, inconsciente de lo que estaba a punto de caerle.

—¿Cómo que no queda ningún cliente? —preguntó desconcertada.

—¡Ahí fuera está su coche, señorita!

La recepcionista mudo el rostro súbitamente.

—Espere aquí un momento, por favor —dijo alejándose apresuradamente por el pasillo.

A los pocos segundos, apareció de nuevo acompañada por un hombre bajo y rechoncho, ataviado con traje negro sin corbata y los bordes de la camisa blanca sobre las solapas de la chaqueta.

—Busca usted a alguien, ¿verdad? —espetó el hombre sin presentarse.

Sin duda era el dueño del local o el encargado.

—Sí, un hombre alto, rubio. El coche está ahí fuera.

La inquietud de Julia aumentaba por momentos. El encargado y la joven intercambiaron

miradas.

—A ese tío se lo llevó una ambulancia hace algo más de una hora, si es el mismo que yo creo —dijo el encargado sin contemplaciones.

Julia se llevó las manos a la cabeza, y comenzó a deambular mirando al suelo. No podía ser.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo al fin.

—No estoy seguro, pero, por lo que me contó una de las camareras, el tío estuvo bebiendo desde temprano. Luego, empezó a esnifar; al parecer bastante —gesticulaba con las manos con cada palabra que decía—. Después una camarera salió de uno de los aseos de señoras dando alaridos y completamente asustada. Uno de mis chicos pensó que el tío se había propasado, así que entró para sacarlo a la calle. Cuando abrió la puerta se lo encontró en el suelo convulsionando y vomitando sangre al lado de un retrete. Le juro que mi chico no le hizo nada.

El espanto desnudó la cara de Julia, conmocionada.

—¿Me puede decir cuál es el coche? —preguntó el encargado—. Aquí tenemos un abrigo con las llaves porque no nos dio tiempo a meterlo en la ambulancia.

—Sí, claro —aceptó ella.

La recepcionista sacó de un armario contiguo un abrigo largo gris oscuro y se lo entregó al jefe. Los tres salieron del local. Había dejado de llover, pero las escaleras aún estaban mojadas. Julia las bajó con cuidado y caminó presurosa hacia el coche de Richard, seguida por el encargado y la recepcionista. Al llegar al vehículo, el hombre sacó la llave de uno de los bolsillos del abrigo y presionó el botón de apertura. Sonó “*chiug*” y los cuatro pestillos se abrieron. Sin duda, las llaves y el abrigo eran de Richard.

—¡Maldita sea! —exclamó Julia otra vez aterrorizada.

—Se lo han llevado al hospital *Saint Jacob* —dijo el otro, queriendo zanjar el asunto.

—¿Me puedo llevar el coche? —preguntó ella, esforzándose por mantener el tipo.

—Claro que sí, guapa. Pero yo a partir de aquí me olvido de esto, ¿eh?

—No hay problema —replicó, asqueada por la indiferencia del tipo.

Julia entró en el coche de Richard. Arrancó y, dando marcha atrás, salió de la estrecha calle camino del hospital.

Veía por el retrovisor su propio coche alejándose y a los dos personajes atrás entre las sombras. El estómago vacío y el cansancio hacían del interior del vehículo un lugar nauseabundo, intensificado por el fuerte olor a cuero y a colonia masculina. Conducía rápido, apenas atendiendo a las señalizaciones o cualquier vehículo próximo

—Maldito estúpido —repetía una y otra vez.

Al rato, llegó al aparcamiento del hospital y corrió hasta la entrada de urgencias. Se dirigió a una enfermera de avanzada edad que atendía tras el mostrador principal.

—Disculpe señora, busco al señor Richard Britting, por favor. Creo que ha entrado hace una hora aproximadamente.

—¿Britting, con *B*? —preguntó la enfermera, observándola por encima de las gafas apoyadas sobre la gruesa nariz.

—Sí, con *B*.

—¿Es usted familiar?

—Soy amiga de la familia. Su esposa no ha podido venir aún; necesito recibir información cuanto antes.

—Un momento, por favor.

La enfermera se alejó del mostrador y desapareció tras una cortina próxima. Julia se

puso a deambular de un lado a otro como un gato enjaulado. La mujer apareció de nuevo a los pocos minutos.

—Por favor, entre en la consulta dos, allí al fondo —dijo, apuntando a una de las puertas al otro extremo de la estancia—. El doctor estará con usted en un segundo.

Julia entró por la puerta, aliviada por haberle encontrado. Era una estancia pequeña, bien iluminada, pintada de blanco y sin decoración en las paredes. Solo había dos sillas negras de plástico separadas por una mesa ancha. Julia permaneció de pie.

Pasó un largo rato hasta que por fin el médico apareció y, sin saludar, tomó asiento al lado opuesto de la mesa.

—Siéntese, por favor, soy el Doctor Penn —dijo impasible, dejando caer una carpeta rígida sobre la mesa—. ¿Es usted amiga cercana del Sr. Britting y de la familia?

—Así es, soy Julia De la Vega. No estaba segura de si le encontraría aquí; le estábamos buscando. Su mujer me llamó preocupada al no llegar a casa. ¿Qué tal esta Richard?

—Señorita De la Vega, lamento decirle que su amigo ha fallecido.

No podía ser, era imposible. Le embargaron unas intensas ganas de vomitar, apenas conteniéndose. Se le empañaron los ojos y un atroz nudo en la garganta casi no le dejaba respirar.

—¿Está usted seguro, doctor, que hablamos de la misma persona? —preguntó con la voz entrecortada.

—Richard Britting; rubio, metro noventa y cinco, cincuenta y un años de edad. Llegó inconsciente y le hemos identificado con el carnet de conducir. Nos gustaría que le identificase, por favor, si no tiene usted inconveniente. No pudimos localizar ningún número de contacto —aclaró el médico.

—¿Cuándo falleció?, ¿que lo ha causado?

—Hace apenas veinte o treinta minutos. Aún es pronto para determinarlo con certeza, pero todo apunta a sobredosis de alguna sustancia tóxica o drogas. Estamos realizando la autopsia correspondiente —diagnosticó el médico—. Acompáñeme, por favor.

Sin decir más, los dos salieron de la sala. Julia luchaba para no desmoronarse. Respiraba con rapidez, caminando detrás del doctor, intentando asimilar el golpe.

Las imágenes de las últimas veces que había estado con Richard y Margy se sucedían vertiginosas en su mente.

Prosiguieron a lo largo de varios corredores vacíos.

Llegaron a una sala, donde una docena de cortinas verdes cubrían lo que había tras ellas. El médico recorrió una, apareciendo una camilla con un bulto cubierto por una sábana también verde. Se acercaron a uno de los extremos y el doctor descubrió el cuerpo. Era Richard. Su rostro color ceniza parecía solamente estar dormido y que en algún momento despertaría. Pero estaba muerto. Julia volvió a cubrir el cuerpo, aterrada.

—Es él —susurró, apartando la vista hacia el suelo. Salió del apartado y el doctor cerró la cortina tras de sí, acompañándola.

—Nos gustaría que nos facilitase los datos de contacto de la familia para comunicarnos con ellos.

—Claro, no hay problema. Me gustaría darles yo la noticia, si no tienen inconveniente —objetó ella, pensando ahora en su mejor amiga—. Iré a su casa ahora mismo.

—No habrá inconveniente, Julia; al hospital le parecerá bien. Tomaré también sus datos antes de irse, por favor.

—Sí, claro.

Julia facilitó las reseñas de contacto de la familia al hospital y se dirigió al coche de Richard. Caminaba despacio, abrumada por la situación. Necesitaba desahogarse. Más aun, necesitaba tiempo para decidir cómo iba a darle la noticia a Margy. Le habría gustado que Chad hubiese podido acompañarle en esos momentos, pero también él estaba ilocalizable.

Conducía despacio y necesitaba ganar tiempo, pensar en las palabras que utilizaría. ¿Cómo decirle a una esposa que su marido y el padre de su hijo habían fallecido?

Sabía que Margy amaba profundamente a su esposo. También él a ella, a su forma. ¿Y cómo le explicaría la causa de su muerte? ¿Podría acaso revelar cómo supo encontrar a su marido? Demasiadas preguntas sin respuestas.

Llegó frente al jardín de la vivienda, condujo el coche por la rampa y aparcó delante de la puerta de la cochera.

Tan pronto apagó el motor, se abrió la puerta de la casa y vio a Margy salir enfadada. Caminaba con determinación hacia el vehículo, dando grandes zancadas, amarrándose los lazos de la bata de seda. No debió darse cuenta de que era Julia quien estaba al volante, hasta que por fin puso los ojos en su interior. Vio que estaba sola; paró en seco, extrañada. Advertía en el rostro retorcido de su amiga que algo grave había ocurrido. Julia se apresuró en salir del coche y la otra se acercó a ella con las palmas de las manos hacia arriba y un interrogante en el rostro.

—¿Y Richard? —preguntó, temiendo cualquier respuesta.

—Margy, he estado en el hospital de Saint Jacob. Entremos en casa y te cuento.

—¡Julia!, ¿y Richard? —insistió, llevándose las manos al cuello, dejando paso a la desesperación.

—Querida amiga mía, Richard ha muerto.

Julia se desabrochó el arnés de los hombros, ajustó hacia atrás su asiento y apoyó las gafas *Rayban* sobre la cabeza, a modo de diadema. El piloto automático ya estaba conectado. Mike le secundó guardando la lista de chequeo entre los dos asientos y apagando la señal luminosa para que los pasajeros pudiesen moverse tras el despegue.

Iban camino de Hollywood, Florida. Trasladaban a un anciano desde Houston, después de una operación oncológica realizada hacía unos días en el Saint Joseph Hospital de Kansas.

Fue una llamada de última hora. “Os quiero aquí en una hora”, o algo por el estilo, les dijo Fusibles. Julia solo tuvo tiempo de vestirse y echar mano del maletín de piloto, siempre presente en la silla junto a la puerta del apartamento por si había que salir corriendo.

El vuelo desde Wichita a Houston transcurrió según lo programado. Cuando llegaron al aeropuerto texano, la ambulancia les estaba esperando en la plataforma con el paciente dentro. Quince minutos más tarde, ya ascendían a cinco mil pies rumbo a Hollywood. La mañana era fría y radiante. Julia quedó cautivada por la visión del amanecer desplegado en el horizonte ante ella. Después de tantos años, aun podía sentir en ocasiones la exaltación y belleza de surcar los aires, viendo correr los blancos y grisáceos velos de vapor bajo las alas.

No siempre era así. La belleza natural, inalterable e intocada por el hombre sumergido en lo vertiginoso y las prisas, se hacía presente y destapaba la piel más superficial de su alma para mostrarle una leve y fugaz percepción de paz. No era nítida; solo la intuía.

Todavía el sol se resistía a despuntar, rezagado tras un blanco y brillante tul de espesa niebla dormida en el horizonte, coloreando el albor de amarillos y aclarando el celeste del cielo. El movimiento del avión apenas se percibía. Se deslizaba como el filo de una navaja, cortando el aire con el fino silbido de los motores en la parte posterior del fuselaje. Luego, a la derecha, aparecía una inmensidad de verdes y azulados con girones canela dibujados por las playas y el océano profundo e interminable.

—Impresionante —dijo Mike.

—Tienes el mejor trabajo del mundo, tejano —añadió Julia.

—En eso usted y yo estamos de acuerdo, comandante —dijo él, sujetando un vaso de plástico lleno de humeante café—. En días como hoy, me parece increíble que aun haya gente que diga que esto ha salido de la nada —dijo, inspirado por el pasaje.

—Si vamos a entrar en ese berenjenal, te digo yo que tengo mis dudas —cortó Julia.

—¿A qué te refieres?

—Verás, cuando era pequeña me criaron en un colegio católico de monjas en España. Me enseñaron el catecismo, los mandamientos y todas esas cosas; iba a misa con mis padres a menudo. Supongo que lo hacía por costumbre, aunque tengo muy bonitos recuerdos. Luego, me vine a Estados Unidos y dejé de ir a la iglesia y esas cosas. ¿Tú qué religión profesas?

—Soy cristiano, presbiteriano.

—Bueno, pues entonces estaremos de acuerdo en que algún Dios existe, y que seguramente haya hecho todo lo que vemos. No tengo tan claro cuánto realmente se involucra en

la vida de los hombres. Tampoco tengo claro la autenticidad de algunas iglesias. Si todas son cristianas, ¿por qué hay tantas denominaciones distintas? No me malinterpretes; creo que algunas hacen una labor social extraordinaria y que hay mucha gente buena que intenta hacer un mundo mejor. Pero no tengo tan claro donde está Dios cuando hay terremotos que hacen que niños mueran, haya hambruna en tantos lugares y las injusticias se sigan unas detrás de otras.

—Entiendo lo que dices Julia, y me sorprende tu franqueza.

—Mira, yo dejé de pensar en estas cosas hace tiempo, cuando me di cuenta de que en realidad uno no puede hacer nada. Los hombres seguiremos siendo igual de estúpidos y egoístas.

—¿Entonces según tú, de que va esto?, ¿qué hacemos aquí, Julia?

En ese momento oyeron al controlador dando instrucciones para que cambiasen de frecuencia de radio.

Mike siguió las instrucciones:

—Houston Center, *Life Lift siete tres lima con ustedes, ascendiendo diez mil quinientos para nivel de vuelo dos nueve cero* —transmitió el copiloto.

Julia continuó:— ¿Qué hago aquí? Yo intentó hacer bien las cosas que hago y vivir lo mejor posible sin hacer daño a nadie.

—¿Y volando en *Life Lift*? Julia, tú podrías ser comandante en una línea aérea con la experiencia que tienes, ganar el triple de lo que ganas y tener una vida más fácil. Algo hay, no me lo niegues.

—Pues supongo que igual que tú—respondió.

—Yo estoy aquí porque, a pesar de toda la mugre que desprende la humanidad, quiero pensar que puedo hacer una diferencia con mi vida; que Dios actúa efectivamente, pero es a través de nosotros.

—¿Lo dices en serio? Aunque no me sorprende nada de ti, con esa cara de grandísimo santurrón que tienes.

—Pues así es. Me gusta servir a los demás en las pequeñas cosas que hago. No voy a cambiar todo el mundo, pero si puedo cambiar mi mundo con la ayuda de Dios. Primero, mi familia y amigos; Luego, a los que me rodean.

—Es muy loable que quieras ayudar a los demás y sientas que así lo haces, Mike.

—¿Acaso tú no haces este trabajo por ayudar a los demás? Si no es para los demás, ¿para qué vive uno?

—Pues mira, ya que me preguntas, lo cierto es que lo hago porque me caes estupendamente y me encanta pasearme contigo por medio Estados Unidos cada semana —respondió entre risas.

La evasiva zanjaba la conversación.

—Ok, Julia, ya veo que mejor cambiamos de tema. Por cierto, ¿supimos algo más sobre el accidente del otro día?

—No mucho —dijo ella—. Solo se supo que estaban preparando el avión para llevarlo a Venezuela, para una organización misionera. Algo parecido a lo nuestro, pero con avión de pistones *Cessna 205*.

—¿De veras?

—Sí, estuve leyendo algo en internet. Me generó curiosidad a raíz del accidente. Al parecer es la única línea sanitaria para algunas aldeas de campesinos con la frontera de Colombia. Tienen varios aviones, pero no parecen tener muchas infraestructuras.

—Qué interesante.

—Por lo que leí, cada aldea tiene que mantener la pista de tierra donde un avión pueda

aterrizar. Llevan a médicos, enfermeros, medicamentos, alimentos y ese tipo de cosas. No quiero ni imaginarme lo intenso que tiene que ser meterse en un terruño entre dos lomas sin saber si algún bicho se te cruzará en el camino.

—Tremendo —asintió el copiloto—, es una verdadera pena por el piloto accidentado. Uno de nuestros mecánicos estuvo ayudando a los extranjeros que preparaban el avión la noche anterior al accidente. No entiendo cómo se les pudo olvidar apretar correctamente las mangueras de aceite.

—¿Qué tienen que ver las mangueras de aceite? El accidente fue culpa del congelamiento en el carburador —dijo contrariada.

—No, la causa fue una goma de aceite que se desprendió durante el despegue, saliéndose todo antes de despegar. El motor se paró en seco a los pocos segundos y de ahí al suelo —sentenció Mike, acabando con el último sorbo de café.

—No entiendo. En el memorial que se organizó en el aeropuerto, Chad y yo hablamos con un mecánico holandés que nos dijo que había sido el carburador.

—¿Estás segura? —ahora dudaba él.

—Claro que estoy segura.

—Pues seguramente será que yo no lo entendí bien. En cualquier caso, fue tremendo. Desde luego, nunca se puede bajar la guardia en esta profesión. En cuanto te descuidas, se da la vuelta para morderte en el trasero. Después de años en esto, te das cuenta de que los accidentes siguen estando a la vuelta de la esquina.

—Así es, amigo mío —asintió, acongojada.

A treinta y dos mil pies de altura, la tierra convertía el horizonte en un perfecto e inmenso arco. Los rayos penetraban las limpias ventanillas inundando la cabina, hurgando entre los botones y paneles de control donde una multitud de coloridas figuras, líneas y dibujos mostraban el estado de los sistemas y el rumbo a seguir hacia el destino.

Después de aterrizar con normalidad, aseguraron el *Learjet 45* en la plataforma, no sin antes ayudar a los enfermeros a acomodar el paciente en la ambulancia que ya les esperaba. Los dos pilotos habían volado las horas reglamentarias de la jornada, por lo que tendrían que pasar la noche en el lugar de destino y regresar a la mañana siguiente. Julia quiso quedarse el resto del día en el aeropuerto, enclaustrada en una sala preparada para los pilotos, escribiendo correos desde el ordenador portátil y otras tareas relacionadas con su nuevo puesto.

Ya de noche, se disculpó y le dijo a Mike que cenaría sola. Por lo general lo hacían juntos para darse compañía y conversación.

Al rato, Julia ya descansaba recostada sobre una hamaca de mimbre y cojín de forro verde en la terraza de su habitación. Había pedido al servicio del hotel una sopa del día y una ensalada *César*, y se había dejado la mitad de la comida en el plato. Daba sorbos a un botellín de cerveza *Budwieser*, escuchando el brumar cercano de las olas que iban y venían en la orilla a escasos metros de ella. El cielo flotaba inundado por millares de estrellas. Podía ser un buen lugar para desgranar los acontecimientos de los últimos días, que se agolpaban esperando el momento lejos del frenesí diario. Se acumulaban: el estrés por el fallecimiento de Richard, la dificultad de los últimos vuelos, su ruptura con Chad, el accidente aéreo reciente, la promoción a piloto jefe y las nuevas responsabilidades que eso conllevaba. No llegaba a asimilar tantos cambios. Y, sin embargo, allí sentada, le embargaban la quietud y sosiego. Creyó oír algo que le

estremeció en el insistente susurrar de la marea. Todo su cuerpo asintió, dejando caer los brazos lánguidos que llegaban casi a rozar el suelo.

El frío del Atlántico y un intenso dolor de cuello le sacaron del sopor en el que se había sumido. Se incorporó de la hamaca lentamente, ayudándose con la mano en la cintura y saboreando la saliva espesa de su boca, más amarga por una pesadilla imposible de recordar. Entró en la habitación, acercándose a la cama y, tras dejarse caer, apenas durmió el resto de la noche.

El entierro de Richard se pospuso hasta seis días después de su muerte. La mañana del sepelio apareció encapotada y gris, con una fina capa de lluvia que caía incesante.

Julia y Chad acordaron acudir juntos, a pesar de haber terminado su relación hacía varios días. Llegaron a escasos minutos antes de la hora del comienzo. La ceremonia se celebraba en la misma iglesia donde Margy y su hijo acudían a la misa cada domingo. Cuando por fin llegó el coche fúnebre al aparcamiento, apenas había una veintena de personas esperando el cuerpo del difunto.

—Qué poca gente —observó Julia, extrañada—. Un hombre tan conocido y con tanto éxito, y que pocas personas han venido a despedirse.

No reconocía a casi nadie. Tan solo pudo identificar al propietario de la empresa donde trabajaba Richard, la hermana de Margy y algún que otro familiar. También reconoció al anciano sacerdote que en otras ocasiones había visto en la capilla del templo. Este vestía *estola* morada bajo una *casulla* del mismo color. Después de saludar uno a uno a todos los presentes, con rostro grave, lideró la procesión hacia el interior del edificio.

La ceremonia aconteció despacio y solemne. El sacerdote se tomó su tiempo para completar la liturgia. Ofreció una homilía sencilla y esperanzadora, aunque era aparente que casi todos los presentes deambulaban con la vista por la nave principal, notablemente aburridos de lo que el venerable anciano decía. Solo Margy y los familiares más próximos escuchaban atentos sus palabras. Después, el ataúd fue bendecido y el resto de la ceremonia acabó rápido. Todos salieron de la iglesia y caminaron otra vez en procesión hacia el furgón que esperaba fuera para llevar el cuerpo al cementerio.

—Chad, si no te importa me gustaría quedarme aquí un rato —dijo Julia —; os alcanzaré en unos minutos.

Este asintió algo a disgusto, dejándola sentada en uno de los bancos más próximos al altar mayor. El silencio se adueñó de la nave. Solo ocasionalmente se escuchaba algunos pasos, o el abrir y cerrar de alguna puerta o cajón, procedentes de algún lugar remoto en el templo.

Pasaban los minutos y la zozobra le retenía allí. Clavaba la mirada fija en la pequeña caja dorada y labrada, pendiendo de un retablo tras el altar. Observó sosegada el brillante reflejo del único foco encendido que bañaba el sagrario desde una de las columnas laterales.

—¿Estás ahí?... ¿por qué?! —su voz se elevó con rabia, haciendo eco en los altos muros.

—Él puede convertir lo malo en bueno, querida—dijo una voz detrás de Julia.

Miró hacia atrás sorprendida. A un metro escaso encontró al anciano sacerdote. La española reconoció su baja estatura, frente despejada y pelo blanco. Ahora vestía sotana negra completa. Le calculaba unos setenta años largos, delgado y ojos inquisitivos.

—Disculpe. No era mi intención interrumpir su reflexión —dijo el anciano—. Solo me he acercado para ver si podría ayudar en algo. ¿No se fue usted con el grupo?

—Sí, ahora mismo me iba —dijo contrariada.

—No se preocupe, quédese el tiempo que quiera. ¿Es usted amiga o familiar del fallecido?

—Amiga. Soy amiga de la esposa del fallecido.

—Ah, muy bien, muy bien. Usted es de la zona, ¿verdad? Me ha parecido verle alguna vez por aquí; concretamente, en la capilla de atrás. Soy el Padre Padelli, vicario y párroco de esta iglesia.

—Encantado, Padre Padelli, soy Julia De la Vega, española, pero vivo en Wichita desde hace algunos años.

—¡Española! Ah, muy bien, muy bien —repitió el párroco sin alzar la voz, y brindándole una sonrisa—. Ya había notado algo de acento; no le ubicaba. Habla usted muy bien inglés. —y diciendo esto se sentó junto a ella, fijándose también en el sagrario resplandeciente.

Los dos permanecieron unos segundos inmóviles, sin decir nada.

—Espero no importunar —continuó él—, antes le oí preguntar algo en voz alta. No se refería a la muerte del marido de su amiga, ¿verdad?

—Es cierto —dijo.

Quizá la voz apacible y sosegada del anciano le hacía bajar la guardia; o quizá era la tranquilizadora presencia de alguien que pudiese dar sentido al propio desconcierto que le invadía. No llegaba a reconocerse a sí misma, desprovista de su usual fortaleza.

—¿Cristiana? —ahondó el cura.

—Católica.

—Ah, muy bien, muy bien, ¿y entonces?

—Digamos que mi vida dista mucho de ser la de una buena cristiana, padre —ofreció un leve destello de amarga sonrisa.

El anciano la leyó con suspicacia.

—¿A qué se dedica, Julia?

—Soy comandante de ambulancias aéreas.

—Ah, qué bonito, muy bien, ¿y es usted feliz?

La pregunta perturbo a Julia y, llegado a ese punto, no sabía cómo zafarse.

—La vida es muy complicada, padre —se quejó displicente.

—Claro, claro, es cierto, es complicada —asintió él, cruzando los brazos y apoyando la espalda en el banco —; las personas la complicamos.

—Quizá sea fácil para usted decir eso, padre —se excusó.

El anciano dejó escapar varias carcajadas que irritaron aún más a Julia, deseando salir de allí cuanto antes.

—Se hace tarde, he de irme, padre —dijo, haciendo ademán de levantarse.

—Yo he llegado a matar, hija —dijo en tono triste, parándola en seco—. Hija mía, de joven no fui sacerdote, ¿sabes? Fui soldado, y te puedo asegurar que comprendo mucho sobre la injusticia que percibes y que ciertamente casi nunca entendemos. La vida da muchas vueltas. Dios tiene un sentido de la misericordia espléndido. Ah, espléndido realmente, es maravilloso. Puede coger al hombre más sucio, indigno y vil y revestirlo de la mayor dignidad. Coger algo tan difícil e incomprensible como el dolor y darle el mayor de los sentidos.

—¿Qué dignidad, padre? —preguntó perpleja por las palabras del anciano.

— Hacernos hijos suyos. Ahí está lo que buscamos; solo ahí está el sentido de todo: el dolor, la alegría y la felicidad.

— No sé, padre, me gustaría creerlo: pensar que Dios es como usted dice. Pero, ¿cómo hacerlo cuando todo lo que me rodea me dice lo contrario? Yo misma siento que vivo en una

lucha continua, casi una doble vida.... rumbo a un puerto que yo misma no deseo —sentenció desesperanzada.

—Claro, entiendo, entiendo. Si tu pierna te hace caer, deshazte de ella.... —resolvió sereno.

—¿Qué quiere decir, padre? Lo siento, pero no entiendo.

—Que a veces es mejor cambiar de barco que seguir en el rumbo equivocado. Si es tu caso o no, solo tú lo sabes, nadie más...y Dios, claro.

La española meditó en silencio unos segundos.

—He de irme, padre. Gracias por su tiempo y sus palabras —dijo saliendo al fin de sí misma.

Seguramente le estarían echando en falta.

—De nada, Julia. Esta es tu casa y vuelve cuando quieras.

—Gracias, padre. Quién sabe, quizá lo haga.

Se alejó dando grandes zancadas hacia a la puerta de salida. Ya en la calle, sintió la brisa fresca acariciándole el rostro. Los nubarrones grises volaban con premura impetuosa en un cielo cerrado, y un olor intenso a tierra húmeda lo envolvía todo. Pero había dejado de llover.

Hace unos días que empezó todo. Gracias a Dios, Narda y yo no pudimos ir a la bodega el día en el que la agencia de paquetería intentaba hacer entrega por tercera vez. Si no hubiésemos estado en casa esa mañana, habrían devuelto el paquete al remitente por no haberse podido hacer la entrega al destinatario. Hoy día puedo decir que nunca me he alegrado tanto con la avería del coche como la de ese día, que nos obligó a quedarnos en casa.

Esa mañana, cuando recibí la caja de cartón de cigarros cubanos envuelta en hojas de periódico sucias de aceite, mi sorpresa fue mayúscula al reconocer de inmediato la letra de Julia en los datos del envío. No esperábamos ningún paquete, siendo su costumbre desde que se trasladó a Venezuela el avisarnos con antelación para estar pendientes de que los correos llegasen. Esta vez no nos avisó. Y no había ninguna festividad o cumpleaños próximos que delatasen la intención. Esperé sentado bajo la ropa de camilla durante varias horas a que Bernarda regresase de varios recados en la mercería y Casa Tobalo. La tuve cerrada frente a mí, apoyada sobre el cristal de la mesa. Aunque me moría de ganas, no quise abrirla sin ella. Pensé que se llevaría una grandísima sorpresa, y vaya que si nos la llevamos.

Tan pronto oí las llaves en la puerta del zaguán y sabiendo que había llegado a casa, ya no pude contenerme y, cogiendo la caja, caminé a paso ligero a mostrársela. Me fui hacia ella con tanto ímpetu que, dando un traspié, casi me caigo encima del paquete si no llega a ser que di a parar contra el marco de la puerta. El golpe me dolió lo indecible. Como no podía ser de otra manera, Narda se rio de buena gana y a mandíbula abierta tan pronto vio que el único daño que tenía era mi ego herido.

Una vez le expliqué lo que traía, se le cortó la risa de inmediato, tornando su rostro serio. Le di la caja y nos fuimos juntos al salón a abrirla. Ella fue la primera en verlo. “Es un libro, Carlos”, dijo. Efectivamente, era un libro. Mejor dicho, un cuaderno de apuntes. Al retirarle las hojas sucias y desgastadas y abrir la tapadera encontramos un cuaderno de anillas de lo más común, con lo que parecían ser apuntes. Parecían escritos con rapidez y poco ordenados. Ni siquiera era su letra. No encontramos ni una carta adjunta, ni una nota que aclarase aquello. Nada. Incrédulos, no llegábamos a entender lo que teníamos entre las manos. Comprobamos que los apuntes estaban escritos en inglés. Entonces tomé yo el cuaderno y comencé a ojear las paginas una detrás de otras. Serían en total no más de cuarenta, de las cuales, solo las cinco primeras parecían estar escritas. El resto de las páginas estaban vacías. Hojas blancas con cuadrículas azules de un cuaderno corriente. Sin embargo, al fijarme más detenidamente, las palabras comenzaron a cobrar sentido. Leyendo sin demasiado detenimiento, podía identificar claramente algunas que habían sido muy familiares para mi hacía ya más de una década.....Cessna 205, aircraft, medical air support, landing strip....y otras menos familiares pero sin duda más preocupantes.....special cargo, cover operation, ilegal material, Cuachipé...Estas últimas bastaron para que dé un golpe me levantasen como un resorte de la silla y casi faltándome el aire por la angustia. Me volví y le dije, “Narda, vamos a llamar ahora mismo a la niña.”

El policía de aduanas cogió instintivamente el pasaporte del mostrador, abriéndolo con una mano mientras buscaba inquisitivo en el rostro de Julia cualquier indicio de nerviosismo. Era un hombre de mediana edad, delgado y piel tostada. Se mantenía sentado e impasible tras el mostrador de madera laminada en blanco.

—¿Es usted española? —preguntó, cotejando la imagen de la foto.

—Así es —respondió concisa.

No estaba para charlas después de ocho horas de vuelo y dos conexiones hasta Bogotá. El experimentado policía pareció entenderlo. Aun así, continuó indagando.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a Colombia?

—Voy de paso. Me dirijo a Bucaramanga y de ahí en coche hasta la frontera con Venezuela.

Esto último despertó la suspicacia del agente, irguiéndose al instante en su asiento y agudizando el interés.

—Pero usted es española y viene de Estados Unidos. ¿No es mucha vuelta para ir a allá? ¿Qué va usted a hacer en Venezuela?

Requería de explicación y ella entendió que iba a tener que ahondar más de lo que le apetecía.

Había leído bastante sobre ambos países durante las semanas previas al viaje, y sabía de sobra lo que en el fondo el oficial le estaba preguntando. Era frecuente en los últimos años que prófugos de la ley en sus países de origen afines al régimen buscasen refugio legal en Venezuela.

Esto había suscitado la suspicacia de las autoridades colombianas, que habían acabado reforzando la seguridad para que la frontera no se convirtiese en un coladero, o fuesen utilizadas como rutas clandestinas de tráfico de drogas. También era bien conocido el tránsito de terroristas occidentales para prestar apoyo logístico y formación a las guerrillas de la zona, a cambio de soporte económico para financiar sus propias luchas y reivindicaciones.

El expectante policía dejaba claro que tendría que demostrar que no era ninguna de las opciones anteriores o algo parecido.

—Vale, entiendo. Permítame que le muestre

—descolgó la mochila de lona azul del hombro, apoyándola sobre la pierna flexionada contra el mostrador.

El hombre se limitaba a observarla mientras ella abría la cremallera y extraía un documento de una carpeta de plástico—. Soy piloto y voy a Venezuela a realizar trabajo social — le entregó el papel al agente—. Comprobará usted en esta carta de aceptación los datos de contacto del equipo directivo, al igual que el visado de trabajador social para organización sin ánimo de lucro en el pasaporte —concluyó.

El oficial revisó el papel con detenimiento y pasó ágilmente las páginas con los dedos para encontrar el visado venezolano. Tras comprobar que coincidía y la verosimilitud de su historia, se dio por satisfecho. Pasó el lector electrónico por la cinta magnética que tenía en su

lado de la mesa, y esperó unos segundos.

—Puede usted pasar, tenga usted buen viaje —sentenció serio y devolviéndole toda la documentación.

Julia salió por el área de llegadas, después de recoger la única maleta con la que viajaba, y se dirigió hasta la puerta de embarque de su siguiente vuelo con destino a Bucaramanga. El avión saldría en dos horas, pero tenía por costumbre ubicarla antes de deambular por el aeropuerto. Caminaba despacio por la terminal, con mezcla de cansancio y curiosidad, mientras observaba todo lo que pudiera resultarle desconocido. Pretendía dormir un rato en cualquier rincón, aunque no se sentía del todo tranquila y a pesar de estar dentro de la zona de seguridad de la terminal.

Pronto reparó en el pulido brillante del suelo y la pulcritud del entorno. Se había acostumbrado a ver aeropuertos enmoquetados y el cambio le resultaba agradable. El continuo rumoreo en español le sugería que estaba en Miami, Bogotá o en Madrid, sin saber dónde del todo. Sin embargo, una cortesía sincera en la conversación se hacía apreciable entre los pasajeros que paraban en los establecimientos de la terminal y los encargados de las tiendas, bien vestidos y peinados. Incluso el más sencillo trabajador parecía ser consciente de la especial relevancia de su trabajo o quizá una apreciación por poder desempeñarlo. Nunca se lo habría imaginado.

Por un momento se dejó contagiar por el ambiente amable y sereno que se percibía, a pesar de caminar en uno de los aeropuertos más activos de Sudamérica. Se quitó el hambre comprando un buñuelo, perfectamente redondo y tostado, hecho de harina de maíz, y lo acompañó con chocolate aromatizado con canela y clavo que le ofreció un amable y bonachón tendero desde un pequeño carrito en una esquina de la sala de espera, justo frente a la puerta de embarque. Saboreaba todo, dando grandes mordiscos tras encontrar un espacio vacío en unos bancos acolchados próximos. Reconocía la música de un ballenato que llegaba desde un restaurante para turistas, no muy lejos de donde se había sentado.

Las jóvenes camareras vestían trajes tradicionales de campesina que, atendiendo a los comensales, iban y venían desde el interior de la cocina, distribuyendo platos típicos en las mesas exteriores. Al igual que el ballenato, Julia pudo reconocer algunos de los alimentos que servían, sabedora de ellos por varios amigos colombianos que dejó atrás en Wichita. Utilizando platos de madera pulida, se servían: patacones con carne molida, *bandejas paisas*, *mondongo*, e incluso humeantes sopas de *sancocho* con su seco incluido. Los postres variaban también; desde arroz con leche hasta arequipe con queso o *mazamorra*. El restaurante era un hervidero y, por un momento, desearía haber contado con más tiempo —y sobre todo dinero— para almorzar en ese lugar o hacer escala de varios días y conocer mejor el país. Pero no tenía ni lo uno, ni lo otro.

Intuyendo que las labores en una organización de ayuda no le iban a reportar más que para vivir al día, decidió utilizar todos los ahorros para cancelar la hipoteca del apartamento en Wichita, varias tarjetas de crédito y utilizar lo que le quedaba en costearse un curso preparatorio sobre misiones, aclimatación y aprender sobre el trabajo que iba a desempeñar dentro de *Misión Air*. Lo demás fue para el billete de aerolínea, una noche en Bucaramanga para descansar y su traslado en autobús a Cuachipé. Pilotar aviones monomotor sobre la selva, acarreando sacos de harina y maíz, iba a distar mucho de volar reactores en uno de los países más avanzado del mundo.

Barruntando estas ideas, comenzó a perder la noción del tiempo, embriagada por la música y la falta de oxígeno por la elevación de Bogotá, y cayó en un soporífero sueño.

—Señorita, señorita..., despierte señorita.

Julia abrió los ojos, confundida. Una auxiliar de vuelo en uniforme le sonreía,

inclinándose hacia ella.

Desubicada, intentaba recordar en qué lugar estaba y hacia donde iba. Se incorporó del banco, recogió la mochila azul que había quedado a sus pies y sacó la tarjeta de embarque para entregársela a la auxiliar de vuelo.

—A Bucaramanga, ¿verdad? —preguntó, llevándose los dedos a la sien por el fuerte dolor de cabeza que le invadió súbitamente.

—Sí, señorita. Necesitamos que no se demore, por favor. Usted es el último pasajero —dijo la azafata mientras pasaba el billete por el escáner.

Bajó las escaleras metálicas a toda prisa, salió a la plataforma y avanzó a grandes pasos siguiendo una línea azul en el suelo. Esta conducía al turbohélice aparcado a mucha distancia, y esperaba con la puerta abierta y el resto de los pasajeros ya dentro. A pesar de la brevedad del paseo al avión, resultaba reconfortante sentir el aire húmedo y fresco en el rostro. Subió apresurada los peldaños y entró en la aeronave.

—Lo siento—se disculpó con el comandante, que le esperaba en la puerta de la cabina perfectamente uniformado, pelo engominado y la gorra bajo la axila.

Tras él, otro piloto apretaba interruptores y preparaba el vuelo dentro de la cabina.

Julia comprobó que no más de diez asientos de los cincuenta que había disponible estaban ocupados por pasajeros. Caminó el pasillo hacia el final de la cabina, buscando su sitio en la última fila. Era evidente que algunos de los pasajeros no le quitaban los ojos de encima. Quizá por curiosidad, quizá deduciendo que era demasiado rubia para ser colombiana o quizá enfadados por estar retrasando el viaje.

Al menos uno de ellos parecía mostrar su recelo abiertamente; un señor delgado, cejudo y cabeza rapada, retirando la mirada tan pronto pasó por su lado.

El vuelo a Bucaramanga de algo más de una hora se le hizo breve. Julia durmió durante casi todo el trayecto apoyando la cabeza contra la ventanilla ovalada y muy a pesar del ruido de los motores. Aun habiendo descansado algo, estaba deseosa de llegar a la habitación del hotel.

El sol aún no había desaparecido en el horizonte. Poco antes de aterrizar, el cambio brusco de potencia e inclinación del avión le despertó, reconociendo así el comienzo del descenso. Un manto rugoso y verde se extendía bajo la aeronave, con pequeños riachuelos surcando entre el relieve de las montañas.

A medida que descendía, apreciaba las variadas bandadas de pájaros volando sobre diminutas aglomeraciones de viviendas con techos de barro rojizo y estrechos y serpenteantes caminos como único cordón entre unas y otras aldeas. Una vez que el avión estuvo en la senda de aproximación, apuntando a la elevada meseta coronada por aeropuerto de Paloalto, pudo ver por fin la ciudad de Bucaramanga. Se desplegaba allá abajo, en el valle contiguo; apretada de edificios, viviendas y bloques de pisos dispuestos sin homogeneidad, adaptándose lo mejor posible al accidentado terreno. Admiró la combinación de belleza natural de la zona y desaliño urbano proveniente de la mano del hombre, hasta que finalmente aterrizaron.

El trámite de desembarque y salida por la puerta de llegada de la terminal fue ágil y sin inconvenientes.

Una vez en la calle, se acercó a uno de los muchos taxis amarillos estacionados en la terminal, entregándole al conductor un pequeño papel desdoblado con la dirección del hotel donde pasaría la noche. *Hotel Las Cruces*, leyó el taxista.

—Cómo no, señorita —dijo.

Era un hombre delgado con rasgos amables y oscuros, tupido cabello negro perfectamente peinado y ancha sonrisa.

El paseo al hotel duró casi una hora. El descenso serpenteante desde el aeropuerto a la ciudad no permitía grandes velocidades, requiriendo frecuentes cambios de marcha y frenada que realizaba el hábil chofer. Una vez más, Julia prestaba atención a todo lo que se presentaba por su ventana. Ahora una amplia avenida cargada de tráfico y gran cantidad de motos, gente de distintas procedencias abarrotando las calles y comercios. Luego, callejuelas estrechas con viviendas adosadas fabricadas en ladrillo rojizo parecidas a las de algún pueblo del sur de España. A pesar de que había avanzado la tarde, aún discurría la actividad en tiendas abiertas en las que, en algunas, un aburrido y bien pertrechado vigilante custodiaba la entrada del local.

Veía pequeños puestos de chuches, buñuelos y *guarapo*, dispuestos estratégicamente en las esquinas, y algún que otro joven *gamín* aprovechaba el rojo de un semáforo para tantear la benevolencia y unas monedas de los conductores durante los pocos segundos en los que se convertían en obligados espectadores.

El hotel estaba en una zona tranquila de la ciudad, urbanizada con pisos de *estrato cinco*, que era medio-alto, según es la costumbre de identificación del nivel adquisitivo de la cuadra y que Julia reconocía como barrios. El hotel hacía esquina entre dos calles muy transitada. Hacia un lado se encontraba la Iglesia de la Sagrada Familia y hacia el otro un almacén *Exito*, de donde un reguero de personas entraban y salían en un fluir incesante. Algunos feligreses aún entraban en el templo para acudir a la misa de la tarde. El taxista aparcó delante de la puerta del hotel, donde un botones se aproximó de inmediato para abrir la puerta del viejo *Chevrolet* amarillo para que saliese la turista española.

—Muchas gracias por el paseo— dijo Julia, pagando el dinero de la carrera y aliviada de estar finalmente en el hotel.

—No hay de que, señorita — dijo el taxista.

Entró en el hotel y se acercó al amplio mostrador en el fondo del salón que hacía de recepción. El decorado era con mobiliario colonial de madera y mimbre. Todo estaba impecable.

—Buenas tardes, señora, bienvenida a *Las Cruces*. ¿Tiene usted reserva? —dijo un muchacho joven alto y apuesto que lucía un traje de chaqueta gris marengo.

—Hola, si, buenas tardes. A nombre de Julia De la Vega, por favor —dijo, y dejó caer la mochila junto a la maleta.

—¿"De la Vega", me ha dicho?

—Efectivamente, De la Vega.

—Disculpe, señora, no aparece su apellido. ¿Me ha dicho "Julia"?

— Si, Julia De la Vega, con "V" en Vega —hizo ademán de sacar el pasaporte del bolsillo delantero de la mochila, donde lo había guardado durante todo el viaje.

No estaba ahí. Comenzó a buscarlo en la chaqueta blanca de lona fina que llevaba puesta. Mientras, también el recepcionista buscaba la reserva en la pantalla que tenía delante.

—¿Ha hecho usted la reserva a su nombre o quizá a nombre de otra persona o compañía?

—Mi pasaporte —dijo para sí, rebuscándose la ropa y agitando los bolsillos—. ¿Quizá la hice a nombre de

Misión Air Service. Discúlpeme un segundo —dijo cortante y concentrando toda su atención en encontrar el pasaporte.

No aparecía; su rostro de tez clara se tornó rosada, alarmada por el extravió del documento. Confusa, intentaba acordarse de donde podría haberlo dejado. Sin duda el oficial de inmigración en Bogotá se lo había devuelto. Hasta ahí todo bien. Sin embargo, no estaba segura de haberlo mostrado junto con el billete antes de subir al avión a Bucaramanga. No sería la primera vez. En más de una ocasión no se lo habían pedido al embarcar en España o Estados

Unidos; siempre por culpa de algún agente con prisas por subir a los pasajeros o por descuido. Recordó entonces el ajetreo durante el embarque, después de haberse quedado dormida en el banco de la terminal.

—Me quedé dormida—dijo en voz baja.

El recepcionista llegó a oírle, observándole y sin entender del todo lo que ocurría.

La posibilidad de haberse caído del bolsillo mientras dormía no tenía sentido; estaba dentro de la mochila con la cremallera cerrada. Por un instante, pensó en la opción más desagradable. Quizá se lo habían robado mientras dormía, aunque no era probable.

—Disculpe, señora — el joven continuaba observándola y ahora reclamaba su atención —. Disculpe señora, ¿está usted segura de que su reserva es en este hotel? No consta nada en nuestro sistema.

—Me está bromeando, ¿verdad? —replicó Julia alarmada mientras seguía buscando dentro de la pequeña maleta, ahora abierta en el suelo—. Yo misma hice la reserva hace un mes. Es más, recuerdo haber hablado con una tal Jaquelin—aseveró.

—Disculpe, señora, no quisiera llevarle la contraria, pero llevo en este hotel dos años y ninguna de las empleadas tiene ese nombre.

Julia se incorporó del suelo de un salto, volviéndose irritada hacia el recepcionista.

—Mire, no estoy segura exactamente de qué ha podido pasar, pero le puedo asegurarle dos cosas: que necesito una habitación, y que tengo dinero o plata, como ustedes le dicen aquí, para pagarlo. Así que, ¿por qué no me confirma que tienen una habitación, me dice cuanto es, y así ya puedo descansar, por favor?

—Claro que sí, señora, disculpe. Sí, tenemos habitación; son noventa mil pesos.

—¿A ver? Sí, unos treinta dólares, *Ok*.

—¿Me permite su pasaporte, por favor, señora?

Durante un instante Julia mostró la más absoluta perplejidad.

—En eso estoy caballero, solo que no lo encuentro. Discúlpeme un segundo. A ver Julia, hija, comienza desde el principio —se reafirmó.

Registró cada palmo de su ropa, vació la mochila y todos sus bolsillos, asegurándose de que nada quedarse por comprobar. Hizo lo mismo con la pequeña maleta. Nada, ni rastro. Se incorporó de nuevo y, apoyando las manos en las caderas, intentaba recordar donde lo habría dejado. El recepcionista seguía mirándola, esperando pacientemente.

—¿Supongo que necesitará usted el pasaporte para alquilarme la habitación? —se cercioró resolutiva y ofreciendo su mejor y bella sonrisa; era su último recurso y confiaba en salir al paso.

—Lo siento mucho, señora, así es.

Quedó inmóvil e incrédula unos segundos, mirándole fijamente. Intentaba asimilar la posibilidad de no poder alquilar una habitación de hotel esa noche. Llegado a ese punto, perder el pasaporte parecía un mal menos. Al menos hasta que supiese dónde exactamente iba a dormir.

—No hay forma de arreglarlo, ¿verdad?, ¿Solo esta vez?

—Lo siento mucho, señora, no me está permitido. Discúlpeme un segundo —concluyó el recepcionista y desvió su atención a otro cliente que acababa de aproximarse al mostrador.

Julia recogió sus cosas poco a poco, metiéndolas desordenadamente en la maleta, dándole vueltas a la cabeza para encontrar una solución.

—A ver, Julia, analicemos esto —caminaba despacio hacia la entrada del hotel—. No tengo habitación de momento, pero sí dinero. Parece que he perdido el pasaporte y sin él no hay habitación. No conozco a nadie en Bucaramanga y se está haciendo tarde. Y lo peor es que estoy

quedándome sin gasolina. Estoy agotada y necesito aterrizar en una cama cuanto antes.

Era evidente que ahí no podría quedarse, y tampoco querría deambular por las calles de la ciudad arrastrando el equipaje y sin un destino claro. No sería seguro. Volver al aeropuerto resultaría otro viaje en coche y, además, no sabría que podría hacer una vez allí.

Al salir del hotel se encontró de frente con la Iglesia de la esquina opuesta. Aún entraban y salían algunas personas, por lo que se dirigió hacia los pórticos, buscando donde recogerse para elaborar un plan. Entró en el templo y mojó el índice derecho en un tarro con agua bendita fijado en la pared. Luego, se acercó arrastrando su equipaje hasta uno de los bancos posteriores de madera. Se arrodilló y mantuvo la vista en un sagrario iluminado dispuesto al final de la nave.

Una hilera de sencillos candelabros fijados en cada uno de los muros laterales iluminaba el templo, quedando algunos rincones oscuros por la falta de luz exterior, que se apagaba a medida que se aproximaba la noche. Las paredes, desprovistas de ornamentos, mostraban el ladrillo visto. Tan solo se mostraban varias imágenes en madera policromada de San Agustín, San José María y una de la Virgen de Lourdes, las cuales resaltaban en sus respectivas peanas. Ya solo quedaban algunas personas en el templo que, tras la misa, habían quedado rezagadas recitando unas últimas oraciones.

Julia seguía dándole vueltas a las posibles opciones.

Necesitaba un lugar seguro para descansar y donde la falta de pasaporte no fuese un obstáculo. Lo siguiente sería dar con la embajada española más próxima para notificar la pérdida y conseguir una copia que le permitiese moverse con libertad. Necesitaba un teléfono y recordó que, desde el taxi y a lo largo del trayecto al hotel, había visto bastantes teléfonos humanos en algunas esquinas. Vendían minutos de llamadas con móviles que les colgaban del cuerpo y estaban asegurados por cadenas. También debería llamar a *Misión Air* para darles el aviso sobre su situación y decirles sobre cuándo podría llegar a Cuachipé, dependiendo de lo rápido que pudiese conseguir otro pasaporte. Difícilmente podría cruzar la frontera con Venezuela sin documentación, por lo que se convertía en prioridad.

Mientras discurría todo esto, apareció un hombre de entre las sombras al fondo de la iglesia caminando enérgicamente hacia ella. A medida que se aproximaba, Julia reconoció el collar blanco sobre la camisa clara recogida sobre unos pantalones oscuros. Era un hombre de mediana edad, con entradas profundas sobre la fina cabeza, pelo corto y gruesas gafas sobre una protuberante nariz.

—Disculpe, vamos a cerrar la iglesia —dijo, dirigiéndose a Julia.

—¿Ya?

—No se preocupe; le aseguro que mañana El seguirá ahí a partir de las siete de la mañana. Puede usted volver cuando quiera —bromeó el sacerdote. La mueca de decepción de Julia no pasó inadvertida.

—¿Sabe?, tengo un par de cosas que hacer en la sacristía, así que, si lo desea le regalo cinco minutos más antes de cerrar.

—Se lo agradezco mucho, padre.

—Agradezco con “z”..., usted es española. No recuerdo haberle visto antes —el cura reparó en el equipaje escondido entre los bancos—. ¿Va usted de paso?

—Sí, estoy de paso; aunque tengo un ligero problema, pero estoy en ello— señaló escueta.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —dijo voluntarioso.

Julia reflexionó unos segundos. No siendo cuestión de vida o muerte o alguna dificultad moral, no tenía claro que ayuda podría brindarle el cura. Lo último que quería es que un hombre

desconocido le viese necesitada de un lugar donde pasar la noche, por más sacerdote que fuese. Pero, de momento, tampoco tenía muchas opciones.

—No tengo donde dormir esta noche, padre.

El cura arqueó la espalda hacia atrás, cruzó los brazos y se frotó la barbilla con los dedos, entendiendo la gravedad del problema.

—Pero usted está de viaje, ¿no? ¿O hay algún tema delicado del que huye? —hilaba fino.

—No padre; estoy de paso y he perdido mi pasaporte esta misma tarde. Me iba a quedar solo esta noche en el hotel *Las Cruces*, frente a la Iglesia; pero sin pasaporte no me dan habitación.

—Ah, ahora entiendo. Esto no es un problema; confíe —concluyó el sacerdote, sonriendo de nuevo.

—No entiendo —sin duda para ella, eso sí suponía un problema, y desde luego, esperaba que el sacerdote no fuese a ofrecerle quedarse en la casa del cura o algo parecido.

—Tiene usted suerte, *diosidencias* de la vida. Tengo que cerrar el templo, pero ponga cuidado. Espéreme un minutito fuera que enseguida le envío a alguien. ¿Ok?

Julia asintió con la cabeza sin confiar del todo en lo que se estaba metiendo. Qué remedio.

—Confíe en mí —repitió él, haciendo una genuflexión hacia el sagrario.

—Por cierto, soy el padre Genaro.

—Julia De la Vega—dijo ella, estrechándole la mano—. Gracias padre, ¿pero que tiene usted en mente?

—Confíe en mí Julia; sígame que hay que cerrar ya la iglesia—se apresuró a decirle.

La española sacó la mochila de entre los bancos y, echándosela al hombro, le siguió hacia la calle.

—Creo que no habrá problema. Espere aquí un minutito que enseguida le envío a alguien, ¿le parece? —repitió él, una vez fuera del templo.

Julia asintió de nuevo, observando el pórtico cerrarse tras ella. Comenzaba a oscurecer en la calle y cada vez había menos vehículos rodando; ningún transeúnte en las aceras.

Aguardó quieta y expectante bajo el pórtico mientras pasaban los minutos. Hacía más de media hora que el sacerdote le había sacado de la iglesia y comenzaba a tener serias dudas sobre la buena idea de aceptar ayuda sin saber en qué consistía el plan. No estaba claro si debía quedarse allí mucho más tiempo, antes de buscar otra solución por su cuenta y riesgo. Se mordía los finos labios y miraba hacia un lado y al otro de la calle. Esperaba recogida con las piernas y brazos cruzados, apoyada contra una de las esquinas del pórtico. El corazón se le aceleraba cada vez que alguien se aproximaba hacia ella y fijaba la vista asustada en cualquiera que pudiese llegar a abordarle.

Hacia un rato que había oscurecido y no quedaba gente en la calle, cuando por fin la estampa de una señora apareció desde una bocacalle próxima. Caminaba deprisa por su misma acera. El repicar de los pasos se oía cada vez más cercano, mientras su sombra de larga falda y velo se proyectaba contra el muro del templo por la luz que desprendía una farola desde el lado opuesto de la vía. Julia se retiró del pórtico y al instante distinguió los hábitos de una monja, dejando escapar un suspiro al entender la buena solución del sacerdote.

—Hola, buenas noches, ¿es usted Julia? —dijo la monja cuando apenas faltaban varios metros para llegar a ella.

Era una señora de mediana edad y voz alegre. Sonreía irresistiblemente, descubriendo grandes dientes blancos que apenas abarcaban su boca, y liso rostro oscuro enmarcado en el blanco velo monástico. La española asintió—. Me ha mandado el padrecito Genaro. Entiendo

que será usted nuestro huésped esta noche en el *Convento de Floriblanca*. Soy la hermana Alberta, de la orden de las Carmelitas, aunque todos me conocen por Hermana Berta.

—Encantada, Hermana Berta; muy encantada — Julia contenía la emoción, apretando la mano de la monja entre las suyas. Levantó de nuevo la mochila del suelo, aliviada y segura de haber llegado a algún sitio.

La misma tarde que recibimos el paquete, Pepe me consiguió un billete a Caracas por internet. Saldría desde Madrid al día siguiente, haciendo trasbordo en Atocha con el primer Ave de la mañana. No sé si estaba más nerviosa Narda o yo. Ella quería ir conmigo, preocupada como estaba de lo que habíamos entendido del cuaderno de notas. La pobre no pegó ojo en toda la noche. Además, sabía que después de yo pasar años sin viajar, la ansiedad que me daban los trayectos largos en avión era inevitable. Quién lo diría, piloto comercial como había sido durante quince años en mis tiempos de soltero, y ahora viajar me resulta intolerable. Supongo que nunca sabré si se debe al resultado de mis propias experiencias de juventud, o el saber que mi apego por aparatos voladores fue la puerta que adentro a Julia a ese mundo apasionado y obsesivo del que desea observar el mundo a vista de pájaro todos los días. La aviación fue todo para mí durante mucho tiempo. Sin embargo, los aviones también representaron el puente que me alejaron de mis seres queridos en mi niñez, cuando cada septiembre me arrastraban a un país lejano a continuar con mis estudios. Ni siquiera sé el por qué años más tarde yo mismo elegiría esa profesión, tan hermosa y exigente, y tan traicionera. O quizá ella me eligió a mí.

Sin embargo, es curioso; fue casarme y cumplirse mis anhelos de plegar las alas para siempre. Se desvaneció la necesidad de buscar horizontes o encontrarme a mí mismo, siendo el mayor anclaje en mi alma el recibir de Dios el maravilloso regalo de Narda y nuestros hijos. Nunca he necesitado nada más, y continuar con el negocio de la bodega familiar fue lo mejor que pude hacer aquel entonces. Hemos sido muy felices. Comienzo a deambular en lo que escribo. Lo que escribía; Narda me insistió mucho en acompañarme. A pesar de ser más fuerte que yo, pero me alegro que no lo hiciese y verme con ella en estas. Cuando no pudimos localizar a Julia por teléfono después de recibir el paquete, supimos que algo serio le podía haber pasado. No era normal enviar el cuaderno como lo había hecho. Era evidente que lo hizo con prisas y sin tiempo a dar explicaciones, seguramente poniéndolo a buen recaudo con quien más pudiese confiar. Deducimos que realmente debía de estar preocupada. Los apuntes no estaban claros, pero parecían indicaciones, datos de vuelo, y coordenadas geográficas. De eso último sí estaba seguro. Intentamos contactar con ella usando el número de móvil que nos había dado cuando llegó a Colombia, pero daba señal de fuera de línea. Luego, busque en Internet la página de la organización donde estaba trabajando. Recuerdo encontrar el sitio web de Misión Air . Sin embargo, al entrar en ella, solo aparecían la dirección en el Aeródromo de Cuachipé y un correo electrónico de contacto. Fue muy grande mi decepción, pues esperaba llegar a ella con una simple llamada. Quizá así podríamos confirmar rápidamente si había algún problema o malentendido, y saber que se encontraba bien. Intentamos pensar en algún contacto que nos pudiese llevar Julia o darnos noticias, pero tampoco sabíamos a quién acudir. Hablé con Chad, pero él no supo nada una vez que dejaron la relación. No volvieron a mantener contacto. También muy a nuestro pesar, en los últimos tiempos, la distancia y la vida tan ocupada de Julia han hecho muy difícil estar al día sobre su entorno y amistades. Aunque nos sabía a muy poco, entendíamos que solo nos pudiese llamar una vez o dos al mes para contarnos cómo estaba y que todo iba bien. Sin algún contacto a

quien acudir, y sin saber la prontitud de las noticias por medio del correo electrónico de la web, se hizo necesario coger un avión e ir en su búsqueda. Y eso mismo hice.

—Deje ya ese *fierro* quieto, huevón, que va a soltar una *balacera* dentro del avión — espetó fastidiado el más grueso de los dos hombres que ocupaban los asientos traseros de la *Cessna 205*.

—Usted perdone, patrón, es que con tanto *voleo* se me alborota la *maricada*. ¿Y será que queda mucho *pa* llegar a Calcetas? Es que ya se me subió la arepa a la garganta, don Menides — dijo el hombre moreno y huesudo que le acompañaba, intentando hacer acopio para no entrar en pánico y regurgitar el desayuno.

Tenía la cabeza rapada y unas pobladas cejas sobre los ojos, que parecían ser una y la misma. Una antigua cicatriz le recorría el lateral de la cara desde la sien hasta la oreja izquierda, donde el lóbulo había desaparecido por algún tipo de desgarró.

Obedeció sumiso al jefe y alejó la mano del fusil *Kalashnikov*, dejando que fuese suelto en la correa que le colgaba del cuello. Se aferró al cojín, atenazando el asiento con las manos. El que parecía ser el jefe no se inmuto.

—Oíste, Frijolito, ¿será que usted si cargo todos los sacos que yo le dije, o qué? — inquirió por fin el hombre grueso, ajustándose los auriculares contra la cabeza calva y peinándose el frondoso bigote con los dedos.

El subalterno no dijo nada. Hizo cálculos durante unos segundos sin tenerlo muy claro y obviando la falta de reflejos mentales. De repente, Frijolito giró sobresaltado hacia la parte posterior del avión, con tanta fuerza que sus auriculares volaron despedidos contra la prominente barriga del jefe, y empezó a contar despacio todos los fardos con los dedos.

—¿Qué hace, pendejo?! ¡Quédese ya quieto, carajo!

El flaco terminó de contar y se volvió a recoger los cascos y ponérselos de nuevo, aliviado de saber que no faltaba ningún bulto. Llevaba varios años haciendo trabajos para Don Menides, y todo el mundo sabía que el patrón era un hombre duro. Lo entendía, pues también este era un mandado al fin y al cabo. Con él se había portado siempre bien, sobre todo desde el día que le sacó de un apuro con un agente de policía. Pero también sabía que semejante olvido le podría costar un escarmiento. El patrón lo había dejado muy claro hace tiempo, diciendo: “con el cargamento y la plata no se perdona ni a la rata.”

Al rato, y para tranquilidad de Fijolito, la avioneta tomó tierra sobre la pista de aterrizaje clandestina. Aunque de graba prensada, esta se había hecho a toda prisa después de que el ejército bolivariano de Venezuela desarticulase la situada cerca de Buena Vista, en las orillas del Río Meta.

Últimamente aprovechaban la proximidad de la carretera que llevaba a Puerto Carreño para, desde ahí, optar por una de las cuatro direcciones de vía terrestre o el mismo caudal del río Orinoco hacia Colombia, si fuese necesario; dependía de la presencia del ejército en la zona.

Al final de la pista, un grupo de media docena de hombres armados con fusiles largos esperaba la llegada del cargamento. Tan pronto el piloto detuvo el motor, estos comenzaron a bajar los fardos por el portón lateral, apilándolos de nuevo en una camioneta todoterreno con la

parte posterior al descubierto.

Frijolito se había apartado a un lado, dejando espacio a los hombres y observando cómo estos hacían el traslado.

Mientras, Menides caminó hacia un hombre vestido de traje blanco y camisa rosada que, sentado en unas piedras bajo un árbol al otro lado de la pista para protegerse del sol, fumaba un puro mientras supervisaba la operación.

—Buenos días, Don Verigüela, aquí le traemos lo suyo —dijo, secándose el sudor de la calva con un pañuelo.

Le faltaba el resuello y la humedad marcaba dos manchas circulares bajo las mangas de la *guayabera* blanca.

—¿Algún incidente, Polino? —inquirió displicente el otro sin levantarse, escupiendo una bocanada de humo.

Carpio Verágüela era un hombre joven, no más de cuarenta años y con buena figura. Era un tipo enérgico y directo, falto del tacto, diplomacia y esa condescendencia que tanto apreciaba Menides de sus patrones anteriores. “Estos son otros tiempos—se lamentaba—, y a cada perro le toca su hueso”. Quizá por eso apreciaba la fidelidad perruna de Fijolito, con quien sí podía ejercitar ese trato jerárquico y protector, más a la antigua. Menides dedujo por la pregunta que le habían estado esperando mucho tiempo.

—No señor, todo en orden. —respondió—. Nos siguen colaborando desde Cuachipé; así de momento no hay problemas.

—Muy bien, ¿y cuántos me traen hoy, Polino?

—En este paseo han sido quince, Don Verigüela, pero mañana mismo hay otro vuelo que sale con harinas, caña y frijoles. Así que, ahí lo metemos con todo y le desviamos el vuelo para acá con otros nueve sacos de lo suyo; ¿le parece bien?

El otro asintió con la cabeza mientras chupaba el cigarro.

—Un gusto verle, Don Verigüela —entendió que habían concluido, haciendo ademán de irse.

Cuanto más breve, mejor.

—*Oime*, Polino, antes de que se me vaya, ¿que hubo con la *tipa* de la *DEA*?

—¿Perdón? —respondió, vacilando.

—La gringa de la agencia antidrogas...

—Cómo no, patrón, usted disculpe, ya se me olvidaba; con tantas cosas. Vea, uno de mis mejores hombres ya se ha encargado —se apresuró a informar, pasándose el pañuelo por la frente húmeda.

—¿Pero le dieron el paseo?

—Bueno, no exactamente, patrón. Digamos que no ha hecho falta —se excusó—. Pero usted no ponga cuidado, que está todo controlado y ya no hay riesgo —aseveró nervioso mientras apuntaba con el índice al cielo.

—Allá usted, pero sabe que no me gustan cabos sueltos.

Verigüela se levantó, tiró lo que le quedaba del cigarro en la hierba, lo pisó con el zapato de piel y se alejó camino de la furgoneta, dejando al otro en el sitio.

Estoy en el avión. Ya voy en camino y aun cuatro horas para aterrizar en Caracas. Quiero llegar a ti. Tengo necesidad urgente de escribirte estas líneas en mi diario. Me ayudan porque, aunque solo un poco sea, alivian esta necesidad de tenerte cerca, de estar contigo, de que me veas a tu lado, abrazarte fuertemente y decirte que te quiero. Que todo está bien, que papá está contigo. Tengo miedo como nunca he tenido en la vida. Me aterra pensar que corres peligro o que no esté yo ahí para que seas tú al menos quien no lo esté. Me urge además porque tengo aún tantas cosas que decirte...; aunque sea tarde o ya no necesites oírlas, querría hacértelas saber. A pesar de ser cosas que solo se dicen a una chiquilla; aunque yo haya estado ausente queriendo o sin querer; a pesar de que seas ya una mujer y ahora sea yo quien busque tu consuelo por la fragilidad de mis manos. Estoy tan orgulloso de ti, hija mía. No siempre supe apoyarte, aun queriendo. Y eres tan grande, eres tan generosa y eres tan fuerte, que a pesar de ser la que más se parece a mí, apenas me reconozco en tu persona. Gracias le doy a Dios por tenerte. Gracias le doy a Dios. El avión aterrizará en breve. Ya voy hija. Te quiero.

—¿Un mes y medio más para procesar un pasaporte nuevo? Me está usted bromeando, ¿verdad? Han pasado dos semanas desde que les di la segunda solicitud por ventanilla, caballero. Y eso que les llamé yo, y no al revés. ¿Cuántas veces van a extraviar la documentación? —Julia paseaba de un lado a otro de la pequeña sala situada junto al recibidor del convento—. ¿Y que pretende usted que yo haga todo este tiempo? De acuerdo, les llamaré la próxima semana para ver si han avanzado. Gracias.

Colgó el auricular con un golpe seco, salió de la estancia con determinación y cerró tras de sí la puerta principal del convento, saliendo a la calle.

—¿Todo bien, Julia?

La pregunta la hizo el joven hombre que le esperaba en la plaza, sentado sobre el respaldo de un banco. Descansaba reposando los codos sobre las rodillas, expectante. Vestía pantalón verde y una camiseta gris oscura remangada hasta los codos, exponiendo los brazos bronceados por el sol.

—Más o menos, Panxo. Parece ser que van a ser varias semanas más. La verdad es que esto no estaba en mis planes.

—Bueno, tampoco estás tan mal, ¿no? —afirmó el otro, y se apartó de un soplido el mechón de rizos castaños que le colgaba en la frente—. Entiendo que ya te gustaría estar revoloteando sobre la jungla venezolana de aquí para allá, llevando sacos de comida a aldeas de campesinos remotas y esas cosas. Pero fíjate que, mientras tanto, has estado haciendo muchísimo bien con nuestros niños de las comunas. Además, me tienes a mi querida; saliste ganando —dijo, arqueando las cejas un par de veces.

Julia soltó una risotada.

—¡Pero, qué me dices, *chaval*, si nos conocemos desde hace solo dos meses! Vaya con el gallego este—disparó de vuelta.

—Cierto, pero es que hay que saber ver el destino ante nosotros cuando se presenta —dijo, descendiendo del banco—. Además, Dios une a personas semejantes: y tú y yo vivimos para El..., bueno, y ahora yo por y para ti también, claro... —dijo con grandes aspavientos.

Julia se desarmaba, siguiéndole el discurso. Se dirigieron al todoterreno aparcado al otro lado de la plaza.

—¿Y entonces que propone usted, señor Panxo Deurne?

Él se arrodilló y le tomó de la mano, parando a Julia en seco mientras disfrutaba de la actuación.

—El matrimonio, por supuesto; no podría ser de otra manera —exclamó, interpretando—; desde que la hermana Berta me la trajo a esta orilla, este maestro de literatura española no tiene más horizonte que el camino a su vera: aquí, en Cuachipé o en las españas de nuestros amores.

Julia se desternillaba de la ocurrencia, aunque intuía que había algo de verdad en lo que oía de su amigo.

Las hermanas de La Caridad la habían acogido en el convento hasta que la situación con su pasaporte y visado a Venezuela se regulase. La estancia de aquella primera noche se había convertido en semanas y, a falta de dinero y sobrada de tiempo, Julia había aceptado con gusto. Participaba plenamente de la vida del convento con las religiosas siempre que no estaba en las comunas, ayudando a otros voluntarios o atendiendo las necesidades del hogar infantil para niños desfavorecidos en las afueras de Bucaramanga.

Dormía y guardaba sus pocas pertenencias en una pequeña habitación al otro lado del convento, dispuesta para huéspedes de larga estancia y separada de la zona reservada a las consagradas. Se levantaba a las siete menos cuarto todos los días de la semana. Después de asearse y vestirse, atravesaba el largo pasillo con multitud de puertas a ambos lados hasta el jardín central del convento. Este daba acceso a las otras estancias como la cocina, el obrador y el comedor. Lo cruzaba todos los días camino a la capilla para rezar la *Liturgia de las Horas*, disfrutando de los muchos árboles de mango, macetas con variedades autóctonas de flores y algún que otro limonero. A veces, después de orar los *Laudes*, aprovechaba los ratos antes del desayuno para sentarse en uno de los sillares de piedra y estar en silencio, recapacitando el *Evangelio* del día o reflexionando sobre su situación inmediata y sus inciertos planes futuros. En ocasiones, alguna hermana se acercaba para romper sus reflexiones y hablar de algún acontecimiento en el hogar o el convento, o para acompañarle sin mediar palabra.

Después del animado desayuno en comunidad, cada hermana atendía a sus tareas asignadas para la semana. A algunas les correspondía labores de limpieza y otros quehaceres propios del convento. Otras se dirigían al obrador, donde se fabricaban obleas especiales para consagrar, que era el sustento principal de la comunidad. Y otras tantas monjas, a las que Julia acompañaba regularmente, partían hacia las comunas en una furgoneta cargada de alimentos y otros bienes, fruto de las donaciones que hubiesen acumulado el día anterior. Y así pasaban los días; sin que le llamasen del consulado para recibir el nuevo pasaporte, pero entregada a la causa temporal de los niños desfavorecidos.

Conoció a Panxo en las comunas, quedándose el gallego embelesado cuando, mientras aleccionaba a una veintena de niños que escuchaban su clase de gramática, vio aparecer a Julia con la hermana Berta. Él llevaba año y medio en las comunas, atendiendo a varias escuelas y hogares, entregándose en cuerpo y alma en enseñar a los niños.

Se encontró dentro de una zona desfavorecida de la ciudad al perderse accidentalmente entre sus calles con una moto durante un viaje turístico de mochila con amigos. Ese día conoció a varios voluntarios. Sería luego, cuando les contó que, fue tanta su admiración y sobrecogimiento por los niños, que sintió la llamada a algo más y decidió quedarse. Todos sus amigos regresaron. El no.

El destartado Jeep descapotable se zarandeaba a medida que ascendían la loma por el sendero estrecho y tortuoso que les conducía a la comuna de *Las Lomas*. Las piedras golpeaban la chapa y una lluvia leve comenzó a mojarles, al igual que a la lona que cubría la caja donde viajaban media docena de bicicletas viejas de distintos tamaños. Julia y Panxo no hablaron

durante el breve trayecto, viendo pasar próximos a algunas gallinas o vacas que pastaban sosegadamente sobre la mullida hierba de las fincas rústicas colindantes; o el ladrar de algún perro que protestaba receloso al paso del ruidoso motor.

Llegaron a un camino que se abría en dos y continuaron por la linde derecha, donde solo podía pasar un coche, accediendo a una pequeña explanada. Un cartel en el recodo del camino ponía en aviso: “*Bienvenidos al Hogar San Telmo. Un lugar para aprender, jugar y encontrarse con Dios.*”

Tan pronto cruzaron el arco de la entrada, apareció una multitud de niños de distintas edades que le habían oído llegar, corriendo alegres hacia ellos desde el lado opuesto del rellano. Todos vestían pantalones, mocasines azules y camisas blancas.

Panxo apagó el motor y puso el freno de mano. Los dos bajaron del todoterreno, mientras los niños se mantenían a unos metros sin acercarse, alegres e impacientes.

—Hola, don Deurne; hola, Señorita Julia —saludó el más pequeño de ellos, que no superaba los seis años.

—¿Qué tal estáis, *chiquitiños*?, ¿no tenéis talleres ahora? —preguntó el gallego.

—Sí señor, pero hoy nos toca recoger del huerto.

—Bueno, ¿entonces qué?, ¿nos vais a ayudar a bajar estos chismes o vais a quedaros ahí como *pasmarotes*?

Destapó de un tirón las bicicletas y los niños se abalanzaron sobre ellas entre gritos.

Panxo y Julia dejaron que los chiquillos descargasen la preciada mercancía y se alejaron hacia la nave de mayor tamaño. Era un edificio de una planta de ladrillos rojos, con grandes ventanales y una pérgola ajardinada sobre la puerta principal de madera. El olor a tierra húmeda lo impregnaba todo y el frescor de la montaña resultaba reconfortante. La entrada era una amplia sala con varios bancos de mimbre dispuestos contra la pared, alrededor de una mesa cuadrada de madera, y lo completaban varios armarios viejos en uno de los laterales. Al fondo, junto a una gran maceta donde reinaba una palmera, se almacenaban varios montones de cuadernos de alambre, botellas de leche envasada, cajas de galletas y *arepa harina* traídas el día anterior.

Abrieron una pequeña puerta junto a la salida principal y, sin llegar a adentrarse, hicieron una breve genuflexión ante el sagrario, emplazado en el fondo de la capilla.

—¡Hola, queridos! ¿Qué tal están? —se oyó tras ellos.

—Buenos días, hermana Berta; muy bien. ¿Qué tal va todo?

Julia le apretó la mano entre las suyas, dándole unas palmaditas afectuosas. La monja rebosaba energía y los finos mofletes acalorados delataban los esfuerzos de la mañana.

—Muy bien querida, muy bien. Hoy toca hacer empanadas de iglesia con los niños y recoger el maíz con ellos, si da tiempo. Les fascina andar sueltos por el maizal a estos *peladitos*; sobre todo a los más pequeños —dijo la monja.

—Estupendo —dijo Julia—, si quiere vamos nosotros con ellos después de las empanadas. ¿Te parece, Panxo?

—Sí, mi comandante —dijo el otro, animado.

—Se van a quedar para los juegos esta noche, ¿verdad? Creo que Don Genaro va a encender la barbacoa para asar unos chorizos y papitas criollas —sugirió la hermana Berta.

—Uy, comida gratis; eso sí que no me lo pierdo —bromeó Panxo— ¿Nos quedaremos, querida?

—Cómo no, querido —dijo, riendo.

—Julia, ¿me regala usted un minutito, por favor? —requirió la hermana.

—Cómo no. Panxo, te veo ahora en la cocina con los niños, ¿vale?

—Claro —respondió, dejándolas a solas.

—Usted dirá, hermana.

—Quería comentarle sobre uno de los niños que acaban de entregarnos hoy. Se llama Yadiro; nos lo han mandado de *Asuntos Sociales*. No estamos seguros de cuánto tiempo estará con nosotros, pero de momento lo van a dejar en la rectoría con los padrecitos hasta que todo se calme un poco. Ya que es nuevo, ¿podría usted estar muy pendiente de él esta tarde, hasta que vea que está más sueltcito con los otros *peladitos*? Es muy bueno. Tiene ocho años y anda un poquito asustado.

—Claro que sí hermana, por supuesto. Estaré pendiente de él—. aceptó Julia con gusto— Si no es indiscreción, ¿qué le ha traído a aquí?

—Bueno, parece que tiene una situación familiar delicada. Vive en la comuna de San Alonso con su abuela y su papá. De la madre no se sabe nada desde hace varios años y parece que el papá le da al trago —Julia asentía con la cabeza— Se ve que el hombre apareció embriagado anoche a altas horas de la madrugada, armando tal escándalo que incluso los vecinos tuvieron que intervenir. Al parecer, se torció la vaina y el hombre acabo cuchillo en mano, con la policía personándose e intentando que no se hiciese daño; o lo que es peor, que hiciese daño a alguien.

—Madre mía —dijo Julia, haciéndose cargo—, ¿y entonces, la policía se llevó al señor?

—En principio, sí. Pero claro, luego, lo soltaron y andará el hombre callejeando. Al fin y al cabo, no hizo nada, aparte de *achisparse*. De todas formas, la abuela, que es la suegra del señor, pidió a *Asuntos Sociales* si se podían hacer cargo; por miedo al papá. Así que, ellos nos lo han dado y aquí lo tenemos unos días —concluyó la religiosa.

—Vaya, ahora entiendo por qué estará el pobre un poco desubicado y asustado. ¿Dónde está?

—En la cocina, con los otros, haciendo empanaditas—aclaró la hermana Berta.

—Vamos entonces.

Las dos atravesaron la misma puerta por donde había salido Panxo, la cual daba directamente a otra pérgola ajardinada que ofrecía cobijo a la parte posterior de la nave principal. Un manto de grama verde se extendía ante ellas.

Era una amplia explanada donde grandes palmeras de plátano se distribuían en media docena de islotes de tierra rojiza. A la derecha se abría un pequeño sendero, casi imperceptible entre larga hierba que comunicaba con el maizal, visible a lo lejos. Frente a ellas, una casita de ladrillos pintados de amarillo y tejas rojizas hacía de cocina. Un estrecho tubo oxidado en el techo dejaba escapar el humo blanco hacia un cielo aun encapotado, esparciendo el olor a leña y fritura por todo el recinto.

Caminaron decididas hacia la cocina, escuchándose aumentar la algarabía de los chiquillos a medida que se aproximaban. Se les veía cruzar de un lado a otro de la estancia tras un gran ventanal junto a la puerta. Las dos entraron e inmediatamente una media docena de niños se les echó encima entre risitas y abrazos, tomándoles algunos de ellos de la mano. Una joven de más edad, de pie al final de la cocina, sujetaba una *espumadera* y terminaba de freír unas empanadas que burbujeaban en el aceite hirviendo en el interior de una enorme olla. Panxo estaba sentado sobre el respaldo de una silla cerca del fogón, conversando animadamente con uno de los pequeños.

—¡Qué bien huelen estas empanadas! —exclamó Julia, alentando la exaltación de los chiquillos—. ¿Quién me da una?

Varios saltaron de inmediato para coger la alargada bandeja repleta de pequeñas

empanadas recién hechas que estaba sobre una isla de madera en el centro de la cocina. Le acercaron la bandeja para que las probasen.

—Muchísimas gracias —dijo la monja, mientras cogían unas para degustarlas y se deshacía en halagos hacia los niños por el trabajo que estaban haciendo.

De esas empanadas podía depender la comida de toda una semana cuando las donaciones dejaban de llegar, merced de la generosidad de los feligreses de las parroquias colindantes, donde serían vendidas por los niños durante la salida de misa de los domingos. No sobraba el dinero en las parroquias de la zona, pero era evidente que el que más y el que menos hacía un esfuerzo renunciando a algo más que el precio convenido, a sabiendas de que era para el sostenimiento de los pequeños. No era descabellado pensar que eventualmente algún hijo de aquellos mismos feligreses pudiese beneficiarse del hogar algún día.

—Panxo, ¿qué tal está nuestro amigo? —preguntó la hermana Berta, poniéndole la mano en la cabeza a Yadiro y mostrando sus protuberantes dientes en su sonrisa más ancha.

—Muy bien. Anda un *poquiño* cansado, pero parece que se ha hecho amigo de Gualterio, ¿verdad, Yadiro? — el niño asintió con la cabeza, atento y serio.

—Estupendo —dijo Julia, animada—, ¿y nos vas a acompañar luego al maizal a cosechar las mazorcas? Esta noche comeremos mazorca asada y chorizos *criollos*, ¿te parece bien? —el pequeño volvió a decir que sí, esta vez ofreciendo una tímida sonrisa, más parecida a una mueca.

—Bueno, pues si se *amaña* con Gualterio será muy bueno —concluyó la religiosa— Es muy buen muchachito.

—De todas formas, yo estaré muy pendiente — aclaró Julia.

—Bueno, entonces así queda la vaina. Y cambiando de tema, ¿se sabe algo de Don Genaro? —preguntó Berta, extrañada.

—¡Se fue tan pronto llegué! Dijo que tenía una *sorpresiña* para los chavales esta noche. Algo se trae entre manos; desapareció y me dejó al mando de esta *zurribanda*. —respondió Panxo.

—¡Que peligro! —bromeó Julia.

—¿El qué? —dijo él, mientras cogía una empanada de la fuente y cara de no saber de qué iba la cosa.

—¡Pues eso..., tú y las empanadas, contigo!—. ¡Pero deja alguna para la iglesia, hombre! —todos rieron la ocurrencia.

—¡Vale, vale! Es que no me resisto; me recuerdan tanto a las gallegas que, claro...

—Ya. Venga, vamos a terminar y salimos al maizal —dijo ella.

Al rato habían terminado de freír los varios centenares de empanadas y la cocina había quedaba completamente limpia y recogida. Los niños esperaban ansiosos el momento de ir a recolectar las mazorcas. Para ellos era toda una aventura. Se adentraban entre los altos tallos, imaginándose intrépidos aventureros en busca de tesoros. El terreno no era muy amplio, pero era irregular y ofrecía grandes posibilidades para el juego. Cada uno cosechaba dos mazorcas para asarlas en las brasas antes de la cena. Disfrutaban las salidas al maizal como pocas cosas. Invariablemente, la mayoría de las veces, alguien tardaba más de la cuenta en salir de entre las plantas, a pesar de ser imposible perderse. Demasiado divertido.

Panxo esperaba en la hierba junto a los más pequeños a que Julia llegase de la nave principal. Yadiro parecía haber encontrado un nuevo amigo en Gualterio, un año mayor que él, al que todos los demás desdeñaban pero que, por su naturaleza gentil, parecía haberse tomado a título personal la atención del recién llegado. Los dos jugaban y conversaban sentados junto a Panxo.

Por fin llegó Julia y la algarabía se intensificó. Todos se incorporaron y se dirigieron hacia el maizal, caminando en fila mientras transitaban el oculto sendero al final de la verde explanada. No había vuelto a llover y la tarde se ofrecía despejada, con nubes y claros donde un sol tímido se resistía a mostrarse por completo. El canto intenso de los pájaros y el continuo revoloteo de los insectos alrededor de ellos animaban al grupo.

Después de caminar durante varios minutos llegaron a un claro entre la plantación, rodeado de innumerables plantas con sus mazorcas.

—¡Bueno, pues ya podéis dispersaros! —vociferó Julia— ¡Recordad que son dos para cada uno. No os salgáis de la verja de alambres y volved tan pronto oigáis el silbato!

Salieron corriendo casi todos, desapareciendo en parejas y entre gritos y risas, excepto los más pequeños, que no salían del círculo despejado y se acercaban al maíz más próximo y a la vista. Panxo y Julia se sentaron en la tierra en el centro del llano, charlando y supervisando la actividad.

Avanzaba el tiempo y al cabo de un largo rato, comenzaron a llegar los jóvenes de mayor edad, depositando las mazorcas junto a los dos, y comenzaron a agruparse muchos de ellos en corros para conversar de temas propios de su edad, no lejos de los españoles. Poco a poco, el número de mazorcas y niños iba en aumento. Llegaban corriendo, dejaban caer el maíz en el montón y se iban precipitadamente a seguir jugando para apurar todo el tiempo disponible antes de que Julia hiciese sonar el silbato.

Cuando ya parecían haber pasado todos por el montón, y después de permitirles jugar otro largo rato, Julia se puso en pie, sacudió su pantalón para quitarle la hierba y sopló fuertemente el silbato. El estridente pitido pudo oírse desde cualquier punto de la plantación. En poco tiempo, los niños comenzaron a llegar de dos en dos al claro, apareciendo todos entre los altos tallos. Julia contaba chiquillos mientras Panxo echaba las mazorcas en un saco de rafia, ayudado por la misma niña mayor que había estado friendo las empanadas hacia un rato.

—¿Falta alguien? —gritó Julia, forzando la voz para que todos le oyesen.

Los pequeños se miraron unos a otros, por si pudiesen echar de menos a alguno de sus compañeros.

—Faltan tres, señorita —dijo una de ellas, consciente de lo normal del asunto.

—¿Janpierre? —preguntó Julia; la respuesta afirmativa estaba asegurada—. ¿Quién más?

Fue hacer la pregunta y aparecer corriendo entre las matas un muchacho de unos diez años, con tal ímpetu que, dando un traspiés, acabó cayendo de bruces contra el suelo y arrancando la risa de todos los niños.

—¿Estás bien? —Panxo lo levantó por las axilas y comprobó que solo tenía un par de arañazos.

Janpierre se sacudió la camiseta blanca manchada, avergonzado por el revolcón ante todos. Julia hizo sonar de nuevo el silbato.

—¿Quién más falta?

—Faltan Gualterio y el chico nuevo— acusó la misma niña de antes.

Todos comprobaron que, efectivamente, faltaban Gualterio y Yadiro. La española volvió a soltar otro pitido.

—¿Voy a buscarlos, señorita? —preguntó un joven de mayor edad, ojos claros y pelo oscuro rizado.

—Gracias, Danilo —aceptó.

El niño desapareció entre la maleza en busca de los dos amotinados. Todos permanecían quietos entre un murmullo expectante, contando que en cualquier momento aparecería Danilo con

las dos ausentes agarrados por los brazos, o quizá por las orejas. Así pasaron varios minutos, sin que nada ocurriese.

—¡Señorita Julia, señor Deurne! ¡Socorro! — el grito desesperado de Danilo, procedente el maizal, dejó callado a todo el grupo.

Sin una palabra, Julia se abalanzó hacia la plantación, desapareciendo ante el estupor de Panxo y el miedo patente en el rostro de los niños. Los más pequeños comenzaron a llorar, impresionados por el grito y la reacción de la señorita.

Mientras, Panxo se llevaba las manos a la cabeza sin saber qué hacer. Los gritos aterradores de Danilo pidiendo ayuda aumentaban por segundos, intensificando el llanto de los que gimoteaban y el miedo en los otros por no saber lo que ocurría. De repente, apareció Danilo de entre las matas, el rostro congestionado y la ropa llena de rallas marcadas por las ramas, corriendo desesperadamente hacia el maestro.

— ¡Señor Deurne, a Yadiro se lo está llevando un señor! — gritó desesperado, resoplando para coger aire.

—¿¡Qué!?! —exclamó Panxo, incrédulo— ¿Un hombre se está llevando a Yadiro.....y Gualterio?

—No, a Gualterio, no. Pero he visto como le daba un puño y lo dejaba tumbado; y luego se ha llevado a Yadiro— vociferó el joven atropelladamente, intentando recomponerse.

—¿Dónde están?

—Junto al arroyo, pasando la alambrada.

—Quédate con todos, llévatelos a la casa, avisa a la hermana Berta y quedaos en el hogar. No salgáis —ordenó Panxo, desapareciendo entre las hojas.

El español corría lo más rápido que las piernas le permitían, con el corazón retumbándole en el pecho y jadeando. El miedo por Yadiro y a que Julia corriese peligro le anesthesiaba de los latigazos de las ramas mientras atravesaba hasta el otro lado de la plantación.

De repente se encontró al otro lado del maizal, fuera de la vegetación, pero no había rastro de ellos. Ante él estaba la alambrada que delimitaba el perímetro de la finca. Se paró en seco por un segundo, buscando a un lado y a otro, desesperado por no encontrar a nadie.

—¡Julia! ¡Gualterio! ¡Yadiro!

—¡Aquí, señor Deurne, aquí! —oyó a lo lejos, detrás de unos pajonales, más allá de la alambrada.

Se deslizó veloz bajo los alambres con el cuerpo pegado a tierra y, desgarrándose la camisa por el hombro, consiguió ver detrás de los arbustos. Allí estaba Gualterio, a un metro de él, asustado, la ropa llena de lodo y unos surcos de lágrimas recorriéndole la cara sucia de polvo y sangre que le brotaba de la nariz.

—¿Estás bien?

—Sí—respondió él, abrazándole fuerte.

Panxo miró más allá de ellos, y lo que vio a cincuenta metros de él le paró en seco, aterrado. Julia, rodilla en tierra, se levantaba temblando del suelo mientras un hombre —llevaba un machete sujeto al cinturón— se alejaba en dirección opuesta, arrastrando a Yadiro por los pelos. Le golpeaba repetidamente con una vara de palmera, arrancando gritos de dolor del pequeño. Panxo, despavorido, solo pudo contener la respiración cuando ella echó mano a un tronco de madera seca que había cerca y se abalanzó, corriendo sin mediar palabra contra el secuestrador. El otro no se dio cuenta de que la española se le echaba encima hasta que, al girar sobre si para ver que ocurría, recibió en la frente un tremendo golpe en seco, con tanta fuerza que el madero se partió en dos.

—Suéltalo, maldito! —gritó Julia.

El hombre cayó en el acto, desprendiéndose del niño. Yadiro abrazó fuertemente a la española, llorando y temblando de pavor, mientras el intruso, dolorido y aturdido, se retorció cuerpo en tierra tapándose el rostro con las dos manos.

—¡Ay, ay! ¡Malparida, ma reventado la *jeta*! ¡Ese es mi hijo! —gemía, encogido en el suelo sin poder levantarse.

— ¡Mal nacido usted! ¡Animal! ¡Me da igual que sea su padre! —gritó ella con el rostro congestionado e iracunda, conteniendo las ganas de llorar por la rabia.

Una fina línea de sangre le atravesaba la cara desde la frente, marcando la trayectoria de la vara cuando el energúmeno decidió que el pequeño no era asunto de ella.

—¡Cómo te atreves a levantarme la mano, animal! ¡Vete de aquí y no se te ocurra volver a acercarte a este sitio o al niño, o te aseguro que irás a la cárcel!

Si no hubiese sido por la presencia de los niños, quizá le habría rematado con un puntapié. No lo hizo. Se limitó a descolgarle el machete del cinturón, tirándolo con fuerza entre la maleza y a alejarse unos pasos con Yadiro pegado a ella.

Al punto llegó Panxo seguido por Gualterio, que habían visto todo. La cara del gallego era un poema. No sabía si abrazarla — no veía ni un rastro de la chica dulce y sensible que conocía—, o si rematar al tipo en el suelo antes de que se levantase en busca de más problemas.

—¿Estáis bien? —preguntó.

Julia no respondió; daba rienda suelta al llanto. Tenía la rabia en el rostro y el medio trozo de rama aun en la mano. Yadiro tampoco la soltaba de la cintura, sollozando.

Panxo esperó observando, por si el intruso decidía que quería revancha. Así estuvieron dos largos minutos.

Por fin el tipo decidió que era buen momento para incorporarse. Lo hizo despacio, sin mirar a los otros, y a duras penas se alejó con paso inseguro. Parecía quedarle la lucidez para entender que esa no era una mujer como las que solía tratar. Además, el hombre estaba con ella, así que tocaba retirada. Cual borracho, deambuló cabizbajo con paso inseguro, sujetándose con las manos la frente, lamentándose y profiriendo todo tipo de insultos. Desapareció entre los arbustos para alivio de todos.

La cena había sido copiosa. Al ser viernes, y siendo habitual si el clima era bueno, los otros voluntarios de las comunas colindantes podían venir a cenar temprano con ellos. La noche era fresca y el cielo les envolvía con un manto de puntos blancos, brillantes y nítidos por la ausencia de luces urbanas.

Después de haber estado un rato jugando con los pequeños, Julia y Panxo se acercaron a la improvisada barbacoa a descansar y recuperar el aliento. Mientras, en el otro extremo del jardín, los niños iniciaban otro juego liderado por Don Genaro, que les había sorprendido después de cenar al organizarlo todo. Las incesantes risas y algarabía de los chiquillos eran un cicatrizante bálsamo para Julia, especialmente tras el incidente de la tarde. No les quitaba los ojos de encima mientras disfrutaban y correteaban por todo el jardín.

Panxo se tumbó en la hierba con la espalda contra el suelo, jadeando profundamente después de haber estado corriendo durante el último juego. Julia ocupó una silla de plástico situada junto a las brasas, donde el calor reconfortaba y los trozos de madera chisporroteaban, aromatizando el aire.

Él no le quitaba los ojos de encima. Observaba su rostro fino y amable, su expresión jovial por él ya bien conocida. Parecía disfrutar intentando descifrar sus pensamientos, sin llegar a entender del todo quien era esa mujer que había llegado inesperadamente a su vida y por la que sentía un profundo amor, admiración y respeto. Apenas se había separado de ella desde hacía un par de meses.

Julia se percató, ruborizándose unos segundos, sin saber del todo cómo corresponder a la muestra de cariño. Nunca había sido expresiva a la hora de mostrar los afectos. También ella— a su forma—, le había mostrado un cariño franco en los últimos días que él no llegaba a descifrar del todo. Pasaban largos ratos conversando juntos, disfrutando de esa compañía que da la complicidad y sentirse ellos mismos. Eran conversaciones amenas y despreocupadas, raíz de la profunda y confiada amistad que había ido creciendo entre ellos.

—Bueno, ya está, ¿no? — reprendió ella, sonriendo y tirándole una bola de servilleta.

Panxo soltó varias carcajadas, retirándole por fin la vista.

—Estás contenta, ¿verdad?

—Pues sí; hacía mucho tiempo que no me sentía tan plena y con tanta paz conmigo misma.

—Se te nota.

—Sí. Te confieso que no tenía claro por qué quiso Dios que no llegase aun a Cuachipé.

No sabía por qué me había tenido que quedar aquí durante todo este tiempo y de una forma tan inesperada. Pero ahora creo que lo entiendo. Al menos en parte.

—¿Y? —preguntó, expectante.

—Por un lado, sin duda ha sido un tiempo de reflexión para mí. Me he acercado a Dios como hacía tiempo no había podido o sabido. También han sido tantos acontecimientos: la convivencia con las hermanas, este hogar..., han pasado muchas cosas que tenían que pasar y que han hecho mella. Tú también me has ayudado.

—¿Yo? —exageró, apuntándose con el dedo.

Ella estiró el brazo, ofreciéndole la mano hasta alcanzar la de él.

—Gracias, Panxo— dijo, franca.

—De nada, Julia De la Vega—apretó los dedos de ella, soltándolos de nuevo para llevarse las manos tras la nuca.

—Ya sabes lo que dice el padre Genaro: “*diosidencias* de la vida” —dijeron a la par y echaron a reír.

—¿Que vas a hacer..., te vas entonces?

Ella guardó silencio, meditando la pregunta.

—Supongo que todo tiene su tiempo, Panxo—no pudo decir más, ya que aparecieron dos niños corriendo.

—¿Tiene usted agua señorita? —dijo uno de ellos, resoplando inclinado y apoyándose en las rodillas.

—¡Claro que sí! —Julia no dejaba de mirar a Panxo.

Después, ella se levantó y se alejó con un pequeño en cada mano. Panxo se quedó solo — recostado contra el suelo—, alzando la vista hacia el misterioso firmamento.

—Lo que tú quieras, Señor; lo que tú quieras.

Aunque era avanzada la tarde, los últimos rayos de sol aún se asomaban y volvían a esconderse entre las montañas. El autobús se zarandeaba en cada curva, repleto cómo iba de gente y sin sobrar un solo asiento. El interminable subir y bajar por las montañas resultaba agotador para cualquiera no acostumbrado a las serpenteantes carreteras de Colombia. Con todo, los pasajeros seguían conversando distraídos, ajenos a los terraplenes y barrancos escarpados que se sucedían pegados a las ruedas del autobús. Varios se entretenían con alguna revista y—los menos, como en el caso de Julia—, intentaban descansar de la mejor forma posible, apoyando la cabeza contra la ventana.

La española se retorció a cada rato, oprimida por la falta de aire y el poco espacio que le ofrecía compartir espacio con un señor obeso y enorme sentado junto a ella desde que salieron de Bucaramanga, hacía ya más de cuatro horas.

El jersey verde enrollado que le separaba del cristal hacía de almohada. Entrecerraba los ojos intentando dormir, deseando enajenarse sin lograrlo del todo. Los recuerdos de los últimos meses se agolpaban, recorriendo en su mente el trayecto diario hasta el hogar: los chillidos y algarabías de los niños, las largas conversaciones con la hermana Berta y Panxo, el olor a empanadas fritas y los incontables ratos de silencio en la capilla o el patio del convento, orando, abstraída en el profundo silencio. Algo había cambiado.

Les hizo saber antes de partir que, a pesar de las muchas fatigas y esfuerzos vividos, se sentía fuerte, dulcificada y descansada por saberse no necesitada de tantas comodidades, estorbos materiales o banalidades que agasajasen su alma, y que antes habría considerado necesidades.

Despedirse de los niños le resultó lo más difícil. Se había encariñado tanto con ellos, y era tal el hueco que dejaba, que llegó a contemplar la idea de postergar sus planes en Cuachipé. Sin embargo, el peso del compromiso y su habitual firmeza con anteponer el deber pudieron más que sus deseos de quedarse. Al fin y al cabo, también la misión aérea seguía necesitando de sus habilidades de piloto, a pesar de que su ayuda se tuvo que postergar durante tanto tiempo.

El día que le llamaron de la embajada para avisarle de que su pasaporte ya estaba listo, tomó la decisión de continuar el camino cuanto antes. Esa misma mañana, Panxo le acercó en su Jeep a recoger el documento, no sin intentar disuadirle en el trayecto para que alterase sus planes. Insistió con la esperanza de no perderla, sabiendo que ella no cambiaría su rumbo una vez tomada la decisión.

—Te quiero, Julia —le dijo emocionado al despedirse, antes de que subiese al autobús con destino a Cuachipé.

Quizá presentía que nunca más se volverían a ver. Ella se abrazó a su cuello con los ojos tristes y brillantes.

—Yo también te quiero mucho, Panxo —correspon-dió ella con voz entrecortada—. Cúidate mucho y de todos; gracias por todo, amigo —dijo, y se desprendió de él.

—No hay de qué, querida; a ti. Ya sabes: si algún día te quieres casar, me avisas, ¿vale? Quizá aún yo no haya tomado los hábitos.

Julia soltó una carcajada, buscó el pasamano del autobús y subió los peldaños.

Tras un largo rato de viaje, un bache le lanzó del acolchado asiento y cayó de golpe de nuevo contra él. Abrió los ojos —alarmada—, comprobando que seguía en el autobús, y se limpió los labios con la manga el sabor amargo de la saliva. Al menos, el señor obeso ya no estaba a su lado oprimiéndole el costado. De hecho, comprobó que el autobús contaba ya con menos de la mitad de pasajeros. Consultó su reloj mientras bostezaba, observando que hacía casi dos horas que se había quedado dormida. También se aseguró de que la mochila seguía en su sitio, sobre la estantería de arriba frente a ella, y tocó con su mano el pasaporte guardado en el bolsillo de su camisa caqui —había desarrollado el compulsivo hábito de no quitarle el ojo de encima a sus pertenencias, comprobando una y otra vez que todo seguía donde recordaba haberlo puesto.

Se inclinó sobre el asiento vacío de la derecha y alzó la voz, preguntando a unas señoras que leían unas revistas en los bancos, al otro lado del pasillo:

—Disculpen, ¿queda mucho trecho para llegar a Cuachipé?

—¿Cómo así? —respondió la mujer que tenía más próxima, frunciendo el ceño extrañada.

—¿Que sí queda mucho para llegar a Cuachipé?

—No, *mija*... —respondió la acompañante, riéndose—, ese pueblo ya se lo pasó usted.

—¿Qué me dice?, ¿hace mucho?

—No; diez minutos no más— replicó, divertida por el apuro de la española.

Julia dio un salto del asiento y anduvo hasta llegar al chofer, maldiciendo. Las dos mujeres y otros pasajeros que habían oído la conversación reían muy a gusto tras ella, disfrutando que algo hubiese roto la rutina del tedioso viaje.

—Disculpe, señor — el chofer le miró de reojo.

—¿Señora?— se limitó a decir, atento a la carretera.

—¿Me puede usted decir si hemos pasado Cuachipé, por favor?

—Sí, señora, hace siete kilómetros.

—Vaya; es que yo tenía que bajarme allí.

—¿Y entonces?

—Pues que tengo que volver...—sabía de sobra que el autobús no regresaría solo para ella.

—Pues, señora, no hay más *busetas* a Cuachipé hasta mañana. O se me baja aquí mismo, o ya lo hace en el siguiente pueblo, y se *voltea* en el de mañana que sube a Bucaramanga.

—Pare usted, por favor —no se lo pensó dos veces.

El chofer ralentizó la marcha en busca de un rellano en la estrecha y serpenteante carretera donde poder orillar el autobús para que bajase la pasajera. Mientras, Julia regresó a su asiento para recoger sus cosas. Algunos de los pasajeros aún le observaban, sonriendo el infortunio de la joven.

Sin embargo, al percatarse de que el autobús estaba frenando, y que disponía a bajarse, los rostros sonrientes se tornaron serios todos a una.

—¿Dónde va, *mija*? — preguntó un anciano de piel oscura por el sol y de ojos claros.

—Señorita, no va usted a bajarse de la *buse*, ¿cierto? — repitió una de las dos mujeres con las que había hablado.

Julia reparó entonces que ningún pasajeros le quitaban el ojo de encima, expectantes.

—Sí, ¿por qué?

—Esta zona está muy espesa con alimañas y gente de mala clase —dijo la señora —; una *pelaita* como usted no debería andar sola por estos *lares*.

Julia reflexionó unos segundos, observando a los otros viajeros que parecían avalar la tesis de su interlocutora. Son solo siete kilómetros. Al fin y al cabo, ya habían atravesado en autobús el mismo recorrido; y a paso ligero sería un máximo de dos horas. Además, si no abandonaba el borde de la carretera, no debería haber problemas. Tampoco le convencía la idea de pasar la noche en el próximo pueblo y esperar el autobús del día siguiente, sin saber dónde podría pasar la noche. Alguien le estaría esperando en el apeadero de Cuachipé, y se preocuparían. De haber tenido un teléfono a mano, todo habría sido más fácil.

El autobús paraba y no había más tiempo para tomar una decisión. La sensación no era nueva. Continuó recogiendo sus cosas mientras el vehículo dejaba de moverse, después de encontrar un rellano en el badén de la vía. Los demás pasajeros, viendo su determinación en bajar, guardaron silencio sin insistirle. En fin, ella verá.

Se acercó a la puerta trasera con la mochila en la espalda y maleta pequeña en mano. De un salto, bajó el último peldaño de la escalera, notando la hierba bajo sus botas de montaña. Se concedió un momento, disfrutando la brisa suave refrescándole las piernas, parcialmente expuestas bajo el pantalón corto. Observó cómo el autobús resoplaba al cerrar la puerta tras ella, esfumándose en la primera curva, allí donde se torcía la carretera.

—Valiente eres para meterte en fregados—se dijo, y empezó a caminar resuelta en dirección contraria.

Calculaba que tardaría no más de un par de horas, por lo que llegaría al pueblo poco después del anochecer. No le resultaría agradable recorrer parte del camino a oscuras, pero ya no había otra opción.

Andaba en silencio, escuchando sus propios pasos y el ruido de pájaros entre la espesa maleza que se cernía a cada lado del camino. Observaba los *merecures*, con sus ovalados frutos, y el colorido de algunas *flores de Bora*, amontonadas al azar en unos y otros rellanos. Contemplaba el revoloteo de alguna *paraulata llanera* y ocasionalmente espantaba con las manos algún mosquito que insistía en hacer diana en los expuestos brazos o piernas. Marchaba a buen ritmo y se apartaba del borde del asfalto cuando algún vehículo se acercaba en su dirección. A ese paso sería posible llegar antes de lo que había calculado.

Llevaba algo más de una hora andando —el sudor empapaba la ropa— y su caminar se hizo más lento y pesado. Comenzaba a cansarse. Una aglomeración de luces a lo lejos anunciaba la proximidad del pueblo y le animaba a seguir el recorrido, a pesar de que hacía rato que el sol había desaparecido, quedando solo su tenue reflejo en el cielo. El tránsito de coches era cada vez más escaso y no requería separarse del estrecho badén con tanta frecuencia. Aun así, el corazón se le aceleraba cada vez que asomaba algún vehículo a lo lejos, estimulándole los sentidos y recordándole estar alerta.

Acababa de pasar una venta de comidas próxima a la carretera, con sus puertas y ventanas cerradas, cuando a lo lejos apareció una sola luz dirigiéndose hacia ella. A medida que se acercaba, el ruido atronador de un motor de dos tiempos engullía cualquier otro sonido. En segundos, una moto pasó a escasos metros de ella con dos individuos, continuando en dirección opuesta. Llevaban cascos y chalecos anti refractarios, y parecían no haber reparado en Julia. O eso creyó; hasta que oyó cómo el sonido atronador de la moto disminuía de forma abrupta, tras ella. Giró la cabeza, haciéndose realidad el peor de sus temores. La moto con sus dos hombres encima se había detenido a escasos cien metros de ella, y se estaban dando la vuelta.

Sin pensarlo dos veces, comenzó a correr aterrorizada, tan rápido como sus piernas le permitían. El peso de la mochila le oprimía los hombros y el pecho, quitándole el aire y haciéndole jadear. No quiso volver la vista atrás, pero el sonido de la moto se hacía cada vez más

próximo, intuyendo que casi los tenía encima. Con un gesto de reflejo, soltó la maleta y dejó caer la mochila tras ella y —buscando donde refugiarse— se adentró en la oscuridad de la maleza de un salto. Corría y tropezaba una y otra vez con el desnivel, las rocas y los arbustos que no veía entre la densa y oscura arboleda —los ojos completamente abiertos—, intentando no estrellarse. Solamente oía las pisadas de sus botas y su jadeante respiración, interrumpida por los quejidos que le arrancaban los arañazos. Tropezó con algo, torciéndose el tobillo derecho, y dio contra el suelo, dejando escapar un chillido de dolor. Quieta, lloraba y saboreaba en sus labios la sangre metálica y tibia que le emanaba despacio desde la nariz. Se encogió sobre sí misma y, apoyando la espalda contra lo que creyó ser un árbol, decidió no moverse de ahí hasta el día siguiente; o hasta que los asaltantes diesen con ella. Afinaba los sentidos, temblando, y apretaba los dientes aguantando el dolor, temerosa de obviar donde se ocultaba.

El tiempo pasaba despacio, y comenzaba a recobrar el control a medida que el miedo desaparecía. Poco a poco, agazapada tras la maleza, perdía la conciencia junto con los sentidos del cuerpo, en busca de un descanso que no llegaba. Se retorció —inquieta por el frío—, mientras los instantes del día anterior se repetían una y otra vez en su cabeza, mezclándose con imágenes del pasado.

Apenas pudo descansar durante toda la noche. El permanente frío y el intenso dolor en el tobillo no le abandonaron mientras se mantuvo despierta. Los primeros rayos comenzaron a despuntar con el amanecer sobre las copas de los árboles y, a lo lejos, el pasar de un camión por la carretera le despertó de un sobresalto por el pesado sueño. Fue seguido por varios vehículos más. Comprendió entonces que el día se acercaba.

Apoyándose contra el tronco se incorporó despacio, poniendo el pie derecho con cuidado para tantear el estado de su tobillo. Estaba inflamado, pero podía andar. Dio unos primeros pasos —aún insegura—, comprobando que se encontraba mejor de lo que esperaba. Luego, subió despacio ladera arriba, apartando de su camino las mismas ramas y arbustos que le habían lacerado en su alocado descenso cuesta abajo. Poco a poco, el sonido de los coches pasando por la carretera eran cada vez más frecuentes y —menos mal— los primeros claros de luz asomaban entre la maleza, anunciando el amanecer. Aun así, se detuvo un instante antes de emerger por completo de entre la maleza, precavida en caso de que los *malandrines* hubiesen decidido acampar a esperarle; a pesar de lo improbable de ello.

Llegaba el aroma a leña quemada mezclada con olor a comida, y recordó alentada que la noche anterior había pasado cerca de una venta cerrada. Reconfortada por la idea de llegar a ese lugar, desvió su camino hacia la derecha, saliendo de inmediato al asfalto. Allí encontraría la ayuda que necesitaba. Marchaba presurosa, disminuyendo el dolor y cansancio a medida que el cuerpo entraba en calor. La claridad aumentaba y comprobaba —maldita sea— que no había rastro de su mochila o de la maleta. No se atrevía a hacer *autostop* y pedir ayuda a cualquier vehículo que pasase. Calculaba que, a buen paso, estaría en la venta en menos de quince minutos. Y así fue. Al rato, apareció a lo lejos el rellano del aparcamiento del restaurante, donde un par de coches y motos avisaban que el establecimiento estaba abierto.

A medida que se acercaba, reconoció el olor a bollería, recordándole que no había comido nada desde el almuerzo del día anterior. Empezaba a oír voces de varias personas conversando, entre ellas las de una mujer.

Llegó por fin al descampado y encontró la misma construcción que había pasado el día anterior. Era un cobertizo abierto, con techado de paja y ramas sujeto por grandes vigas de madera, dando cobijo a una docena de sillas y una larga barra de ladrillos. Tras el mostrador, se situaba una pequeña habitación sin techo y muros blancos que no llegaba a la altura del edificio,

haciendo de cocina. Entrando y saliendo, se movía desenvuelta una obesa mujer de mediana edad, vistiendo un delantal de flores. Ponía y ordenaba en la barra: grandes fuentes repletas de empanadas, arepas recién hechas, chorizos fritos y otras comidas; conversaba animada con varios hombres apostados en la superficie. Comían y tomaban café y *canelazo* en grandes tazones de barro, acompañándolo con buñuelos. La mujer se movía ágil, despachando rápidamente varios platos de caldo a varios hombres que desayunaban callados, sentados en una de las muchas mesas rojas con el logotipo de *Coca Cola*, distribuidas en la superficie bajo el techado.

Julia se aproximó sin que aún se percatasen de su presencia, arreglándose como podía: recogiendo el rubio pelo con una coleta, metiéndose la camisa y asegurándose de que no le quedaba rastro de sangre seca en los surcos de la nariz.

—Buenos días a todos —dijo con voz firme y acercándose hasta la barra donde estaba la señora. Se hizo silencio y todos le miraban interrogantes.

“Buenos días”, dijeron casi todos, sin quitarle ojo de encima.

—¿De dónde vienes usted tan *apalizada*, *mija*? —susurró la señora, acercándose a ella hasta casi tocar su rostro y mirando de reojo a los hombres que —callados— seguían observándola de arriba abajo.

—He tenido un percance, señora— habló en voz baja, secundando la cautela mostrada por la mujer.

—Venga por aquí atrás, *mija* — dijo, apuntando con los labios en dirección a la cocina.

Julia se apresuró a darle la vuelta a la barra, siguiendo a la mujer, comprobando que los hombres retomaban la conversación.

—Pero, ¿qué le ha pasado, mi muñeca?, ¿le han hecho algo malo? —repitió la señora, preocupada.

— No señora, pero casi. Ayer me intentaron asaltar en la carretera y tuve que esconderme toda la noche entre la maleza.

—Pero, ¿está usted bien?

—Sí, señora; pero me quitaron todo.

—Bendito sea mi Dios, pero, ¿y cómo se le ocurre andar por estos *lares* sola? Aquí hay gente de muy mala clase. ¿Por qué vino sola? No, *mija*, no vaya usted dando papaya por ahí.

—Sí, señora.

—¿Y entonces..., a dónde es que va? Porque usted no es de por aquí, ¿verdad? Con ese pelo *monín* y ojos verdes... —sonreía, suspicaz.

— No señora, soy española; voy camino de Cuachipé. Me llamo Julia.

— Si, ya se le nota que es usted de *las Españas*— de repente, cayó en la cuenta— Pero, ¿cómo así? Entonces tiene usted que estar muertica de hambre, ¿no? Siéntese aquí, *mija* — dijo, asiéndole del brazo y llevándole a una mesita con silla, situada en una esquina de la cocina entre sacos de *areparina* y botes de café—. Siéntese aquí, mi muñeca, que ahora está usted en *El Frijolates*, que es la casa de su tía Janina Flor. Vea, que le voy a *enmendar* la mañana —dijo, saliendo de la habitación y abandonando a Julia sentada en el rincón, expectante y dejándose llevar por los acontecimientos.

—Gracias a Dios— susurró Julia.

Al segundo, apreció Janina con un plato lleno de bollería en una mano y un tazón de chocolate humeante en la otra.

—Tenga usted, *mija*, que esto le va a entrar bien bueno —lo puso todo en la mesa y se sentó en un taburete junto a Julia—. Y ahora, *cuéntemele* a la tía Janina que le pasó.

Julia, agradecida por el acogimiento de la tendera, narró despacio lo ocurrido el día

anterior, su viaje desde Bucaramanga y algunas cosas en general sobre ella, omitiendo cautelosa lo que veía oportuno. Luego, contestó con cuidado las preguntas de Janina, que escuchaba con el máximo interés, mientras Julia disfrutaba del delicioso desayuno y la hospitalidad que recibía.

—¡Janín! —se oyó gritar una voz masculina desde el otro lado de la fina pared— ¡Venga pues, que anda usted perdida!

—En seguida vengo, mi muñeca; siga usted aquí tranquila mientras atiendo a esos *cansones* —dijo, dejándola sola de nuevo.

Julia casi acabó con el desayuno —le había devuelto la energía y subido los ánimos—. Con el estómago lleno, recapacitaba el siguiente paso, mientras observaba a su alrededor la humilde y bien surtida cocina de su anfitriona y nueva amiga.

Se incorporó de nuevo por la curiosidad y deseos de seguir avanzando en el día. Le preocupaba no haber contactado con *Misión Air*, sabiendo que alguien le habría estado esperando en la estación de autobuses de Cuachipé la tarde anterior. Ahora, esa era la primera prioridad.

Pensaba todo esto, mientras hacía revista a la multitud de tarros de cristal rellenos de azúcar, arroz, canela y otras especias que forraban la pequeña estancia. Se aproximó a la puerta, viendo a Janina una vez más yendo de un lado a otro, atendiendo a más hombres que habían entrado en el cobertizo para calentarse con un café caliente, antes de empezar el día.

Seguía con los ojos a la mujer cuando, al sentirse observada, tornó la vista hacia una de las mesas, encontrándose con la mirada directa e inalterada de un hombre sentado que, inexpresivo, no le quitaba el ojo de encima.

Ella también sostuvo la mirada unos segundos, ocultándose de inmediato hacia la estancia, poniendo la espalda contra la pared. Le había visto antes, pero no recordaba donde. Delgado, rostro hosco y moreno. Pero —sobre todo—, reconoció en él dos grandes cicatrices. Seguro que lo había visto en algún lugar, en Colombia. Manteniendo la calma, tuvo el arresto suficiente para asomarse una vez más y echarle otra ojeada. Lo hizo muy despacio. El escalofrío fue inevitable, al comprobar que el individuo seguía encarado hacia el punto exacto donde ella se encontraba, y hablaba con el que tenía al lado. Al instante, Julia volvió a esconderse tras el muro.

—¡Vale!, nos conocemos, pero, ¿dónde te he visto?

La sien le palpitaba por el bombeo acelerado del corazón—. ¡Maldita sea! ¿Dónde nos hemos visto?

Decidió mantenerse ahí, hasta que Janina regresase con ella, y quizá pudiese conseguir un teléfono para que alguien fuese a buscarle desde la misión. Caminaba de un lado a otra de la estrecha cocina, cual gato enjaulado, deseosa de encontrar una salida. Quizá los sentidos agudizados por el incidente de la noche anterior le estaban jugando una mala pasada. Al rato, Janina apareció otra vez, dicharachera.

—¿*Queubo*, *mija*, se quedó aliviadita? —veía el plato vacío y no hizo reparo en el estado de la española.

Julia intentaba esconder cualquier señal de alarma. La prioridad era salir de allí, alejarse de aquel lugar y llegar cuanto antes Cuachipé.

—Sí, muchas gracias, doña Janina.

—Pero llámeme Janín, si ya casi somos amigas.

—Muchas gracias, Janín. Estaba todo riquísimo. Le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí. De verdad, gracias de corazón. Estoy un poco preocupada porque me están esperando y no saben nada de mí. ¿No habría por aquí algún teléfono a mano para hacer una llamada, verdad?

— Uy. No, yo de esa vaina no tengo. Pero, espere usted un momentito que ahora le

pregunto a Celenio, ahí fuera, que creo que él tiene —decir esto y salir, fue todo uno, apareciendo a los pocos segundos con el teléfono del tal Celenio.

—Aquí tiene, mi muñeca. Pero sea breve, que dice que no es gratis.

—Gracias de nuevo, Janín; seré breve.

Julia sacó del bolsillo del pantalón un papel con números apuntados; entre ellos, el de la misión. Había tenido la precaución de guardarlo aparte, justamente por si acaso se separaba de su equipaje. La tendera esperó a que marcase el número; luego, encogió los hombros y salió de nuevo a atender a los clientes.

—Buenos días, *Misión Air*, le habla Becky, ¿en qué puedo ayudarle? —se oyó una voz jovial al otro lado de la línea.

—Buenos días, Becky; soy Julia.

—¡Julia! Que alegría oírle, ¿dónde está? Le estuvimos esperando ayer. ¿Todo bien?

—Hola, Becky, sí, sí, todo bien. Lamento mucho que no pude llegar anoche en el autobús.

Tuve un percance y no he podido llamaros hasta ahora.

—¿Pero entonces, viene?

—Sí, claro que voy. Ahora estoy a las afueras de Cuachipé.

—Pero, ¿está bien?

—Sí, creo que sí.

—¿Le mandamos a alguien a recogerle? ¿Dónde está exactamente?

—¿Por casualidad conoce un restaurante llamado *El Frijolates* que está en la carretera de Cuachipe?

—¡Claro que sí! —dijo alegre— En seguida le mandamos a alguien; serán unos veinte minutos, ¿ok?

—Estupendo, Becky. Muchas gracias otra vez, aquí estaré.

Julia colgó el teléfono, reconfortada. Pronto vendría alguien a buscarla. Decidida, salió de la cocina con pasos firmes, dispuesta a afrontar lo que se terciase. Aun así, comprobó aliviada que el presunto acosador había desaparecido. Janina seguía atareada, atendiendo a la larga docena de clientes que desayunaban distribuidos por el local. La tendera se percató de su presencia junto a la puerta, sonrió y le hizo gestos, apuntando al dueño del móvil; un señor mayor sentado en un taburete, apoyado en la barra mientras conversaba con otro comensal. Julia se acercó a él, le dio las gracias y Celenio se lo guardó en el bolsillo sin dejar de hablar con su acompañante. Luego, se sentó en una de las mesas a esperar que alguien apareciese para recogerla.

A los veinte minutos exactos, apareció en el rellano una furgoneta azul oscuro sin ventanas, con el logotipo blanco de *Misión Air* pintado en su costado. El vehículo paró justo en la entrada del techado y, del lado del conductor, bajó un hombre de gran tamaño, rubio y tez clara, más parecido a un europeo nórdico que a un venezolano. Vestía un mono marrón de cuerpo entero, salpicado de grandes manchas oscuras de grasa, evidenciando que no había visto el agua desde hacía tiempo.

—Anda, a este sí le conozco yo — dijo Julia, saltando enérgicamente de la silla.

—Buenos días, Comandante De la Vega —dijo Gunter Ost, el mecánico holandés.

—Hola, Gunter, no sabe lo mucho que me alegro de verle otra vez.

Le acababan de recordar quien era y a donde iba.

—Bienvenida a Cuachipé.

El camino desde *El Frijolates* fue breve. Gunter no quiso preguntar demasiado, y Julia prefirió evitarse la fatiga de revivir lo acontecido, no contando todo de nuevo. Quizá más adelante. El holandés, entendió que la española necesitaría descanso y familiarizarse con el lugar, por lo que se limitó a llevarle hasta la vivienda.

La entrada de la residencia principal era una ancha puerta pintada en verde claro. Una señora mayor —de rasgos indígenas— con el nombre de Gladis, ya esperaba bajo el pórtico de madera a que llegasen. Julia salió del vehículo, agradeciendo a Gunter la atención; y acordaron verse por la tarde para la cena —junto con el resto del equipo—, una vez hubiesen regresado tras finalizar la jornada.

Gladis realizaba las labores domésticas para el personal de la misión. Julia siguió su diminuta y delgada figura por toda la casa, mientras esta le mostraba todas las estancias comunes: la cocina, el amplio salón, una habitación con una larga mesa de trabajo en el centro y el aseo de señoras.

Se dirigieron hasta la que sería su habitación, ubicada en uno de los extremos de un largo pasillo que atravesaba la vivienda.

—¿Se le ofrece algo a la señora?—dijo Gladis, dando por finalizada la presentación de la residencia.

—No Gladis, muchas gracias— respondió Julia.

—Aquí tiene la señora sus llaves —dijo la sirvienta, adelantándole un manojito de llaves—; estaré en la cocina si me necesita.

—Gracias, de nuevo; ¿a qué hora llegan los demás, Gladis?

—Es sábado; llegarán algo más tarde; a las cinco más o menos, cuando aún hay sol. La cena se sirve a las seis de la tarde, señora.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta. Muchas gracias.

Tras despedirse, Julia se sentó en una silla de mimbre ante una pequeña mesa de estudio de madera oscura. La estancia tenía poca decoración: varias fotos en sepia, un armario en la esquina y un par de cuadros con temática de árboles. A pesar de que todo parecía muy desgastado, olía a limpio, cosa que le reconfortaba. Se quedó unos segundos ante al armario, para luego decir: —*Pos* va a ser que, no —dejando escapar varias carcajadas por no tener con que llenarlo. Tras la desaparición de la mochila, estaba desprovista de todo, excepto el pasaporte.

Decidió ducharse, a pesar de que tendría que ponerse la misma ropa y, al rato, ya asomaba la cabeza por el marco de la cocina; los rubios cabellos mojados y las mejillas sonrosadas.

—Gladis, me voy a dar un paseo— dijo.

La mujer dejó de amasar *areparina* en una cacerola.

—Si señora, ándese con cuidado por ahí, que hoy hay mercado y hay muchos *gamines* buscando a quien *de papaya*.

—De acuerdo, gracias; hasta luego, —y se echó a la calle.

Deambuló por la misma plaza y alguna que otra callejuela próxima, no queriendo alejarse demasiado. Se paraba a ver los muchos puestos de comida recién hecha. Se vendían todo tipo de alimentos, artesanías, juguetes, ropa y otros cachivaches que se acumulaban en los tenderetes; siempre bajo la atenta mirada de los propietarios, pendientes de que sus productos no se esfumasen por los muchos amigos de lo ajeno que pululaban los días de mercado. A pesar del cansancio, paraba en todos lados, tocaba la mercancía y se divertía, disfrutando sumergirse en el bullicio en el que no pasaba desapercibida. La mayoría de los que por allí andaban era gente del pueblo y la periferia, suscitando una invitación continúa de los tenderos a que se gastase en sus productos cualquier dinero que llevase. Y ganas no le faltaba.

Así paseó más de una hora, hasta que decidió regresar a su nuevo hogar, dando por satisfecha su curiosidad. Al entrar en la casa, Gladis aún estaba en la cocina, de donde salía un olor de arepas tostadas y carne guisada para desmechar.

—Que bien huele, Gladis— dijo Julia, arrancando la primera sonrisa de la señora al ver que había regresado.

—Gracias, señora.

—Me voy a echar un rato; ayer tuve una noche muy larga y estoy bastante cansada.

—Sí, señora — dijo la mujer, viendo cómo Julia desaparecía de nuevo.

Caminó por el pasillo hacia su cuarto, percatándose de que una de las puertas de las habitaciones contiguas, y que antes estaba cerrada, ahora estaba entreabierta. Se paró ante ella, guiada por una irresistible curiosidad; la empujó despacio, abriéndola, esperando encontrar a alguien detrás.

—¿Hola? —preguntó, comprobando que nadie le contestaba.

Se adentró en ella, a pesar de lo inapropiado que resultaba y lo embarazoso que sería que alguien le encontrase allí. Tampoco era para tanto, solo unos segundos. La estancia era similar a la suya, a excepción de estar pintada de color blanco, y los cuadros selváticos habían sido sustituidos por varias láminas pintadas de aviones clásicos y una foto de una cabaña de madera delante un lago, rodeada de montañas. Se aproximó a la mesa de estudios repleta de carpetas de colores, cargada de folios y pliegos perfectamente ordenados. En una de las esquinas, varios archivadores azules indicaban en sus lomos lo que parecían ser matrículas de aeronaves y un manual de mantenimiento de una *Cessna 205*.

—Esta será de Gunter— susurró, percatándose de la pequeña foto enmarcada que se antepone a los manuales.

La cogió con cuidado, acercándosela a la cara para ver el rostro de los dos hombres que aparecían en la foto. Los dos amigos posaban con el brazo de cada uno tras el cuello del otro, encarando la cámara y delante de un avión. “*Con cariño a un gran amigo, de Mike*”, rezaba en una esquina.

Podía reconocer a Gunter en la imagen, al lado derecho, y los cascos de piloto en la mano del otro hombre. Se disponía a poner la foto a su sitio, cuando notó con los dedos algo tras el marco. Lo giró y apareció una pequeña llave adherida con cinta aislante negra, en el dorso. No era de puerta; más bien de algún tipo de armario, candado o caja de seguridad. Sin duda, por la inusual ubicación para guardarla, era una llave especial. La devolvió a la mesa, torciendo el rostro por su propia vergüenza. Deshizo los pasos hacia la puerta, no sin antes darle un último vistazo a la estancia.

—Un tipo organizado y metódico; me encanta— dijo.

Suponía mucho, si era el mecánico de los aviones que ella misma iba a volar.

Siguió hasta llegar a su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Se quitó las botas

camperas, se desabrochó el botón de los pantalones cortos y se dejó caer en la cama, la cual protestó con dos breves chirridos.

—Solo una siestita y salgo a saludar a todos —dijo entre dientes.

Arrullada por su profundo y monótono respirar, cayó en un profundo sueño casi de inmediato.

Cuando despertó no había luz al otro lado de la ventana. Había dormido más de lo que esperaba, y se retorció incomoda al consultar el viejo reloj a pilas que estaba en la mesa. Eran las siete y cuarto de la tarde.

—Vaya, habrán cenado ya; qué primera impresión tan mala.

Dio un salto de la cama y se ajustó la camisa, pasándose la manga por los labios mientras salía de la habitación. Caminó por el pasillo dando grandes zancadas, acercándose a las voces que procedían del comedor. Entró en la estancia y media decena de personas — sentadas alrededor de una mesa— dejaron de hablar; vitorearon todos a la vez, aplaudiendo, animándola a unirse a ellos.

—Hola, soy Rebeca Britney, de Inglaterra, pero me llaman Becky —dijo con fuerte acento la joven pelirroja y ojos claros que tenía más próxima. —Te contesté ayer por teléfono...

—Encantada; muchas gracias por tu ayuda.

A continuación, se presentó un joven delgado, de tez morena y cara estrecha, llamado Alfredo Pelliz.

Julia reconoció a Gunter en el otro lado de la mesa, brazos cruzados y una de las manos abiertas a modo de saludo. Siguió los hermanos Tom y Marshall, piloto y mecánico cada cual, de Missouri. Les estrechó las manos con fuerza.

—Encantada de conocerlos a todos.

—Hola, Julia, soy Badoin Lemond, el director de *Misión Air*. Hemos hablado mucho por teléfono. Lamento las dificultades que ha tenido en Colombia y le agradezco mucho que no desistiese. Le estábamos esperando y su llegada realmente supone una gran ayuda —dijo un hombre pausado y sonriente, con un marcado acento francés.

Su espesa barba blanca y cejas pobladas contrastaban con los pocos pelos que le quedaban en la cabeza; largos y ondulados, se sostenían fijados hacia atrás por algún tipo de fijador o grasa. Era imposible determinar su avanzada edad. Badoin era doctor cirujano, de esos tipos que transmitían sosiego y simpatía.

—Mucho gusto de conocerle personalmente, señor Lemond. Estoy encantada de estar aquí por fin. Discúlpenme por llegar tarde a la cena, me quedé dormida. Veo que ya estaban terminando; siéntense, por favor —dijo Julia, azorada y acercándose de inmediato hasta un lugar vacío de la mesa, guardado para ella.

Fue sentarse y aparecer Gladis —sin previo aviso— desde la cocina con un plato de *sancocho* y varias arepas en un plato, poniéndoselo todo delante.

—Vaya, muchas gracias, Gladis; qué vergüenza, ya han terminado todos —dijo, y comenzó a comer con avidez por el apuro y el hambre.

Una vez hechas las presentaciones, volvieron a sentarse todos y conversaron animadamente durante un buen rato, acompañando a Julia mientras comía. Le hacían preguntas sobre lo vivido en los últimos meses, y ella les respondía sin dar demasiados detalles. Cada uno también contaba su historia sobre porque estaban allí y sus experiencias. Así pasaron varias horas, congeniando con la recién llegada.

—Nosotros nos vamos; hemos quedado con un amigo —dijeron los hermanos americanos, levantándose de la mesa y dando las buenas noches.

Así, poco a poco, todos se despidieron, hasta quedar solos Badoin y la española.

—Si no le importa, Julia, venga conmigo a dar un paseo a la plaza. Supongo que con la siesta que se ha tomado aún no tendrá sueño, *¿ce correct?*

—*Oui, bien sure*— respondió ella con su limitado francés.

Salieron a la calle y comenzaron a pasear. La noche se ofrecía refrescante y despejada. Olores de buñuelos y carne asada llegaban desde algunos carros y comederos del barrio donde los vecinos hacían corros, comiendo y bebiendo distraídamente.

—Como le decía antes —comenzó Lemond— su ayuda es muy bienvenida. Estamos necesitados de pilotos desde hace algunos meses y, francamente, nos sorprendimos mucho de su solicitud, dada su experiencia.

—Estaré encantada de ayudar; gracias por haberme aceptado de voluntaria. De todas formas, si tan necesitados están, ¿no hay pilotos en la zona que pudiesen ayudar puntualmente?

—Ese es el problema —dijo el doctor, mirando al suelo mientras caminaban—, los hay, pero no nos fiamos; o mejor dicho, no me fio.

Julia dejó de andar, obligando a Lemond a hacer lo mismo. Él continuó.

—Somos un equipo muy pequeño de gente. Desde aquí atendemos a varios miles de personas que viven en zonas remotas y desfavorecidas que dependen de nosotros para tener acceso a servicio médico, vacunas. Usted ya sabrá que también apoyamos a otras organizaciones benéficas, entidades públicas y personas influyentes en la región para alimentos y necesidades básicas. Son cinco aviones que vuelan entre dos y seis saltos por día, llevando personal médico, enfermos y materiales. Aparte del equipo, aquí llega a colaborar mucha gente; gente que entra y sale, que mete y saca cosa en los aviones, y comienzo a tener la sensación que se me está yendo de las manos.

—Discúlpeme, señor Lemond, pero sigo sin entender qué quiere decirme.

—Perdón, pensé que quizá, dada su experiencia, sabría de lo que hablo. Veamos; le pediría que tenga usted los ojos bien abiertos, comandante De la Vega, *¿oui?*

—Bueno, mi experiencia ha estado centrada en ambulancias aéreas de reactores; no estoy segura de que tenga mucho que ver con lo que se hace aquí, pero... ¿y la falta de pilotos?

Él le lanzó un guiño suspicaz.

—Entiendo, Julia. Venezuela tiene un entorno complejo, por decirlo de alguna manera, ¿no cree? He recibido muchas solicitudes de pilotos locales y muy pocas de extranjeros. Algunos locales tienen mucha experiencia pero, dadas las circunstancias, siempre hay que tener cuidado de limitar el acceso a los aviones a personas que pudiesen tener intenciones turbias. En realidad, ha sido usted el único piloto que ha mostrado interés desde el trágico accidente que tuvimos en Wichita. Me sorprendí mucho cuando posteriormente me enteré que usted misma había estado allí el día del accidente.

—¿Quién se lo dijo?

—Gunter, el mecánico holandés.

—Efectivamente, estuve allí ese día. Fue un día muy triste.

—*Me oui*, fue un día muy triste para todos; Mike era una persona estupenda y muy allegada. Fue un duro golpe para todos los mecánicos y colaboradores. ¿Tuvo usted oportunidad de conocerle?

—¿Al piloto?, en absoluto.

—Como le digo; era un gran hombre.

—Estoy segura; pero entonces, ¿usted sí se fía de mí?—dijo ella.

—¿Acaso no debería fiarme?

—Me refiero a volar sus aviones...

—Yo también, querida — dijo él, parándose para sentarse en un banco—. Aunque, le confieso que me llamó la atención que estuviese dispuesta a dejarlo todo, incluyendo comodidades y un buen salario, para venir a servir con nosotros. No hay mucha gente como usted hoy en día, ¿no cree?

—Supongo que cada uno busca su camino.

—Así es, querida. En cualquier caso, tenga los ojos abiertos; no todo el que tengo delante está para servir, sino para servirse de otros.

Ella escuchaba reflexivamente y miraba a una pareja de enamorados al otro lado de la plaza. El continuó.

—También me parece justo, Julia, que sepa dónde se está metiendo. Esto que hacemos puede llegar a ser arriesgado y difícil, aunque se haga siempre pensando en el bien de las personas. Si no lo tiene usted claro, le aconsejaría que se fuese. Es más, quizá sea lo mejor.

Julia enarco las cejas y le miró fijamente.

—Perdone, señor Lemond, no creo estar entendiendo del todo lo que me está intentando decir. ¿Me está usted sugiriendo que me vaya?

—Mire, Julia, permítame ser franco. El equipo de *Misión Air* es estupendo, pero siempre hay alguna mala hierba en el más precioso jardín. Y este es un precioso jardín, pero también tiene su negra brizna.

—Y si tiene usted pruebas, ¿por qué no se deshace de quien sea necesario?

—Porque no las tengo; por eso le pongo en aviso, Julia.

—Entiendo.

Esto no estaba en los planes de la española; pero salir corriendo no era su fuerte. No quiso decir más; tampoco hacía falta. El doctor parecía también dar por zanjada la conversación.

Se levantaron y, sujetándose del brazo de ella, comenzaron a caminar de regreso a la vivienda, paseando despacio. A pesar de su aspecto peculiar, Lemond parecía disfrutar de mezclarse entre aquella gente alegre y despreocupada de Cuachipe.

—Bonita noche para volar —dijo.

—Le digo que sí, patrón, le aseguro que era la misma *pelada* —aseveró Frijolito, poniéndose la mano en el pecho, disculpándose e intentando poner énfasis en el asunto que le concernía directamente.

—Pero, ¿cómo así, huevón? ¿No que me dijo que se había encargado de ella? —preguntó Polino Menides, repasándose el grueso cuello con un pañuelo; frecuente costumbre en los días que la humedad y el calor apretaban.

—Claro, yo mismo le quité el pasaporte en Bogotá, antes de embarcarse a Bucaramanga; todavía no me explico cómo fue que llegó a entrar en el avión. Y menos aún, no me esperaba verla en el comedero de la Janina...se me quedó mirando la *pelada* —explicaba el subordinado, intentando excusarse.

—¿Cómo? ¡Encima le reconoció, Frijolito! —dijo Menides, irritado y entre dientes para no llamar la atención a los otros comensales—¿Cómo pensó que, solo con quitarle el pasaporte, ya apañaría el encargo, so pendejo? Lo único que ha hecho es demorar el problema. Ese no es el Frijolito que yo conozco —al otro le dolió esto último, agachando compungido la cabeza.

—Lo siento mucho, patrón.

El jefe, percatándose de su arrepentimiento sincero, le habló condescendiente:

—Bueno, váyase de aquí y hablamos luego, antes de que se dé cuenta Don Verigüela y me pregunté si hay algo; y entonces no le voy a poder mentir —vigilaba al capo de reojo, sentado a pocos metros de ellos, comía y despachaba negocios con otros de sus hombres—. Si se entera de esto, nos manda a los dos *pal papayo*.

La tez de Frijolito palideció al oír esto.

—Entonces, ¿qué hago, patrón?, ¿le doy el paseo a la *tipa*? —sugirió el subalterno.

—No, huevón, ¿cómo vamos a armar semejante despelote?; no queremos muertos, ¿entiende? Usted y yo ya no estamos para esas vainas.

— Bueno, patrón, entiendo; entonces ¿será que llamo al *Condorcito Negro* para ver como lo arreglamos?

—¿Cómo así, y ese quién es? —comenzaba otra vez a perder los nervios y la paciencia.

Además, Verigüela acababa de fijarse en los dos hombres, y Menides hacía un esfuerzo ímprobo para mantener la compostura.

—Sí, patrón, la colaboración en la misión— siguió Frijolito, como si tal cosa.

—¿*El Jilguerito Negro*? —pregunto el jefe, confundido.

—Eso mismo, patrón; usted disculpe, me equivoque de pájaro.

—¡Ojo al parche, Frijolito, ojo al parche que se me la juega! —el otro asintió, atento— Me le manda llamar a ese contacto de la misión y nos vemos mañana a la hora del algo en donde Janina, ¿me oyó? —balbuceó Menides, tras ver que el jefe había mirado una vez más hacia ellos y se levantaba de la silla sin perderles de vista.

—Hágale, pues; váyase de una vez o a los que se van a llevar a darles el paseo va a ser a usted y a mí.

Fue decir esto y Frijolito salir disparado hacia la salida del restaurante —sin siquiera despedirse—, llegando Carpio Verigüela a los pocos segundos hasta donde estaba Menides. Este se desabrochó la chaqueta de lino blanco y tomó asiento en el borde de la mesa con los brazos cruzados, mirándole secamente unos segundos.

—¿Todo bien, Polino? —preguntó.

—Sí, don Carpio, todo en orden —respondió este, sin disimular el estupor— Bueno, quizá no del todo, patrón. Pero una cosita suelta, no más.

—Ok, pues venga y póngame al corriente. Con detalles, como a mí me gusta.

—Claro, patrón; ahora mismo.

Se levantó maldiciendo para sí, mientras el jefe se alejaba. Puso la servilleta junto al plato. La carne asada sin empezar, aún humeaba; y eso que por la mañana había hecho hueco en el desayuno, para el convite.

—Qué pena..., igual se me ha cerrado el tragadero— dijo resignado mientras arrastraba los pies, caminando tras su jefe.

—¿Viaja usted solo, señor De la Vega? ¿A qué viene a Venezuela? —preguntó el agente de aduanas.

—Sí, viajo solo; voy de visita familiar a Cuachipé.

—¿A dónde?

—A Cuachipé, cerca de la frontera con Colombia. Mi hija vive allí desde hace varios meses.

—¿Entonces toma usted otro vuelo desde Caracas? ¿Cuánto tiempo estará de visita?

—Así es, voy a estar solo unos días.

—¿Me confirma la dirección, por favor?

Carlos le extendió un papel con la dirección de *Misión Air*, apoyando el codo en el mostrador para sujetarse la frente; estaba cansado por el largo vuelo. Apenas llevaba equipaje, lo que parecía llamar la atención del agente. Mientras menos equipaje llevase, más ágilmente se movería.

Aunque hacía muchos años que no viajaba intensamente, aun recordaba perfectamente cómo empacar la maleta con lo mínimo necesario para un piloto profesional. Estaba curtido: aeropuertos, el gentío, las esperas, las aduanas, los agentes de seguridad y los hoteles de una noche. Solo llevaba la ropa justa, algo de dinero y todas sus licencias de piloto envueltas en un descolorido sobre plastificado.

Cuando Bernarda vio que guardaba las licencias mientras hacía la maleta, no pudo menos que cuestionarle por qué se las llevaba. Nunca se sabe, fue la respuesta inquieta de Carlos. Siempre había detestado viajar, y aun así le despertaba los sentidos y le lanzaba a una parte de su pasado. Más intenso lo primero que lo segundo, pero le reafirmaba la percepción de estar más vivo que nunca; o quizá un muerto en vida hasta encontrar a Julia.

—Todo en orden, señor De la Vega; que tenga una buena estancia y viaje —respondió el agente de aduanas.

Julia esperaba a que el chaparrón amainase. Apoyada contra el pórtico de la Iglesia, contemplaba la lluvia empapando la tierra prensada de la plaza, aún vacía a pesar de ser pasadas las siete y media de la mañana. En un día normal, sin aguacero, ya habrían estado instalados los puestos del mercado con arepas, buñuelos y *canelazo* caliente. Sin duda, la lluvia no era del gusto de todos. Respiraba fuertemente el aire fresco impregnado de olor a tierra húmeda.

Hacía dos semanas que ir a la iglesia —a primera hora de la mañana— se había convertido en una rutina para Julia. Desde que Gladis le dijo los horarios del templo más próximo, se aferraba a esa rutina matinal adquirida durante su larga estancia en el convento; como si de ella dependiese el poder afrontar el ajetreado resto de la jornada.

El párroco abría puntualmente a las siete menos diez y daba comienzo a la liturgia diez minutos más tarde. Solo media docena de señoras, casi todas de avanzada edad y siempre las mismas, parecían formar el grueso de la feligresía entre semana. Una vez acabados los oficios, Julia compraba un buñuelo o pan de yuca recién horneada en uno de los puestos, mojándolo en un vaso de chocolate. Esta vez tendría que desayunar en casa.

Los días pasaban rápidamente, cargados de un intenso horario de vuelos y otras tareas de apoyo a la misión. Se sabía cómo podía empezar el día, pero nunca cómo acabaría.

Alfredo Pelliz, el compañero piloto, le estaría esperando a las ocho y media en la residencia para ir al aeródromo. Aún quedaba tiempo, así que no había prisa alguna. Saltó de la acera, cubriéndose la cabeza con la caperuza de su chubasquero, y se alejó del templo al comprobar que llovía menos. Atravesó varias calles, cruzándose con poca gente y llegó a la plaza donde estaba la vivienda. Reconoció el *Mazda 525* amarillo de Alfredo aparcado en la puerta y salpicado de barro toda la mitad inferior. Entró y atravesó el salón, llegando a la cocina. Allí estaba Alfredo, conversando con Gladis mientras masticaba una arepa con morcilla y un vaso de café.

—¡No me digas que te estás comiendo mi desayuno! —irrumpió Julia, percatándose de la ceja inflamada y morada del joven compañero.

—Hola comandante, ¿cómo está usted? Aquí estoy, dejándome agasajar con las delicias de Gladis.

—Pero, Fredo, ¿qué te ha pasado en la cara? —se acercó para comprobar el daño— ¿Te ha pegado la novia?

—Más o menos, jefa. Ahí me tropecé con uno que le gustó el reloj y no me deje. Le devolví el golpe y salió corriendo. Mira.., aun lo tengo en la muñeca —dijo, mostrando el reloj que —efectivamente— seguía en su sitio.

—Vaya, lo siento. Te has arriesgado al resistirte, ¿te duele? ¿Estás bien para volar hoy?

—Sí, claro; es solo un golpecito.

—De acuerdo; pues voy a comer algo, que aún tengo el estómago vacío. Pero me lo acabo en el camino, si no te importa que coma en tu coche.

—Como no jefa, mi carro es suyo.

Gladis le preparó un termo con algo de chocolate caliente y le entregó una empanada horneada del día anterior envuelta en una bolsita de papel. Los dos se despidieron y salieron a la calle.

Charlaron animadamente durante el trayecto hacia el aeródromo, a pocos kilómetros del pueblo. Había dejado de llover y los aldeanos comenzaban a llenar poco a poco las calles del pequeño pueblo en sus quehaceres diarios. Iban y venían señoras, portando bolsas de rafia para hacer las compras del día. Se cruzaban con alguna que otra ruidosa moto cargada con una o dos personas, y siempre vistiendo un chaleco reflectante y la matrícula del vehículo marcado en él.

Fuera del pueblo, se cruzaron con algunos campesinos que conducían a sus animales con cuerdas —rumbo hacia el campo y detrás de sus amos— a pastar. Todo era parte del reconocido atrezo matutino. Las blancas casas con balcones de madera labrado quedaban atrás en las amplias calles, reinantes en la colina, a medida que se alejaban cuesta abajo por la carretera principal. A partir de ahí, se agolpaban a ambos laterales de la estrecha carretera las verdes plantaciones de maíz, huertos y algunos rellanos con mantos de espesa hierba.

Los dos hablaban animadamente, contemplando todo lo que se les presentaba al paso, envuelto en los rayos de sol que bañaba de brillo la húmeda vegetación. De repente, apareció por encima de la maleza una *Cessna 205*, atravesando el cielo y espantando los pájaros con el rugir del motor. Cruzó por encima de ellos a escasos metros de sus cabezas, alejándose.

—Ahí van esos dos gringos—apuntó Alfredo.

—Creo que les ha tocado ir a Selenita. A ver que me toca hoy; seguramente Cañón del Tuerto, aunque no me siento lista todavía.

—¿Cómo dice, Julia?, pero si es usted la *verraquera* aterrizando allí...

—Ya, pero no me hace chiste. ¿Te importa que nos cambiemos hoy? Además, mejor tú, que el nombre de la pista te viene hoy perfecto — los dos rieron, aunque Alfredo dudo unos segundos.

—De acuerdo, pero solo hoy.

—Gracias, compañero.

Alfredo tomó el camino izquierdo en una bifurcación, transitando el coche por un camino forestal. Los baches y charcos se sucedían, salpicando el cristal y obligando al uso del limpiaparabrisas. Pasado un tiempo, el camino se allanaba de nuevo, recubierto de piedras prensadas y cemento. Finalmente llegaron al perímetro alambrado del aeródromo y a una puerta metálica cerrada que restringía el paso. Alfredo se aproximó, bajó la ventanilla y, estirando en brazo fuera del coche, acercó una tarjeta de plástico blanca al telefonillo que estaba sujeto a un poste cilíndrico. La puerta se abrió lentamente. Continuaron el camino paralelo a la pista de asfalto, visible gracias a neumáticos, pintados alternativamente de rojo y blanco, semienterrados en vertical a lo largo de la pista. Llegaron a una explanada con una veintena de vehículos aparcados, próximos a tres grandes naves prefabricadas de chapa que hacían de hangares, oficinas y cantina del aeródromo. Bajaron del coche, sacaron dos cajas llenas de repuestos aeronáuticos del maletero y caminaron hacia la caseta más próxima. A la derecha de ellos estaba la plataforma de aparcamiento de aeronaves ligeras, próxima a la pista. Algunos aviones reposaban cubiertos con lonas, en desuso desde hacía tiempo. Varias avionetas *Piper Cherokee* mostraban el logotipo de *Alpina Servicios*, la escuela local. En el interior de uno de ellos, instructor y alumno preparaban el monomotor para el arranque. En el otro extremo de la pista, un *Twin Otter* esperaba con el portón abierto la primera tanda de paracaidistas deportivos del día, los cuales no tardarían en salir del hangar más próximo en busca de satisfacer sus necesidades de adrenalina. Más allá, un helicóptero *Robinson 22* mantenía sus aspas sujetas con cuerdas de seguridad, y así evitar que

rotasen movidas por el viento.

Ante los portones abiertos del hangar central, habían aparcados tres *Cessna 205* de *Misión Air*. En dos de ellas, varias cuadrillas de cinco hombres aseguraban con cintas los sacos y materiales en su interior, traspasándolo todo desde una camioneta próxima. La tercera avioneta estaba vacía, con la puerta abierta y los asientos asegurados, a la espera de varios pasajeros.

—Buenos días —saludó Julia, antes de entrar con Alfredo en la sala de operaciones.

Los dos colocaron las correspondientes cajas en un rincón, y ella se acercó al tablero de la programación que Becky acababa de organizar para esa jornada.

—Fredo, hoy cada uno por su cuenta.

—Ok —asintió el piloto—. ¿Que nos toca?

—Tú, al *Cañón de tu ojo*, como acordamos —dijo riendo—, y yo a *Loma Pradera*, a llevar sacos.

—¿Sola o con paciente?

—Sola.

—¿Cuál te llevas? —dijo él, acercándose también al tablero.

—Yo tenía el avión nueve, pero me llevo el que tú tenías asignado; el *abuelote* de la flota.

Julia se aproximó al teclado del ordenador más cercano y, tras repasar el peso y centrado, imprimió el plan de vuelo. Cogió el papel, lo dobló y se lo metió en el bolsillo de la blanca y planchada camisa nueva.

—Nos vemos—dijo ella, y salió por la puerta.

Al salir se agachó para abrocharse uno de los cordones de las botas, observando con dificultad desde el suelo su *Cessna 205*, que ya estaba cargada de sacos. En ese momento, reconoció a Gunter, apareciendo por el costado de la puerta de carga y abandonando el aparato hacia el hangar. Julia se mantuvo agachada en el suelo, esperando a que el holandés desapareciese. Después, se incorporó y continuó andando hacia el aparato, revisando su estado a medida que se aproximaba.

—¡Buenos días, De la Vega!— oyó sorpresivamente desde el hangar. Era Gunter.

—¿Qué tal, amigo?

—Todo en orden, comandante; buen vuelo.

—Muchas gracias Gunter; nos vemos en la cantina a la hora del almuerzo.

—De acuerdo —dijo él, y volvió a desaparecer.

Julia bordeó la avioneta, realizando la revisión pre—vuelo: el lateral, la cola, la tensión en los controles, el orificio de presión estática..., todo estaba en orden. Continuó hacia el lado opuesto y, al llegar al portón de carga, se percató de que no estaba asegurado.

—Vaya.

Sujetó el pomo y terminó de asegurarlo en posición de cierre. Levantó la vista hacia el hangar, confirmando que Gunter no estaba. Luego, continuó la inspección hasta el puesto de pilotaje. Tras cerrar la puerta, realizó las comprobaciones de arranque. Todo en orden.

—¡Libre! —gritó por la escotilla lateral.

El motor dio varias vueltas —tosiendo unos segundos— antes de arrancar por completo y estabilizarse en un ronroneo rítmico y constante. Condujo el avión por la calle de rodaje hasta llegar al punto de espera de la pista. Realizó meticulosa todas las comprobaciones antes de despegar; de nuevo todo en orden.

—*Yanqui victor tres seis uno*, en punto de espera *dos seis*, ¿algún tráfico en base o final? —no hubo respuesta—. *Yanqui victor tres seis uno* entrando en pista *dos seis* para salida

inmediata hacia el sur.

Encendió la luz de aterrizaje y la bomba auxiliar de combustible, ajustó el giróscopo direccional y encendió el transpondedor. Luego, empujó la palanca de potencia hasta el fondo y el avión respondió acelerando, empujándole contra el respaldo del asiento a medida que aumentaba la velocidad.

—Potencia establecida, indicadores en verde, anemómetro vivo...

Los baches se hacían cada vez más perceptibles, a medida que la avioneta aceleraba inexorable contra el final de la pista. Sin embargo, el espacio se acortaba y la velocidad de despegue aún no llegaba.

—Velocidad de rotación; vamos, *Abuelo*.

Julia tiró de los mandos hacia atrás, ya convencida de que algo inusual ocurría. Demasiado tarde para abortar. El avión se separó del suelo, iniciando un ascenso lento y alejándose poco a poco de la copa de los árboles que poblaban la senda de despegue.

—Demasiado cerca para mi gusto: el motor está bien, pero el peso no— protestó.

Alguien en Despacho de Vuelo habría hecho mal los cálculos y se le iba a caer el pelo esa misma tarde, cuando regresase. Miró hacia atrás para comprobar el cargamento detrás de su asiento. Una gran malla de cintas presionaba los sacos y cajas contra el fondo del fuselaje, evitando cualquier desbalance. Todo parecía correcto.

El ascenso a siete mil pies fue lento y apacible. Los chaparrones se desplazaron hacia el sur, en busca de donde refrescar la tierra, y ahora se habría un cielo despejado, con alguna que otra nube dispersa y sin generar lluvias. Parecían descendencias olvidadas de la tormenta, rezagadas y siguiéndola en su paso por la región.

El sol despuntaba entre las montañas, atravesando el metacrilato del parabrisas y calentándole el rostro. Julia sostenía el control con la yema de los dedos. Sentía los cambios del avión, al igual que un caballo perfectamente domado, anticipando cualquier desvío mínimo en la altitud o rumbo con una leve presión. Sonreía al contemplar el horizonte, agasajada por la quietud y el vaivén del aparato, como si este tuviese vida propia. Repasaba instintivamente con la vista las agujas del viejo aparato, asegurándose de que los parámetros seguían siendo correctos.

El trayecto fue breve; y al rato ya daba inicio a la aproximación, verificando la lista de chequeo una vez más. Recordando la dificultad en el despegue, decidió aterrizar con algo más de velocidad para compensar el posible exceso de carga. La pista ante ella era de asfalto y tenía suficiente distancia.

Tomó tierra y, tras dejar que el avión llegase al final de la pista, desaceleró por la última calle de rodaje, caminó a la plataforma principal. Acercó la aeronave a dos camionetas que esperaban la carga; cada una ocupada por varios hombres, sentados sobre el capó y observando la llegada del aparato. Julia apagó el motor y todos los sistemas. Salió y abrió las compuertas para que estos comenzasen a descargar.

—Buenos días, señores—dijo, animada—, bonito día.

—Sí, señora, hermoso día *pa voliar* —dijo el más adelantado de todos.

—Sí que ha sido bueno.

—Quiero decir, para trabajar, señora— respondió, guasón—. ¿No vino hoy Alfredo, el otro piloto?

—No, hoy nos hemos cambiado la ruta.

Los otros tres hombres comenzaron a sacar cajas y sacos, cargándolo todo en una de las camionetas mientras Julia y el otro supervisaban la operación.

—Parece mentira que quepa tanta cosa ahí dentro, ¿no cree, señora?

—Pues sí; incluso parece mentira que vuele.

—Patrón, aquí está lo de Don Menides. ¿Son dos? — dijo uno de los mozos, sujetando un saco aparentemente igual a los otros.

—Sí, *monín*. Son dos, como ese, y uno de harinas — aclaró el jefe.

El otro se encogió de hombros y apartó el que tenía en las manos y otros dos bultos, descargándolos en la camioneta que, hasta ese momento, aún estaba vacía.

—Listo, patrón —dijo un tercero, comprobando que no quedaba nada en el avión—. Ya están los quince sacos para la comuna; han mandado también las cajas para el dispensario y materiales para los niños.

—Qué bueno; muchas gracias, señora —dijo el patrón, dirigiéndose a Julia y estrechándole la mano—; que tenga buen vuelo y nos vemos en la siguiente.

—No hay de qué; para servir estamos —dijo Julia, animada.

Se despidieron también los tres hombres y se acomodaron en el interior de las camionetas. Julia contempló sonriendo como se alejaban con el abastecimiento y, con los brazos cruzados, dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Luego, se acercó al tren izquierdo del avión, retiró los calzos que apalancaban la rueda, aseguró la puerta de carga y subió al puesto de mando. Tras pensarlo un segundo, sacó el papel doblado del bolsillo de la camisa, abriéndolo con cuidado y repasando los datos; confiaba encontrar ahí la respuesta a alguna duda.

—Vaya, ahora entiendo por qué casi no despegamos —mudó el rostro de contrariado a serio mientras sujetaba el papel delante de ella—: once bultos no son quince.

Volvió a doblar la hoja y la introdujo de nuevo en el bolsillo. Resopló y se frotó los ojos —con las manos abiertas— para espabilarse.

Como tantas otras veces, arrancarían el motor y emprendería un vuelo de regreso sin incidentes a Cuachipe.

La pista de tierra de Treviño la mantenían los propios aldeanos como mejor podían y con los medios que tenían a mano, que eran pocos. Estaba situada en una loma que se alzaba junto al conjunto de casas de ladrillo rojizo y techos de láminas. Pegadas unas a otras, formaban estrechas calles de tierra y piedras prensadas donde las motos, los carros o algún destartado vehículo pudiesen transitar.

A medida que transcurría la hora del almuerzo, comenzaba a emanar humo desde cilindros que despuntaban en los tejados de casi todas las viviendas.

La pista había sido perimetrada algunos meses atrás, desde que un perro —andaba suelto el chuchó— estuvo a punto de costarles un disgusto y provocar un grave accidente. El animal vagabundeaba y se atravesó en la pista, interponiéndose a un avión que despegaba en ese momento. Solo la pericia del piloto —cambió la trayectoria en el último segundo— evitó la tragedia por centímetros, pero escabechando con la hélice al famélico can.

En sendos costados de la pista, la hierba crecía natural, formando un manto verde y tupido en la explanada que ayudaba a que la tierra respirase.

—Gracias, Julia —dijo el norteamericano—; nos vemos en la caseta.

—Ok, John; ahora voy y te hecho una mano.

El médico se dirigió hacia el dispensario, ubicado en el centro de la aldea indígena. Varias decenas de niños de todas las edades se agolpaban en la verja que daba salida al recinto. Cada uno esperaba ser el primero en recibir las golosinas que el doctor prodigaba cada vez que acudía a atender a los enfermos. Eran niños de todas las edades, con ropas desaliñadas, algunos descalzos o con chanclas de caucho que hacían de calzado. Todos riendo, corriendo y jugando alrededor del esperado visitante.

Se fueron detrás de John, excepto una niña que se quedó esperando a Julia —quizá de unos diez años—, colgando sus largos y oscuros cabellos sobre la valla y mirándola desde lejos con grandes ojos saltones. Saludó tímidamente con la mano y dio pequeños brincos de entusiasmo cuando la piloto le saludó de vuelta. La española hacía gestos para que la pequeña tuviese paciencia y esperase.

Julia se ajustó la camisa dentro de los pantalones cortos —empapada por el calor y la concentración durante el aterrizaje—, se deslizó la goma del pelo y volvió a recogerse los rubios mechones en una cola. Luego, fijó las alas del avión al suelo, con cabos de cuerda trenzada, a modo de una tienda de campaña. No tanto por el viento —no soplaba—, sino, más bien, evitar que el aparato decidiese por su cuenta rodar cuesta abajo, precipitándose al vacío del barranco que seguía al final del terruño.

Se cercioró de que las puertas estaban cerradas y caminó hasta la salida, donde la pequeña apenas podía contener el entusiasmo.

—Hola, señorita De la Vega.

—Hola, cariño, que alegría verte.

Julia abrió la verja metálica y, luego, los brazos; la niña se abalanzó sobre ella.

—¡Que vestido tan bonito llevas hoy, Ana Camila! —dijo, sujetando entre sus manos los delicados cachetes de la pequeña.

La niña desplegó orgullosa el vestido rosa de tirantas blancas —demasiado grande por varias tallas—, para que lo viese mejor.

—¿Le gusta?, muchas gracias; me lo regaló ayer mi abuelo. Es muy bonito y me gusta mucho.

—¿Vienes a la clínica conmigo? Hoy lunes no viene la maestra, ¿verdad?

—No, no hay escuela; si usted me deja, le acompañó.

—Claro que sí.

Ana Camila le agarró la mano y las dos tomaron juntas el camino que descendía hacia la aldea.

Tenían una rutina establecida entre ellas desde hacía mes y medio, cuando Julia regresó por tercera vez. Aquel día, sin saber porque ni cómo, la niña se quedó esperándole cuando ya todos los demás pequeños se habían ido tras el médico. Ana Camila se presentó y le preguntó si le podía acompañar. Una vez Julia aceptó, no se separó de ella en toda la mañana. Así al siguiente día y en días posteriores, cuando aterrizaba allí dos veces por semana. Ana Camila le había elegido a ella, sin más.

Poco después, Julia dedujo de sus conversaciones que quizá ese apego podría tener algo que ver con la falta de un padre conocido y la muerte prematura de su madre. Julia le escuchaba; fue inevitable la predilección que la niña comenzó a mostrar por ella. Era siempre correspondida por la española, que aprovechaba el tiempo juntas para ofrecerle atención y cariño.

A medida que pasaban los días y, tan pronto estaban juntas de nuevo, Ana Camila destapaba sus irrefrenables ansias de contarle todo lo que le había pasado en los últimos días. Parecía retener todo para descargar en Julia todas sus inquietudes; sentirse comprendida. La española siempre le escuchaba paciente. Las dos se sentaban en alguna esquina del dispensario o un banco en la plaza próxima, y Ana Camila hablaba: una vez, había recogido huevos con su abuelo en el gallinero. Otro día, había visto como el lechero del pueblo aguaba la leche, pero no se lo había dicho a nadie. O, su mejor amiga Dora había caído enferma de cólera, y ella le había acompañado en su casa durante tres días seguidos sin salir.

A veces, Ana Camila le preguntaba sobre ella, sobre España. Quería saber por qué no estaba casada o tenía hijos; si su comida favorita eran los frijoles o el tamal; si le daba miedo volar o le gustaba el pueblo de Treviño.

Así, Julia llegó a aprender mucho sobre ella y la vida del pueblo. La pequeña no se separaba en todo el día; hasta que Julia se despedía y cogía el avión de regreso a Cuachipé.

Esta vez, las dos caminaron hasta la pequeña clínica, donde John ya atendía a los primeros pacientes que hacían fila, pegados al muro del dispensario.

El dispensario estaba situado en una pequeña plazoleta, poblada de algunos árboles y muchos bancos de piedra.

Allí tenían su sitio los ancianos, que contemplaban sentados los acontecimientos del pueblo, esperando abrir el apetito para la hora de comer. También, a esa hora apenas sí se veían mujeres fuera de las casas, ocupadas muchas de ellas en preparar el almuerzo, esperando la llegada de los hombres que venían del campo o los talleres.

Algunos chiquillos seguían jugando y, en uno de los extremos de la plaza, había un grupo de adolescentes, conversando animadamente sobre la moto nueva que todos rodeaban y dándole palmadas en la espalda al afortunado dueño.

—Ana Camila, dentro de poco voy a ayudar al Doctor John con unas vacunas, ¿vale?

—Sí, señorita De la Vega.

—¿Todo bien hoy?

—Sí, señorita; estoy feliz de que usted esté conmigo. ¿Puedo preguntarle algo?

—Claro que sí, cariño, lo que quieras.

—¿Algún día se irá usted y no volverá?

Un atisbo de tristeza apareció en el rostro de Ana Camila; primera vez, desde que la conocía. Julia acarició el cabello de la niña, cuidando las palabras antes de hablar.

—Es posible que algún día me tenga que ir a otro lugar; pero eso, seguro que es dentro de mucho tiempo. No te preocupes, que aún está muy lejos —dijo Julia, colocándole despacio un mechón de cabello tras la oreja.

—¿Me llevaría con usted?

—¿Y tu abuelo? ¿Quién cuidaría de tu abuelo y le ayudaría en todo? Tú le ayudas mucho; y él ya es algo mayor para valerse solo; además, te quiere con locura.

—Es verdad; yo le hago el tinto por las mañanas, le limpio la ropa y además le ayudo con la huerta.

—Eres muy responsable y una gran ayuda para él. Me sentiría muy triste quitándole una ayuda tan grande; pero, sobre todo, él necesita de tu cariño, ¿no crees?

—Es verdad—entró en razón —, pero avíseme si algún día se va. Es usted mi mejor amiga y yo le quiero como a una madre.

—Pero, si somos amigas desde hace muy poquito tiempo...; claro, que yo también te quiero mucho. Pero anda, vete a jugar y nos vemos en un rato, que tengo que poner vacunas.

La niña le abrazó con fuerza y se fue corriendo, alegre. Julia, viendo cómo se alejaba, se frotó los ojos con los dedos y entró en el dispensario.

Era una estancia pequeña. No tenía decoración y apenas muebles y, aunque desgastados, todo estaba limpio.

En el lateral opuesto a la entrada había una camilla cubierta con una sábana blanca, recién traída en el vuelo.

Sentada encima, una mujer mayor se retorció mientras era esculcada por John, que hacía lo que podía con la escurridiza paciente. Una mujer más joven sujetaba el brazo de la anciana para que no se moviese.

—Estese quieta, madre, que no deja usted que el señor doctor le mire—el parecido físico entre las dos era evidente.

—Deje así, doctor, deje así, que yo estoy muy aliviadita—repetía una y otra vez, queriendo zafarse del trámite.

—Estese quieta abuela, que es solo un minutito —decía el médico, afinando el oído con el estetoscopio puesto.

Julia reconoció a la anciana, de su última visita, hacía varias semanas. La situación divertía. Mientras, abrió con una llave la única vitrina de cristal que había en la estancia.

El armario estaba repleto de medicamentos, inyecciones estériles, bolsas de algodón y otros utensilios. Sacó una pequeña caja llena de ampollas, y otra de bolsas con inyecciones, y las puso sobre una mesa contigua. Luego, extrajo una caja de zapatos con centenares de papeles ordenados alfabéticamente, a modo de archivador. Se sentó en una silla y dio aviso hacia la puerta.

—¡Siguiente para vacuna!

Entro un niño de unos ocho años con el rostro cubierto de churretes por el sudor y polvo y, acercándose a ella, dijo: — Ramiro García, a la orden.

— ¿Vienes solo, Ramiro? — preguntó, limpiándole el rostro con un pañuelo de papel.

— Sí, señora.

— Qué valiente eres, Ramiro; me llamo Julia.

— Mucho gusto, doña Julia.

— A ver, aquí está tu ficha — sacó una hoja de la caja, justo en la letra *G*.

Marcó con una cruz el papel y escribió la fecha. Luego, sacó del envoltorio una de las jeringuillas y la insertó en una de las ampollas abiertas para extraerle el líquido. Tras sacarle el aire, cogió con cuidado el delgado brazo del niño.

— Es posible que te vaya a doler un poco.

— No me *achanto*, señora doctora; me han pinchado antes — dijo el niño, torciendo los labios y entornando ojos, consciente de lo delicado del asunto.

Dio un respingo.

— ¡Ala, ya estás!

— Muchas gracias, señora doctora — dijo Ramiro, aliviado y con voz firme.

Había sorteado el trámite con éxito y quedaba demostrado su valor.

— Nos vemos en la próxima; has sido un campeón.

Ramiro salió victorioso por la puerta de la calle.

Las horas del día pasaron lentas, hasta que ya no quedó nadie en la cola y el sol comenzaba a dar signos de cansancio; flaqueaban los rayos tenues que entraban por la sala.

John y Julia tendrían que despegar pronto, si no querían que el ocaso se les echase encima antes de aterrizar en Cuachipé. Allí la pista no tenía luces, por lo que salir a la hora exacta era obligatorio.

Recogieron los materiales, volvieron a meter todo en la vitrina bajo llave y salieron a la calle con un tarro de plástico amarillo, donde habían depositado las decenas de jeringas utilizadas.

— Tenga usted, Juan — dijo Julia, dándole el bote hermético y las llaves del dispensario a un hombre que les esperaba fuera. Era un vecino de la misma calle, que hacía las veces de celador y les ayudaba en lo que podía.

— A sus órdenes — respondió.

— Regresaremos pasado mañana; muchas gracias por toda su ayuda de siempre — dijo el americano, con su mejor español.

Iniciaron el regreso a la pista, tomando la calle que salía del pueblo e iniciaba el ascenso a la explanada. La tarde era fresca y agradable; y conversaron animados mientras comentaban los detalles del día. Al llegar al avión, descargaron el material en el maletero y Julia completó la inspección de pre-vuelo. Mientras, John se acomodó en el asiento del copiloto.

— Todo en orden — dijo ella, apareciendo por la puerta izquierda de la *Cessna 205*. Se puso el cinturón y ajustó los cascos en su cabeza; estiró el brazo y torció la llave del arrancador: no ocurrió nada.

— Vaya — dijo Julia.

Apagó el interruptor y lo encendió de nuevo. Una vez más y el motor no arrancó.

— ¿Qué ocurre? — preguntó John.

— O está desconectada o nos hemos quedado sin batería — dedujo ella —; enseguida vuelvo.

Julia salió de la cabina. A los pocos segundos, asomó la cabeza por la ventanilla izquierda.

—Mala noticia; mucho me temo que pasaremos la noche aquí, John.

—No me digas, ¿no hay forma de arreglarlo, hacer un puente o algo?

—En principio sí, pero nos llevaría tiempo. El problema es que llegaríamos muy justos para el ocaso, y tampoco es buena idea despegar sin saber si nos quedaremos sin radios. No estoy segura si el problema es de la batería o del alternador —concluyó Julia.

—Ok, en aviones mandas tú. Entonces, ¿regresamos al dispensario?...solo hay una camilla.

—No hay sitio para los dos —dijo ella —Vete tú, y yo me quedo en el avión; atrás hay sitio.

—¿Estás loca?, ¿te quieres quedar sola, aquí?

—Sí, no hay problema.

—¿Estás loca?; eso no.

Se quedaron en silencio unos segundos

—Se me ocurre que podríamos pedirle a Juan que te acoja en su casa, y yo me quedo en el dispensario. ¿Qué te parece?

—O, al revés..., al revés, mejor.

—¿Tú, en el dispensario? —el americano lo pensó un segundo—Bueno, pero te organizamos bien. —acordó, sin convencimiento.

Volvieron a asegurar el avión y, tras cerrarlo, se dirigieron de nuevo hacia el pueblo, resignados. Al rato, ya estaban otra vez en la plaza del dispensario; pasaron de largo y fueron a una pequeña puerta metálica pintada de celeste. Tenía una ventana como único relieve.

John golpeó la puerta con el puño, un par de veces. A los pocos segundos, se oyó el traqueteo de varios cerrojos, se abrió y apareció la cara de Juan tras ella, masticando algo

—¿Qué hubo? — dijo, sorprendido.

—Disculpe, Juan, no hemos podido salir.

—El avión se ha quedado sin batería—interrumpió Julia.

—¿Podría usted hacernos el gran favor de acogerme esta noche en su casa? —preguntó John, incómodo.

—¿Y la señorita De la Vega?

—La señorita De la Vega se quedará en el dispensario; hay una camilla y allí estará segura—aclaró el americano.

Juan no dijo nada. Desapareció tras la puerta, dejando a sus interlocutores en la incógnita. A los pocos segundos volvió a aparecer.

—Entren, por favor—dijo sin inmutarse—, mi señora y yo estábamos cenando; espero que traigan hambre

—Vaya, que inoportunos; mi Dios se lo pague. —dijo John.

—Muchísimas gracias, Juan —añadió Julia.

—No se preocupen.

Entraron los tres en la vivienda y pasaron a un diminuto saloncito que hacía de comedor. Allí estaba la mujer de Juan, ya avisada de la inesperada visita, acomodando dos platos más en una mesa redonda y la cena servida.

El decorado de la estancia era sencillo y todo aparecía en perfecto orden.

Julia aprovechó para avisar por teléfono a la oficina sobre el incidente, sabiendo que alguien acercaría a Gunter en el primer vuelo del día para echarles una mano con el avión.

Anfitriones y huéspedes cenaron durante un rato, sin hablar demasiado; alguna que otra observación sobre la lluvia, aclarar el plan del día siguiente y de nuevo agradecerles la

hospitalidad. Una vez acabada la cena, se despidieron de Juan y su señora, y John acompañó a Julia a la clínica.

El americano abrió la puerta. Juan les había devuelto las llaves, junto con una manta, y un cojín de sillón para que Julia lo utilizase como almohada.

—¿Estarás ok?, ¿quizá podríamos preguntar a Juan si te puedes quedar también en la casa? —preguntó, inquieto.

—Claro que sí, hombre, no me asustes; aquí estaré bien —dijo, lo más convincente posible.

—Ok. Si necesitas cualquier cosa, me llamas al móvil y me acerco, ¿ok?

—No te preocupes, John; lo haré.

—Ok, entonces. Pondré el reloj a las ocho y vendré a buscarte.

Julia asintió. Encendió la luz del dispensario y John esperó en la calle hasta que ella desapareció y se oyó el paso del cerrojo desde dentro.

Una vez en el interior, Julia apoyó la espalda contra la puerta. Desde esa perspectiva, la estancia era más estrecha y fría de lo que recordaba. Avanzó despacio y decidida hasta la camilla y extendió la manta, colocando también la almohada en un extremo. Luego, apagó la desnuda bombilla del techo y regresó casi a tientas a la camilla mientras los ojos se adaptaban a la oscuridad.

Un escaso reflejo de luz penetraba el hueco de la puerta metálica que daba a la calle, procedente de la farola más próxima. Se estremeció y se tumbó en la camilla, tapándose el torso con la manta.

— Anda, que estoy para que me operen—susurró, soltando una carcajada nerviosa.

Luego, rezó algunas oraciones moviendo los labios mientras el silencio le envolvía y adormecía; interrumpido solamente por algunos pasos que desaparecían —igual que llegaban—, cruzando la acera, el ladrido de algún perro lejano o el tronador ruido de una moto atravesando la plaza.

Era entrada la noche cuando abrió los ojos, y se incorporó en la oscuridad, escuchando su propia respiración ajetreada por la pesadilla. El sudor le empapaba todo el cuerpo, por lo que desplazó instintivamente la manta hasta sus rodillas para intentar refrescarse. Movía la cabeza hacia los lados, buscando alguna referencia que le recordase donde estaba o ubicarse en el tiempo. Quizá le había despertado un golpe seco en la puerta de la calle o el pasar de algún coche. Daba igual. El palpitar del corazón le retumbaba en el pecho, alcanzándole los oídos. Ahora la habitación se veía mejor, y la luz de la calle—antes tenue—, le permitía distinguir bien todo a su alrededor. Más tranquila, pasó el dorso de su mano por los labios secos y amargos por la intensa sed.

Recordando donde estaba, se incorporó despacio, bajó de la camilla y caminó descalza hasta el armario de los medicamentos. Abrió la puerta izquierda de cristal y se guardó la llave en el bolsillo del pantalón. Sacó una botella de agua destilada y bebió de ella con avidez, dejándola por la mitad. Luego, regresó a la improvisada cama y se dejó caer en ella. Así permaneció varios minutos, cambiando de postura hacia uno y otro lado, intentando retomar el sueño. Se retorció sobre la camilla, encontrándola menos acogedora que al comienzo de la noche, cuando aún no le dolía la espalda.

En el oscuro techo, su imaginación reflejaba los rostros conocidos de niños vacunados, John a su lado, intentando arrancar el motor del avión y las imágenes difusas de una pesadilla que no recordaba. Así pasó un largo rato, sin saber qué hora era o si se quedaría dormida de nuevo. Los párpados caían despacio, solo para abrirse otra vez cuando ya parecía perder la conciencia.

Varios golpes en la puerta le sacaron de un profundo sueño. Se incorporó rápido, con la certeza de que esta vez alguien golpeaba fuertemente contra la chapa. Descorrió el cerrojo sin demora mientras oía la voz de su compañero.

—Julia, soy John; buenos días —se oía débil, desde la calle.

—Voy —dijo ella—. Buenos días; no sabes qué alegría me da verte. ¿Ya son las ocho?

—No, son las siete y media, pero me acaba de llamar Gunter. Ha aterrizado hace un rato y está revisando la batería y el alternador.

—Estupendo—dijo sin convencimiento y ajustándose la misma ropa del día anterior.

—¿Vienes a desayunar?

—Mejor me voy rápido, por si necesita ayuda ¿Te importa cerrar aquí, por favor? — dijo con firmeza.

—Claro que no, pero ¿y el desayuno? ¿Te llevo algo?

—Si, por favor, John; y da las gracias de mi parte a Juan y su mujer, otra vez— alzaba la voz mientras se alejaba.

Julia apresuró el paso, frotándose el vientre por el hambre. Ascendió rápida el largo camino hacia la reducida meseta donde, una vez en la cima, pudo ver a lo lejos el avión aparcado junto a la pista. Allí estaba Gunter, herramienta en mano, metiendo la cabeza una y otra vez en el motor descapotado, intentando descifrar el problema. Al levantar la cabeza, vio que la española se aproximaba con paso firme.

—Buenos días, Julia, ¿qué tal la noche en el balneario? —dijo riendo, cuando ya podía oírle desde lejos.

A Julia no pareció gustarle la broma, a tener en cuenta que se acercó a él sin mostrar un ápice de simpatía.

—Buenos días, Gunter.

El holandés intuyó de inmediato que no estaba para bromas. Julia se asomó al motor para comprobar lo que tenían entre manos.

—Gracias por venir—suavizó ella-, ¿qué ves, por favor?

—Era la batería; estaba muerta y no tenía ni para abrir el *relay*. El alternador está bien; así que te la he cambiado por otra y ya estás lista—dijo Gunter, rutinario.

—Estupendo. Te agradezco mucho que hayas venido al rescate.

—Para eso estamos; ayudar y evitar accidentes.

—De nuevo, muchas gracias.

—¿Cuándo salimos? — preguntó mientras cerraba una pequeña caja de herramientas de plástico, a pie del tren delantero.

—Cuando queráis, tan pronto llegue John. Hay que devolver el avión para la ruta de hoy, y yo estoy francamente muerta del cansancio— dijo, más animada.

—¿Así de buena la noche?

—Así de buena —ultimó ella.

Julia se tomó su tiempo, revisando con detenimiento todos los detalles del avión. Gunter había depositado la caja en la zona de carga, y hablaba por teléfono con alguien; lo hacía animado y alejado varios metros del aparato.

Apareció a lo lejos John, atravesando la verja de seguridad. Caminaba cuidadoso hacia ellos, con una mochila en la espalda, una bolsa de papel en la mano y dos vasos de corcho blanco, intentando no acabar con todo por los suelos.

—Tinto para todos—dijo al llegar a Julia y haciéndole entrega de la bolsa y uno de los vasos. Gunter seguía hablando por teléfono.

¡Bien, rico café! —exclamó Julia — Muchísimas gracias, compañero; ¿y esto? —alzó la bolsa.

—*Parva* de la señora de Juan; rosquillas y pan de queso.

—¡Uf! Esto sí que es un lujo, muchísimas gracias. Por cierto, siento haberte dejado colgado antes.

—¿Colgado? —frunció el ceño— *No worries*; todo ha quedado bien cerrado.

Gunter se acercó a ellos, saludó al americano y seguidamente los tres se subieron al avión.

El vuelo fue según lo previsto. El avión arrancó a la primera —para alivio de todos— y continuó hasta Cuachipé sin el menor incidente.

El día era espléndido, brillante como pocos, y eran escasas las nubes que parecían atreverse a flotar solitarias en el cielo celeste. Los tres disfrutaron de las vistas, las onduladas y verdes montañas que despuntaban en el trayecto, enmascarando el peligro oculto allá abajo, entre el tupido follaje de los pequeños relieves boscosos. Un papel arrugado de maleza, donde un fallo de motor podría acabar de la forma más funesta.

Julia completó un aterrizaje perfecto, recibiendo el reconocimiento de los dos compañeros.

Después de informar —de nuevo— sobre el incidente en la sala de operaciones, Julia decidió tomarse el día libre para descansar. John, por el contrario, se quedó en el aeródromo para otro día de trabajo, dado lo bien que había dormido. Se despidieron y Julia regresó en taxi a la residencia.

Cuando llegó a la casa, parecía no haber nadie en ella. Gladis seguro que estaba haciendo la compra de la comida para el almuerzo.

Una vez en su habitación, Julia preparó una muda de ropa limpia sobre la cama y alivió los pies cansados quitándose las botas embarradas. Con una toalla en mano para ducharse, cerró la puerta tras de sí y, llegando al baño de señoras, abrió la llave de paso, confiada en que el agua caliente no tardase mucho en salir. Se quitó la camisa, doblándola sobre el inodoro. Iba a hacer lo mismo con el pantalón, cuando notó algo en el bolsillo derecho. Al meter la mano, apareció una pequeña llave. Tomó asiento en el borde de la bañera y se quedó contemplando la pieza metálica.

—¿Y tú de dónde vienes?

Confundida, la sostenía a un palmo de sus ojos claros. Al cabo de varios segundos, mudo el rostro en sorpresa, encontrando la respuesta.

—Pero, no puede ser la misma —dedujo.

Se incorporó rápido y cerró el grifo. Se puso de nuevo la camisa, salió al pasillo y, en pocos pasos, llegó a la puerta de la habitación de Gunter. Estaba cerrada. Dudó unos segundos; ya había estado en esa situación antes. A la porra la indiscreción: sin pensarlo dos veces, abrió el pomo de la puerta y se adentró en la habitación.

Todo estaba en su sitio, igual que la primera vez. Todo en orden meticuloso. Todo limpio. Y en la mesa de trabajo, las carpetas y manuales de mantenimiento, perfectamente archivados. Y la foto. También seguía ahí la foto. Dos pasos más y se puso ante ella; la cogió de la mesa, le dio la vuelta y ahí estaba. La llave, fijada con un esparadrapo negro, seguía escondida detrás de la imagen de los dos amigos. Luego, acercó al cuadro la otra llave; la que había sacado del pantalón hacía un minuto.

—Son iguales. No; son parecidas —dijo.

Las comparaba, nerviosa y sin tener las cosas claras.

La curiosidad le invitaba a saber lo que encerraba esa llave tan especial, igual a la que

— por descuido— había sustraído del consultorio. Así permaneció unos segundos, aun siendo consciente de que había traspasado una línea roja.

—¿Qué haces aquí, Julia? —oyó la voz irritada y grave de Gunter, tras ella.

Se había equivocado

—¿Qué haces aquí? —repitió él.

La enorme silueta del holandés aparecía inmóvil bajo el marco de la puerta. La claridad tenue que filtraba la fina cortina apenas desvelaba el rostro ruborizado y descompuesto de Julia.

—Disculpa, Gunter. No era mi intención invadir tu espacio —titubeó, devolviendo la foto a su sitio.

—Y entonces ¿cuál es tu intención, Julia? ¿Qué haces aquí, en mi habitación? —preguntó, indignado al ver que intentaba esconderla en la mano —¿Por qué has cogido esa llave?

—No, Gunter, disculpa, te equivocas, no es lo que parece. Déjame que te explique.

—Sí, por favor, me gustaría oír que tienes que decir.

—Esta no es tu llave..., mira —levantó de nuevo el marco, mostrándole la que aún estaba sujeta con cinta aislante.

Él se acercó, comprobando que decía la verdad. Le arrebató el marco de las manos

—¿Y entonces? —insistió el holandés.

—Verás, están pasando cosas extrañas, Gunter—dijo, recuperando la compostura.

Se dirigió despacio hacia la puerta y él le abrió el paso. Julia salió al pasillo, casi rozándole; tan cerca, que sintió el golpe de olor a sudor mezclado con colonia masculina.

—¿A qué te refieres, Julia?

—Ven, salgamos a la calle y hablemos tranquilos, ¿te parece?

—De acuerdo; pero esto me parece inaceptable —refunfuñó— Espérame fuera, en la entrada; necesito asearme un segundo.

—Claro —aceptó Julia, aliviada.

Más tiempo.

Gunter cerró la puerta de la habitación tras de sí, y Julia se dirigió a la calle. Andaba despacio, intentando formular ideas, explicaciones y sobre todo preguntas. “¿Qué suponía esa llave para él? ¿Por qué le causaba tanta aprensión la proximidad del holandés?” Siempre parecía estar cerca cuando ocurrían cosas inesperadas. Pasaban los minutos.

—Ya estoy —apareció él por el pórtico—; vamos a *Café de Renato*.

Caminaron dos calles en silencio y se adentraron por una estrecha puerta que daba acceso a un pequeño local. No había nadie, excepto la cabeza delgada y oscura de un señor que se asomó por una ventanita, tan pronto les oyó entrar. El olor a café y frituras lo impregnaba todo.

—¡A la orden! ¡Voy ahorita mismo! — se le oyó decir al tal Renato, desde el hueco en la pared.

Tomaron asiento en unas sillas dispuestas alrededor de una diminuta mesa de plástico marrón.

El dueño del local se acercó y, tras servirles unos cafés volvió a desaparecer.

—¿Por qué no, en la residencia? ¿No te fías de mí, Julia? No te caigo bien, ¿verdad? —preguntó Gunter, suspicaz.

No hubo respuesta.

—Tendría que ser yo, el que no se fiase de ti, amiga mía. Las cosas no son lo que parecen.

—¿Deduces todo eso solo porque he entrado en tu habitación y he cogido una foto para verla?

—Claro; y casualmente tenías una llave igual a la que estaba detrás de la foto. Las cosas no son lo que parecen Julia, y tú tampoco —dijo un sorbo de café, esperando la reacción.

—¿A qué te refieres?

—Te he estado observando desde que llegaste y sé de dónde vienes y lo que buscas.

—¿Que insinúas? —apretó los dientes, irritada.

—Sabes más de lo que pretendes disimular, sobre lo que ocurre en *Misión Air*. Que te quede claro: los dos sabemos que aquí pasan cosas; pero yo no sé qué, ni quien ni cómo. No me pongas esa cara. Te vengo observando y es evidente que eres de la *DEA* —y dio un golpe sobre la mesa, con tal fuerza, que la cabeza morena de Renato volvió a asomar por la ventana, asegurándose de que los enseres del local no corrían peligro.

—¿Que me dices!? —exclamó Julia, y rio a carcajadas por lo que acababa de oír. La cara de Gunter mudó de la ira a la confusión. La vergüenza asomó en la boca torcida del holandés, entendiendo que había errado más de lo que pensaba.

—Estás como una chota, Gunter. ¿Yo de la *DEA*?, ¿la agencia antidrogas americana? —seguía riendo.

—Es obvio que no has venido a Cuachipe solamente a servir los intereses de los venezolanos.

Julia dejó de reír poco a poco, limpiándose las lágrimas con una servilleta de papel.

—¿Realmente estas insinuando que formó parte de la *DEA*, que tengo a todo el gobierno americano detrás o algo parecido, y que estoy intentando averiguar qué ocurre aquí? Definitivamente estás como una cabra. ¿Y qué te hace pensar eso?

—¿Cómo explicas que estuvieses el día del accidente en que falleció Mike, y que ahora estés aquí? Lo recuerdas bien. ¿Por qué has venido? ¿Qué papel juegas?, ¿por qué buscas esa llave? Me estás mintiendo y me ofendes; ¿crees que soy tonto? —dijo, contorsionándose en la silla por la indignación.

Julia dejó de reír en seco.

—¿Me estás acusando de haber venido a investigar lo que haya detrás de ese accidente? Eso es muy grave; ¿te has vuelto loco?

Ella se retorcía en la silla y Gunter divagaba entre la ira y la confusión. Continuó.

—Calmémonos. Es cierto que aún no te he dado una explicación, disculpa; pero te equivocas completamente conmigo. También yo presiento que aquí pasan cosas, Gunter, pero ni soy de la *DEA*, ni trabajo para alguna agencia americana. Esta llave que tengo, la traje del sanatorio de Treviño, por descuido. No tiene que ver nada con la tuya, excepto el parecido—la sacó del bolsillo y la puso sobre la mesa— A los pocos días de llegar a la residencia, entre en tu habitación por casualidad; lo hice sin pensar, curioseando y queriendo saber más sobre mis compañeros. No buscaba ninguna llave, ni nada. Te pido disculpas por ello. Vi la foto sobre la mesa; parecía muy especial. La cogí para verla mejor y noté la llave tras ella.

—Entonces, ¿ya la habías visto antes?

Gunter se inclinó hacia la mesa, aproximándose a la española, intentando escudriñar sus pensamientos. Había mucho más, detrás de ese bello rostro de mujer.

—Así es, amigo; recordé hoy mismo la llave, al comprobar que eran parecidas.

—¿Así que, son parecidas? Vaya.

Él cogió la llave, acercándosela para verla mejor. La puso de nuevo delante de los dos, sobre la mesa, y permanecieron callados un rato, inclinados y observándola fijamente.

—¡Avísenme cuando hable esa vaina! —oyeron la voz guasona desde la pequeña ventana, donde asomaba la morena cabeza del tal Renato y desapareciendo de nuevo entre risitas.

No les hizo la mínima gracia.

—Seré sincera, Gunter. Tú pensabas que yo era de la *DEA*, y yo pensaba que eras tú quien estaba metido en algo turbio. Me he equivocado contigo; lo lamento mucho.

—Te creo, Julia. Lamento haber hecho lo mismo contigo. He estado obsesionado desde la muerte de Mike, intentando averiguar y no meterme en problemas. Si por mi fuese, ya me habría largado de este basurero. No sé de quién fiarme, excepto del Doctor Lemond, que está comprometido a toda costa con el apoyo a los más necesitados. Sabe que algo ocurre, pero se le escapa de las manos.

—Lo sé, me consta.

—Entiendo, ¿también habló contigo?

Ella asintió con la cabeza. Gunter se inclinó de nuevo, hasta estar a solo unos centímetros de su cara

—Ten cuidado entonces, Julia. Si puedes irte, vete. No sé hasta qué punto esto puede complicarse. Yo llegaré hasta el final; se lo debo a Mike. Él mismo me dio la llave, al creer que corría peligro. Por eso, sé que el accidente en Wichita no fue fortuito. Esa llave tiene algo que él quería proteger, y le costó la vida.

—Pero, no comprendo. Si Lemond y tú sabéis que alguien actúa ilegalmente en *Misión Air*, ¿por qué no avisar a la policía para que investigue?

—Supongo que tenemos las mismas razones: no sabemos quién y no hay pruebas. —dijo, y se reclinó en el respaldo del asiento.

—¿Y qué podemos hacer, entonces? —preguntó ella.

—De momento tener cuidado y no hablar con nadie sobre este asunto. Tú a volar, si es que decides quedarte; aunque te aconsejo que te vayas. Mantén los ojos abiertos y, si ves lo más mínimo, pondremos de aviso a las autoridades. Y yo, a mantener aviones, investigar y a buscar la cerradura que abre esa llave.

—Venga, otra vez que alguien me dice que me largue de aquí. No me iré Gunter; estamos haciendo mucho bien a los aldeanos que servimos. Mi compromiso es con ellos. Sé que lo que está pasando puede ser serio, pero mientras no haya un peligro inminente, aguantaré hasta que se esclarezca todo.

—Como tú quieras, amiga mía, pero cuida tus espaldas— dijo el holandés, y alzó la mano para llamar la atención del dueño del local.

El hombre se acercó.

—¿Cuánto? —preguntó el holandés.

—Doce bolívares, amigo.

Julia sacó el dinero exacto y lo puso en la mesa, junto a su vaso, viendo que Gunter ya se levantaba.

—Yo invito —dijo ella, sin moverse del sitio.

—Gracias, Julia; y recuerda: ojos abiertos.

—Así lo haré; nos vemos más tarde...

Luego, Gunter se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Renato, que aún seguía junto a ella, se guardó las monedas dentro del delantal blanco, viendo también como el otro desaparecía por la puerta.

—¿Y qué?, ¿habló la *llavita*, o no habló? —insistió cansino, dejando escapar otra vez unas risitas burlonas.

Julia reparó un segundo en el tendero y se volvió otra vez hacia la puerta, incorporándose.

—Pues, fíjese que sí; sí que habló —dijo, seca— Y resulta extraño: un amigo te confía una llave, pero no te dice dónde está su puerta —concluyó Julia.

El tabernero, no entendiendo ni un ápice de lo que decía la clienta, alzó los hombros y regresó a sus quehaceres.

Chupó los restos de nata pegada en la cuchara y puso su vaso vacío sobre la acera.

—Que rico; no me cansaré de comer *salpicón*. Está que te mueres —dijo Julia, pasándose la lengua por los labios.

—Sí que está bueno, pero es mucho —dijo Alfredo, dejando su enorme vaso de plástico transparente entre sus zapatos, todavía medio lleno de frutas picadas—. ¿Quieres más de la mía?

—Me gusta, pero no tanto —rieron.

Hacía algunos días que no se veían. Cada uno había volado rutas distintas y tampoco habían coincidido en la casa. Acordaron una cita para ponerse al día.

La heladería preferida de Julia consistía en una pequeña habitación, con una ventana al exterior donde la gente se acercaba para comprar y luego sentarse en cualquier escalón de la estrecha calle peatonal. Aún no sabía por qué le llamaban heladería, dado que lo único que se vendía era el *salpicón*. El postre lo conformaba una macedonia: pequeñísimos trozos de manzanas, mango, papaya, plátano y melón; todo ello bañado con zumo de naranja, para que no se oxidase la fruta. Eso sí, la fruta —fresquísima— la picaban en el acto; y encima de todo, una bola de helado de vainilla. Desde que lo descubrió, casi no faltaba a su cita con la ración de fruta, varias veces a la semana. Lo hacía justo antes de regresar a la residencia, cuando ya había oscurecido, y sin importarle si era sola o acompañada.

—Me encanta lo que hacemos, Alfredo. Me encanta Cuachipé; y me encanta su gente. La gente es increíble.

—Sí, son gente sencilla que pelea la vida entre tanta escasez; pero se mantienen alegres. Al menos aquí en la zona rural, que es muy distinto a las grandes ciudades. Aquí, el que más y el que menos, va *amañándose*. Entonces, aguantaras los tres años del compromiso, ¿verdad? —preguntó Alfredo.

—Eso es seguro. Todo es genial. Aquí, la forma de volar es muy dura y te confieso que, después de tantas semanas, es ahora cuando he empezado a sentirme cómoda. Nada que ver con lo que hacía antes.

—Me imagino que habrá sido un cambio muy grande. Recuerdo que me dijiste que toda tu familia estaba en España, ¿verdad? —cambió de tema.

—Así es, en Jerez de la Frontera.

—¿Y qué piensan ellos de que estés aquí; que hayas cambiado tu vida en Estados Unidos para venirte a este roto, a hacer esto?

Julia se tomó unos segundos para responder.

—Lo cierto es, que seguramente no les hace mucho chiste.

—¿No te dijeron nada? —insistió.

—En realidad, no les pregunté, y ellos tampoco me insistieron. Supongo que, se llega una edad en la que, tú haces tu vida y ellos hacen la suya. Pero ciertamente, siempre han respetado todas mis locuras, que no han sido pocas. Te habrás dado cuenta que soy un poco testaruda.

—¿Un poco?

—En eso salgo a mi padre, aunque en algo si somos muy distintos. Él es más besucón, y yo siempre he sido un palo seco. Yo soy más seca, más como mi madre.

—Es verdad, a veces sí que eres un palo seco —dijo riendo.

—Pues, lo que te digo. Venir aquí es de las mejores decisiones que he tomado en la vida. Hay cosas que han vuelto y que hacía tiempo buscaba.

—¿Cómo así?

—Pues verás: tranquilidad, alegría, ayudar de verdad a los demás, reencuentro con mi fe en la que creía de pequeña de una forma muy tangible, y la certeza de que a mí el dinero me importa muy poco, mientras haya para comer y un techo.

—¿Aquí, quieres decir?

—Justo. ¿Y tú, que me dices de ti? Sé que llevas aquí mucho tiempo, y creo que me dijiste que eres de la zona, ¿verdad?

—No, de aquí no, de Caracas. Fíjate que, siendo piloto y al contrario que tú, apenas he salido de Venezuela. Así que, toda mi vida aquí.

—Pero, en *Misión Air* no ganas nada —dijo Julia —; y no me digas que tú lo haces por el mismo rollo que yo te he contado. A estas alturas, ya sé que a ti te tiran otras cosas.

—A ver, mal no vivo; y con lo que gano voy matando culebras. Es verdad que me habría encantado volar con alguna de las grandes aerolíneas, como *TAM* o *Avianca*. Pero después de todos los esfuerzos y plata en las licencias, con lo que casi arruino a la familia entera, me diagnosticaron hipertensión. A partir de ahí, no hubo forma de avanzar y todo se fue a la porra. Así que, ahora vivo de esto. No sabes cuánto me arrepiento de haberle costado tanto a la familia. No pienso en otra cosa que en devolver a mis padres una vida digna. Especialmente ahora, que la vaina está tan dura en el país. Lo han pasado muy mal.

—Vaya, no sabes cuánto lo siento, Alfredo.

—Y yo, pero hay que hacer “lo que hay que hacer”.

La noche aún no era cerrada, y el frescor invitaba a los vecinos a salir a la calle, a pasear o sacar las sillas a las puertas de sus casas. En la ventana de la heladería, antes vacía, ahora una docena de personas hacían fila para recibir su ración de *salpicón*.

—Vaya, la cola se ha puesto grande. Si todos son como yo, mañana no hay fruta en Cuachipé. Qué negocio tiene la señora...—dijo Julia.

La heladera sacaba los pedidos por la ventana lo más rápido posible, para que la clientela no se desanimara.

—Pues nada nuevo, aquí siempre se hace fila —dijo Alfredo.

A pesar de la espera, la gente hablaba animada, y varios chiquillos correteaban en la calle detrás de una pelota, rebotándola contra las fachadas.

Julia y Alfredo se levantaron a la vez y tiraron los vasos de plástico en un enorme bidón repleto de envases vacíos. Luego, caminaron calle arriba, emprendiendo el regreso a la residencia de *Misión Air*.

Eran las once y media de la noche, cuando el hombre salió por la puerta principal de la sala de baile. Vestía una chaqueta oscura y un pantalón del mismo color, aunque la poca luz de la calle no llegaba a desvelar su color. Era de llevar solapa de cuello blanco y cadena de oro entre los abiertos botones de la camisa. Para entonces, las callejuelas del centro estaban casi desiertas. El tipo que se atreviese a andar por ellas y a esas horas de la noche sería una de dos: o de los que se debe llegar a temer, o un inconsciente más a la hora de elegir los lugares y horas de fiesta. No eran calles para cualquiera, y menos para los que tienen temas pendientes por ajustar con amigos poco recomendables. Ese era el caso.

El hombre recorría la estrecha acera, apoyando una mano contra las fachadas para no acabar de bruces contra el suelo por la borrachera de aguardiente que destilaba por los poros. Comenzó a cantar —a pleno pulmón— el último ballenato que había escuchado hacía diez minutos en la sala de fiestas, justo después de que su acompañante —una *criolla*, diez años más joven que él—, le abofetease la cara, dando por finalizada la velada romántica. Ningún vecino parecía reparar en el improvisado artista; o al menos, nadie se atrevía a pedirle desde las celosías de alguna vivienda que callase la boca de una vez y dejase dormir. Se entendía que quizá no era la primera vez, y que fuese un reconocido y reincidente tenor del barrio. Tan concentrado iba recitando la copla, que no se percató del coche aparcado al otro lado de la acera, —justo tras él— que encendía el motor, pero no las luces. Continuaba el incauto, caminando la larga calle, donde otras callejuelas más estrechas se perdían a izquierda y derecha, como ramas de un árbol oscuro. El coche aceleró, gradual pero decididamente para no levantar sospechas del viandante; sin que este se percatase de que él mismo era el objetivo. Estaba a punto de morir. O de ser muerto. El vehículo recorrió a toda velocidad la distancia que le separaba de la víctima. Los faros se encendieron para no fallar el golpe, justo antes de darle alcance. La víctima miró hacia atrás, intuyendo que tenía compañía. No llegaría nunca a saber que había estado al borde de la muerte, si no hubiese sido porque el conductor —en el último segundo— debió desviar la mortal trayectoria; incapaz de acabar el encargo. Fallido el golpe, la gruesa silueta al volante, tras los brillantes faros del coche, decidió que esa no era la forma y que mejor lo dejaba para otro día. El incauto objetivo continuo su camino, inconsciente de lo cerca que había estado de pasar a mejor vida. Siguió a voz pelada su recital, dirección a su la casa, dónde llegaría esa noche sin más incidentes que una mejilla sonrosada y una potente resaca garantizada para la mañana siguiente.

Se esperaban muchos daños el día después de las lluvias torrenciales. Como en otras ocasiones, la tierra se saturaría y los pueblos de la regional acabarían anegados bajo el agua. Amaneció con un cielo despejado y limpio, como si todo él se hubiese desahogado con terrible violencia el día anterior y durante toda la noche, no quedándole una sola gota de la que desprenderse. El apacible y sosegado azul parecía querer disimular las inundaciones, desplazamientos de barro y daños que habría causado. El equipo de *Misión Air* se había anticipado a las tormentas, regresando todos los miembros del equipo a la vivienda y amarrando los aviones en el aeródromo de Cuachipé hasta que pasase el temporal.

Al igual que el año anterior, cuando un pueblo próximo llamado Guasidualito había sucumbido a las aguas, despejarían todas las unidades para sobrevolar las pistas, evaluar los daños, trasladar a los heridos y prestar apoyo a las comunidades afectadas con cargamentos de materiales y víveres. En algunos casos, *Misión Air* sería la única línea de comunicación hasta que las carreteras cortadas volviesen a ser transitables.

El equipo al completo en la amplia cocina desayunó café con leche y pan de bono, preparado por Gladis, mientras el Doctor Lemond y John —el médico—, exponían la situación y las noticias que llegaban a cuentagotas desde las distintas zonas. Una vez más, la parte más baja de Guasidualito había quedado inundada. La pista cercana a las afueras del pueblo seguía intacta, gracias al asfalto que la había protegido. Después del informe general, se distribuyeron las tareas y los destinos para cada piloto y el resto de los miembros del equipo.

Julia, con el mono azul puesto a medias y amarrado por la cintura, masticaba con ganas el último trozo de pan y apuraba su vaso mientras escuchaba atentamente las indicaciones.

—Alfredo y yo iremos con el avión tres y seis a Guasidualito— explicaba John con fuerte acento americano— Julia cubrirá la ruta de Elorza con el dos, y comprobará las pistas de La Trinidad de Arichuna y Elorza. Allí han dado aviso de un herido que necesita traslado, pero solo sabremos el estado de la pista cuando llegues. Julia, tendrás que ir sobre la marcha. Si ves que puedes entrar, entra; pero si no lo ves claro, no te arriesgues, por favor.

Ella asintió, alzando el dedo gordo mientras masticaba.

Cuando John terminó con el resto de la distribución del trabajo, los pilotos se levantaron y se dirigieron a la gran furgoneta que les esperaba fuera para trasladarles al aeródromo.

En el camino de ascenso, todo parecía normal dentro del pueblo, a excepción de algunas ramas pequeñas de los árboles de la plaza que habían sido sacudidas del tronco por la temible ventisca. Sin embargo, una vez dejaron atrás las últimas casas de Cuachipé, comprobaron la extensión de los daños. El borde del riachuelo que rodeaba el linde occidental se había desdibujado, y su curso se había desbordado, anegando los campos contiguos plantados de maíz y café. Las marcas horizontales marrones del barro en las casitas de labranza más próximas desvelaban el nivel que había alcanzado la inundación. En algunas partes más alejadas, tan solo el repuntar de pequeños techados de teja roja sobre las aguas y sus tubos de chimenea revelaba la ubicación de viviendas que habían sido superadas en las zonas más bajas. Todo el equipo

permanecía callado, contemplando el triste escenario. También la carretera desaparecía en algunos tramos, cubierta por trazas de barro y agua sucia con maleza dispersa.

Gunter movía el volante del coche con cuidado, reduciendo velocidad cuando se sumergía la parte baja del vehículo para atravesar las inesperadas lagunas, esperando que debajo no hubiese alguna piedra o tronco que les bloquease el paso.

Todo parecía en orden cuando finalmente llegaron al aeródromo. Los aviones estaban amarrados y en el hangar seguían intactos los que pudieron ser retirados antes del paso de la tromba. Salieron del vehículo, cada cual yéndose a lo suyo. Julia caminó hasta uno de los aparatos, que descansaba atado lejos de los demás, como un caballo de aluminio, esperando comenzar la jornada de trabajo.

—Buenos días, *Gringo*— le dijo, pasándole la mano sobre la matrícula norteamericana y desatando el cabo del ala más próxima.

Hizo la inspección externa y, tras calentar el motor, despegó como tantas otras veces, rumbo a la pista que servía al pueblo de La Trinidad de Arichuna.

Era una diminuta aldea de poco más de doscientas personas y próxima a la frontera con Colombia. Desde allí se intercambiaba frecuentemente —como moneda más efectiva— los sacos de café producido por los agricultores locales a cambio de otros alimentos, medicinas y transporte.

El vuelo era plácido y suave por el aire fresco de la mañana. Julia observaba cuidadosamente el terreno y las carreteras que sobrehilaban las onduladas y verdes montañas, intentando determinar en qué estado se encontraban. Notificar cualquier corte importante significaba evitar accidentes o que la gente de la zona pudiese buscar una ruta alternativa por la que transitar hasta que los operarios despejasen la calzada. Las continuas bandadas de pájaros se sucedían bajo el avión, alentadas por el cielo despejado. Desde el aire no se percibían los embalsamientos de agua, excepto en las improvisadas presas que aparecía entre los surcos montañosos donde antes no habían existido.

Julia inició el descenso y se adentró en un cañón entre las laderas de las montañas que se alineaban ante ella como gigantes paredes escarpadas. Seguía con los ojos el serpentear de estas, reconociendo el terreno donde, en pocos segundos, aparecería el aplanado montículo sobre el que se encontraba la pista de La Trinidad. Un giro más —dentro de un cañón que se cerraba definitivamente ante ella— y apareció la pista sobre una estrecha meseta. La sobrevoló directamente por encima y observó la textura del terreno para saber si finalmente podría aterrizar o no. Comprobó que no había indicios de estar inundada. Con precisión y cuidado, alineó el avión con la franja de tierra y aterrizó sutilmente, insegura de su dureza. Una vez en el fondo de la pista, con el avión ya parado, se dio cuenta de que las ruedas estaban completamente cubiertas y había barro por todos lados. Apagó el motor en un lugar que parecía un lugar seguro. No había nadie a la vista todavía, a pesar de que se había solicitado el traslado de un paciente. Quizá el camino desde el pueblo estaba cortado. Siguió dentro del avión diez minutos más, confiando en que aparecería alguien en cualquier momento.

—Vaya —dijo al cabo de un rato. Sacó del bolsillo de la pierna un teléfono móvil y marcó—. No hay cobertura tampoco.

Cogió un pequeño macuto del asiento del copiloto, abrió la puerta y, dando un salto, metió las botas en el charco que tenía justo debajo. Luego, cerró tras ella y caminó despacio hasta donde comenzaba la hierba, en busca de terreno limpio y estable para dirigirse hacia la aldea. Sin coche tardaría unos veinte minutos, quizá más si la vereda estaba inundada. Caminaba sin

dificultad, sorteando ramas y bordeando más barrizales. El camino era angosto y estrecho y la maleza espesa a ambos lados del sendero. Tras andar un rato, paró en seco. Ante ella, un enorme árbol arrancado del suelo desde la raíz reposaba sobre el camino, haciéndolo intransitable. Sin embargo, no había indicios de que alguien hubiese intentado desbloquear el paso, ni había más vida que la del sonido de las aves del bosque.

—Esto va a ser un problema; la ambulancia no podrá pasar por aquí —dijo, montándose sobre el grueso tronco y recorriéndolo horizontalmente para sortearlo.

Siguió el descenso por el camino, saltando varios charcos grandes, hasta que por fin los primeros tejados del pueblo aparecieron a lo lejos. Era extraño no haberse encontrado aún con algún aldeano. Llegó a las primeras viviendas de ladrillo y se adentró en el pueblo, el cual bullía en actividad frenética. Un gran número de personas aparecían y desaparecían en las puertas de sus casas con cubos de plástico repletos de agua. La echaban por las entradas del desagüe y apilaban montones de enseres mojados y sucios contra las fachadas. Andaban todos afanados, intentando salvar sus escasos bienes. Algunos interrumpían sus tareas de limpieza, escoba en mano, y explicaban a algún familiar o vecino la magnitud de su tragedia, apuntando con los labios hacia los muebles dañados y maldiciendo al cielo.

Julia prosiguió hacia el dispensario que *Misión Air* había instalado en la zona más céntrica del pueblo. Era como en muchos otros lugares: una sencilla habitación con camilla y armario repleto de medicamentos, algunos de ellos caducados pero aún útiles entre tanta escasez. Cruzó varias callejuelas, comprobando una vez más las marcas de la riada de la noche anterior, repitiéndose la escena de vecinos intentando salvar sus bienes. Finalmente, llegó a una calle estrecha con muros bajos de patios interiores; en la esquina más próxima estaba el dispensario. La puerta estaba abierta y una señora bajita y de rasgos indígenas sacaba a empujones la suciedad y el agua restante con una escoba. A escasos metros había aparcada una furgoneta de cajón abierto, tan completamente cubierta de barro que no se adivinaba su color original.

—Hola, doña Herminia — saludó Julia.

—Hola, señorita De la Vega. Válgame Dios, que alegría verle —dijo la señora, dejando de barrer—. Pero, ¿cómo así? ¿Y usted pudo aterrizar con este barrizal tan espantoso? Válgame Dios.

—Así es; y ya he visto como está el pueblo.

—Qué cosa más terrible —interrumpió Herminia—, otra vez como el año pasado. Y así no hay quien levante cabeza con tanto daño; no da una para tanto desastre. A mí casi no me ha tocado, porque vivo en la parte alta, pero fíjese usted —decía apuntando al interior del dispensario.

—Sí que es una pena; muchas gracias por su ayuda. No me podré quedar mucho tiempo, Herminia; tengo que ir aún a Elorza, pero le echaré una mano. ¿No había alguien que trasladar?

—No se me preocupe que aquí ya casi he acabado; pero a mí no me han dicho nada sobre ningún traslado. Claro que andamos sin teléfono en el pueblo. Se ve que no sé qué torre se cayó. Claro, si es que, ¿por qué se ponen a quitar la línea fija? Válgame Dios, tanta *tecnología* para nada.

—Sí, ya me di cuenta que no hay cobertura —dijo Julia.

—*Pos* eso; aquí estamos haciendo lo que podemos, *mija*, limpiando y limpiando este barrizal. Ahora, que esa camioneta si se les ha echado a perder a ustedes; no va a servir para nada. Qué pena, tanto daño —dijo, señalando el vehículo con el dedo.

Julia se fijó de nuevo en la camioneta.

—¿Y eso? —preguntó.

—La trajeron está mañana del depósito de carros, diciendo que se había echado a perder el sitio y que no la podían tener allí más tiempo. Vino en una de esas grúas bien grandes, porque ni arranca, la pobre, del tiempo que llevaba allí.

—¿Y de quién es?

La señora dejó de barrer de nuevo y miró molesta a la española.

—*Pos* no sé, *mija*; si usted no sabe, yo que voy a saber —dijo esto y siguió dando escobazos sin dar más interés al tema.

Julia se acercó al vehículo, dándole la vuelta. Lo inspeccionó —como a un avión antes de volar—, mirándole los detalles. Observó su buen estado en la parte trasera, la plataforma plana para cargar materiales y el cajón de herramientas bajo el cristal de la cabina con única fila de asientos. El vehículo era color crema, o eso parecía.

Comprobó al llegar al frontal derecho que el faro estaba dañado y la esquina del parachoques deformado, obviando algún tipo de golpe o accidente. Luego, terminó de rodearlo por delante y llegó a la puerta del conductor.

Entró en el vehículo y se sentó en el asiento izquierdo, buscando algún objeto que le ayudase a identificar al dueño. Abrió la guantera derecha y sacó un fajo de papeles que había dentro. Estaban el manual del coche, la ficha técnica y finalmente la cédula del propietario en la que constaba *Misión Air* como dueño. Al pasar los documentos cuidadosamente, uno tras otro, se paró en seco al llegar al penúltimo de ellos. Eran un plan de vuelo, a nombre de Mike. Lo revisó con detenimiento unos segundos. Repentinamente, y como si alguna idea incómoda le hubiese rondado la cabeza, juntó con prisa todos los papeles y los introdujo de nuevo en la guantera, cerrándola de un portazo. Luego, salió del vehículo con rapidez y se dirigió decidida a la parte posterior del vehículo. Herminia seguía dentro del dispensario, barriendo y ahora tarareando un *ballenato* irreconocible. Subió a la plataforma trasera de la camioneta y se acercó a la caja de herramientas, intentando abrir las dos tapaderas que, además de estar completamente cubiertas de barro, parecían estar aseguradas con llave. Se agachó delante del largo cajón y palpó el borde, retirando el barro y buscando el seguro. Paró en seco al notar algo con los dedos. Limpió la zona y apareció la hendidura de llave que aseguraba las puertas. Al instante, se le encendieron de nuevo los ojos. Se palpó rápidamente los bolsillos del mono, cayendo en la cuenta que no llevaba la pequeña llave encima. De nuevo, se volvió a la caja, tirando de las tapas hacia arriba e intentando forzarlas, sin éxito.

—¿Será la misma llave? —susurró, poniéndose de pie, sin quitarle ojo de encima y apoyando los puños cerrados sobre sus caderas.

Bajó al suelo de un salto y se dirigió con paso decidido hacia la enfermería. Asomó la cabeza por la puerta, buscando desde la calle algo útil para forzar el seguro.

— ¿Dígame? —dijo Herminia desde una esquina mientras ordenaba una multitud de medicamentos en una de las estanterías.

—Nada Herminia, solo buscando un martillo.

—Aquí no hay nada de eso, señorita De la Vega — dijo, molesta.

Obvió el comentario de la señora, buscando exaltada a su alrededor. Al otro extremo de la calle, vio un vecino que entraba y salía de su casa, sacando cubos de agua como los demás. Se acercó rápidamente a él.

—¿Disculpe, señor, tiene usted un martillo?

—¿Cómo dice?

—¿Qué si tiene usted un martillo? —repitió Julia.

El delgado anciano de pelo blanco y revuelto sujetaba el cubo vacío.

—Ahorita miro, regáleme un minutico —dijo, adentrándose en la vivienda.

Este apreció sonriente a los pocos segundos con un martillo en una mano y el cubo ahora lleno en la otra.

—Tenga usted, *monina*. Es de vuelta, ¿eh? Me lo trae tan pronto acabe —le dijo, entregándole la herramienta.

—Descuide señor, muchas gracias —dijo ella, dándose la vuelta.

—¿Y así, no más?, ¿no me da usted ni un piquito ni un *confitico* si quiera? — oyó decir al hombre detrás suya.

Sin volverse a responderle, se fue directa a la camioneta. Subió otra vez a la plataforma y metió la parte afilada del martillo entre el marco de la caja. Apoyó todo su peso con la rodilla sobre el palo de la herramienta y —dando un fuerte chasquido— la tapa metálica saltó, quedando abierta por completo. El cajón estaba completamente vacío.

Resopló irritada y comprobó que al menos el golpe no había llamado la atención de Herminia.

—Como una chota; esto lo vas a tener que pagar de tu bolsillo— se dijo.

Aun así, decidió que— puesta en ello— también quería abrir la otra. Apalancó el martillo por debajo de la otra tapadera y, repitiendo el movimiento, también está saltó por los aires, abriéndose. Dejó el martillo a un lado y recorrió una lona de plástico azul que cubría todo, apareciendo una caja de cartón cerrada. La sacó rápidamente y se la colocó entre las piernas. Al abrirla, comprobó que contenía varias latas de aceite vacías, un embudo de plástico, trapos sucios y un testador de combustible; nada más. Decepcionada, siguió indagando. Debajo, donde había estado la caja y en lo más hondo del habitáculo, apareció un cuaderno de anillas. Lo sacó extrañada, lo abrió y comenzó hojearlo. Tras pasar varias páginas, el rostro le tornó serio y comenzó a temblarle las piernas.

—Madre mía —dijo, levantando la vista para comprobar que nadie le estaba observando. Luego, siguió leyendo lo justo hasta entender exactamente lo que tenía entre las manos— A ti te están buscando.

Abrió la cremallera del macuto e introdujo el cuaderno dentro. Luego, se incorporó y cerró rápidamente las puertas del cajón, bajó de la plataforma con el martillo en la mano y se asomó al dispensario.

—Me voy, Herminia, me tengo que ir ya.

—¿Cómo así?, ¿no que me iba a echar una mano?, ¿no tenía un paciente? —protestó la señora.

—El paciente no ha aparecido y todavía tengo que ir a Elorza —se excusó.

—Bueno pues, vaya con Dios, *mija*; tenga cuidado.

—Gracias por toda su ayuda —dijo Julia, alejándose y sin esperar a que la señora respondiese.

Devolvió el martillo al anciano —aún saneaba su vivienda al otro lado de la calle— y, dándole también a él las gracias, cogió el camino de regreso al avión. Recorrió nerviosa el trayecto hasta el aeródromo, dándole vueltas a lo que había leído del cuaderno y ansiosa por refugiarse en algún sitio donde poder escudriñar más detenidamente su contenido. Volvió a saltar charcos y barrizales, atravesó el árbol caído —aún estaba en el mismo sitio, desatendido y obstaculizando la senda—, y ascendió la ladera hasta el rellano de la pista. Se aproximó al avión y, tras comprobar que aún no había nadie cerca, se encerró dentro del aparato.

Allí pasó quince minutos, leyendo detenidamente una a una las hojas. No más de una docena de páginas estaban escritas. Alguien se había tomado la molestia de transcribir a mano, y

con todo tipo de detalles, lo que parecía ser información sobre actividades ilegales en *Misión Air*: nombres, fechas, lugares y datos precisos sobre cargamentos ilegales en horas y rutas de vuelo concretas.

Quien lo hubiese escrito había tomado la precaución de esconder los apuntes en un lugar accesible pero seguro.

Comprobó que las últimas páginas acababan de formas abruptas e inconclusas, como si su autor no hubiese tenido tiempo de terminar lo que habría querido documentar. Sin duda, hacía tiempo que se había escrito; la última entrada en ese peculiar registro se había realizado hacía meses o quizá más de un año. Parecía coincidir con el periodo en el que Julia aún estaba en Wichita, trabajando en *Life Lift*. Por último, y era lo que le provocaba un irrefrenable escalofrío por el cuerpo, sospechaba que lo había escrito Mike antes de su accidente, y guardaba la certeza de que su fallecimiento no había sido del todo fortuito.

—Esto es una locura; por esto habría gente dispuesta a matar —dijo, cerrando el cuaderno bruscamente.

Le invadió unas irresistibles ganas de alejarse de todo. En principio, y a pesar del hallazgo, quizá todo podría continuar como hasta ahora, al menos hasta que pudiese pensar cómo abordar la situación de forma segura. Una profunda inseguridad le invadía, convencida de que algunos miembros de *Misión Air* estaban implicados.

Guardó el cuaderno en la mochila, se aseguró el cinturón, completó los procedimientos y arrancó el motor para seguir la ruta.

Despegó sin incidentes y ascendió por encima de las montañas que parecían esperar cualquier descuido para engullirle. Ahora, todo se le antojaba inhóspito, salvaje y despiadado. Las verdes arboledas bajo sus pies se convertían en amenazantes redes, y los ríos y caminos eran oscuros hilos de una gigante araña que no llegaba a ver pero que sentía viva y real. Durante el breve vuelo a Elorza, la mente le divagaba entre imágenes, ideas, peligros e hipótesis, teniendo que violentarse para mantener la calma y devolverle el estado de concentración para completar el vuelo sin cometer errores.

Al igual que en La Trinidad de Arichuna, sobrevoló el aeródromo, el cual había sido construido cerca del pueblo y mejorado con tierra prensada. Tampoco había indicios de restos de agua en la pista y se veía actividad en la zona. El pueblo, más grande que el anterior, parecía no haber sufrido la furia de las lluvias torrenciales.

Aterrizó y suspiró agradecida el buen estado del firme suelo. Luego, orilló el avión al hangar, hecho de chapa ondulada sin puertas. En su interior, varios mecánicos locales arreglaban una Pawnee para trabajos de fumigación.

Unos metros alejados, un camión cargado de cajas de repuestos y sacos de maíz ya le esperaba, listo para que todo fuese cargado en su *Cessna 205*.

Julia salió del avión con la mochila en el hombro, saludo a los mecánicos y se dirigió al joven de corta estatura que le esperaba.

—Hola, Pedro, ¿qué tal?, ¿mucho lluvia?

—Aquí todo bien, comandante —dijo él.

—Me alegro. Voy a hacer un recado; vengo en treinta minutos mientras cargas todo, ¿ok? El avión está abierto.

—No hay problema, comandante —respondió, escueto y colocándose el primer fardo de grano entre el hombro y el cuello.

Julia salió del aeródromo y en cinco minutos ya estaba en la plaza principal de Elorza. Bullía en actividad, concurridas las tiendas y tenderetes, comederos y la iglesia como si el diluvio

no hubiese ido con ellos. Se acercó a un local, con un cartel en la entrada indicando *Servicios de Correos*. Entró y esperó pacientemente su turno a que una joven dependienta acabase con las dos personas que tenía delante. Mientras, miraba ansiosa a su alrededor, juntando la punta de sus botas mientras sujetaba fuertemente la mochila contra su pecho. Finalmente, llegó su turno.

—Buenos días; ¿tiene usted papel o caja de embalar? Necesito enviar un paquete urgente a España, por favor.

Sacó el cuaderno de la bolsa.

—¿A España? No tengo caja, señora. Aunque vea, que aquí a lo mejor, esto le sirve — dijo, sacando de debajo del mostrador una caja vacía de puros, algo más grande que el cuaderno, y un rollo de papel grueso —¿Me escribe usted la dirección del destinatario, por favor?

Julia cogió el bolígrafo y el papel en blanco que le había ofrecido la joven. Tras pasar unos largos segundos reflexionando, escribió: *Destinatario: Don Carlos De la Vega*.

—No pude Frijolito, no pude —se lamentaba Menides, negando con la cabeza antes de *ventearse* el tercer vasito de aguardiente.

Ya era media tarde y Janina recogía las sillas de plástico, amontonándolas en la cocina hasta volver a sacar-las por la noche. La cara de Menides mudaba entre la desolación y la angustia, manteniendo la compostura delante de su fiel subalterno.

—Pero, ¿cómo así, patrón, no le dio el mate al encargo? —preguntó Fijolito, incrédulo.

—No pude, no pude; lo que te digo. Lo tenía delante del carro y, en el último momento, no pude mandarlo *pal papayo*. Me dio no sé qué *huevonada* de acabar con aquel pendejo. He perdido facultades Frijolito; yo ya no estoy para estos menesteres.

—Pero, patrón, si es eso, yo podía haberle hecho la vuelta; *pa* eso estamos.

Menides apoyó la mano en el escuálido hombro del otro, agradecido.

—Tú sí que eres un subalterno de los que no quedan —dijo, y se llevó el cuarto sorbo a la boca.

Frijolito sabía que el jefe tenía aguante para mucho más, y le acompañaba dando sorbos a otro vasito. La situación era delicada.

—¿Y ahora qué, patrón? Don Verigüela se nos va a *emberracar*. ¿Será que rematamos el tema con un *fierro*?

Aunque Frijolito era corto de vista, y menos aún en reflexión, Menides siempre había apreciado su arrojo y en-trega.

—De momento, dejemos así, quietos; esto hay que reflexionarlo. Ya nos pondremos al día con ese tema y a es-currir el bulto.

—Don Polino, no se me preocupe; yo le digo a Don Carpio que usted me mandó y yo no supe hacer.

Esto hizo que el patrón golpease la barra con el vaso vacío, lanzándole la mano al pescuezo y acercándose hasta que Frijolito tuvo que volver la cara a un lado por el olor a aguardiente.

—¿Qué dices, huevón?! —le gritó orgulloso, dejando al otro casi sin aire— ¡¿Acaso crees que yo me *achanto*?! ¡Con toros más grandes he lidiado!

Frente a él, Janina paró en seco detrás de la barra, escoba en mano y expectante. Una cosa era beber demasiado y otra armar líos. Menides soltó al otro del cuello; lo suficiente para que se zafase y cogiera aire, con la cara hinchada y la cicatriz enrojecida. El tema estaba zanjado y Janina continuó barriendo tras el mostrador.

—No, patrón, que no es eso; como voy yo a pensar que usted se *amilana*. Que digo, que yo le hago el quite, si le preguntan; usted diga que he sido yo.

—De ninguna manera; ya me *amaño* yo con Don Carpio.

—Lo que usted diga, patrón.

Permanecieron los dos callados un rato. Frijolito, sentado en un banco, esperaba como un galgo las ordenes de su amo. No le quitaba los ojos oscuros y saltones de encima, hasta que

Menides tumbó la botella casi vacía sobre el mostrador, haciéndola rodar.

—A las cinco hay que estar en Los Llanos, Frijolito —dijo por fin Menides, limpiándose la boca con la manga de la camisa—. Se ve que van a agarrar a la *tipa* de la DEA y nos mandan darle el paseo. Cómo estamos perdiendo las formas Frijol — hizo un chasquido con la boca, sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el húmedo y grueso cuello.

El subalterno no respondió nada, limitándose a alzar los hombros sin entender del todo.

—Esto era un oficio de señores y había cosas que no se hacían. Pero ahora todo es distinto; se han perdido los valores y todo vale. Lo que te digo, no hay clase —el otro escuchaba atento la lección magistral, siguiendo cada movimiento del jefe.

—¿Y entonces, patrón?

—*Pos* nada, Frijol. Nos toca *apeñiscar* y seguir andando; no hay de otra. Hágle y pague, que nos vamos —dijo resolutivo, incorporándose.

—Pero como así, patrón, ¿y el almuercito? La Janina ha hecho *sancocho* con seco y todo...

Menides pensó un segundo.

—Hágle, *monín*, que un *sancocho* levanta muertos y endereza a los borrachos. Mejor pensamos con la barriga llena.

Los dos tomaron asiento en una mesa de plástico y almorzaron con apetito y avidez, intentando no demorarse mucho tiempo. El deber les reclamaba.

—Aquí tiene la menuda, Janina; quédese con la vuel-ta —dijo Menides, poniendo varios billetes en la mesa.

—Mi Dios se lo page— dijo ella, sin siquiera levantar la cabeza mientras barría el suelo.

Los dos salieron del techado y subieron a un *Crysler* largo y oscuro, con varios golpes en el parachoques y recubierto de polvo. Menides iba al volante y el otro le acompañaba en el asiento de al lado.

—¡No me lo ensucie con el tenis, hagame el favor! —le espetó tan pronto el subalterno había cruzado las piernas y rozado el salpicadero con una raya de barro.

—Usted perdone, patrón. No me había dado cuenta lo pulido que lo tiene por dentro el carro; bien bonito lo tiene.

—Qué bueno que te guste. Hay que tener siempre clase, Frijolito; siempre con *swing* y clase ante todo, que este oficio es de caballeros. Quizá algún día te lo regale.

— ¿En serio, patrón? —Frijolito hizo morros, imaginándose que conducía el coche —Que *berraquera* sería; muchas gracias.

Menides sonrió, complacido.

—*Oime*, Frijol, cuando lleguemos a la oficina, ni respirar quiero oírle, ¿me oyó? Déjeme hablar a mí y se me calla.

—Claro, patrón, usted sabe que yo me callo.

El trayecto hacia la oficina de Verigüela lo hicieron sin mediar palabra. Menides hablaba en bajo para sí, intentando ordenar las frases para justificarse ante Carpio por el fallido trabajo. El delgado y moreno subalterno se escarbaba un oído y, mientras, intercambiaba miradas entre lo que pasaba fuera por la ventana y el pulido interior del coche, imaginándose dueño de semejante joya.

Llegaron a una diminuta plaza en el centro de Cua-chipé y aparcaron a escasos metros de un edificio de gran fachada y amplia puerta de madera. Un joven bien ataviado les observaba, sentado en un banquillo de plástico junto a la entrada, calentándose con los rayos del sol de la tarde. Se puso en píen tan pronto vio que salían del vehículo. Menides se abrochó la chaqueta

clara y, tras ponerse el sombrero de fieltro fino, avanzó hasta llegar a la entrada, seguido del compañero.

—Buenas, Polino, ¿qué le trae por aquí? —preguntó el portero secamente.

—Aquí venimos este y yo a dar el parte a don Verigüela.

—Bien puedan.

Los dos entraron sin más trámite. Atravesaron un pequeño recibidor para acceder a un patio central donde una fuente reinaba en su centro, rodeada por distintos tipos de plantas. Los laterales del patio eran pasadizos soportados por vigas de madera y los cristales dobles en los balcones de las habitaciones superiores parecían espejos. El eco del agua rebotando entre los muros, la cuidada arquitectura y el frescor del espacio impresionaban a Menides en cada visita, obligándole a pararse en el centro como si de un ritual se tratase. Arrugaba el grueso cuello y observaba todo, repitiendo tantas veces lo mismo que incluso alguien tan corto de memoria como Frijolito había acabado de aprenderse.

—*Beatutis est la casone si el spiritan réquiem in pache* —decía, llevándose las manos a los bolsillos y aupándose en la punta de sus pies para luego aspirar profundamente.

—¿Qué significa eso, patrón?

—Querido Frijol, eso significa: "*la casa es bella si el espíritu descansa en paz*" —dijo, inspirado.

—Que culto es usted, patrón; ya me gustaría a mí tener su inteligencia. ¿Qué idioma es ese?

—Latín antiguo, querido Frijolito, es latín —aclaró, condescendiente.

—Qué bonito, patrón; yo quiero aprender también ese latín.

—Bueno, ya lo irás aprendiendo. Poco a poco Frijol, poco a poco; la cultura no es cosa de dos días.

—¡Adelante, Polino!

La voz potente de un hombre fornido —desde una esquina opuesta del patio— les recordó el asunto que les traía. Menides vio la pistola que le sobresalía del pantalón al darles la espalda. Se volvió hacia Frijolito poniéndose el dedo en la boca para que callase, no sin antes lanzar una mirada fugaz a la salida, dudando de si había sido buena idea la visita.

—Polino, ¿cómo me le va? —saludó afable Verigüela, estrechándole fuertemente la manos tan pronto apareció Menides y haciendo caso omiso al acompañante. El capo no llevaba traje en esta ocasión, sino unos pantalones vaqueros de marca, cubiertos por una camisa americana celeste perfectamente planchada. Invariablemente, llevaba el pelo engominado y la barba perfectamente afeitada.

—Qué gusto verle, Don Carpio, qué gusto. Hacia algunos días que no le venía de visita. Qué hermoso patio tiene —dijo, quitándose el sombrero y sujetándolo contra el pecho con las dos manos como si de un parapeto se tratase.

—¿Qué nuevas traes? —preguntó, brusco.

—Todo en orden, Don Carpio. Los paquetes de la semana pasada todos en orden y los dineros en su sitio.

—¿Qué más? —inquirió Verigüela secamente mientras tomaba asiento tras el escritorio perfectamente ordenado.

—Estamos ya organizados con la *pelada* de la *DEA* y nos la traen en la próxima vuelta.

—¿Quién la trae?

—El piloto de por aquí. Ahí nos organizamos con eso y le tengo informado. Y bueno, un pequeño inconveniente sí que hay.

—¿Inconveniente? —preguntó el jefe, cogiendo un bolígrafo *Mont Blanc* de la mesa, observándolo fijamente — ¿Cómo así?, ¿qué clase de inconveniente?

—Es que verá; la última comanda de paseo no pudimos acabarla, pero estamos en ello — dijo con voz más aguda de lo normal, carraspeando la garganta. El gesto no pasó inadvertido para el capo.

—¿Y eso por qué? —dijo Verigüela, sacando el mentón visiblemente molesto.

Menides volvió la mirada buscando la de Frijolito. Este seguía tieso y ojos abiertos, como si hubiese visto un espectro o lo fuese el mismo. Alzó los hombros resignados y esperando que en cualquier momento le cayesen encima todos los demonios.

—Sal un momento al patio, Frijolito —ordenó Menides.

El otro, aliviado, lo hizo sin rechistar y desapareció por la puerta. Para entonces, Verigüela ya estaba frente a Menides con los brazos cruzados y en espera de aclaraciones. A pesar de la frescura del ambiente, el hombre que tenía delante sudaba demasiado; era el sudor de alguien que se sabe próximo a la muerte.

—Estoy esperando, Polino.

—Fue Frijolito, patrón, estuvo a punto de llevárselo por delante cuando salía borracho de un bar. Pero como era muy oscuro, no se veía bien y falló. Se llevó por delante unos cubos de basura; con el ruido se armó tal escándalo que tuvo que dejarlo para otra ocasión. Pero no ponga cuidado, Don Carpio, que ya me encargo yo mismo y le damos *mate*. Además, estaba el tipo tan borracho que ni se habrá enterado de nada; no hay sospecha —las palabras salían atropelladamente.

—¿Y todo eso te lo explicó a ti ese pendejo que está ahí fuera y que es medio bobo?

—Sí, señor—hasta ahí pudo decir, antes de sentir que se le descolgaba el hombro por el bolígrafo que le acababa de clavar Carpio.

Lanzó un alarido y se inclinó hacia adelante, tapándose la herida con la mano.

—Polino, me decepcionas, te creía más inteligente — susurró el otro.

Le conocía lo bastante para saber que decirle ese tipo de cosas también le herían.

—Pero, patrón, solo ha sido un descuido de Frijolito. No se preocupe que nos encargamos; deje así que ya me encargo yo —dijo, jadeando.

—Te aprecio mucho, Polino, eres un mandado a la antigua; pero no te paso ni una, y menos que me veas la cara de pendejo.

—Que no, patrón, que no; que es como se lo cuento. Ya me encargo, se lo juro; le doy mi palabra que es lo más grande que tengo. Usted me conoce, ya me encargo.

Carpio escuchaba impasible, limpiando el bolígrafo de sangre con un pañuelo.

—Usted verá, si así es. Usted me le da el correctivo a su perro faldero y me cuenta. Que no se quede sin uno bien dado, o se lo cobro yo a usted, ¿me entiende?

—Sí, señor, como no —una mancha oscura empezaba a empañar la parte superior de su chaqueta—. Deje así que ya me encargo, se lo prometo. Ese huevón no va a fallar más y se va a enterar de eso; ya termino yo el encargo.

—Pues hágale, y nos vemos en el campamento y me pone al día.

—Sí, señor Carpio, como no; gracias, gracias.

Y haciendo una leve genuflexión, salió del despacho seguido por el guardaespaldas.

En la otra punta del patio, sentado contra la pared, le esperaba Frijolito quien, tan pronto le vio aparecer en semejante estado, se puso de pie de un salto y se acercó solícito a su jefe.

—Qué alegría verle, patrón. Le veo bien, le veo muy bien —dijo sonriendo, ayudándole a andar, pasándose el grueso brazo sobre su cuello y sujetándole por la espalda.

—Pues, sí, salimos bien parados, Frijol.

—¿Y entonces?

—Pues entonces, te tengo que dar un correctivo — dijo mientras alcanzaban el recibidor.

—Bueno, patrón, no ponga cuidado; mejor de usted que de don Carpio.

—No te propases, Frijolito.

—Usted perdone, patrón, usted perdone.

—No, Frijol, perdona tú.

Salieron a la calle, camino de donde habían aparcado; no sin antes volverse hacia la oscura fachada del edificio, intuyendo —quizá— que había sido la última vez que pisaba su hermoso patio.

—No pasa nada, Alfredo; una rueda pinchada no es para preocuparse —dijo Júlia, y dio un sorbo al chocolate, apurando lo que quedaba en el termo.

Era una mañana fresca y el sol reinaba en solitario por encima de las montañas que rodeaban el valle. Las laderas frondosas de apretados árboles se adivinaban infranqueables. La mullida hierba de la planicie resaltaba la rojiza tierra de la pista donde había aterrizado con el neumático de repuesto, hacía ya un par de horas.

—Gracias por traerme el recambio, Julia; pero no entiendo. El neumático que tenía estaba nuevo y el aterrizaje no fue especialmente duro.

—Bueno, habrá sido alguna piedra o madera que te habrás llevado por delante. Vete a saber. Ya está cambiada; así que te acompaño hasta que llegue tu carga, para que no te aburras con las moscas, y regreso a Cuachipé. Hoy Gladis ha hecho *mondongo* de almuerzo y no me lo pierdo, por muy amigos que seamos.

—Uy, eso sí es *sabrosura*, ¿no? Guárdeme y no se me lo trague todo, que las españolas sois muy glotonas.

Rieron.

—Allí viene el combo con la mercancía — dijo él, apuntando con los labios a una columna de polvo que se aproximaba.

—Estupendo. Me voy tras los arboles a hacer un recado que solo puedo hacer sola y regreso en unos minutos —dijo ella, dándole el termo.

Se alejó en dirección opuesta a dónde venía la camioneta con la carga, desapareciendo entre la maleza. El vehículo paró a escasos metros de Alfredo, junto a la *Cessna 205* que tenía asignada. Dos hombres salieron del vehículo y, después de saludarle con la mano, abrieron las compuertas traseras y comenzaron a trasladar la mercancía desde la cajuela. Alfredo caminó hacia ellos y, sin prestar atención a la carga, pasó de largo hacia el avión de Júlia. Llegó al aparato, miró en dirección a los árboles y levantó la compuerta de registro del aceite. Metió el brazo y dio un tirón seco, sacando la mano del compartimento. Volvió a asegurar la portezuela y se fue de nuevo a donde estaba su avión. A los pocos segundos, apareció Júlia a lo lejos, dando grandes zancadas y cantando jovialmente como si de una niña en un parque se tratase.

—Ya está —dijo, llegando a él y sonriendo entre el pudor y la picardía—. Bueno, pues ya me voy entonces campeón. Te espero en Cuachipé con una arepa seca y un chorizo criollo —dijo riendo y, dando media vuelta, se fue a su avioneta.

—Nos vemos —dijo Alfredo, breve.

Julia inspeccionó meticulosamente el aparato. Luego, entró y se quedó un rato preparando el arranque del motor detrás de los controles. Así estuvo durante un par de minutos, hasta que dio un golpe en seco con el puño contra el salpicadero del panel de instrumentos. Después, salió del aparato y, dando un portazo tras de sí, caminó de regreso hasta Alfredo.

—¡Maldita basura de aviones! ¡Siempre todo rompiéndose!

—¿Qué hubo? —dijo Alfredo, enarcando las cejas.

—Esta porquería de avión, que no arranca —dijo, soltándose el pelo y cogiéndoselo de nuevo con el elástico.

—Bueno, pero no te pongas así; ¿qué le pasa?

—El *estárter* no hace ni el intento de arrancar; pero batería sí que tiene. O sea, que: o no le llega electricidad desde la batería, o está frito.

—Ok, vamos a intentar arreglar esto. Si vemos que no funciona, no te preocupes. Te vienes en el mío y mañana te traigo con el mecánico —dijo, animándola.

Ella resopló, resignada.

—A tomar por saco el mondongo; al final ni tú, ni yo.

—Vea, eso le pasa por refregármelo — rio la ocurrencia.

Fueron los dos hasta el avión. Alfredo entró mientras Júlia observaba —a través de la ventana— cómo el compañero encendía el interruptor *maestro*. El giróscopo del *coordinador de giros* aceleró, emitiendo su inconfundible sonido.

—Pues, batería sí que hay—dijo él.

Luego, giró la llave de contacto y, como anteriormente, nada ocurrió.

—Sí, el *estárter* debe de estar fundido o no le llega la corriente. Anda, vente conmigo y volvemos mañana —dijo Alfredo, y se bajó de la avioneta.

Júlia le siguió, resignada. Los dos esperaron a que los hombres terminasen de cargar los bultos. A pesar del percance, se recostó en la hierba con la espalda contra un tronco y piernas extendidas, dejándose embriagar por la belleza que le rodeaba y el espléndido día. Así estuvo los diez minutos que tardaron en dejar la mercancía lista.

—Vamos, Júlia —le gritó Alfredo desde dentro de su avión.

—¿Dónde dices que vamos? —preguntó una vez sentada en el lado del copiloto.

—A la pista de Los Caños.

—No creo haber estado antes allí.

—Es verdad, no has estado. Los locales terminaron de acondicionarla hace unos días; yo mismo la abrí este fin de semana pasado. Será una buena oportunidad para familiarizarte con ella.

Desde el arranque hasta el despegue, todo fue normal. El cielo seguía despejado, y la ausencia de viento hacía que el avión se deslizase sin resistencia ni turbulencia. Era perfecto para volar. Júlia observaba todo desde su ventana, como si fuese la primera vez que volase. Las montañas pasaban bajo sus pies, los riachuelos tortuosos desaparecían entre los pliegos de tierra, reapareciendo más a lo lejos. Las bandadas de pájaros se sucedían, algunas de coloridos llamativos, también pegadas a la copa de los árboles donde se sentían más seguros.

—Hacía tiempo que no tenía el lujo de dejarme llevar como pasajero —dijo.

Alfredo no respondió; se mantenía concentrado.

Navegaban y cambiaban de rumbo cuando alcanzaban algún pico o una aldea determinada, y así continuar en la dirección correcta.

— Ahí está la pista—dijo Alfredo, al rato.

Efectivamente, había una pista de tierra, estrecha e inclinada, aprovechando la pendiente de una ladera plana. Era más estrecha y corta de lo que normal.

—¿Ahí? —preguntó ella, nada más verla.

—Sí.

—Pero, si no tiene más de trescientos metros...

—Eso es.

—¿Aterrizamos cuesta arriba, entonces?

—Correcto —repitió Alfredo, reduciendo la potencia y calando el primer tramo de *flaps*

para aterrizar.

—Madre mía, que divertido—rio ella, apretándose la correa del cinturón de seguridad e incorporándose en el asiento para no perderse nada.

Alfredo añadió potencia para sostener el avión a una velocidad próxima a la *pérdida*. Descendía despacio, el motor rugiendo y morro alto; parecía que el avión se caería del cielo en cualquier momento. Una vez en tierra, Alfredo cortó la potencia y aplicó los frenos al máximo, sin llegar bloquear las ruedas.

—Madre mía, ¡que *crack!* —animó ella, dándole una palmada en el hombro.

Él sonrió avergonzado. Unas gotas le corrieron por la sien por la concentración y el esfuerzo.

Terminó de carretear con el motor hasta el extremo más alto de la pista cuando —repentinamente— surgieron dos furgonetas cargadas de hombres armados desde cada lado de la pista.

—¡Ay, Dios! —exclamó Júlia, agarrándose fuerte-mente contra el salpicadero y agachando la cabeza intuiti-vamente. Alfredo apagó el motor.

—¿Qué hacemos, Alfredo? Estos no son del ejército.

—Salgamos, Julia, tranquila. Nos estaban esperando.

Él no se escondía y tras su voz entrecortada no se adivinaba sorpresa.

—¿Qué dices, Alfredo?, ¿quiénes son?

—Digamos que no amigos; pero tampoco descono-cidos—dijo, apretando los dientes.

Abrió la puerta y salió del avión, dejándole sola en la cabina. Alfredo se acercó a un hombre joven que vestía traje de lino y camisa blanca sin corbata; le estrechó la mano.

Intercambiaron entre ellos algunas palabras que Júlia no llegó a comprender. Luego, Alfredo se situó junto al que parecía mandar y le hizo gestos para que saliese de la avioneta.

—¡No tengas miedo, sal de ahí! —gritó.

Ella abrió despacio la puerta y bajó, entendiendo que no tenía escapatoria alguna.

—Ya tenía ganas de conocerla, señorita De la Vega —dijo Carpio Verigüela, estirando el brazo.

No fue correspondido. Quieta ante él, Julia permanecía desafiante y con el cuerpo de perfil, apretando los puños de las manos. El insistió.

—Bien, ya veo que su reputación le precede.

—No sé de qué me habla. ¿Qué es todo esto, Alfredo? ¿Qué hacemos aquí? —preguntó al compañero y sin quitarle la vista al capo ni un segundo.

—Haz lo que te dicen y todo saldrá bien —dijo, intentando calmarla.

La conocía lo suficiente para saber que la española podía sacar el agujón en cualquier momento si se le acorralaba. Verigüela le haría daño sin dudar.

—Vamos, señorita, tengamos unas palabras —dijo Carpio, colocándose el sombrero de fieltro y dando por concluida las presentaciones.

Alfredo apuntó con el mentón, para que ella siguiese al que a todas luces era el que mandaba. Ella siguió al capo, que iba acompañado por un hombre armado en ropa de campaña y otros dos que llamó la atención de la española.

Uno, de corte grueso y bajito, llevaba la camisa empapada en sudor y constantemente se secaba el cogote con un pañuelo. El otro, delgaducho y con piel oscura, parecía seguir al bajito manteniendo la distancia.

—Vaya, ese tío está en todos lados —susurró para sí.

Quedaba claro que su presencia no era una coincidencia y que sin duda le habían estado

siguiendo desde hacía tiempo. Estos dos últimos hombres parecían no encajar con el resto de los congregados. Tras ellos, cerraban el paso media docena de jóvenes armados. Alfredo caminaba pegado a Júlia, cabizbajo y sin decir palabra.

—¿Dónde me has metido, Alfredo? ¿Qué interés tiene esta gente de mí?; esto estaba preparado.

—Lo siento, Júlia, me han obligado; no sabes cuánto lo siento.

—¿Qué quieren de mí?

—Ahora sabrás más; ten paciencia y, por favor, no hagas nada estúpido. Esta gente es de las que te hacen daño sin contemplaciones. Colaboremos, por favor —dijo casi inaudible.

—¿Colaboremos? —susurró ella, apretando los dientes. Le habría dado un golpe ahí mismo — ¿Colaboremos, imbécil? No me metas en tus porquerizas.

—Bueno tranquila, pero no te alteres.

—Maldito, tú manipulaste el avión ¿verdad? ¿Cómo has podido hacerme esto?

No le dio tiempo a responder. Llegaron a una terraza con suelo de madera y la cubierta camuflada de ramas verdes. Disponía de tres largas mesas con bancos alargados a ambos lados, y dos hombres recogían varias jarras de agua vacía mientras otro barría los tablones que hacían de suelo. Las voces de algunos hombres riendo llegaban procedentes de uno de los barracones más próximos.

Entraron en el local donde otras tantas mesas y bancos estaban dispuestos igual que en exterior. Mientras la mayoría de los hombres se quedaban fuera, accedieron a una habitación contigua, siguiendo a Verigüela y dos de sus guardaespaldas. Alfredo entró delante de Julia.

—Siéntese, por favor. Tú también, Alfredo — dijo, apuntando a dos sillas vacías colocadas a varios metros del escritorio cargado de papeles.

Carpio se quitó la chaqueta, la colgó en una percha y se la entregó al hombre que tenía más próximo. Después, se pasó las manos abiertas por el corto y grisiento cabello y se sentó sobre el escritorio, delante de ellos.

—Como le decía, señorita De la Vega, es todo un placer conocerle. Supongo que para usted también, dado que por fin llega al fondo de sus asuntos aquí, en Venezuela.

—No sé de qué me habla, pero sin duda esto tiene que ser un malentendido. No tengo la menor idea de qué les habrá explicado Alfredo, pero se están confundiendo conmigo —lo dijo despacio e intentando parecer tranquila.

Ni suplicar, ni provocarles; solo había que aclarar todo para salir de allí de una pieza.

—Bien; entiendo que no se da por aludida.

—Repito, señor; ni yo le conozco a usted, ni sé de qué me habla.

Verigüela miró a Alfredo unos segundos.

—Estamos con usted desde Wichita, querida; desde que su gobierno quiso meter las narices en nuestros asuntos; en mis asuntos. Le hemos seguido cada paso, y le aseguro que he sido lo más comprensivo con usted que he podido; demasiado.

—¿Qué?

—No se haga la boba, que así se le queda la cara —dijo cruzando los brazos—. Mis mejores hombres han intentado persuadirla para que no viniese, pero ya veo que no se ha dado por aludida. Han de pagarle a usted muy bien.

—El pasaporte; ese hombre que está ahí fuera me robó el pasaporte, ¿verdad?—dijo abrumada.

—En el aeropuerto de Bogotá, para ser más exactos. Un error que no se va volver a repetir.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué les he hecho yo a ustedes? ¿Quién dice usted que me paga? Yo soy una voluntaria de una organización sin ánimo de lucro; a mí no me paga nadie —dijo con el rostro torcido y los ojos claros enrojecidos.

El capo soltó una fuerte carcajada.

—¡Ya está bien de perder el tiempo! —amenazó serio, levantando el índice hacia el techo—. Sabemos que trabaja para la *DEA*, estúpida; hasta aquí ha llegado.

— ¡Dios mío! — Júlia amagaba con llorar, tapándose la boca con las manos —Es eso: cree que soy de la *DEA*. Ustedes están traficando, creen que yo soy de la *DEA* y que he venido a investigarles. —Verigüela mantenía un silencio inalterable—. Pero vamos a ver, señor, ¿y de dónde han sacado ustedes que yo soy de la *DEA*? ¿Has sido tú Alfredo? —preguntó, volviéndose hacia él.

El joven piloto negó con el cabeza, confuso.

—Uno de mis hombres le investigó en Estados Unidos, cuando ya metía sus narices en el accidente de avión.

—¿Uno de sus hombres? ¿El accidente en Wichita? ¿Gunter?

—*Peladita* lista. Luego, se puso a tirar del hilo y decidieron enviarla a hacernos una visita.

—Mire, señor —dijo entre lágrimas, intuyendo lo peor —, yo le juro que no soy de la *DEA*, que no sé nada de sus negocios. Es verdad que presencié el accidente, pero solo vine para ayudar. Necesitaba un cambio en mi vida y decidí dedicar mi esfuerzo y tiempo en mejorar la vida de otros —hablaba atropelladamente y solo parando para respirar—. Es verdad que conocí *Misión Air* por el accidente, pero mi motivación para venir fue otra. Yo no soy de la *DEA*, soy ciudadana española y no americana. ¿Acaso no han visto mi pasaporte cuando me lo robaron? Mire, ¿no lo entiende? —dijo ella, sacando el pasaporte del bolsillo lateral de su mono y entregandoselo junto con la licencia de vuelo.

Verigüela cogió los documentos, estudiándolo para hacer su veredicto.

—¿Entonces, no trabaja para la *DEA*?

—Así es —dijo, esperanzada.

—¿Es española y no trabaja para la agencia americana contra la droga?

—Correcto.

Vislumbraba algo de convencimiento. Pasaron unos largos segundos hasta que finalmente el capo se incorporó.

— Pues entonces mejor; da igual. —sentenció, extendiendo la mano para que el subalterno le diese la chaqueta.

—¿Qué quiere decir eso, don Carpio? —preguntó Alfredo, retorciéndose en la silla.

—Pues eso: que un problema menos.

—¿Cómo así, don Carpio?, ¿pero no que iba a ofrecerle plata a cambio de silencio? —preguntó de nuevo.

—Ya no, Alfredo. ¡Menides! —gritó hacia la puerta, poniéndose de nuevo la chaqueta.

Al segundo apareció la cara bigotuda y congestionada del personaje.

—Mande, patrón.

—No se me vaya lejos, que le tengo un encargo.

Fue oír eso y el joven piloto se abalanzó contra Carpio, cogiéndole por el cuello y empujándole contra la pared.

—¡Eso no es lo que quedamos, *hijuemadre*! —le gritó, apretándole contra la pared.

El guarda más próximo reaccionó de inmediato, dándole un golpe seco por la espalda y

tirándolo al suelo sin poder respirar. Verigüela cogió aire y le propinó dos fuertes puntapiés en el costado, haciendo que casi perdiese la conciencia por el dolor y la asfixia. No podía moverse.

Carpio dio por terminada la reunión y se acercó a la puerta donde Menides había contemplado la escena con estupor.

—A este el primero —le ordenó al pasar junto a él hacia la salida.

—Sí, patrón.

—Y ya hablaremos usted y yo sobre la información que me dan...

—¿Cómo así, patrón? —preguntó Menides con un nudo en la garganta.

—No era de la *DEA*, pendejo. Ya hablaremos; de esta no te vas a ir airoso —dijo, y en segundos desapareció por la salida.

A Menides se aproximó Frijolito, que lo había visto todo.

—¿Qué hubo, jefe? Se le veía *emberracado* al patrón.

—Nada, Frijolito, más de lo mismo: nadando en un cubo de mierda y a punto de rebosar —dijo Menides, dándole una palmada condescendiente y sin dejar de mirar a la puerta de salida.

—Treinta y un mil pesos, señor —dijo el taxista, apagando el motor.

Carlos De la Vega le entregó treinta y cinco.

—Espere aquí, por favor.

Había sido difícil encontrar el aeródromo. Agradeció la persistencia del hombre que, sin tener ni idea de dónde iba, había preguntado a cinco personas distintas para dar con el sitio.

Seis agónicas horas en autobús le habían dejado agotado. Eso, después del vuelo de Madrid a Caracas donde, al llegar con retraso, cogió el último vuelo a Bucaramanga. Luego, tomó el primer autobús a Cuachipé.

Salió del vehículo mientras el taxista le sacaba el pequeño macuto del maletero. Se la colgó en el hombro y observó detenidamente el aeródromo.

El sol brillaba y la manga de viento delataba la quietud y humedad. La maleza rodeaba el amplio claro, donde la pista de tierra reinaba en el espacio. Un *Twin Otter* realizaba tomas y despegues, aterrizando y alzándose de nuevo entre el bramido ronco de los motores. Tras él, una *Cessna 205* tomó tierra y se acercó hacia su lateral de la pista. Muy próximos, otros cuatro aviones de *Misión Air* reposaban amarrados con cuerdas.

Exhaló profundamente y se encaminó con paso rápido hacia el barracón de operaciones. Mientras, hacía revista detallada de los aparatos próximos al hangar. Aún tenía fresco los detalles del cuaderno de apuntes que aun guardaba en la mochila, y agudizaba los sentidos para no perder detalle. Entró.

—Buenos días, ¿está Julia De la Vega, por favor? —dijo, repasando el lugar con la vista. No había mucho movimiento de gente.

—Buenos días, señor—dijo Becky, reconociéndole de arriba a abajo, y notando algo familiar en el rostro de aquel hombre.

—Soy Carlos De la Vega, su padre.

—¿Cómo esta, señor De la Vega? Qué sorpresa, mucho gusto; le he reconocido al instante. Se parece usted mucho a su hija —dijo, apretando los labios— Pase, por favor. Espere en ese sillón, si es usted tan amable; voy a buscar al director —dijo, saliendo.

A los pocos minutos apreció Lemond.

—Hola, señor De la Vega, qué inmensa y grata sorpresa —dijo con su marcado acento francés— No sabe usted el gusto que me da conocerle en persona; qué alegría más inmensa.

—Encantado, señor....

—Lemond, Badoin Lemond: director de *Misión Air*.

—Mucho gusto, señor Lemond. Busco a mi hija.

—Vaya; no sabe cuánto lo siento. Entiendo que no ha recibido usted noticias. No sabe cuánto lo siento, creí que, a estas alturas, le habrían informado las autoridades...

— ¿Qué quiere usted decir? ¿Le ha ocurrido a mi hija? Por Dios, ¿qué le ha ocurrido?

—Vaya; que inmensas desgracias... no está usted al corriente. Lamento darle la noticia: su hija y un compañero piloto tuvieron un accidente de avión. No puedo contarle mucho más —

Carlos dejó caer la mochila, apoyando la mano en el sillón para no desvanecerse—. Pero, por favor, venga conmigo a mi oficina, estará usted mejor ahí. Becky traiga un vaso de agua, por favor.

Carlos le siguió con dificultad y el rostro descompuesto. Las lágrimas aparecían mientras se tapaba la boca con una mano. Entraron los dos en el despacho de Le Mond y el español tomó asiento en un banco próximo a la ventana. Sollozó unos minutos, se limpió los ojos con la manga y carraspeó la garganta para poder hablar.

—¿Está en el hospital? ¿Está viva?; ¿cómo está?

—Como le decía, aún no sabemos nada desde el accidente. No sabe cuánto lo lamento. Salió hace varios días con un compañero piloto a una pista de tierra, a entregar una carga. Perdimos el avión a unas veinte millas al sur del aeródromo.

—¿Pero, entonces, no se sabe si han fallecido? ¿Les están buscando?

—Lamentablemente no sabemos nada y tenemos a todos los efectivos y compañeros de *Misión Air* buscando.

No pretendo causarle daño, señor De la Vega, pero tenemos pocas esperanzas de encontrarles con vida, dada la orografía de la zona. Hemos buscado por todos lados. Lo más seguro es que se hayan estrellado en alguna zona con vegetación que este ocultando el aparato.

Cada palabra atravesaba a Carlos como una aguja, penetrándole el pecho. Apenas podía respirar y todo el cuerpo le flaqueaba. Intentaba no desmayarse. Lemond continuó.

—Entiendo su inmenso dolor y preocupación, señor De la Vega; no sabe cuánto lo siento. Por favor, descanse un segundo —dijo el doctor, ayudándole a sentarse sobre la misma silla, sujetándole el brazo.

Entró Becky con un vaso de agua, lo dejó en la mesa del francés y salió. Carlos no pudo más y, envolviéndose el rostro con las palmas de las manos, lloró otro largo rato amargamente, meciéndose y gimiendo; sintiéndose morir despacio, envejecido y encorvado. El doctor, intentaba consolarle dándole palmaditas con una mano sobre el hombro, de pie junto a él.

—Ánimo, amigo, era una joven extraordinaria. Ha hecho mucho bien y haremos todo lo posible para recuperarles —intentaba consolarle.

Carlos siguió llorando hasta que el aire y la vida le volvieron en sí, lo justo para poder ubicarse de nuevo.

—Gracias, doctor Lemond, pero no hable usted de mi hija en pasado, por favor. Sigán ustedes buscando. Les agradezco todo lo que están haciendo por encontrar el avión y los cuerpos. Entiendo que no es fácil, teniendo en cuenta la inmensidad de la tarea —dijo este, frotándose los ojos hinchados.

—Así es; hemos peinado miles de millas, intentado todo. No estoy seguro de que podamos hacer mucho más, pero no desistiremos. Lamentablemente, tenemos recursos limitados y el ejército no va a colaborar más de lo que ya lo ha hecho. Este golpe es terrible para nosotros; son dos vidas más que perdemos este año. El avión es lo de menos. No sabe cuánto lamento esta inmensa desgracia.

—Al escuchar esto, Carlos levantó la cabeza repentinamente.

El cambio no pasó desapercibido al doctor, que le lanzó una mirada suspicaz.

—Gracias, doctor; sé que han hecho mucho. Gracias de nuevo, por todo —se limitó a decir y volviendo en sí—. Tengo que regresar a España cuánto antes. Mi mujer espera noticias y necesitaré estar allí cuando hable con ella. Haré algunas gestiones para traer fondos y estaré de vuelta en cuatro o cinco días para organizar todo con el consulado. Por favor, no dejen de buscar, aunque sé que las probabilidades de sobrevivir un accidente sobre la selva son casi imposibles; por experiencia.

—Habla con mucha certeza, amigo mío.

—Lamentablemente, no siempre he sido un vendedor de vinos.

—Claro, don Carlos, entiendo —el doctor le ayudó a levantarse, condescendiente—. Cuidese. Aunque ya está todo escrito, nunca se sabe lo que nos depara el destino.

—Me tengo que ir, señor Lemond; gracias, de nuevo. Por favor, llámenme si tienen noticias. Aquí tiene mi teléfono —le dio una tarjeta—. Saldré en el primer vuelo de mañana de Bucaramanga a Caracas, y de ahí a Madrid.

—Descuide, señor De la Vega, así lo haré. Mis saludos a su señora y muchos ánimos con todo —dijo el otro, envolviéndole la mano entre las suyas, efusivamente.

—Nos vemos en unos días, doctor.

—Por supuesto, amigo —dijo el francés, viendo cómo Carlos cerraba la puerta tras de sí.

Luego, Lemond cogió despacio el móvil, lo abrió y escribió un mensaje: “*Padre de la DEA. Acaba de salir. No sé cómo, pero sabe algo.*”

Carlos salió del aeródromo y dio un silbido para llamar la atención del taxista que, apoyado contra el capó amarillo del coche, conversaba animado con un trabajador del aeropuerto. El chofer subió al vehículo y se acercó al español, que también subió de inmediato.

—¿A la orden?

—Por favor, lléveme rápido a la comisaria de Cuachipe. Luego, necesitaría que me llevase a Bucaramanga.

—¿Cómo dice, a Bucaramanga? Eso está a un buen paseo señor; lo menos le saldrá a trescientos mil pesos. ¿No quiere usted usar el bus? —dijo, dejando entrever el único diente que parecía quedarle en la boca.

Carlos hizo cálculos unos segundos.

—De acuerdo. Si cerramos a doscientos cincuenta, nos vamos —sugirió el español.

—Muy bien, patrón. Le voy a dar un paseo bien sabroso —aceptó contento el otro, haciendo caso omiso de los ojos enrojecidos de su cliente.

—¿Cómo se llama usted? Yo soy Carlos.

—Soy Arcadio Mendieta, para servirle, patrón.

El chofer dejó atrás el aeródromo a toda velocidad, camino de la comisaria de Cuachipe. El vaivén y cambios de marcha del vehículo empujaban a Carlos de un lado a otro del asiento de atrás. Envuelto en sus pensamientos, recapitulaba una y otra vez la conversación con Lemond, resistiéndose a una realidad que aún no había hecho suya.

Alcanzó la cartera de cuero y sacó de ella una botella de agua, le dio un gran sorbo, dándose cuenta de lo sediento que estaba. Luego, extrajo un cuaderno de anillas. Era el cuaderno que había recibido de Julia. Pasaba las pocas hojas escritas, intentando vislumbrar algo nuevo de ellas, como si tuviesen las indicaciones para llegar a su hija. Se alegró en ese momento de no haber compartido con Lemond su existencia. Encontrar a Julia parecía depender precisamente de ocultar el cuaderno y lo que había llegado a entender a través de sus páginas. Al fin y al cabo, ella lo había querido mantener oculto y se lo había mandado. Demostraba que, en el peligro o la dificultad, ella siempre había contado con él.

Convencido de ello, suspiró profundamente y una vez más se le enturbiaron los ojos.

El estruendo del golpe y el zarandeo chirriante le sacaron de sus pensamientos. Arcadio evitaba, en último momento, que el coche se saliese del asfalto y por, muy poco, no se estrellasen contra un árbol.

—¿*Queubo*?! — gritó Arcadio, comprobando por el retrovisor que un coche rojo acababa de alejarse unos metros tras ellos y aceleraba para embestirles de nuevo. El estruendo fue

mayor que el anterior y el chofer, una vez más, pudo mantener con dificultad el vehículo en la calzada.

Aceleró para intentar alejarse.

—Nos están queriendo asaltar, patrón, ¿o es que tiene usted alguna vaina pendiente con esos? —preguntó el chofer, entre alarmado e irritado por verse en esas.

—¡No les conozco de nada!

—Pues, entonces vienen a por los dos, patrón.

A Carlos le mudo el rostro. Entraba en pánico y sujetaba fuertemente la maneta sobre la ventana, no sin antes haberse apretado más el cinturón. Esperaba que, en cualquier momento, el coche se saliese de la calzada.

—¿Paramos, Arcadio? ¡O nos matas tu o nos van a matan ellos! —gritó el español.

Veía que, efectivamente, el coche que les seguía estaba ocupado por varios hombres, y volvían a la carga.

Esta vez, el taxista no pudo contener la embestida y la parte trasera del coche comenzó a deslizarse lentamente hacia el borde de la calzada, sacando la rueda trasera por completo. El coche hizo el primer y único trompo que Carlos pudo recordar, y dejó escapar un grito contenido antes de perder el conocimiento.

Cuando Carlos recuperó la conciencia, no sabía dónde estaba. Oía el sonido del aire golpeando contra la chapa de la furgoneta donde iba, y distinguía el ruido cambiante por el acelerar y desacelerar del vehículo. Intentó abrir los ojos, pudiendo solamente entreabrir uno de ellos por la hinchazón y la sangre que cubría ambos. Le pareció ver el rostro desconocido de un joven; este le sujetaba los hombros con las manos y la pierna, rodeando la ensangrentada cabeza del español. Mostraba preocupación y le sujetaba el cuello firmemente para que no se moviese. A medida que pasaban los segundos, un dolor intenso y penetrante en la pierna derecha y en la cabeza comenzó a ocupar toda su atención. También notaba el sabor a sangre en la boca; apenas podía abrirla. O era un secuestro, o el joven le estaba ayudando. En cualquier caso, no estaba para preguntas y, en cualquier caso, a estas alturas tampoco le importaba. El hombre, dándose cuenta de que estaba consciente, se aproximó a él y le gritó para asegurarse de que le oía.

—Tranquilo, amigo. Aguante usted, que ya le llevamos a la clínica; no más aquí, a la *vuelteca* —dijo, dándole unas palmaditas en el pecho con una mano.

Carlos volvió a cerrar el único ojo que tenía abierto y abandonó todo esfuerzo de mantenerse despierto.

Pasaron varios días hasta que despertó. Primero fue las conversaciones del personal médico fuera de la sala, que transitaba los pasillos y se adentraba en las pocas habitaciones de la clínica para distribuir las bandejas del almuerzo. Luego, el dolor de cabeza y la pierna, aunque no dejaban pasar inadvertido el agradable olor que desprendía la comida. Hacía varios días que no comía. Animado por el calor reconfortante que ofrecía el sol que atravesaba una amplia ventana, abrió los dos ojos despacio y con dificultad.

Permaneció allí, tumbado en la estrecha cama, cubierto por una sábana blanca y limpia, esperando a que pudiese recuperar la máxima lucidez posible. A su lado, y separada por un banco, una cama vacía estaría esperando la llegada de algún otro paciente. De repente, y cayendo en la cuenta de que quizá no había estado solo en la habitación, se sobresaltó. Quizá en algún momento había estado acompañado en la cama contigua por Arcadio, el taxista. Intentaba recordar su rostro o qué exactamente había ocurrido, sin lograrlo del todo.

A los pocos minutos, se abrió la pequeña puerta verde de la habitación, y apareció una

joven enfermera de bata blanca y pelo recogido. Llevaba en la mano un bote lleno de suero y el medidor de presión en la otra.

—Buen día, señor, que bien que amaneció usted —dijo está, acercándose a él—; ha estado usted muy malito, pero ya está fuera de peligro.

Carlos no dijo nada. La enfermera desenchufó la vía que tenía en el brazo suavemente y, con manos hábiles, volvió a colocarle la nueva botella. Luego, rodeó la cama y midió la presión y ritmo cardiaco del paciente.

—Todo muy bien. Dentro de poco vendrá el doctor para informarle y tomarle los datos. Los hombres que le trajeron decían no conocerle y tampoco encontraron su cédula, así que no tenemos ningún dato suyo. Es usted el hombre misterioso de la clínica —concluyó ella, risueña.

Se alejaba hacia la puerta cuando Carlos encontró la fuerza suficiente para alzar la voz lo justo.

—Y el hombre, ¿dónde está el taxista que iba conmigo?

La joven perdió la sonrisa, turbada.

—El doctor le explicará —dijo evasiva, y desapareció por la puerta.

—Lo siento Júlia, de verdad que lo siento —dijo Alfredo.

Esperaban los dos bajo el árbol, desde hacía más de una hora y con las manos atadas, a que llegasen sus verdugos. No les habían dado nada de comer, y lo último que habían bebido era el chocolate de la mañana. La tarde se echaba encima, y suponían que no les quedaría mucho más tiempo antes de lo peor. A distancia de ellos, un par de hombre parecía discutir. Júlia les reconocía como los dos que les recibieron y custodiaron mientras seguían al tal Verigüela. Uno era el obeso y bajito que respondía por el nombre de Menides. No sabía el nombre del otro, más delgado y moreno, pero ya le reconocía perfectamente. Conversaban los dos hombres, tomándose su tiempo, quizá concretando la forma y orden en que acabarían con ellos.

—Puedo entender que estos estúpidos me hayan confundido y quieran acabar con nosotros. Pero, ¿por qué tú, Alfredo? ¿Por qué has tenido que involucrarte en esto?

—Me obligaron, Júlia.

—¡No digas estupideces; nadie te obliga a hacer lo que está mal! ¿O acaso me crees tan ingenua? Siempre hay una razón.

—No sé qué pasó, Júlia, te lo juro. Todo ocurrió poco a poco y, cuando me di cuenta, ya estaba metido en todo esto sin poder salir. Te conté alguna vez los problemas económicos que traía cuando comencé a echar una mano en *Misión Air*, hace un par de años. Al principio no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Yo solo buscaba la experiencia de vuelo para, después, encontrar un buen trabajo y salir de este maldito país. Volaba y disfrutaba de lo que hacía, ayudar a la gente y todo eso. Lemond se portó muy bien conmigo hasta entonces, y no llegué a sospechar nada hasta el día del accidente.

—¿Qué accidente?

—El de Mike —aclaró él.

—¿Quieres decir, el de Wichita?

—Así es.

—¿Qué tiene que ver el accidente con todo esto, Alfredo?

—El día del accidente no debía haber nadie en la casa de Cuachipé. Yo había regresado por la mañana inesperadamente, de no recuerdo donde, y decidí echarme un rato a descansar. Algún ruido me despertó. Salí de la habitación y fui despacio hacia el despacho de Lemond, de donde venían los ruidos y una voz. Pensé que sería algún *gamín* que se habría metido a robar en la casa, aprovechando que no había nadie. La puerta estaba entreabierta, y vi a Lemond.

Quedándome quieto tras la puerta, pude escuchar la conversación que mantenía con Gunter. Hablaba exaltado y tenía la cara roja, mientras él le preguntaba si había acabado ya el trabajo. No entendía del todo lo que decía, pero comprendí que hablaban de Mike; que el americano había descubierto algo y había que acabar con él.

—Estás delirando, Alfredo, no te reconozco. ¿Estás hablando de Lemond y Gunter? ¿Del accidente de Wichita?

—Eso no fue un accidente, Júlia.

—Yo estaba allí; ¿qué quieres decir?

—Gunter hizo que pareciera justamente eso.

A la española se le descompuso aún más el rostro.

—¡Maldito cerdo! ¿Cómo es posible? —contuvo las ganas de vomitar.

—Entendí que Mike había descubierto lo que estaba ocurriendo en *Misión Air*. Creían que Mike iba a hablar con la *DEA* o la policía en Estados Unidos; por eso decidieron acabar con él, ahí mismo y cuánto antes.

—Y por eso, estos estúpidos se creen que yo soy de la *DEA* —concluyó ella.

—Lo has entendido todo, Julia.

—Todo no; aún no me has dicho que paso contigo.

—Tan pronto entendí la conversación entre Gunter y Lemond, me retiré despacio a la habitación, asustado y sin saber qué hacer. Habría deseado pasar inadvertido, como si nunca hubiese salido de mi alcoba. Pero, a los pocos minutos, alguien llamó a la puerta y, al abrir, era Lemond. Se le veía sereno; pero entró de una y, cerrando tras de sí, me dijo que sabía que había estado escuchando la conversación. Debió de suponer que lo había oído todo, por la cara que puse cuando me dijo eso; aunque yo no sabía ni la mitad. No supe cómo reaccionar: si confrontarle o llevarle la corriente. Hice lo segundo. Al decirle que no había oído nada, me habló un largo rato sobre la injusticia que sufrían los países del sur de parte de los países ricos y fuertes; de cómo nos robaban los recursos y sus sociedades se habían vuelto hedonistas, consumistas y ociosas, que malgastaban sus recursos en vicios y drogas. Todo lo que decía tenía mucho sentido, y lo mezclaba con que mucha gente pobre dependía de los esfuerzos de la misión para subsistir con materias primas y alimentos; que *Misión Air* no tenía por sí sola suficientes recursos, y justificaba así que la organización colaboraba indirectamente con gente que, de una u otra manera, sacaban dinero del que se gastaban los países desarrollados en dañar su propia sociedad. A sus ojos, tan solo se estaba colaborando en recuperar dinero de los ricos a costa de sus propios vicios para dárselo a los pobres y más necesitados. Lemond está convencido de ello. Luego, me ofreció dinero para que guardase silencio. No tuve tiempo de pensarlo; lo acepté por miedo y necesidad, y en ese mismo momento dejé de ser libre.

—Es terrible, Alfredo; pero yo ya sabía lo que estaba ocurriendo en *Misión Air*.

A Alfredo se le desencajó el rostro.

—¿Cómo así?

—No soy de la *DEA*, pero encontré el diario de Mike con apuntes y lo puse a buen recaudo. No sé si llegaría a hablar con alguien, pero había tomado apuntes de muchas cosas.

—¿Y dónde está el diario ahora?

—A ti te lo voy a decir.

—No sabes cuánto lo siento, Júlia.

Vieron que los dos pistoleros se acercaban a ellos.

—Tus disculpas no nos van a sacar de aquí, Alfredo. Pero gracias al menos por dar la cara por mí; podías haberte callado, salvarte tú o buscar ayuda.

—¡Eh!, ¡callados los dos y a pararse! —gritó Frijolito con el jefe a pocos pasos tras él.

Julia y Alfredo obedecieron al momento.

—Señores, lamento mucho su infortunio, pero las órdenes son las órdenes. Y conste que estos platos no son de mi gusto —dijo Menides, solemne.

A esto Alfredo empezó a llorar.

—Señor Menides no nos haga mal, por favor. Déjenos ir, por favor y nadie sabrá de nosotros; se lo prometo.

—Lo siento mucho de veras, Alfredo; eres un buen *peladito*, pero dadas las circunstancias: son ustedes o nosotros. Ya sabe lo que hay —luego, dijo al subalterno—. Hágale, Frijol, apañemos con su *fierro*.

Al oír esto último, Alfredo gimió desesperado con tanta intensidad que Menides sacó su pañuelo y se lo pasó por el cuello sudoroso. Júlia contemplaba, expectante, mientras movía los labios en silencio recitando alguna oración.

—No lo hagamos más difícil de lo que es, señores. Frijol, saque el *fierro* ya y terminemos la comanda como hemos hablado.

El otro se quedó mirándole, consternado y confuso.

—No entiendo, patrón, ¿cómo hemos hablado?

—Si huevón, como hemos hablado hace un minuto.

—Pero, es que no me lo traje, patrón. No tengo el *fierro*; me lo dejé en el barracón.

—¡Serás pendejo! —gritó Menides, amenazándole con el puño cerrado y casi tocándole la cicatriz de la cara.

—No se me *emberraque*, patrón. Hágale con el suyo y acabamos.

Menides se hecho la mano al corazón, sobre la camisa mojada.

—Pues,... resulta que yo tampoco llevo el *fierro* —dijo, perplejo.

—¿Cómo así, patrón?, ¿no lleva su *fierro* tampoco?

—¡Eso he dicho Frijol, eso he dicho! —gritó Menides, apretando los dientes.

Alfredo dejó de gimotear y mantenía los ojos abiertos como plato.

—¿Y entonces? —preguntó el subalterno, confundi-do.

A esto, el jefe le agarró del brazo, alejándose con él varios metros de los cautivos a donde no pudiesen oírle.

—Mire Frijolito, yo esto ya no puedo.; yo así no puedo —confesaba, al borde de un ataque de nervios—. Vale que llevemos paquetes para arriba y para abajo, que hagamos guardería, pero yo ya no estoy para esto. Que son ya muchos años sin hacer sangre; que no y que no, Frijol. Que tampoco voy a permitir que te ensucies más las manos, ni yo tampoco.

—Pero, patrón, ¿cómo qué, no? ¿Qué, no? —preguntó el otro, confundido y a esperas de órdenes.

—¡Que no, carajo! ¡Que esto lo va hacer la *malparida* de su mama! ¡Que tú y yo no vamos a hacer sangre hoy! ¡Que ya hemos acabado y que nos vamos a quitar de en medio!

Fue decir esto y Frijolito echarse a los brazos de Menides, intentando consolarle ante los ojos atónitos de los dos cautivos, que no entendían que estaba pasando.

—¡Quite, huevón, quite, que me arruga la camisa! Dignidad sobre todo, que estamos siendo *presenciados*.

—Usted perdone, patrón, pensé que...

—¡Usted no piense nada, carajo, mejor no piense nada que siempre lo embarra todo!

Menides se estiró la camisa y se acercó parsimonioso a Júlia y Alfredo.

—Sígueme, señores, que hay un problema logístico.

—Gracias, gracias —dijo Alfredo, secándose las lágrimas.

Júlia prefirió no decir nada; seguía rezando.

—No cante victoria, Alfredo; es solo un aplazamiento —dijo Menides, liderando la comitiva de regreso a los barracones.

Caminaron hacia una de las naves hasta llegar a un guarda que custodiaba la puerta con un fusil.

—Llévemelos al gallinero —le ordenó.

El joven se alejó sin rechistar con Júlia y Alfredo, llevándoselos a buen recaudo.

Al instante apreció por la puerta del mismo barracón un hombre fornido y alto, con cara de pocos amigos y masticando un trozo del tamal que sujetaba con la mano.

—¿*Queubo, parse?* —dijo el recién llegado.

—Cambio de planes —dijo Menides, mirando de reo-jo a Frijolito para que se mantuviese callado.

—¿Y esa vaina?

—Por orden del señor Verigüela se aplaza el paseo hasta que ordene.

—¿Pues, no que tocaba hoy? ¿Escurriendo el bulto, Polino?

—¿Me estás cuestionando la orden, pendejo?! —gri-tó Menides.

—No, yo no —dijo el otro.

Le dio un mordisco al tamal y, dándose la vuelta, desapareció por donde había venido.

—¿Y ahora qué, patrón?— la pregunta de Frijolito deambulaba entre la alarma y el desamparo.

El jefe dio un gran suspiro tras pasarse otra vez el pañuelo húmedo por el cuello.

—Ahora a encomendarnos a todos los santos y a quitarnos de en medio, querido Frijol. Hasta aquí hemos llegado tú y yo.

Los primeros días en la clínica, Carlos había estado inconsciente la mitad del tiempo, entrando y saliendo de un profundo sueño sin tener claro si había sido por el cansancio o provocado por los fármacos que le aliviaban el dolor. A pesar de que los párpados insistían en mantenerse cerrados y el rostro seguir hinchado, hizo un esfuerzo para incorporarse. Logró apoyar la espalda contra la almohada en la cabecera de la cama. La habitación era estrecha y de paredes blancas. Bajo la ventana había una mesa de madera, ocupada por una jarra de agua, un vaso de cristal vacío y su diario de hojas encuadernadas. La mitad de una foto de Julia sobresalía del librito, marcando la última página donde había dejado de escribir esa misma la mañana.

Afuera llovía a cantaros, y el cielo encapotado de negras nubes oscurecía el interior de la habitación. A su izquierda una pequeña base con ruedas sostenía un teléfono. Estiró el brazo y cogió el auricular, marcando con el dedo una docena de números. Luego, con un gesto dolorido se lo acercó al oído.

—Narda —dijo, y pauso unos segundos—, sí, tranquila, tranquila, estoy bien. Te digo que estoy bien, no te preocupes. Perdona, donde estoy no había línea en estos días. No tengo mucho tiempo, por favor, escucha cariño —oyó de nuevo y siguió —; estoy en una clínica en Cuachipé. Tuve un accidente, pero estoy bien. Que sí, que estoy bien. Perdóname, cielo, es que hasta ahora no había línea en el teléfono de la clínica. Ni te imaginas. Si, aún no he visto a la niña, pero no te preocupes; creo que ya sé dónde está — intentó mantener la voz sosegada—. Voy a ir a buscarle ahora mismo. No te preocupes, cariño. Sí, saldré ahora mismo, en cuanto me den el alta. Me tengo que ir. Te llamo luego, ¿vale? Te quiero, vida. Sí, tranquila, yo te la llevo, no te preocupes. Adiós vida, adiós.

Colgó y, apretando las palmas de las manos contra el rostro, sollozó durante varios minutos. Luego, se secó los ojos húmedos, justo cuando se abrió la puerta de la habitación, apareciendo la enfermera uniformada de entre el ruido de fuera.

—Buenas tardes, señor De la Vega. Qué bien se le ve hoy —dijo, poniendo sobre sus piernas estiradas una bandeja plegable con patas donde había un plato de sopa humeante, un bollo de pan dulce y un vaso de zumo natural de tomate de árbol.

—Muchas gracias. Disculpe, ¿dónde está mi ropa, por favor? —solo vestía un camisón de hospital.

—Ha estado usted muy malito; milagrosamente, no tiene ningún hueso roto, ni daños graves. Solo unos punticos en la cabeza y poco más —dijo la enfermera.

Él se palpó la cabeza, sintiendo con los dedos la calva afeitada y una docena de puntos en los que no había reparado antes. Le dolían.

—¿Cuándo podrán darme de alta? ¿Dónde está mi ropa, por favor? Yo la deje en la silla, junto a esa mesa... —insistió.

—Don Carlos, su ropa está en el armario, con su maleta. Y buenas noticias: apareció su bolso; alguien lo trajo —comenzó a doblar la sabana que le cubría los pies—. El doctor volverá mañana por la mañana.

—Eso es imposible; tengo que irme hoy mismo.

—Bueno, eso lo habla usted con el doctor mañana. Yo ahorita regreso a llevarme la bandeja.; se me lo come usted todo, ¿sí?

Carlos asintió con la cabeza. Las punzadas en la sien le privaban de ganas de complicar las cosas. Quizá esperar hasta el día siguiente no era mala idea del todo.

El golpear de las gotas en los cristales de la ventana era el único sonido en la habitación, una vez la puerta se cerró tras la enfermera. Apretaba los labios y movía los ojos de un sitio a otro, desesperado. La incertidumbre de no saber nada sobre Julia copaba todos sus ánimos y la pena profunda le humedecía los ojos inevitablemente. Por un lado, el miedo de que seguramente ella estaba en peligro; o que incluso no hubiese ya nada que hacer para recuperarla. ¿Estaría aún viva? Por otro, la memoria limitada del accidente. No recordaba el golpe o los momentos posteriores, aunque podía recordar nítidamente el coche embistiéndoles por detrás para sacarles de la carretera.

Quizá fueron delincuentes intentando un secuestro frustrado. Quizá el accidente hubiese sido el fin en sí, lo que significaba que, si supiesen que había sobrevivido, podrían volver en su busca. Esta última posibilidad resultaba inquietante. Si así fuese, sin duda todo estaba relacionado con *Misión Air*.

Aguantó las lágrimas una vez más y sujetó la cuchara con rabia e impotencia por no poder salir en su búsqueda. Tampoco conocía a nadie de la zona a quien pedir ayuda, y acudir a la policía, en ese preciso momento y dadas las circunstancias, quizá no sería lo más prudente.

Comenzó a comer la sopa, con el estómago protestando por el hambre acumulado de varios días. Una vez acabado, se reclinó de nuevo contra la almohada y volvió a quedarse dormido.

Cuando se despertó la luz anunciaba el comienzo de un nuevo día; al otro lado de la ventana resonaba el piar de algunos pájaros. Estaba encogido debajo de una manta y ya no tenía sobre sí la bandeja donde anoche le habían servido la cena. Movié las piernas, notando el cuerpo aún dolorido pero descansado y con más fuerzas que el día anterior. Se incorporó apartando la manta y permaneció sentado hasta que el mareo inicial se le pasó. Luego, fue directamente al armario donde encontró sus ropas, sucias de tierra y sangre desde el día del accidente. Junto a sus zapatos y su maleta, también encontró su bolso de mano, No tenía daños aparentes y Carlos sentía aliviado de haberlo recuperado. Lo abrió y comprobó que, milagrosamente, todo estaba en su sitio: su cartera, el pasaporte, el cuaderno que le había enviado Julia y un sobre con dinero, oculto en la solapa interior para casos de emergencia.

—Madre mía; al menos aún queda gente honesta en este mundo —dijo.

Sacó con cuidado una muda interior, una camisa y unos pantalones limpios, y se lo puso todo muy despacio, abandonando la ropa dañada en el armario. Luego, cogió un peine de entre sus enseres, entró en el cuarto de baño y, tras mojarse los pelos con agua fría del grifo, se repasó los oscuros y claros cabellos hacia atrás. Al observarse en el espejo, reconoció el rostro de su hija escondido tras el suyo propio; envejecida y serena. La visión le impulsó a recoger todas sus cosas, ponerse la chaqueta y salir de la habitación con la maleta en la mano. El dolor en la rodilla izquierda le obligaba a sujetarse contra las paredes del pasillo hasta llegar a la recepción de la clínica. Aún era temprano y el silencio constataba que la mayoría de los pacientes aún dormían. Se aproximó al mostrador donde una señora mayor, con bata de enfermera y recostada en una silla,

leía alguna revista sobre la vida de famosos. En su expresión se adivinaba que la noche había sido larga, y ojeaba entretenida las páginas con las gafas apoyadas al borde de la nariz.

—Disculpe, necesito hacer los trámites para el alta y abonar la cuenta, por favor.

La señora alzó los ojos sin mover la cabeza y no dijo nada, haciendo un gesto de molestia por la interrupción.

—El doctor aún no está aquí, señor; no podemos darle el alta. Llegará en unas horas; así que, si regresa a su habitación podrá desayunar en breve, y después el doctor le firmará la salida; si él lo ve conveniente —dijo mientras pasaba una página.

—Perdone, señora; no le estoy pidiendo permiso. Me tengo que ir y quiero abonar lo que se deba.

Esto espabiló a la enfermera, que se incorporó de inmediato, retirándose las gafas para verle mejor.

—Pero, señor, no puede irse así, sin más. Tiene que darle el alta el doctor—insistió ella — A ver, regáleme un minuto, por favor.

Cogió el teléfono que tenía oculto tras el mostrador y marcó.

—Mariela, aquí el señor de la tres que le urge salir. Sí, enseguida. Gracias —colgó—. Regáleme un segundo que enseguida viene la encargada.

Al poco apareció otra señora y observó de arriba abajo a Carlos. Se retiraron las dos mujeres y ojearon juntas unos papeles de una carpeta con su nombre al dorso. Tras una breve conversación, la supervisora se despidió y desapareció por el pasillo.

—Enseguida le organizó todo, don Carlos —dijo la recepcionista.

Después de imprimir varios informes y facturas, se volvió hacia el paciente.

—Regáleme su firma en este papel. Usted está eximiendo a la clínica de cualquier responsabilidad, ya que la abandona bajo su propia decisión.

El español firmó el documento, revisó la factura y entregó la tarjeta de crédito para pagar la cuenta. Una vez completado el trámite, se despidió y salió a la calle.

La mañana se anunciaba despejada, a pesar de que el sol aún no había salido por completo. Carlos respiró profundamente, reconfortado por el aire fresco tras varios días encerrado en la clínica. Se acercó al único taxi que había en la esquina del edificio y llamó la atención del taxista, golpeando suavemente el cristal con los dedos. El conductor le vio e hizo gestos con la mano para que entrase. Subió al taxi.

—Buenos días, señor, ¿a dónde?

—Al aeródromo De Santa Barbara .

—¿Querrá decir, “de Cuachipé”? —replicó el taxista.

—No, a ese no. Al de Santa Barbara, por favor.

—Pero es un buen trecho, señor. ¿Está seguro?

—Sí, señor —afirmó Carlos, contundente.

—A la orden —dijo el taxista, y arrancó.

El trayecto de hora y media desde Cuachipé resultaba largo y penoso. Las continuas curvas subían y bajaban, produciéndole mareos y fatiga. Se frotaba continuamente los brazos y las piernas entumecidas, y el dolor de la brecha en la nuca iba en aumento. La belleza del paisaje no hacía nada por aliviar su malestar. Serpenteaban entre las exuberantes montañas y tupido follaje de palmeras llaneras, *aregusneys* y *bucares* mientras bordeaban la parte baja del parque nacional *Tapo Caparo*. El taxista le buscaba por el retrovisor con frecuencia, mostrando sus dudas sobre su cliente, que parecía ir a rumbo perdido. Al menos era extranjero y la paga parecía asegurada. No

se estaban dirigiendo la palabra en todo el recorrido. Carlos apenas podía contener ya las ganas de vomitar, cuando por fin llegaron a la entrada del aeropuerto. El taxista debió de percatarse, dada la tez blanquecina del español y habida cuenta de la rapidez con la que recogió el dinero y se apresuró en ayudarlo a bajar del vehículo, lo más rápido posible. Y con la misma rapidez, se despidió el taxista y desapareció a lo lejos.

Carlos se sentó unos segundos en un arriate con *orquídeas* y *frailejones*, hasta que se le pasó el mareo. Luego, se aproximó a un puesto de yuca frita y, tras pedirse una bolsa de papel y un jugo de maracuyá, volvió a sentarse en el macetero para saciar el hambre. Cuando por fin se sintió mejor, entró en el edificio principal y accediendo a un largo pasillo con puertas de oficinas cerradas en cada lado. El lugar era oscuro y lúgubre, y no parecía haber nadie.

Caminó despacio, observando los carteles junto a cada puerta donde se indicaba la empresa que ocupaba cada espacio. Se anunciaban: una compañía de servicio de mantenimiento, otra de aerotaxi, una oficina vacía y una pequeña tienda de productos para pilotos. Finalmente, leyó: *Aeroescuela Tapo Caparo*. Intuyendo que quizá funcionaria, intentó mover el pomo de la puerta. No cedía y estaba cerrada con seguro. Miró a ambos lados del pasillo; lo intentó de nuevo. Nada. Siguió caminando por delante de otras puertas hasta llegar a una que decía “*Escuela de Pilotos Barinas*”. Tampoco estaba abierta. Sin la certeza de saber qué hacer, caminó cabizbajo hacia la salida, casi chocando de frente contra alguien que entraba.

—Disculpe —dijo el hombre uniformado con el que había estado a punto de tropezar. Este siguió por el pasillo y Carlos le siguió con la vista para ver en qué puerta entraba.

—Perfecto —dijo, viendo cómo desaparecía en el despacho de la primera escuela. Se aproximó a la puerta y, abriéndola despacio, encontró al piloto depositando varios auriculares verdes en la caja de una estantería.

—Disculpe, joven, ¿alquilan ustedes aviones?

—Buenos días, señor; somos escuela, pero alquila-mos solo a nuestros estudiantes. ¿Es usted piloto o necesita instrucción?

—Las dos cosas.

—Entonces, ha venido usted al lugar idóneo —dijo el joven sonriente y ofreciéndole la mano —soy Ernesto, instructor de vuelo.

Habían pasado siete días desde que Julia y Alfredo fueron encerrados en una celda, en el interior de lo que parecía ser un almacén. Durante ese tiempo, solo les dieron de comer una vez al día. Solía ser algún tipo de estofado oscuro, con lo que parecía ser pollo o carnes, y donde no faltaban los frijoles y una bola espesa de arroz amazacotado. El techo apenas tenía la altura para un hombre de pie, y los laterales median lo justo para que dos catres cupiesen en él, cubiertos por sendos colchones manchados y una manta para que se cubriesen durante la larga noche. El suelo era de tierra y habían esparcido paja a modo de aislante o para hacer más fácil recoger la suciedad. Lo mismo serviría para alguna bestia que también hubiesen tenido que encerrar allí. En realidad no había diferencia, y la sensación de agobio, humedad y calor que propiciaba el verano les agobiaba.

No hablaban la mayor parte del tiempo, sobre todo cuando la presencia de los guardas se hacía más próxima. Abandonaban las conversaciones sobre cómo salir de aquel atolladero hasta que, ya de noche, el vigilante de turno estuviese durmiendo en su igual de incomodo colchón. Asegurada la confidencialidad por el ronquido constante o el respirar profundo y rítmico de este, se acercaba el uno o el otro para estudiar una posible fuga.

Al poco tiempo, Julia y Alfredo se percataron de que su custodia había recaído sobre tres guardas, los cuales ya comenzaban a identificarlos a pesar de la falta de luz que penetraba el almacén a lo largo del día. Eran tres hombres jóvenes y fuertes. Vestían siempre vaqueros y botas de plástico, y cargaban una escopeta recortada y un machete en la cintura, por si alguno de los invitados decidía ir a pasear por su cuenta. Lo peor era la incertidumbre y el miedo a no saber qué sería de ellos, o si en cualquier momento les sacarían para torturarlos o darles un tiro de gracia, para luego abandonarles en lo más profundo de la selva hasta que alguna alimaña acabase con ellos.

Uno de los vigilantes, dedujeron, no debía tener más de dieciocho años, pareciendo este el más débil de los tres y el que quizá, si la situación lo requiriese, supondría la menor resistencia o riesgo para fugarse. Era delgado y famélico, y respondía al nombre de Chucho, cubriendo el turno de la mañana. El joven aparecía siempre antes del amanecer, recibía el arma del compañero y, tras unos minutos conversando los dos, se quedaba solo en el extremo opuesto del cobertizo. Les observaba con recelo, y jamás les hablaba, demostrando así su cautela o que quizá se lo tenían prohibido. Por la soltura con la que se movían, estaba claro que no eran los primeros huéspedes forzosos que habían hospedado en ese basurero.

Era aún de noche y Chucho no había llegado. El guarda de noche dormitaba y se retorció en un banco largo frente a una mesa, entrando y saliendo de un sueño incómodo y obviando que no habría sido de sus mejores noches.

—Alfredo, ¿duermes?— susurró Julia.

—No, desde hace mucho rato —dijo desde el otro lado de la jaula, donde la luz de la desnuda bombilla no alcanzaba.

—Yo tampoco. No sé cómo vamos a salir de esta. Rezo y pido a Dios que nos ayude,

aunque no se me ocurre nada todavía. He pensado en tantas cosas en estos días.

Hablaba bajo, casi inaudible, pero en su voz se palpaba la necesidad de hablar, derramar sus inquietudes a la única persona que tenía.

—¿Tienes miedo, Julia? Yo sí.

—No; bueno, sí. En realidad, no por mí. Estoy segura de que hay un propósito con esto, una razón más allá de todo y que no puedo comprender, pero es para bien, seguro. No sé porque, pero me sorprende yo misma sintiendo una tranquilidad extraña. Pero tengo miedo por primera vez desde que me acuerdo: a perder a mis seres queridos, a que sufran, a no verlos jamás y, sobre todo, no poder decirles otra vez lo mucho que les quiero.

—Yo estoy cagado del miedo, Julia. Esta gente es realmente mala y no sé si saldremos de aquí. Yo no creo que a papá Dios le vaya o le venga tanto lo que ocurra conmigo, así que dependerá de nosotros.

—No pierdas las esperanzas, Alfredo.

—Lo dices con mucha confianza.

—No puedo explicarte, pero lo sé y no desde hace mucho.

—Vaya, apenas conocía esa parte tuya.

Julia no respondió. Se oía el ronquido agudo del guarda a pocos metros de ellos.

—Creo que se me ha ocurrido algo para sacarnos de aquí, aunque no lo tengo del todo claro —dijo Alfredo.

—Cuéntame.

La luz comenzaba a penetrar los surcos de las láminas de madera que hacían de paredes, anunciando el comienzo de la nueva jornada. Acababan de realizar el cambio de hombres y Chucho era ya el único guarda. Permanecía sentado en un extremo de la sala sobre unos sacos de rafia.

Desayunaba un plato de *fiambre*: pollo, papa criolla y arroz, que había desenvuelto cuidadosamente de unas hojas de plátano. Masticaba a boca llena y a prisa, resaltando los redondos mofletes bajo los pómulos huesudos, como si fuese el primer bocado en días. Solo el tronar lejano de algún *guacamayo* o el repicar de un jilguero afuera rompía el silencio.

—¡Oiga, señor!

El joven guarda dejó de mover los mofletes y miró hacia la celda, sobresaltado por el grito de Alfredo.

—¿*Quiubo*?

—Llevamos días sin lavarnos y nos va a dar una infección aquí.

—¿Y a mí qué, pendejo? —respondió Chucho, molesto por importunar su desayuno.

—Bueno que tengamos que hacer nuestras necesidades en un cubito metidos en este roto; pero al menor denos alguna toalla con un vaso de agua para quitarnos la mugre...al menos para la señorita.

El guarda se lo pensó unos segundos, concentrando su reflexión en algún punto indeterminado del suelo. Consideraba la petición.

—Luego —dijo, y siguió comiendo.

Julia continuaba tumbada en el colchón desnudo, encogida y de cara a la pared de madera. Parecía dormir. Alfredo esperaba sentado sobre su catre, apoyando los brazos sobre el borde y los dos pies sobre el suelo.

Al rato, Chucho se levantó del suelo tan pronto acabó el desayuno. Tiró en un cubo las hojas de plátano y un hueso de pollo y, después de lanzar una mirada breve a los dos cautivos, despreció por la puerta hacia el exterior.

No más de cinco minutos más tarde, la puerta se volvió a abrir, entrando el joven con un vaso de agua de plástico y un jirón de tela roja, lo suficientemente amplia para cubrir medio cuerpo. Se acercó a la celda y se lo entregó a Alfredo.

—Cuando acabe, nos lo devuelve —dijo, escueto.

—Claro que sí, gracias. Se lo devuelvo tan pronto la señorita lo utilice.

El otro regresó a donde estaba el montón de sacos rellenos, volvió a recostarse contra uno de ellos, apoyó el fusil contra la pared y se estiró en el suelo, dispuesto a reposar la comida. Alfredo depositó con cuidado el vaso bajo su catre y guardó la tela en el colchón.

Julia se mantenía inmóvil mientras las horas pasaban. Alfredo también se había recostado en el camastro, espaldas abajo, y apoyando la cabeza sobre las manos entrelazadas tras la nuca. Ojos cerrados, el tiempo seguía pasando despacio, esperando la hora del almuerzo y el cambio de guardia. Misteriosamente, Chucho aún seguía dormido, al igual que Julia.

Tras un largo rato, la puerta del cobertizo se abrió, apareciendo otro hombre de piel oscura y cara de pocos amigos, si alguno. Era un hombre obeso, fornido y con el ca-bello rizado que comenzaba más cerca que lejos de las espesas cejas. Llevaba varias bolsas de plástico en una mano y un fusil en la otra. Comprobó que los encarcelados seguían ahí, quietos, y con paso seguro avanzó hacia el compañero que dormía a pierna suelta, ajeno a la presencia del compañero. Ya cerca, el otro le propinó un puntapié con tal fuerza que una de las botas de Chucho salió despedida, descubriendo el pie desnudo y negro. Este dio un respingo, incorporándose de inmediato.

—¿Qué hace, *malparido*, así está de guardia? —refunfuñó áspero el recién llegado.

—Ay, perdón, patrón, fue solo un *mosito*. He estado pendiente todo el rato —mintió.

—Bueno pues, váyase a buscar al patrón a la pista.

—Y estos, ¿los mandamos ya *pal papayo*?

—De estos ya dará cuenta don Carpio Verigüela. Dele, que yo me encargo el resto del día. *Apeñisque*, ¿me oye?

—Listo, patrón —dijo el otro antes de desaparecer por la puerta.

El recién llegado depositó las dos bolsas sobre la mesa de plástico y sacó de ella varias latas de frijoles y tres empanadas. Abrió las latas, sacó un recipiente de plástico y dejó caer su contenido dentro. Luego, cogió una de las empanadas y le dio un mordisco. La puso en la mesa y, cogiendo las otras dos con la mano, se acercó a la celda.

—¡Eh! —llamó el guarda con las manos llenas.

Julia despertó de su aparente sueño, incorporándose despacio y dolorida por haber mantenido la postura durante tantas horas. Los ojos despiertos, tenía el lateral del rostro enrojecido por la dureza del colchón. Alfredo también se incorporó, abriendo los ojos. Primero, observó a su interlocutor y luego a Julia por unos segundos. No dijo nada. El carcelero, viendo que tenía la atención de los cautivos, depositó la ensaladera y las empanadas sobre un banco que había pegado a los barrotes de la puerta.

—¿Podemos lavarnos, por favor? —preguntó Alfredo— Llevamos días sin lavarnos.

—¿Acaso me ve cara de muchacha del servicio? — espetó el otro, dejando fuera de toda duda que no estaba por la labor.

—Al menos, la señorita —intentó otra vez Alfredo, comprobando que no hacía el menor efecto.

El guarda se alejó de vuelta a la empanada medio mordida que le esperaba en la mesa.

—Si vamos a ver al jefe, mejor que no olamos mal, ¿no cree? —intentó otra vez disuadirle inútilmente.

El plan estaba a punto de irse al garete.

—Una señorita necesita asearse —dijo Julia con todo el valor que le quedaba.

Estaba en mínimos después de tantos días encerrada. Sus fuerzas se habían debilitado mucho. También esto último pareció ser ignorado por el recio guardián, que no se daba por aludido.

El resto del día pasó despacio, sin que alguno de los tres hablase. Los reflejos de las sombras comenzaron a mudar el ángulo en el cobertizo; la tarde avanzaba. Inesperadamente, el guarda se incorporó de la silla con el rostro irritado, desparramando sobre la mesa una baza de cartas que le había mantenido entretenido durante las últimas horas.

Julia y Alfredo no le quitaban el ojo de encima. Titubeando, aunque sin dirigirles palabra alguna, comenzó a caminar alrededor de la estancia, en busca de algo. Revisaba y removía de vez en cuando alguna estantería o abría alguna caja de cartón con una curiosidad que iba en aumento. Pronto se vio al grandullón desplazando cajas y algún saco, como si se fuese de mudanzas, o como si se tratase de una nueva forma de entretenerse. Su intensidad iba en aumento. Así puso patas arriba todo durante un rato, hasta que paró en seco después de abrir una caja debajo de una estantería. Hizo ademán de algo parecido a una sonrisa torcida y victoriosa, estirando la mano y sacando varios trapos grises limpios y doblados, aunque manchados de grasa por su anterior uso. Cogió varios de un manotazo y se los acercó a Julia, no sin antes coger también una garrafa de agua medio llena.

—Tenga usted, princesa—dijo parsimonioso, entregándoselo todo a ella a través de los barrotes—. No se acostumbren que a lo mejor sea la última; solo porque mañana viene el jefe —concluyó, cruel.

—Gracias —dijo ella, recibéndolo y depositando todo en una esquina bajo su camastro.

El tipo regreso de nuevo a la mesa, sentándose, y siguió jugando con las cartas hasta que el sueño y la noche llegasen. Julia y Alfredo también se echaron en el camastro, no sin antes comer lo que estaba en la ensaladera y guardar cada uno su empanada; necesitarían preservar algo de comida y descansar todo lo posible si iban a llevar a cabo su plan.

Era bien adentrada la noche, cuando algo parecido al roce de una alimaña despertó súbitamente a Julia. Casi grita del sobresalto, y despierta al guarda; de no haber sido por Alfredo, que le tapó la boca con la mano. El guerrillero roncaba a pierna suelta, enroscado en una manta. No se veía nada a menos de un metro, a excepción de una diminuta bombilla de pilas que iluminaba tímidamente la esquina donde dormía el carcelero.

Los dos buscaron a tientas los trapos y la tela que habían guardado para asearse, sin haber utilizado ni una gota de agua. Amarraron los extremos, formando una cuerda, y la enrollaron en el centro de la celda. Luego, mientras Julia las empapaba, mojándolas despacio con el agua de la garrafa, Alfredo retiraba una de las patas de su camastro. A pesar del riesgo que conllevaba, había conseguido desencolarla después de tres noches seguidas moviéndola, intentando no levantar sospechas o hacer ruidos.

—¿Crees que aguantará? —susurró la española.

Tenía el estómago en un puño.

—No lo sé.

Una vez que la tela estaba empapada, se acercaron sigilosos al lado de las rejas donde el espacio entre ellas parecía ser mayor. Así, de cerca y de noche, parecían más gruesas de lo que

eran, poniendo otra vez en duda el éxito de la operación.

Silenciosamente, Alfredo dobló y trenzó la cuerda para aumentar el grosor. La pasó tras dos de las barras de acero y amarró la pata del camastro para formar un torniquete. Se les heló la sangre al oír el goteo del agua en el suelo, dudando de si en algún momento les delataría. Ya no había marcha atrás. Llegado a ese punto, era todo o nada. Alfredo le dio la primera vuelta al palo, produciéndose un leve crujido y otro chorro de agua sobre el suelo de tierra, mayor que el anterior. Luego, otro, y otro. Las barras no cedían ni un milímetro, cómplices del encierro. El guarda había dejado de roncar y en cualquier momento podría despertarse.

Sería una sentencia de muerte anticipada y segura. Contuvieron el aliento en espera del fatídico final. Sin embargo, nada ocurrió. Aliviados, Alfredo volvió a dar otra vuelta, ahora comenzando a sentir la tensión que le obligaba a medir sus fuerzas. Una de las barras cedió unos centímetros, apretando Julia el brazo de Alfredo con las dos manos en señal de alegría. Otra vuelta y ya cabría una cabeza. El joven empezaba a llegar al límite de sus fuerzas y contraía el rostro congestionado, intentando girar el palo una vez más. Julia acercó la coronilla de su pelo recogido contra las barras, en un acto desesperado. Nada. Sabía que estaban a solo unos centímetros, pero las barras parecían haber llegado al límite de su contorsión. Alfredo apretó de nuevo, esta vez postrando todo su cuerpo contra el palo, empujándolo con el torso hasta notar en su pecho desnudo el surco de su propia sangre tibia, que comenzaba a emanar a gotas desde una fisura abierta en su piel.

—Inténtalo tú, Alfredo, que tienes la cabeza más delgada —dijo Julia sin pensarlo demasiado.

—¿Estás loca?; de eso nada: o los dos, o ninguno.

—Alfredo, por favor, intentémoslo — la voz de Julia cortaba la oscuridad en susurros desesperados.

—A ver, sujeta un segundo —dijo Alfredo, dejando que Julia ocupase su puesto, de rodillas frente a la cuerda—. Avísame cuando aprietes y lo intento.

—Ahora —dijo Julia, forzándose para que las barras cediesen.

Alfredo, apretó la cabeza contra los barrotes, con tal presión que —para sorpresa de los dos— asomó por el otro lado de la verja. Ahora las barras le presionaban la clavícula. Julia había dejado de esforzarse por el entusiasmo y las barras cedieron lo justo para que él quedase inmobilizado.

—Ostras —espetó Julia—, ¿puedes seguir? ¿Qué hacemos?; esto no da más de sí.

—Julia, no me digas eso, por favor' ahora no.

—Venga, otro empujón y estás fuera —dijo ella, de nuevo manteniendo el control. Otra vez intentó girar el palo, que crujía cada vez más. Mientras, Alfredo había logrado pasar uno de los brazos y girar su cuerpo en perfil, con las barras presionándole las costillas. Empujaron de nuevo y, tras un crujido seco en el pecho ensangrentado del joven, atravesó las barras golpeando con el rostro el sucio suelo.

Comprimía su pecho con las dos manos, dejándole sin respiración.

—¿Qué ha sido eso?; ¿estás bien? —susurró Julia aceleradamente por la excitación y el miedo.

Él no se movía; lloraba del dolor en silencio.

—Fredo, dime algo, ¿estás bien?

—*Hijuemadre*, me he partido más de una costilla — logró decir.

—Venga, amigo mío; ánimo que ya estamos.

Alfredo se arrastró hasta la pared más próxima y, apoyándose contra ella, se incorporó

despacio. Buscaba a su alrededor, encontrando próximo a él un machete guardado en una funda de cuero. Ya apenas podía ver a Julia. Sigiloso, anduvo despacio hacia dónde el guarda dormía. Las pisadas de sus pies descalzos apenas se oían y, a medida que andaba, llegaba a ver que los ojos del guarda —arrugados y desgastados por la selva— seguían cerrados. Dormía encogido, con el fusil apoyado a los pies del camastro apuntando hacia el techo.

Muy despacio, Alfredo hizo ademán de desabrochar el machete para desenvainarlo. Sin embargo, le dio la vuelta, sujetándolo por la hoja; no quería hacer más daño del necesario. Lo alzó sobre la cabeza del guarda y, midiendo la fuerza, lo descargó contra la frente del hombre. “¡Cloc!”; fue un golpe duro y seco. El guarda solo estiró una pierna, como si de una gallina con el cuello roto se tratase, con la mala suerte de tocar el fusil. No habría pasado a mayores si el arma no se hubiese deslizado, inclinándose hasta caer contra el suelo, dejando escapar un estrepitoso disparo. A los dos se les heló la sangre. Alfredo miró hacia Julia, pero no le veía. No le hizo falta para saber que, con ese disparo, el plan acababa de saltar por los aires.

—¡Corre, Alfredo, corre!

—Te puedo sacar de ahí; espera—dijo este mientras registraba los bolsillos del guarda que seguía inconsciente por el golpe.

—¡No, Alfredo, vete o te van a coger y no te van a dejar vivo!

Tenía razón. Los ladridos de unos perros ya se oían en el exterior que, azuzados por el disparo, daban aviso de que algo ocurría en su extremo del campamento. No tenía tiempo que perder. Regresó hasta la celda, viendo el miedo en la cara de la española. Julia le pasó la garrafa y una bolsa con las dos arepas y sus viejos zapatos dentro.

—Si me escapo vivo, daré aviso al ejército y la policía para que vengan a rescatarte —dijo entre lágrimas y tosiendo por el dolor en el pecho.

Quizá no volvería a verla con vida.

—No te preocupes, amigo; seguro que me las apaño. Tu llega con vida y da aviso, que yo haré mi parte.

Le acarició la mejilla y luego le empujó el rostro hacia la puerta. Alfredo le besó la mano y también comprobó que ella lloraba. Luego, se fue a la puerta, la abrió y volvió la mirada hacia Julia para verla, pero ya no pudo. Los ladridos se oían con claridad y los gritos de hombres se hacían más próximos. Alfredo cerró la puerta tras de sí y, corriendo, desapareció entre la maleza y la noche temprana, en dirección a la planicie del campamento donde se aparcaban los vehículos. Conocía el terreno y, aunque no venía más allá de un par de metros, era suficiente para ubicarse. Corría y le costaba respirar. Las voces quedaban lejanas a medida que se alejaba del almacén. Llegó a escasos metros de dos camionetas y, mirando a su alrededor, se aseguró de que no había vigilancia. Luego, salió corriendo hasta la más próxima, agachando la cabeza para que nadie le viese. Se agazapó tras ella y esperó para comprobar que nadie le seguía. Así era.

Con mano temblorosa, abrió despacio la palanca de la puesta izquierda, rezando para que no estuviese asegurada y sin nadie dentro. Se deslizó en su interior sin perder un segundo. Ya dentro, le reconfortó el silencio, aislado de lo que ocurría afuera. Buscó las llaves en el bolsillo izquierdo, la metió en la cerradura y el motor arrancó tamborileando, igual que sus propios latidos. Metió el gas a fondo, acelerando la camioneta. Se incorporó para ver el camino ante él y encendió la luz. Que más daba; seguro que ya le habían descubierto. Las sombras de los árboles volaban a cada lado del camino y, en poco, comenzaron los estallidos secos de disparos. Los choques metálicos de las balas retumbaban en el interior, atravesando la chapa y el cristal. Agachaba la cabeza, intentando no quitar la vista del camino iluminado por los faros.

—¡Iaaaa, malditos pendejos! —reía, enloquecido por la adrenalina.

Los choques metálicos cesaron y dejó de oír disparos tras él. Reía eufórico, levantando una ola de polvo invisible en la noche, confiado en que ya no le seguirían.

Carlos salió despacio del avión, lanzando miradas inquietas a uno y otro lado de la pista, esperando a que en cualquier momento apareciese de entre la maleza alguna camioneta cargada de hombres armados y en su busca.

Temblaba aun por los nervios generados por el complicado aterrizaje en la estrecha pista; casi no consigue tomar tierra. Una hora y cuarto de entrenamiento con un instructor —en esa misma *Cessna 172*— no habían sido suficientes para desempolvar los casi diez años de inactividad desde su último vuelo. No fue pequeña su sorpresa cuando, tras finalizar las maniobras y completar el último aterrizaje de entrenamiento, el instructor le felicitó y le entregó las llaves del avión, dejando que pudiese alquilarlo de inmediato. Carlos no lo dudó un segundo; iría a buscar a Julia más allá de los límites permitidos por la escuela. A esas alturas, le importaba una higa si tendría o no capacidad para volar en un entorno tan hostil y después de tantos años.

Reparó entonces en el calor y el sofoco. El sol de mediodía se ocultaba y aparecía furtivo entre los altos cúmulos, cuyos contornos anunciaban tormentas vespertinas.

Volvió a avistar a su alrededor. Sin duda le habrían visto llegar. Sin embargo, nada ocurrió. Alentado por la posibilidad de haber pasado inadvertido, empujó el pesado aparato desde el morro hacia atrás, ocultándolo todo lo posible entre las ramas de un árbol, a un extremo de la pista.

Luego, sacó una mochila de tela negra del asiento del copiloto y comenzó a caminar agachado entre los arbustos para no ser visto. Intentaba orientarse, alzando la cabeza por encima de la vegetación, pero no llegaba a ubicar ninguna edificación. Se sentó y sacó el mapa aeronáutico, repasando con el dedo la zona. Reconoció un río próximo que había sobrevolado y, más al norte, unos riscos altos a tan sólo unas millas de la pista, la cual debía estar marcada en el mapa.

Reparó entonces que, ni había aterrizado en la pista correcta, ni esta aparecía en la carta de navegación.

— Vaya; es ilegal. A saber dónde *carambas* me he metido... —susurró.

Repasó varias veces de nuevo los dibujos y alzó la vista otras tantas para orientarse. Apuntó con la mano en forma de pistola.

—Vale, vamos allá; son no más de diez millas. Así mejor; quizá no me haya delatado.

Se puso en pie —confiado— y comenzó a andar briosamente hacia la misma dirección a la que había apuntado. Avanzaba con dificultad entre la espesa vegetación, concentrado en apartar las ramas y hojas que se interponían en su camino. De vez en cuando paraba en seco; comprobaba que iba en el rumbo correcto y agudizando el oído en busca de cualquier sonido o voces o a lo lejos. Subía y bajaba montículos, bordeando cualquier claro para no exponerse en espacio abierto, reduciendo poco a poco la distancia. La ropa se le fue empapando paulatinamente por la humedad y el continuo contacto con la vegetación. Intentaba a toda costa que su jadeante respirar y movimientos en la maleza no le llegasen a delatar. Clavó las rodillas al suelo cuando vio a lo

lejos una alambrada. No oía nada extraño, a parte de los pájaros y los insectos, pero siguió avanzando hacia ella en cuclillas, presintiendo que andaría cerca. Ya casi la alcanzaba con la mano cuando le sorprendió el rugir del motor de una avioneta en despegue —a escasos metros de su cabeza—, tirándose boca abajo contra la hierba. La sangre se agolpaba en el rostro y le palpitaba el corazón con fuerza, congelándole por completo. Quizá no le habían visto, pero él no podía decir lo mismo. Esperó unos minutos mientras se recomponía, planeando el siguiente paso. Más tranquilo, gateó resuelto bajo los alambres. Le invadió mezcla de esperanza y ansiedad al oír a lo lejos los vozarrones de hombres dando órdenes.

—Mueva ya esa vaina, huevón, que no tenemos todo el día.

—Sí, patrón.

Continuó avanzando para espiar por encima de la maleza. A escasos cincuenta metros de él, media docena de hombres andaban ocupados, cargando sacos en la caja trasera de una camioneta mientras otros tantos vigilaban con metralletas. Comprobó que operaban al borde de una pista de tierra; y que varios arbustos de pequeño tamaño y altas hierbas se interponían entre él y ellos. Estaba en el lugar perfecto para esperar el momento idóneo. Así lo hizo; esperó un largo rato a que acabasen de cargar todo el material. Al rato, desaparecieron todos en dos furgonetas repletas, levantando una polvareda tras ellos y descargando varios disparos al aire que le helaron la sangre. Desde su escondite, se alzó como un conejo y estudió la zona. A escasos metros de la pista había una caseta prefabricada de chapa. Junto a esta, se acumulaban varias docenas de bidones metálicos para combustible, unas cajas de botellines de cerveza y una bomba con mangueras para trasvasar líquidos. Era poco probable que retuviesen a alguien en ese lugar tan expuesto y arriesgado. Siguió explorando. A su derecha, tres edificaciones de madera de distintos tamaños y recubierta de carpas verdes bordeaban un reducido espacio abierto. Una de las construcciones —la más grande y alta de las tres— era alargada y con varias ventanas laterales. Se accedía a ella por una amplia entrada frontal y su puerta estaba completamente abierta y sin vigilancia. Lo más seguro es que fuese un barracón, albergando camas o espacios comunes.

Más allá había otra de tamaño inferior; una construcción de madera y un techo cubierto por largas hojas de *planazo*. Pegado a una estrecha puerta, había un joven sentado con la espalda contra las láminas de madera que hacían de pared. Sorbía una taza metálica mientras se golpeaba con un palo las botas de goma para quitarles el barro. Un estrecho tubo oscuro desprendía humo en una de las esquinas del techo.

—Ahí tampoco será.

Elevó más aun la cabeza por encima de la maleza, exponiéndose. Necesitaba ver mejor la última edificación, alejada de las otras y situada en espacio abierto.

Este era una construcción pequeña y no tenía ventanas. Y lo que era más conclusivo, había a un hombre armado sentada en un banco junto a su única puerta cerrada. El guarda entrelazaba un fusil con sus piernas estiradas mientras masticaba un tamal agarrado a dos manos.

A Carlos se le hizo un nudo en la garganta. Por primera vez, parecía estar cerca de Julia. Más importante aún, constataba con sus propios ojos su posible cautiverio; quizá una prueba de que estaba viva. Le invadió una inmensa alegría. Continuó observándolo todo. Esperaba impaciente a que el tiempo avanzase mientras seguía formulando un plan. Comprobó aliviado que el número de hombres era menor del que había esperado. Quizá la mayoría habría partido con el cargamento para escoltarlo. Quedarían entonces unos seis hombres, como mucho. Alentado por ello, sentía unas irrefrenables ganas de adelantarse. Sin embargo, esperaba paciente a que cayese la noche, confiando en que no cambiasen mucho las cosas para entonces.

Se sentó agazapado contra uno de los arbustos y comió algo que llevaba en la mochila;

mientras, cavilaba durante horas las opciones que tenía. El tiempo pasaba y comenzaba a tener que cambiar de postura a cada rato por el entumecimiento de los músculos y la incomodidad de la ropa mojada. Agudizaba el oído por si cualquiera llegara a acercarse y pudiera encontrarle desprevenido. Ocasionalmente, se oía a lo lejos las voces de hombres o el ruido del motor de algún generador eléctrico.

Al rato, la oscuridad se había apoderado de todo el entorno y la luna aparecía y se escondía en intermitentes nubes que empujaba la frágil brisa que las acompañaba. Carlos se armó de valor y se arrastró despacio por la maleza, recorriendo un arco alejado de las casetas más próximas.

Avanzaba hacia la caseta que identificaba como el más probable lugar de encierro.

Pensaba una y otra vez en algún plan para entrar en ella y, si Julia estuviese ahí, poder salir los dos sin exponerse a que les matasen. Su frustración iba en aumento a medida que pasaban los minutos, calculando que no iba a ser tan fácil. El guarda que estaba en la puerta llevaba un arma y, en el mejor de los casos, sería difícil de batir en un eventual cuerpo a cuerpo. Eso, claro está, si no daba la voz de alarma para que, en cuestión de segundos, todo el campamento apareciese y se les echase encima. Claramente, la fuerza no funcionaría. Solo tenía a mano algunas piedras, tan grandes como inútiles para ser convertidas en armas arrojadas.

Tenía puesta la vista en ellas cuando comenzó a agitar la cabeza de lado a lado, negando lo que parecía ser —sin duda y a todas luces— una estúpida idea.

—¿No se te ocurre nada mejor, Carlos? —susurró, intentando convencerse de que era demasiado obvio para que funcionase.

Sin embargo, no debió haber llegado a una mejor solución, dado que —al segundo— lanzó un chillido a media voz, imitando el gemido continuo y lastimero de un perro herido. Dosificaba, inseguro al principio, pero no había marcha atrás. Era una de esas habilidades inútiles que aprendió de niño y en alguna ocasión utilizó para gastarle una broma a algún adulto distraído. El sonido fue tan inusualmente real como el de aquel día en que lo aprendió de un amigo en la escuela. Para suerte suya, parecía estar dando resultado, dado que varios perros —desde el otro lado del campamento— no tardaron en ladrar, respondiendo a la presencia del falso canino.

El joven guarda comenzó a pasear confuso ante la puerta del cobertizo, intentando penetrar con la vista la oscura maleza. Había oído también los gemidos; pero más se inquietó al oír el alboroto que los otros animales estaban armando, probablemente perturbando el sueño de los compañeros que dormían en los barracones.

—¡*Chiiiss!* —espetó hacia la oscuridad— Maldito *chucho* sarnoso, *hijue madre*.

Carlos cesó de gemir, como si el presunto perro se hubiese dado por aludido. Sin embargo, tan pronto los otros dejaron de ladrar, comenzó de nuevo el canino lamento, alentado por el resultado anterior. Los otros perros empezaron de nuevo a ladrar con tanta intensidad que resultaron increpados por las voces de otro hombre. La inquietud del vigilante iba en aumento, dándose cuenta de que tenía que hacer algo o todo el campamento acabaría despierto; toda la fiesta provenía de su sector. Dadas las cosas, este avanzó con pasos decididos hacia la oscuridad de la maleza, profiriendo maldiciones mientras apuntaba ante él con una linterna.

—A ver si te encuentro, maldito *chandoberman* mugroso, y verás. Ahora que vengo, no lloriquea, ¿cierto? Dele, aülle ahora, huevón.

Sin embargo, ya solo se oía el ladrar de los perros a lo lejos. Caminaba despacio, intentando no dar un paso en falso para no espantar al animal o delatarse con su propia luz. Había caminado más de diez metros entre los arbustos cuando se paró en seco. Dudoso y confuso, debió presentir que alejarse de su puesto no había sido la mejor idea. Quizá las cosas no eran lo que

parecían. Giró sobre sí con brusquedad para desandar sus pasos y, al darle la espalda a la oscuridad, se oyó el golpe seco de una piedra estrellándose contra su cabeza. El guerrillero se desplomó al instante.

Carlos se abalanzó presuroso hacia la puerta del cobertizo y se agazapo junto a ella. En cualquier momento podría aparecer otro guarda que acusase la ausencia del compañero. Esperó unos segundos con la espalda pegada contra la pared, respirando agitadamente. Alzó la mano para levantar la pequeña barra de acero que hacía de seguro de la puerta, descorriéndola. El ruido fue tal, que en cualquier momento saldrían los demonios tras ella. Sin embargo, no ocurrió nada; ni rastro de más hombres. Alentado, empujó la gruesa puerta y se incorporó con la piedra en la mano, dispuesto a romperle la cabeza al siguiente. Se introdujo con rapidez y cerró tras de sí, de nuevo protegiéndose la espalda contra la pared. La única iluminación era una bombilla pelada de baja intensidad, en una de las esquinas.

—¿Papá? ¿Papi? —la voz provenía de una de las ensombrecidas esquinas.

—¿Nena? Hija, soy yo—susurró Carlos, no pudiendo contener las lágrimas.

De entre la oscuridad, surgió Julia y se lanzó a los brazos de su padre; comenzó a llorar también. Se abrazaban fuertemente y Carlos le besaba los cabellos sucios y revueltos, sin verle aún el rostro. Así permanecieron unos segundos, intentando calmarse mutuamente. Seguían en peligro.

—Déjame que te vea, hija— dijo Carlos, acercándola hasta donde llegaba la luz.

Le sujetó el rostro con las manos y le despejó el cabello para ver los claros y enrojecidos ojos. Ella le sujetaba las gruesas y arrugadas manos, reconociendo las mismas que tantas veces le habían acariciado.

—¿Hija mía, estás bien? ¿Te han hecho algo?

—Estoy bien, papá. ¿Pero qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? Papá, cómo vamos a salir? ¿Has venido con alguien? —las ansias le desbordaban.

—No, hija, no; estoy solo.

—¿No has venido con la policía o el ejército? Pero papá, ¿qué locura es esa?

Carlos veía el pánico en sus ojos.

—No te preocupes, Julia, lo tengo todo pensado. Ya está todo planeado. Tranquila que vamos a salir de esta.

—Pero...

—Julia, no hay tiempo de explicar. Necesito que los dos nos centremos en salir de aquí. Ya habrá tiempo para explicaciones, ¿vale?

—Vale —dijo ella, apretándole fuertemente el brazo mientras se limpiaba el rostro con la manga de camisa.

Se acercaron a la salida y Carlos echó un vistazo al exterior por una rendija de la puerta.

—¿Sabes cuantos hombres hay en el campamento?

—No, aunque seguramente serán varias decenas. ¿Qué hacemos?

—De momento, intentar salir por el mismo sitio por donde he llegado. Pero no podemos hacer ruido. Saltarán las alarmas tan pronto vean que te has escapado. Hija, nos matarán si nos cogen.

Esto último hizo estremecer a Julia. No quitaba el ojo de encima a su padre, sin creerlo aún. Agachados, abrieron la puerta y Carlos le llevó por la oscuridad, entre los arbustos por donde había venido. Pasaron de largo al guerrillero, aún tumbado donde lo había dejado y sin dar señales de vida.

—¿Y esto? —dijo Julia, incrédula al ver como su padre pasaba de largo por su lado, sin

prestarle la menor atención.

—El de la puerta —respondió Carlos, tirándole de la mano para que siguiese avanzando. Parecía que el hombre movía la cabeza; no iban a quedarse para averiguarlo.

Carlos intentaba ubicarse y encontrar el camino hacia la pista donde aguardaba el avión.

No reconocía el entorno, parando frecuentemente lleno de dudas.

—Papá, ¿a dónde vamos? ¿Cuál es el plan?

—Vamos a la pista donde he dejado la *Cessna*.

—¿Has venido en avión? No me lo creo —dijo sorprendida—. Es por aquí.

—No, nena, no es por ahí.

—Papá, te digo que no; que es por aquí. Aterricé yo misma en esa pista hace una semana y está por ahí —decía, apuntando hacia su derecha y visiblemente irritada.

—Julia, no vamos a esa pista. Vamos a otra distinta a la del campamento. Vamos.

Quedó quieta y confundida esos instantes.

—¿Has aterrizado en la de Los Caños?

—Supongo, pero es por ahí. Es muy estrecha y empinada; y no es por ahí, de eso estoy seguro —dijo, apuntando con un dedo tembloroso.

—Vale, papá, te sigo.

De repente escucharon tras ellos una ráfaga de disparos, seguida por gritos de hombres. Sin duda les habían descubierto. Comenzaron a correr lo más rápido posible.

Ahora era Júlia quien tiraba de Carlos, que se retrasaba en la huida. El padre jadeaba y, soltándose de ella, se apoyó una mano en el pecho y otra en el costado, intentando no desfallecer.

—Corre tú, hija, ¡corre!

—Vamos, papá, ¡no te quedes atrás por lo que más quieras!

La angustia se apoderaba de Julia. Carlos, sacando fuerzas, dio un grito y comenzó a correr de nuevo, cojeando por el dolor y la asfixia. Las voces de los hombres parecían aún lejanas, y los disparos se repetían sin que pudiesen saber lo cerca que estaban. A pesar del esfuerzo, Júlia continuaba teniendo que tirar de él, que le lastraba y a duras penas podía ya mantener el ritmo.

—Vamos, papá, que ya casi llegamos.

—Vale, hija, ya voy. Vale, tú tranquila, que ya estamos casi a salvo. Yo me esfuerzo, cariño —repetía entre jadeos y gemidos—. Allí, nena..., allí—dijo, apuntando hacia un lateral de la pista mientras se inclinaba para coger aire de nuevo—. Ya casi.

Julia le sujetó por el brazo, sintiéndolos delgados y lánguidos. Las fuerzas le fallaban. Consiguieron llegar hasta el avión, bien oculto tras las ramas. Ella abrió la puerta derecha de la *Cessna 172* y ayudó a Carlos a subir. Una vez dentro, él se recostó contra el respaldo del asiento y, tras apoyar la nuca contra el cabecero, comenzó a respirar profundamente. Júlia retiró las ramas de los árboles para despejar el camino y entró por la puerta izquierda; no sin antes pararse unos segundos para comprobar de nuevo que no les seguían.

—Ya estoy listo, comandante De la Vega —dijo Carlos en voz baja y sonriendo, recostado contra el sillón.

—¡Nos vamos, papá! Dame tres minutos y ya estamos en el aire —dijo, apretando interruptores y poniendo todos sus sentidos en arrancar el avión.

—Mi niña; que orgulloso estoy de ti. Y cuánto te quiero —dijo, tan inaudible que Júlia no se dio cuenta que su voz se apagaba.

—Mezcla rica, compensador neutral, máster encendido, dos bombeos de combustible. Arranco y a correr.

El motor rugió y, tras alinearla en la pista, la avioneta comenzó a coger carrera. Encendió la luz de despegue, convencidas de que ya les habrían oído y que, en cuestión de segundos, les dispararían en el aire. El final de la pista se acercaba rápidamente. Tiró del mando hacia atrás y el avión se hizo al aire en un ascenso, adentrándose en la oscuridad.

Comprobó aliviada que, contra todo pronóstico, no había más sonidos de balas. Habían conseguido escaparse.

Julia mantenía el avión en ascenso, intentando no alterar la configuración del aparato en vuelo. No veía los instrumentos, por lo que sólo la línea de las montañas oscuras contra la silueta azulada del cielo era su única referencia.

Espero cinco largos minutos, concentrada en no estrellarse, alejándose del peligro antes de encender la lámpara de luz rojiza de la cabina.

—¡Ya estamos, Papá! ¡Sí! ¡Ha sido increíble! ¡Eres la caña, papá! —exclamó, excitada.

Dirigió la mirada hacia Carlos, helándosele la sangre al ver que pendía del respaldo — sujeto por el cuello—; ojos cerrados y la boca abierta.

—¡Papá! —gritó, aterrada— ¿Papá, que te pasa? ¡Papá!

Casi pierde la conciencia al ver la mano izquierda de su padre tapando una gran mancha oscura sobre la camisa enrojecida.

—¡Papá! ¡Maldita sea, papá! ¡Te han dado! ¡Maldita sea! —gritaba desesperada, entre sollozos.

—Vale, venga, ya vamos en camino; tú aguanta, papito. El aeródromo más próximo es Trinidad de Arichuna.

Niveló el vuelo y mantuvo la potencia al máximo, sacándole al aparato toda la velocidad posible. Comprobaba los instrumentos, ajustaba la navegación y estiraba la mano una y otra vez para acariciarle el rostro. Lloraba desconsolada y repartía su atención entre el avión y su padre, que permanecía inerte en el asiento.

Recorrió por fin casi todo el trayecto hasta el aeródromo de Trinidad de Arichuna, el más próximo. Intentaba contener las lágrimas que le asaltaban por momentos; aún no habían llegado. Activó la frecuencia de emergencia por la radio y dio la voz de alarma por ella.

—*Mayday, mayday, mayday*. Vuelo con urgencia médica, ¿me recibe? —nadie respondía, pero insistía una y otra vez—. *Mayday, mayday*, ¿me reciben?

Transcurridos varios minutos así, por fin se oyó entrecortada la voz de un hombre.

—Tráfico...urgencia... ¿me recibe?

—*Cessna Misión Air* cinco, le recibo. Vuelo con destino Trinidad de Arichuna y emergencia médica. Dos personas. Solicitamos apoyo médico en tierra para paciente con herida de bala. Aterrizaje estimado en nueve minutos.

—Recibido *Misión Air* cinco, activamos servicio médico y emergencia. Notifiquen toma asegurada en Trinidad de Arichuna.

—Notificaremos toma asegurada.

A pesar de que el aeródromo no estaba equipado con luces para operaciones nocturnas, pudo identificar desde el aire las farolas del aparcamiento, los hangares próximos y la franja oscura de la pista. Se lanzó en picado hacia ella y, ajustando los mandos, encendió la luz de aterrizaje, apareciendo ante ella la cabecera de la pista. Tomó tierra lo más despacio y suave posible y una vez en el suelo, apretó los frenos al máximo, provocando que el avión derrapase en varias ocasiones. Paró en medio de la pista. Salió del avión y se fue a la puerta opuesta, abriéndola y abrazando a su padre para sacarlo. Con grandes dificultades lo tendió en la hierba. Con un golpe seco, desgarró de par en par la camisa de Carlos y se encontró con el peor sus

presentimientos. No era una rozadura. Un orificio —redondo y oscuro, en el costado derecho— delataba el tiro certero de donde seguían emanando hilos de sangre. Alzó la mirada, entre el pánico y la desesperación.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Alguien, por favor, socorro! — gritó a todo pulmón, rompiendo a llorar—. ¡Ayuda, alguien! Aguanta papi, por favor.

No había rastro de los servicios médicos. Se incorporó bruscamente y volvió a introducirse en el avión. Pasando por encima de los sillones, alcanzó una caja de plástico blanca que estaba sujeta al maletero, marcada con una cruz roja.

Salió del aparato y se tiró con ella al suelo, otra vez junto a él. Inerte, Carlos no mostraba rastro de vida. Julia abrió el maletín y escarbó con las manos temblorosas entre los objetos hasta dar con un rollo de gasas. Lo sacó y presionó contra la herida.

—¡Ayuda, por favor, ayuda! —su grito se apagaba por el dolor y el sollozo— Por favor, no es justo. Esto no es justo —lloraba, apoyando su rostro contra el de su padre.

Varios destellos azules aparecieron desde la oscuridad lejana, devolviéndole el aliento. Se incorporó y comenzó a dar saltos y a mover los brazos en alto.

—¡Aquí, estamos aquí!

De la nada, apareció la ambulancia, acercándose hasta una valla próxima que delimitaba con la pista. De ella salieron dos personas vistiendo monos oscuros, cada uno portando un maletín. Júlia regresó junto a su padre y esperó ansiosa a que los médicos llegasen hasta ellos; mientras, seguía presionando la herida. Sin mediar palabra, los dos hombres se pusieron de rodillas junto a ella. Uno le puso una mascarilla de bombear aire mientras comprobaba que Julia ya tapaba la herida. El compañero sacó un desfibrilador de su maleta, después de comprobar la falta de pulso. Colocó las plaquetas en el pecho desnudó de Carlos.

—Atrás, señora.

Júlia retiró las manos y una descarga golpeó el cuerpo de Carlos, agitiéndolo violentamente. El otro comenzó a bombear la máscara para que entrase el aire en los pulmones.

—Otra.

Se apartaron; otra descarga. Así hicieron varias veces más, sin que nada pasase. Tras un último intento, los dos médicos permanecieron quietos; uno de ellos apoyando los dedos contra el cuello de Carlos, intentando encontrar vida.

—Lo siento señora, se nos ha ido.

Como cada sábado, el mercadillo inundaba desde temprano la pequeña plaza con multitud de tenderetes, carpas y carritos de todo tipo de alimentos, ropa y cacharros. El olor intenso a fritanga, buñuelos y arepas asadas se esparcía por el aire. Julia caminó los últimos metros hasta la puerta de entrada de la residencia de *Misión Air*, después de bordear la plaza a lo largo de sus muros. La mañana era fresca y el cielo amagaba con lluvia, sin que aún hubiese caído una gota. Al llegar a la puerta, barrió con la vista la plaza mientras se frotaba con la mano el costado adolorido.

Había pasado la noche en vela junto al cuerpo de su padre, en la morgue municipal de Cuachipé. Había organizado su repatriación, no sin antes pasarse por las dependencias de la policía. Julia se sorprendió —y no fue poca la preocupación que sintió— al saber que Alfredo no había dado señales de vida. En la policía no había constancia de su paradero. Tras la denuncia y las declaraciones oportunas, Julia había podido cambiarse de ropa, gracias a la asistente social de la policía que le había suministrado unos pantalones vaquero, una sudadera y la oportunidad de ducharse allí mismo.

Exhaló fuertemente y se adentró en el edificio. Con paso decidió, accedió hasta la cocina, donde Gladis restregaba con una esponja los restos de huevos de una sartén.

—Bendito sea, *mija*. ¡Está usted viva!—dejó caer la sartén en el agua, se secó las manos en el delantal y se abalanzó sobre ella dándole un abrazo— qué alegría verla. Ahí han salido todos a buscarla otra vez esta mañana. Mejor dicho, ¿qué paso? ¿Y el señor Alfredo, dónde estuvieron? Nos asustamos después de tantos días sin saber de ustedes. Pensábamos que le habían secuestrado. Pero luego, apareció el avión por allá en un campo todo lejos, pero sin ustedes, y andábamos todo confundidos —le decía, cogiéndole la cara con las manos—. Pero mire que ojos me trae, señorita Júlía.

—Estoy bien, Gladis, gracias. Me alegro también de verle. Ya le contaré, pero ahora mismo no puedo. Entonces, ¿no se sabe nada de Alfredo?

—No, señora, nada de nada.

—El señor Lemond, ¿está aquí, verdad?

—Sí, señora, en el comedor anda, que acaba de desayunar. Que alegría se va a llevar al verla.

—Gracias, Gladis; pues voy a verle y ahora nos vemos —dijo Júlía, apretándole las manos y alejándose hacia la puerta del comedor.

Entró. Lemond estaba sentado al extremo de la larga mesa y tenía pinchando en un tenedor el último trozo de huevo del desayuno. Se lo llevó a la boca y, al alzar la taza de café, se encontró con Júlía ante él. No pudo dar el sorbo.

Veía un espectro regresado del mundo de los muertos, y le hacía una visita.

—¿No te alegras de verme, grandísimo malnacido?

—Júlía, queridísima. ¿Dónde te habías metido? ¿Y Alfredo? —dijo, levantándose de la silla y acercándose a ella con los brazos abiertos—. Estábamos muy preocupados por vosotros.

—No se acerque, Lemond —dijo ella, mostrándole las palmas de las manos para que no diese un paso más.

Lemond paró en seco y, dándose la vuelta, volvió a acomodarse en la silla.

—*Domage*, pensé que usted también se alegraba de estar viva.

—Lo sé todo.

—¿A qué se refiere, *ma chérie*?

—Se todo sobre lo que ha estado haciendo aquí, usted y Gunter; y a saber cuántos más. Ha estado utilizando *Misión Air* para apoyar el tráfico de estupefacientes; trabajando con esos malnacidos.

—Usted no sabe nada, querida —dijo el anciano, desdibujando el rostro—. Los de la *DEA* creen saberlo todo.

—Se equivoca, no soy de la *DEA*. Pensé que ya lo sabría a estas alturas.

—Es igual, usted nunca debió haber venido. Ya se lo dije una vez y decidí quedarse. Asuma las consecuencias de sus acciones —dijo el francés, mostrando una sonrisa torcida.

—Eso bien lo sabe. Todo este tiempo ha sido un lobo vestido con piel de cordero.

—No tiene ni idea de lo que habla. No comprende la complejidad del asunto, querida —dijo Lemond, acercándose la taza de café a los labios y dándole un largo sorbo, saboreándolo—. Las cosas no son, ni tan buenas, ni tan malas; y a veces hay que romper algunas reglas para llegar a un bien mayor.

—Usted no ha roto las reglas, se ha aliado con el enemigo; ha querido salvar vidas matando otras.

—Es lamentable perder vidas, sin duda; eso nadie lo quiere. Pero créame cuando le digo que todo tiene sentido cuando se enmarca desde la injusticia social. Hay que mirar desde arriba, no desde abajo, querida. Es una pena que usted no lo pueda ver. Esas mismas injusticias son las que matan a millones de personas por la desigualdad, la corrupción y el poder. Eso también es matar, pero de distinta forma. Sin duda es lamentable que algunos se tengan que sacrificar para que una mayoría desamparada por el sistema pueda salir adelante con sus vidas. Pero así son las cosas.

—¿Así lo justifica? ¿Tan sencillo es para usted?

—Efectivamente, querida. A veces lo complicado tiene una explicación bastante sencilla. Solos no podríamos dar de comer a tanta gente, y a las sociedades avanzadas les falta voluntad. ¿Acaso cree usted que estos aviones vuelan solo con las donaciones paupérrimas? Así no habríamos podido crecer, ni alimentar a tanta gente como lo hacemos. Hay poblaciones enteras de desprotegidos que necesitan de nosotros todos los días. Solo cogemos de lo que las sociedades ricas están dispuestas a desperdiciar para malgastar en sus propios vicios.

—Es usted parte del problema, Lemond, no de la solución; su justificación no se sostiene. Eso no es ayudar; hay otras maneras de hacerlo. O se hace bien, o no se hace.

—Como no, querida; es la realidad. La realidad que soluciona problemas.

—Es la realidad que ha matado a mi padre, maldito asesino —dijo Júlia, clavándole los ojos.

Lemond se mantuvo en silencio, secándose los labios con la servilleta de tela.

—Lamento la pérdida querida; es muy penoso perder a seres queridos. Aun así, le ruego cuide sus modales Júlia, aún está usted en mi casa; no se olvide.

—¿Me está amenazando, asqueroso *malnacido*?

Enardecido, Lemond saltó de la silla y cogió el cuchillo que tenía junto al plato. No vio que ella ya había hecho lo propio, echando mano a un termo metálico de café que estaba sobre la

mesa, a solo un paso. Un segundo después —y sin dar tiempo a que el francés se arrepintiese—, Julia ya le había estrellado el termo contra la cara con todas sus fuerzas. El golpe sonó metálico y seco; y Lemond cayó al suelo. Al segundo se oyeron los alaridos de Gladis y voces de hombres que irrumpían en la cocina, apareciendo varios policías precipitadamente en el salón. Se quedaron estupefactos con la escena: ella, de pie y con un termo en la mano, apretando los dientes en tensión; el francés, desparramado en el suelo, inconsciente. Erraron al pensar que necesitaba ayuda.

—*Hijuemadre*, que *guarapazo*. Me lo dejó inconsciente, señora— le reprochó el que parecía tener más rango.

Mientras, otros dos uniformados se acercaban a Lemond para reanimarlo.

—Me intentó atacar, ¿acaso no lo oyó? —dijo ella, sin más.

—Si usted lo dice.

—¿Necesitan que testifique o me puedo ir?

Júlia le entregó el teléfono móvil que guardaba en el bolsillo del pantalón. El policía lo apagó.

—No se preocupe, señora, ya lo hemos oído todo. Esperaremos a que regrese el resto del personal para interrogarles y seguir con los arrestos. Seguiremos también buscando al señor Alfredo Pelliz. Usted puede irse, pero le recomiendo que desaparezca de aquí, señora; que se vaya lejos. Aquí, los que mandan, a veces, no mandan.

—Cojo mis cosas y me voy; tienen mis datos si me necesitan. Gracias por todo, oficial.

—Bien pueda —se despidió el policía.

Julia recorrió el pasillo hasta la que había sido su habitación durante los últimos meses. Todo estaba como lo había dejado hacía tan solo unos días. Sacó su mochila de tela de debajo de la cama y, acercándose al armario, comenzó a meter rápidamente en ella la poca ropa que tenía. Luego, se aproximó a la mesa, guardando también los libros que conservaba y algún que otro recuerdo. Los manuales de vuelo de *Misión Air* seguían perfectamente ordenados; decidió dejarlos donde estaban. Cuando había acabado, se dirigió a la puerta de la estancia. Giró sobre sí y repasó todo, asegurándose de que no se quedaba nada. Reparó entonces en la luz del sol que entraba por la ventana, bañando de nostalgia la pared opuesta y unos de los cuadros con aviones dibujados. Se oía una vez más el bullicio del mercado de la plaza y las conversaciones a gritos de la gente que compraba alegremente con lo poco o mucho que cada uno tenía. Cuando quedó satisfecha, salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Para siempre.

“Señores pasajeros, el comandante ha encendido la señal luminosa, indicando el comienzo del descenso al aeropuerto de Madrid Adolfo Suárez Barajas. Les rogamos hagan uso de los cinturones de seguridad...”. El aviso continuaba, pero Júlia dejó de prestarle atención tras comprobar que ya lo llevaba abrochado.

Faltaban quince minutos para las doce de la tarde en España; el vuelo se estaba adelantado casi una hora. Soltó sobre sus piernas el diario con las páginas abiertas y se restregó las mejillas con las manos, intentando espabilarse. Habían pasado diez horas desde que despegó de Bogotá y apenas había podido pegar ojo. En viajes largos nunca lo hacía, especialmente desde que las líneas aéreas habían cambiado las dimensiones de las sillas para los pasajeros que viajaban en turista, hacía varios años. Dormir se le antojaba una meta imposible. Se acomodó otra vez en el asiento, percatándose de que estaba sola en la fila central. Cogió de nuevo el libro —escrito a mano en bolígrafo— y continuó leyendo por quinta vez su contenido. Lo hacía despacio, rumiando cada palabra. A veces, tenía que parar para aclararse la garganta, movida por los sentimientos, intentando evitar que las lágrimas aflorasen. La letra pequeña y perfecta de su padre se le hacía tan íntima y calurosa que más bien parecía estar a su lado, en lugar de estar en la bodega del avión, justamente debajo de ella. Eran renglones escritos con letras afectuosamente entrelazadas e inclinadas, energéticas y apretadas, como si faltase espacio para escribir todo lo que había querido dejar para el recuerdo. En el leyó el día en que recibió el paquete —que ella misma le había enviado—, contándole sobre el peligro inminente que corría. Reía al leer como casi se estampa contra el muro ese mismo día. No pudo evitar sentirse culpable; fue ella misma quien había hecho que fuese a buscarla. Hasta los confines del mundo. Forzándole a enfrentarse una vez más a sus propios miedos —después de tanto tiempo sin afrontarlos—; encontrarle a cualquier precio, contra cualquier cosa que se interpusiese entre él y ella.

Júlia dejó escapar las lágrimas, agradecida. Se estremeció en el asiento, rodeada por la oscuridad que aún envolvía la cabina mientras los demás pasajeros dormían, ajenos a su existencia. Se restregó de nuevo la cara, esta vez con la manga del chaleco de algodón, secándose las mejillas. Así continuo, leyendo y absorta en recordar los últimos meses, expectante a lo que tenía ante ella.

La prontitud de los preparativos para la repatriación de su padre y los trámites legales apenas le habían permitido el tiempo para pensar sobre cómo afrontaría su reencuentro con su madre y hermanos en Jerez. Había sido difícil convencer a su madre para que no le recibiese en Madrid, pensando que sería mejor evitarle un desplazamiento tan largo. Lograron convencerla entre los tres hermanos, a condición de que Antonio le acompañase mientras Pepe, el menor de ellos, le esperase en Barajas. Júlia y él acompañarían al coche fúnebre durante el trayecto de carretera.

Julia no quiso perderse la aproximación, después de más de un año sin pisar España. Se cambió a un asiento vacío pegado a la ventana para contemplar el paisaje. Las maniobras de aproximación fueron muy suaves, habida cuenta que el sol era lo único visible en el cielo y el

frescor matutino de la primavera preservaba el aire de cualquier turbulencia. Los parches en distintos tonos de marrón y verdes se sucedían bajo ella, sin indicios de la sequedad y calor que llegarían en pocos meses. Los pequeños pueblos aparecían y desaparecían, sumergidos entre bancales y planicies aradas que aprovechaban cada rincón de tierra disponible para el sembrado. Contrastaba todo con el manto arrugado, verde y frondoso de montañas y estrechos pasos surcados por arroyos colombianos y venezolanos a los que ya se había acostumbrado su vista.

Después de un aterrizaje perfecto y veinte minutos de trayecto hasta llegar a la pasarela de desembarque, Julia sacó la mochila del portamaletas superior y avanzó hacia la salida del aparato. Siguió al reguero de personas por la terminal, camino de las cintas de maletas para recoger la única que llevaba. Iba despacio, disfrutando de los sonidos, olores y dejes de español que encontraba a su paso; andaluz, catalán o el más puro acento madrileño. Sonreía inevitablemente, aliviada. Como si se hubiese quitado un gran peso de encima o, arropada por el entorno familiar, recordase súbitamente quien había sido y de donde venía. Anduvo mucho hasta llegar a la cinta que, milagrosamente, ya estaba escupiendo maletas procedentes de su vuelo. Esperó varios minutos hasta que su pequeña maleta apareció desde la boca de la cinta. Se inclinó para recogerla y —en ese momento— reconoció una voz, tan familiar, que sus vellos se erizaron.

—Mire, patrón, ahí anuncian de esas tapas que ponen aquí—oyó tras ella.

—Calle, huevón, no llame tanto la atención; haga como si fuésemos de toda la vida, y luego me cuenta.

—Usted perdone, Don Menides, es que me emocioné. Pero aquí en las Españas vamos a vivir bien sabroso, ¿sí o qué?

Júlia retuvo la vista en sentido opuesto, estirando el mango de la maleta, y giró la cabeza lo justo para comprobar la peor de sus suposiciones. No solo vio a Menides y Frijolito, sino que —ahora también este último— acababa de reconocerla. Allí estaba —a escasos diez metros—, de pie y tieso al otro lado de la cinta; sin quitarle la vista y sin saber qué hacer.

—Muévase, Frijol, que se nos va la maleta —fue todo lo que pudo decir el otro, antes de percatarse del estado de shock en el que se encontraba su subalterno.

Al instante, y entendiendo el aprieto, Menides balbuceó algo con los labios, volviéndole la espalda a Júlia y dándole un golpe en el hombro al otro para que espabilase.

—Es la *pelada*, patrón, ¿qué hacemos? —preguntó, temeroso.

—Nada, Frijol, nada; que vamos a hacer. Aquí estamos en territorio indio. Usted tire *palante* e imagine que no le hemos visto —dijo sin convicción, todavía de espaldas a Júlia.

—Pero es que nos ha visto.

—Usted no sabe nada; que no mire más, carajo —susurró, irritado—. Agarre el bulto y tire, que nos va a meter en un buen lío y nos van a devolver a ya sabe usted donde.

Júlia se mantuvo firme y expectante. Ya se había vuelto hacia ellos—desafiante— y esperaba que en cualquier momento se armase una verbena. Localizó a lo lejos la pareja de Guardia Civil más próxima. Sin embargo, los dos delincuentes le evitaban; ni habían venido a por ella, ni ella tenía ya argumentos para lanzar una ofensiva. Julia se colgó de nuevo la mochila en el hombro y, arrastrando la maleta, siguió las indicaciones hacia la salida, obviando la presencia de los dos hombres.

Pasó el puesto de aduanas, donde cuatro guardias revisaban a los pasajeros, haciendo caso omiso de ella. Al abrirse las puertas automáticas, se topó repentinamente con el gentío que esperaba ansioso la llegada de personas de negocios, familiares y seres queridos. Se agolpaban tras una baranda, con carteles marcados con nombres, o dando la bienvenida a los recién llegados. Julia se apartó de la puerta hacia un lateral mientras buscaba entre la multitud. A escasos metros,

un hombre joven le llamaba la atención, agitando enérgicamente los brazos.

—*Kiya!* —gritó.

Julia sonrió cansada.

—¡Pepe! —ella se aproximó y le abrazó con fuerza, descargando sobre el todo su peso, y comenzó a llorar. Él la sostenía, llorando también y escondiendo su rostro. Así estuvieron unos minutos, ajenos a las miradas de los que se paraban a observarlos, sin saber que era un reencuentro agridulce. Cuando por fin calmaron su llanto, se retiraron a una esquina para verse mejor. Su hermano menor le retiró los cabellos enjugados con lágrimas.

—Qué guapa estás.

—Y tú, enano, estás hecho todo un hombre — dijo, sonriendo.

—Ya ves, un hombre incluso para quedarme calvo, que ni la gomina me sujeta el pelo — bromeó — ¿Qué tal el viaje?

—Bien, todo bien. Bueno, ¿tú sabes?

El rostro de su hermano se tornó serio.

—Me imagino. Vamos a la zona de mercancías especiales y nos organizamos. El coche fúnebremente ya está esperando.

—Has venido solo, ¿verdad?

—Sí; Antonio se ha quedado con mamá, como acordamos.

—Menos mal, ¿qué tal está?

—Bien, dentro de lo que cabe; ya le conoces. Pero vamos y ahora te cuento, que el camino es largo.

—Venga, de acuerdo.

Tras gestionar toda la documentación, se dirigieron hacia el aparcamiento para subirse al *Seat Alambra* gris de Pepe. Luego, se fueron a una gasolinera próxima; el punto de encuentro acordado con la funeraria para que, una vez hubiesen recuperado el ataúd del avión, pudiesen seguirle hasta Jerez. A pesar de no haberse visto en más de un año, los dos hermanos esperaron callados a que apareciese el coche fúnebre. Pasaron veinte minutos hasta que finalmente llegó el alargado vehículo portando el ataúd. El chofer hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y ellos le siguieron.

Cuando ya rodaban por la autopista *A4* de Madrid, en dirección a Córdoba, Júlia retrasó un poco el respaldo del asiento y respiró profundamente.

—¿Qué tal estás? —dijo Pepe.

El cielo estaba despejado y llevaba las gafas de sol puestas.

—Bien, aunque no he digerido todo aún. Siento que he salido de Venezuela corriendo y he dejado demasiadas cosas sin amarrar. Sobre todo, estoy muy cansada.

—Se te ve cansada. En casa están deseando verte.

—Me imagino. ¿Qué tal estás tú? ¿Cómo están Natalia y los niños?

—Todos están bien. Lucía acaba secundaria y los dos gemelos empezaron primaria este año.

—Estarán para comérselos.

—Sí que lo están. Natalia: muy contenta con el nuevo trabajo de la farmacia, ahora que puede. A todo esto, ¿qué tienes pensado? ¿Te quedarás?

Júlia le ofreció una mirada triste.

—No lo sé, Pepe, la verdad —dijo al fin—. Necesito tiempo y organizar las ideas.

—Claro.

El viaje a Jerez se prolongó durante seis horas, realizando una parada para almorzar y otra para reportar y estirar las piernas.

Los paisajes se sucedían y volvían más áridos y claros a medida que atravesaban las rojizas tierras de Castilla. Las dehesas repletas de encinas dejaban paso a los amplios viñedos de La Mancha, donde la uva aún no había comenzado a endulzarse y madurar.

El cantar insistente de un alegre pájaro al otro lado de la persiana le obligó a abrir los ojos. No le hacía falta ver al *gorrión* entre las ramas del limonero —próximo a la ventana de su antigua habitación— para imaginarse lo que ocurría al otro lado. Como en tantas otras primaveras, las tupidas ramas —cargadas de hojas con el brotar de las primeras naranjas y limones— convocaban a los pájaros que se camuflaban y jugueteaban, entrando y saliendo de ellas.

Dio varias vueltas en la cama, sin la más mínima gana de levantarse. Sin embargo, el olor a pan tostado, mezclado con el de café, hacía imposible mantenerse así mucho más tiempo. Se incorporó de un salto al oír otro sonido familiar. Se acercó a la ventana y la abrió, dando dos tirones a la cinta y teniendo que cerrar los ojos por la claridad del sol matutino. A escasos metros de ella apareció la silueta de su hermano Pepe, montado sobre un caballo castaño. El animal brillaba por el sudor y tenía la boca llena de espuma por el ejercicio que acababa de hacer. Júlia golpeó con los nudillos el cristal, y el jinete ralentizó el paso del animal. Al abrir la ventana, el olor a jazmín y azahar invadió la estancia.

—Buenos días a la bella durmiente— dijo él, contento de verla.

—Bueno día, *guapetón*. Madre mía, cómo está Alcázar de precioso, a pesar de los años.

—Ya ves; hemos estado ejercitando un rato.

—Me habría gustado ir contigo.

—Si quieres luego, después del desayuno, paseamos con Mora y Caramelo; te tengo que enseñar los nuevos brotes de vid —dijo, soltando la rienda derecha y ajustándose la gorra de *pana* en la cabeza.

—Uy, que de tiempo hace que no monto; pero me apunto. Oye, ¿y mamá?

—Está en el salón; despierta desde las siete —dijo serio—. Solo ha tomado una manzanilla; a ver si le animas y come algo con nosotros.

—Ok, ahora te veo.

Júlia se vistió rápidamente, poniéndose unos vaqueros y una camiseta verde oliva. Se hizo una cola con el pelo y, poniéndose las zapatillas blancas de esparto, salió de su cuarto. Recorrió un amplio pasillo con ventanales, rodeando un patio interior donde reinaba una fuente acompañada de decenas de macetas. En ellas, los geranios rojos y rosados mostraban todo su esplendor, acompañados de alargadas regaderas de tierra pobladas de frondosos rosales, romero y lavanda. Llegó a una ancha puerta —abierta de par en par— que accedía a un gran salón. Sorteó una larga mesa —cinco sillas a cada lado y el mantel puesto— y se acercó despacio hasta su madre que contemplaba el jardín, sentada en una mecedora. Llevaba aun la bata puesta, aunque los finos y lacios cabellos blancos reposaban perfectamente peinados sobre los hombros. La claridad de la estancia resaltaba los surcos en el rostro y las manos que sujetaba un breviario. Sin embargo, nada había cambiado en Bernarda. La despejada frente y nariz pulida revelaban la fortaleza e inteligencia que Júlia tenía en sí misma. Los mismos ojos claros, ahora marcados por los años, se perdían penetrantes en algún lugar al otro lado de los ventanales.

—Mamá —susurró tras ella, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Hola, hija, que alegría que ya estás en casa —Júlia le dio un beso en la mejilla y puso una rodilla en el suelo para acercarse más—. Os he hecho unas tostadas y café, bien cargado. Y ahí tenéis manteca *colorá*, de la que te gusta. O si quieres, también ahí os he puesto unos dientes de ajo y aceite de oliva virgen que quita el sentido —siguió Bernarda, escondiendo mal su tristeza.

—Mamá, no has desayunado, ¿lo harás?

—Sí, hija, sí. Tranquila; ahora desayuno con vosotros.

—¿Qué tal estás, mamá?

—Bien, hija, yo estoy bien. Muy triste, claro está; pero bien. Dios sabe más.

Júlia no pudo decir nada, solo contener las lágrimas y apretarle las manos. Bernarda entendió.

—Tu padre hizo lo que tenía que hacer, hija —dijo de inmediato, frotándole las mejillas—. Así es el padre de mis hijos, del que me enamoré. Muy a mi pesar, no podía esperar menos de él que ir a buscarte a donde hiciese falta para traerte aquí, a mi verita. Le amo. Le amo con locura — aguantó una vez más el llanto.

—Mamá, no sé si me quedaré.

—Ya lo sé, hija, ya lo sé. Y sé qué harás lo que tengas que hacer. Te pareces tanto a tu padre en eso. Lo pensarás bien y detenidamente, y harás lo correcto. Yo quisiera que todos mis hijos estuviesen aquí en esta casa, conmigo; veros todos los días. Lo mismo con mis nietos. Pero eso son locuras de la vieja egoísta que tengo que encerrar en un cuarto una vez cada semana — dijo, sonriendo.

—Gracias, mamá —y le besó de nuevo.

—Aquí estáis —apareció Pepe por la puerta del salón—. Tengo un hambre que ladro; venga, venid a la mesa, que veo que esto se enfría.

Los tres se sentaron a desayunar. Hablaron durante un largo rato, intentando animar a Bernarda y distraerle la mente, aunque fuese por un rato. Tras acabar, los dos hermanos recogieron los platos y, dejando a su madre sentada en una silla del jardín leyendo, se dirigieron a las cuadras.

Júlia se puso botas de montar y los dos salieron de la casa principal, atravesando un rellano empedrado en el lateral de la vivienda. Los largos y gruesos muros de la casa andaluza brillaban blancos, rematados por barrotes negros que llegaban hasta casi tocar el suelo y custodiaban las altas ventanas. El edificio era de una sola planta y tejas de barro claro hacían de cubierta. Un torreón en una de las esquinas se alzaba como vigía, permitiendo otear la totalidad de la finca, hasta donde los viñedos acababan y comenzaban los árboles del arroyo que delimitaba el terreno con los vecinos.

Llegaron a las caballerizas; una nave cuadrada, igualmente revestida de blanco y tejas con cuatro *boxes*. De tres de ellos asomaban las cabezas de varios caballos que curioseaban lo que afuera ocurría.

Julia y Pepe buscaron dos sillas de montar en guadarnés y sacaron de un apartado a Caramelo, un caballo color crema y muchos años encima. Luego, dejaron salir a una yegua joven y alta, de pelo negro, llamada Mora. Júlia le puso la silla a la yegua y, tras ajustarle los aparejos, subió sobre ella de un brinco. El animal dio varios pasos nerviosos para luego quedarse quieta, intuyendo las manos expertas que le sujetaban. Pepe subió sobre Caramelo, que ni se inmutó.

—Cuánto tiempo —dijo Júlia, eufórica y dándole varias palmadas al cuello de Mora para

establecer contacto—. Sigues igual de revoltosa que siempre, pero ya nos conocemos bien.

Los dos hermanos emprendieron una marcha lenta hacia una loma próxima, siguiendo un sendero estrecho de tierra que bordeaba el perímetro de la finca. Los dos caballos caminaban juntos, ocupando todo el ancho del camino. Júlia respiraba hondo, balanceándose por el monótono andar del animal. Contemplaba el horizonte, reconociendo cada rincón del terreno que le resultaba íntimo y familiar. Descansaba en casa, como no lo hacía desde hacía mucho tiempo. Continuaron así durante casi una hora, hasta que llegaron a una larga fila de juncos que escondían un riachuelo bajo alcornos y sauces. Bajaron de los caballos y se acercaron a un claro donde el agua del arroyo aún fluía cristalina y abundante —el calor del verano y la falta de lluvia lo reducirían a un camino de piedras con charcos de agua estancada—. Los caballos eligieron un sitio para beber y los jinetes les aflojaron las riendas para que lo hiciesen más cómodamente, quedándose a su lado. Cuando los animales ya habían saciado la sed, Julia y Pepe continuaron caminando a pie y en fila. Así lo hicieron durante diez minutos, hasta llegar a una tierra arada y seca donde comenzaban los viñedos. Centenares de cortos quejes de cepa nueva asomaban a lo largo de una franja de tierra, como púas aparentemente secas.

—¿Qué te parecen?—preguntó Pepe, entusiasmado.

—Son preciosos, qué maravilla. Va a llevar tiempo, pero estoy deseando que pase rápido y ver cómo empujan. ¿Cuándo los habéis plantado?

—La temporada pasada. Papá y yo fuimos a La Rioja a verlas. Se entusiasmó tanto con ellas que no quiso volver sin antes haber cerrado un trato.

—No me sorprende; que preciosidades.

—Ven, Julia, vamos a ver el resto.

Siguieron el sendero, bordeando la alambrada. Tras otro rato, llegaron a un viñedo verde y frondoso, repleto de parras con racimos de uva verde, aún sin estar listas para la recolecta. Júlia sacó de un zurrón un termo, dos tazas metálicas y un paquete de bizcochos *mostachones* de Utrera. Se sentaron en un tronco seco —conocido desde que tenían memoria—. Sirvió café en las dos tazas, olió profundamente uno de los mostachones envueltos y, tras quitarle el envoltorio de papel, le dio un mordisco grande.

—Oye, ¿qué pasó con ese chico de Wichita con el que salías? —preguntó Pepe, dando un sorbo al café mientras ella terminaba de devorar el *mostachón*.

—¿Quién, Chad?, la verdad es que no sé —contestó, tapándose la boca al hablar—. Fue muy raro; le perdí la pista cuando le dejé y me fui a Venezuela.

—Pensé que habíais organizado un viaje a París y que ibais a bajar a Jerez. ¿O me estoy confundiendo?

—Sí, sí, es verdad; teníamos todo organizado —soltó una repentina carcajada—. Hay que ver. Fíjate que tenía novio, un trabajo estupendo donde me acababan de promocionar; y al final, lo dejé todo.

—Pues sí, pero viniendo de ti, nada raro. ¿Por qué dejarlo todo así, Júlia? —ella se encogió de hombros como respuesta—. ¿Y, valió la pena?

—No me preguntes eso, Pepe; es demasiado complicado. En lo que se refiere a todo lo ocurrido, desde luego que no. Si hubiese sabido que esto acabaría así para papá, ni loca me habría ido. Por lo demás, y a pasear de todo, sí. Hice lo que tenía que hacer, y no hay nada que me pueda dar más felicidad que eso —se miraron unos segundos—. Anda, vámonos que mamá se va a preocupar.

Los dos se levantaron, recogieron todo y, subiendo a los caballos, continuaron el camino de regreso a casa.

Ese domingo Júlia decidió levantarse y salir aún de madrugada —cuando las farolas todavía iluminaban las calles vacías de Jerez— para acudir a la misa de la catedral de Sevilla.

Habían pasado varios meses desde que llegó a casa de sus padres y, poco a poco, toda la familia había comenzado a normalizar las rutinas y ocupaciones diarias, asimilando la ausencia permanente de Carlos.

Júlia había dedicado la mayor parte del tiempo a organizar el negocio familiar y a asegurarse de que todo seguía como siempre, realizando las tareas que solía hacer su padre. Era evidente su capacidad de organizar el trabajo y que hacía una gestión eficaz, alimentando la idea entre todos de que su regreso era permanente y que la supervivencia de la bodega estaba asegurada con ella.

El tiempo que le sobraba lo dedicaba a su madre, intentando suplir con su cariño y atención la ausencia de su padre. A veces, le acompañaba a pasear, otras, a misa diaria por las tardes, o se sentaba junto a ella a ver una de esas telenovelas que tan poco le gustaban. A medida que pasaban los días, Bernarda iba recuperando su usual fortaleza, vigor y buen genio, riendo y bromeando como no hacía desde hacía tiempo, y que era tan normal en ella. Algunas tardes, Júlia encontraba el momento para recorrer el perímetro de la finca sobre los lomos de Mora, aprovechando los últimos rayos. Se abandonaba sobre la montura y al pisar lento y rítmico de la yegua que, sabedora del camino tantas veces recorrido, la llevaba hasta el último extremo de la alambrada y le traía de regreso sin recibir una sola orden. Era entonces cuando Júlia se abstraía de todo y se sumergía en pensamiento elevados; le arrastraban inevitablemente lejos de allí.

Cuando finalmente llegó a Sevilla —pero antes a desayunar a medio camino, en un lugar llamado *El Cerro del Fantasma*—, se adentró en la ciudad y aparcó en un subterráneo próximo a la antigua fábrica de tabaco, convertida ya en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla.

Subió las escaleras al exterior, guardándose el recibo del aparcamiento en el bolsillo de los vaqueros. El aire era fresco y eran pocos los coches que pasaban a tan temprana hora de la mañana de un domingo cualquiera en la ciudad. El intenso olor a azahar y jazmín de los Jardines de Murillo se esparcían por todos lados, evocando a los patios interiores que escondían las estrechas calles y casas del antiguo Barrio de Santa Cruz. Atravesó los jardines en dirección a las murallas del Alcázar, caminando despacio sobre los caminos de tierra prensada y posterior camino de guijarros hasta llegar a los muros del monumento. Sus desgastadas y cuadradas almenas delimitaban los terrenos del palacio, acotando los exclusivos florales interiores. Julia bordeó sus paredes de piedra, adentrándose en la estrecha calle del Agua. Sus pisadas se oían nítidas, mezclándose con conversaciones ininteligibles y cotidianas procedente de los privilegiados vecinos que, durante generaciones, conservaban sus casas entre los antiguos pasajes de la judería. A lo largo del recorrido se sucedían las entradas de multitud de callejones, tan estrechos que una persona podía tocar las paredes opuestas con solo extender los brazos.

Construidas así hacía cientos de años, evitaban la entrada del sol en los meses estivales, conservando el frescor en los portales por todo el barrio. Los muchos comercios de suvenires — aún cerrados— mostraban a los viandantes una infinitud de objetos de regalos tras sus vitrinas enrejadas, confeccionados especialmente para los turistas. Abundaban las muñecas de flamenca, objetos de tauromaquia con las señas de España o vasijas de barro cocido de todo tipo y tamaño.

Júlia se adentró en el retorcido pasaje que hacía de entrada al patio de armas del Real Alcázar, alzándose de inmediato ante ella el majestuoso campanario, repuntado sobre los tejados de la cuadrada explanada y acompañada por las cúpulas superiores de la catedral gótica más grande de España. La multitud de naranjos en flor bordeaban la plaza y anunciaban de nuevo un adelanto de la primavera en Sevilla. Finalmente, atravesó un pórtico formado por un amplio arco de piedra, saliendo de la plaza de armas y encontrándose de repente con la centenaria catedral. Conmovida, se dirigió al acceso ubicado a pie de *La Giralda*, —torre y alminarete antes de La Reconquista.

Un gran número de personas llegaban de todas direcciones por las calles contiguas, y entraban para participar en la primera misa del domingo.

Una vez dentro, Júlia siguió el reguero de feligreses hasta pasar las inmensas columnas de la Capilla Mayor donde daría comienzo la celebración en pocos minutos. Se sentó en el último banco, cruzando los brazos. Rezó, observando en silencio el sagrario en el centro del retablo, intentando esclarecer las ideas y ordenar recuerdos.

No habían pasado más de cinco minutos cuando todos los presentes se pusieron de pie, al sonido grave y solemne del órgano principal, anunciando así el comienzo de la misa. Cerró los ojos, sonrió y respiró profundo. Había encontrado la respuesta que buscaba.

El jeep se zarandeaba de un lado a otro del estrecho camino, pasando de un charco a otro, repletos de fango por las recientes lluvias. El acelerado motor hacía vibrar toda la carrocería durante el ascenso hacia la colina, sugiriendo que, en cualquier momento, se desmontaría por completo. Júlia sonreía al volante, a pesar del calor y la humedad sofocantes. Las gotas de sudor le rodaban por las mejillas desde la frente y la camiseta verde de algodón estaba empañada. Los insectos —del tamaño de dedos— se le atravesaban al vuelo, algunos chocando contra ella o el coche. La maleza le rodeaba a ambos lados del camino y, solo sobre su cabeza, se avistaba algo de cielo. Estaba cubierto por solitarias y negras nubes sobre un fondo azul, amenazando con dar chaparrones en cualquier momento.

A medida que avanzaba, se sucedían las numerosas explanadas con reses pastando. Reconocía perfectamente las casas campesinas de adobe y teja rojizas que los reinaban. Se estremeció al percibir fugazmente los olores de aceite frito, entremezclados con un intenso olor a pasto y tierra húmeda que despertaban recuerdos y sentimientos.

A los pocos minutos llegó a un llano donde un cartel ponía en aviso a cualquier visitante: *“Bienvenidos al Hogar San Telmo. Un lugar para aprender, jugar y encontrarse con Dios.”*

Tan pronto pasó por debajo, un grupo de niños corrió hacia ella desde la distancia, agolpándose alrededor del vehículo que avanzaba lentamente entre los chillidos y risas.

Reconocía muchas de sus caras; a pesar de que, en la mayoría de ellas, el tiempo había dejado sus marcas. Entre ellos, reconoció de inmediato a Yadiro, que se había hecho hueco a empujones para ponerse a su lado mientras corría y le sujetaba el brazo, gritando y llorando de alegría. Muchos otros, los más pequeños y a pesar de no conocerlos, participaban de la euforia de los más mayores, intuyendo que alguien muy querida acababa de llegar.

Júlia aparcó la camioneta junto a la entrada del edificio principal y, tan pronto apagó el motor y puso pie en tierra, Yadiro se le abalanzó llorando. Ella también lloró, emocionada, abrazándole con fuerza. Luego, le cogió la cara con las dos manos y se la acercó a la suya.

—¡Qué grande estás, campeón! ¡Qué alegría verte!

Le despejaba las lágrimas con los pulgares.

—Yo también estoy muy contento de verle, señorita De la Vega.

—Vaya, si incluso te ha cambiado la voz. Estás hecho todo un hombre

Él sonrío. En ese preciso instante apreció la hermana Berta por la puerta de la nave.

—¡Válgame Dios, Júlia! ¿Qué hace usted aquí? ¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría verle!, ¿viene de paso? —dijo, estrechándole los brazos.

—Vengó a quedarme, hermana; si me reciben, claro está —dijo, encogiendo los hombros.

Fue decir esto y los chiquillos volverse locos gritando de alegría.

—Bendito sea mi Dios, pero qué alegría más grande. Gracias a Dios bendito —decía, envolviéndole las manos con las suyas. La monja apenas cabía en sí—. Qué alegría se va a llevar Panxo cuando le vea.

—¿Panxo está aquí? —se le quebró la voz.

—Cómo no, querida, el Señor ha querido que se quedase con nosotros todo este tiempo.

—No puedo creerlo. ¿Y dónde está ahora?

—Justamente está en el huerto, con los mayores y Don Ramiro, un sacerdote nuevo que nos está ayudando. Verá que alegría se va a llevar.

La española asintió con la cabeza y se dirigió hacia los huertos, con Yadiro cogido de la mano y los otros niños rodeándoles. Atravesaron la pradera donde estaba la barbacoa y se aproximaron al borde de los altos maizales que comenzaban a dar sus frutos.

De entre la maleza apreció Panxo, con un gorro de tela y pantalones cortos, cara congestionada por el calor, avisado por el ruido de los chiquillos. Al verla, se quedó de piedra, mirándola fijamente, sonriendo y esperando a que ella se aproximase. Julia se acercó hasta ponerse a un paso él. Los niños, expectantes, guardaron silencio para escuchar cada palabra.

—Comandante Júlia De la Vega.

—Panxo, el gallego a punto de desmayarse por un golpe de calor.

Él soltó una carcajada.

—Sin duda eres tú; ¿qué haces aquí? —ahondaba en sus ojos claros, tan fascinantes para él cómo el primer día que la conoció.

—Vengo a quedarme.

—Me tomas el pelo, ¿verdad? ¿Y eso? —preguntó, incrédulo y sin quitarle la vista de encima.

—He vuelto a encontrar me sitio.

—Gracias a Dios —dijo, alzando los ojos al cielo.

Ella le estrechó fuertemente con los brazos. Los niños gritaron de nuevo y se lanzaron instintivamente sobre la pareja, rodeándoles. Luego, todos se dirigieron juntos a la cocina; aquel lugar hogareño donde saborear empanadas recién fritas y un vaso de *agua panela* con el que acompañar una larga conversación.